



**REGLA**  
**La Sierra Chiquita**







# **REGLA**

## **La Sierra Chiquita**



Isidro Diez Barreras  
Pedro Hernández Parente



IMAGEN **IC** CONTEMPORANEA

La Habana, 2007





## **Ediciones IMAGEN CONTEMPORÁNEA**

### **Director:**

Eduardo Torres-Cuevas

### **Subdirector:**

Luis M. de las Traviesas Moreno

### **Editora principal:**

Gladys Alonso González

### **Coordinadora general:**

Esther Lobaina Oliva

### **Administradora editorial:**

Yasmin Ydoy Ortiz

### **Responsable de la edición:**

Juan M. Castellat Falcón

### **Diseño:**

Yamilet Moya Silva

### **Maquetación y emplane:**

Jorge Estévez Rams

© **Isidro Diez Barreras**

**y Pedro Hernández Parente, 2007**

© **Sobre la presente edición:**

**Ediciones IMAGEN CONTEMPORÁNEA, 2007**

ISBN 959-7078-93-7

Ediciones IMAGEN CONTEMPORÁNEA,  
Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz,  
L y 27, CP 10400, Vedado,  
Ciudad de La Habana, Cuba.  
e-mail: restherl@infomed.sld.cu  
yasmin@ffh.uh.cu







## Índice

PRÓLOGO / IX

AGRADECIMIENTOS / XVI

INTRODUCCIÓN / 1



1952-1956



LOS PRIMEROS PASOS / 3

Antecedentes / 5

Recuento necesario / 10

Conspirando / 14

La primera pintura mural / 19

Se organizan las filas / 21

Las Brigadas Juveniles / 28

Estructurando las fuerzas / 32

Para golpear en La Habana / 33

Recaudando para la lucha / 37

La ayuda necesaria / 41

Fundiendo el futuro / 46

La primera práctica de armas / 54

En saludo al *Granma* / 56

La bomba en la Sub-planta / 59





## 1957

### UN GOLPE TRAS OTRO / 65

- Hacia un mismo objetivo / 67
- La enseña de la rebeldía / 73
- La unidad siempre fue un principio / 76
- El apagón y rotura de vidrieras / 79
- Golpeados y fichados / 82
- El incendio del Galbán Lobo / 86
- Un bandera en la torre / 88
- Apoyando la huelga / 90
- Un momento de tensión / 94
- Una acción coordinada / 97
- Concentración para una acción conjunta / 101
- Asalto a la Junta Electoral de Regla / 104
- Homenaje póstumo / 110
- La casa de Habana Nueva / 111
- El primer ensayo / 115



## 1958

### CON TODO EL CORAJE / 119

- A partir de ahora, todo es clandestino / 121
- Explosión imprevista / 125
- Para incendiar las chalanas / 126
- Politiquería *vs.* Revolución / 130
- La acción del Mercado Único / 134
- Fuego en el algodón / 135
- Un entierro histórico / 137
- El incendio del garaje / 141
- En apoyo al movimiento obrero / 146
- En la prisión de La Habana / 148
- La Huelga del 9 de Abril / 152
- El 9 de abril en Habana Nueva / 159
- El apartamento del Juanelo / 161





Balance y punto de partida / 164  
Se restablecen los contactos / 168  
Cambio de planes: fase decisiva / 176  
La mensajera especial / 180  
Breve enfoque de la situación nacional / 187  
Una cadena de acciones / 188  
Clodomira: mensajera ejemplar / 204  
De la casa de huéspedes al Juanelo / 211  
El ajusticiamiento de *El Relojero* / 212  
La represión: horas inolvidables / 215  
La traición, la tortura y la muerte / 220  
En el banquillo de los acusados / 231  
La rebeldía no ha muerto / 236  
El régimen dictatorial agoniza / 238  
El fin de la tiranía / 240



Miembros del MR-26-7 en Regla, fundadores  
del Partido Comunista de Cuba / 247  
Testimoniantes / 253  
Bibliografía / 255







## Prólogo

Los autores de este libro y también actores en la historia que describen, los compañeros Isidro Diez Barreras y Pedro Hernández Parente, me convencieron de que escribiera su prólogo, a pesar de mi renuencia para estos menesteres. No obstante, lo hago con satisfacción y orgullo, como un deber ineludible hacia aquellos que murieron en lucha desigual combatiendo a la tiranía. Y también por los demás jóvenes, que en el ámbito y el tiempo que relatan sus testimonios crecieron como gigantes respondiendo al llamado de la patria.

Quiero expresar la admiración y el cariño que siempre he sentido por aquel numeroso y heterogéneo grupo de combatientes. Muchas imágenes y recuerdos han venido a mi mente con su lectura.

Son estos sentimientos de simpatía y respeto los que sentí por José (*Cheo*) Ferrer y que nunca personalmente le manifesté, pues en el pueblo y entre hombres y amigos eso no se decía, al conocer que había sido él quien en una noche junto a otros compañeros había llenado las paredes del municipio con la consigna ¡VIVA





FIDEL!, quien ya se había convertido en líder de la causa que nos guiaría hacia la acción y el combate y *Cheo* era uno de sus más fieles seguidores. Esa es la imagen que de él mantengo, erguido y con el ceño fruncido, parado junto a Orlando López (*El Gaucho*) y su inseparable sombrero, en la esquina del parque frente al Ayuntamiento, y la de Evelio Parera, con su eterna sonrisa a flor de labios.

Recuerdo a los más jóvenes y pienso en Alberto Álvarez, jovial, campechano, bajito y delgado, con su carisma y su facultad de mando que ejercía sin pretenderlo, y que todos aceptaban, sin percatarse, como algo natural. En él precisamente rendimos tributo a todos los que cayeron en la lucha, o a los que después del triunfo, en diferentes trincheras de la Revolución, desaparecieron físicamente habiéndose mantenido siempre fieles a aquella consigna que nos alentó y que ha sido capaz de erguirnos por sobre nosotros mismos. Ellos permanecen en el corazón de todo un pueblo que les reconoce su estatura histórica y los altos valores por los cuales entregaron su existencia.

Sería una omisión imperdonable no referirnos en este prólogo al viejo Fernando Fernández (*Bigote*), padre del Movimiento 26 de Julio en Regla, quien siempre dio a cuantos se le acercaron el aliento que en algunos momentos se necesitó o el consejo oportuno libre de la mojigatería del “cuídate” consabido, pero nunca exento de prudente sabiduría y confianza absoluta e ilimitada en el triunfo revolucionario. Siempre recordamos su modesto cuarto en “Patilarga” como un santuario al cual acudimos todos, en momentos de alegría y dificultades.

Hoy no vemos las cosas tan dramáticas, ni tan sencillas como las veíamos entonces, pero el cariño entrañable por Fidel, la dedicación a la Revolución y la decisión de dar la vida por ella, son inalterables.

X





Hubiera sido justo dedicar uno de los testimonios a resaltar la participación de aquellas jóvenes que se reunían en la peluquería de Manolo, sita en Martí entre Pereira y 27 de Noviembre o en casa de Alicia Galbán, siempre dispuestas a dar su apoyo en cuantas acciones se les pidiera, tal como lo hacían Victoria Espinosa, Margot García, Mercedes Braña y Estila Pérez, la que acompañó a su hijo Guillermo Díaz (*Mito*) para que se alzara en las montañas del Escambray.

A pesar de no cumplir los indicadores requeridos de población y extensión, a Regla, desde la primera división político-administrativa, se le concedió la categoría de Municipio por sus características e historia y su propia idiosincrasia. También Regla ha parido mártires y héroes en Girón y en los ejemplos irrefutables de internacionalismo revolucionario en el que ha sido educado todo nuestro pueblo.

Nos complace sobremanera lo mucho que la Revolución ha significado para este “heroico, pacífico y trabajador pueblo”, como lo llamara el general de ejército Raúl Castro.

En el libro, según sus propios autores indican, no se agotan los hechos ni los personajes, pues no se incluyen todas las organizaciones, ni acciones, y por ende no aparecen prestigiosos y denodados compañeros que de una forma u otra contribuyeron a mantener encendida en el pueblo de Regla la rebelión nacional, que tuvo como centro y mejor expresión la lucha heroica del Ejército Rebelde encabezada por nuestro Comandante en Jefe en la Sierra Maestra.

A lo largo de los testimonios aparece el Liceo Artístico y Literario de Regla —fundado por José Martí—, institución en la que muchos combatientes reglanos crecieron física e ideológicamente.





El libro describe específicamente los días en que a lo largo del país la dictadura batistiana devino más represiva y sangrienta, en los que la explotación se hizo más rapaz y cruel, en los que la entrega y supeditación al imperialismo norteamericano se hizo más descarada y traidora.

A través de su texto, el lector puede percatarse de cómo la lucha se fue haciendo cada vez más cruenta y difícil para los combatientes clandestinos, al tiempo que ganaban en experiencia y capacidad de acción.

Junto a acciones de valor y heroísmo también se narran las penurias y necesidades para encontrar algo de comer o un techo que sirviera de albergue.

Los testimonios no están exentos de imágenes que reflejan momentos de alegría y la sana diversión de aquellos jóvenes, como, por ejemplo, las travesuras que el inolvidable Pedrito Hernández Parente le hacía a su entrañable amigo *El Indio* Dampiel en la casa de Habana Nueva.

Al transcurrir los relatos, el lector puede percatarse cómo, al tiempo que la represión se hacía más intensa, crecía igualmente la acción revolucionaria.

Desde la propaganda mediante la pintura mural y la puesta de banderas hasta acciones que tuvieron trascendencia nacional como el apagón provocado por la explosión en la Sub-planta del reparto Modelo, la quema de las patanas de azúcar en la bahía de La Habana, el incendio de la refinería Belot, el secuestro de la imagen de la Virgen y la explosión en el polvorín de Guanabacoa.

Los revolucionarios pagaban con la cárcel, la tortura y la muerte sus patrióticas acciones, teniendo como expresión más elevada la matanza del Juanelo en la que fueron asesinados Alberto Álvarez, Reynaldo Cruz, Leonardo Valdés y Onelio Dampiel y capturadas y

XII







salvajemente torturadas e igualmente asesinadas Lidia Doce Sánchez y Clodomira Acosta Ferrals.

Es interesante cómo, con sus altas y bajas, nunca hubo tregua. Por cada combatiente muerto, alzado, preso, en el exilio, toman sus puestos nuevos combatientes, los jefes se renuevan. Así siempre se garantizó la continuidad en la lucha, lo que le diera al municipio el nombre bien ganado de *Regla. La Sierra Chiquita*.

Ese es el espacio y el tiempo que con tanta sencillez y fuerza se narra en las páginas que siguen, ni más ni menos. Este libro es, ante todo, parte de la historia de Cuba, parte de la lucha enaltecida y gloriosa de la que podemos sentirnos dignamente orgullosos.

Esta obra permitirá sin dudas seguir manteniendo la identidad y el orgullo de los hijos de nuestro heroico pueblo, el de ser reglanos.

Dedicamos estas breves líneas a aquel grupo de jóvenes desaparecidos físicamente que conformaron sin proponérselo parte de esa historia, llevando la acción hasta donde les llegó el pensamiento, rindiéndoles nuestro mejor tributo: el del trabajo y el esfuerzo diario junto a la Revolución a la que todos amamos más desde que escribimos por primera vez en una pared ¡VIVA FIDEL!

*Héctor Rodríguez Llompарт*







*A la memoria de Fernando Fernández Vázquez, José Ferrer García, Alberto Álvarez Díaz, Evelio Parera Zulueta, Níco López, José Suárez Blanco (Pepe Suárez), Gerardo Abreu Cantero (Fontán) y Humberto Torres Herrera (Fonseca).*

*A la memoria de Faustino Pérez Hernández, insigne comandante de la Sierra y el Llano, que con especial atención guió nuestra lucha.*

*A la memoria de todos nuestros compañeros caídos.*

*A nuestros hijos.*





## Agradecimientos

Para la preparación y redacción de los manuscritos de esta obra de inmortal contenido histórico fue imprescindible contar con el apoyo y participación de varios asesores y especialistas:

· Gaspar González Lanuza nos facilitó parte de los materiales que conforman el contenido.

· Argelio Alfonso Álvarez (*Litongo*), Juan F. Trueba Prieto, Pablo Rodríguez Álvarez (*Pipo*) y Jesús A. Francisco Gutiérrez (*Armandín*) nos ayudaron en la búsqueda del material gráfico.

· Pedro Cosme Baños —historiador de Regla— nos brindó su ayuda especializada.

· Gladys Ruiz Gutiérrez, a quien le debemos la mecanografía.

A todos, nuestro reiterado agradecimiento.





## Introducción

“La gran célula del Movimiento 26 de Julio en Regla, por su maestría, pudo haber emulado muy bien a la hora de reclamar los riesgos en la lucha con los bayameses o los santiagueros. Regla recibió de nuestro Comandante en Jefe el calificativo de ‘Sierra Chiquita’, y todos sabemos cuan discreto es él al emitir un juicio elogioso”.

*Comte. Delio Gómez Ochoa (Marcos)*

La presente obra no debe ser considerada como la historia del Movimiento 26 de Julio en Regla. Los hechos que aparecen relatados a través de sus páginas, así como los nombres de distintos compañeros, no significan la totalidad de las tareas que ejecutaron las fuerzas revolucionarias en la localidad ni absolutiza a todos los miembros del Movimiento 26 de Julio.

Existen a lo largo del contenido otros aspectos que estimamos útil aclarar, como, por ejemplo, los referidos al orden en que aparecen los testimoniante, lo que no debe interpretarse como la fecha en que se incorporaron a la lucha revolucionaria de nuestro país, pues en muchos casos participaban en ella desde otras organizaciones o en el propio Movimiento, con anterioridad al relato.

También resulta necesario explicar que la participación de cada testimoniante en las distintas acciones a lo largo de la obra, no debe considerarse como las únicas en su lucha revolucionaria.

No debe el lector confundir la mayor o menor participación de cada testimoniante en la lucha clan-





destina —por las reiteradas veces que aparece su nombre en estas páginas— con el número de veces que este se repite en hechos y/o acciones, aspecto que obedece a circunstancias eventuales o casuales en la conformación de esta obra.

Existieron actividades de carácter masivo en las que participaron prácticamente, en pleno, todos los combatientes, como los acuartelamientos del 30 de noviembre de 1956 y el 5 de septiembre de 1957 y el 9 de abril de 1958, acciones como la del apagón y las roturas de las vidrieras en febrero de 1957, el entierro de Gilberto Fernández Monzón el 29 de febrero de 1958, los planes de acción para sabotear los festejos de Regla durante el trienio 1956-1958 y otros planes que abarcaban 15 días consecutivos cada año durante los cuales se realizaban decenas de actividades contra el régimen en la localidad.

Resultaría imposible mencionar los nombres de cada uno de los participantes y qué tareas realizaron en dichos acontecimientos, lo que haría interminable y monótona la lectura de este libro que solo cumple el objetivo de destacar y rendirles homenaje a nuestros hermanos caídos en la lucha clandestina por sus cualidades, principios, valores, estoicismo, heroicidad, camaradería y honradez.

*El Comandante Delio*





# 1952-1956

## Los primeros pasos





Parque del Ayuntamiento de Regla, lugar de confluencia y de contactos de los miembros del MR-26-7.







“El Movimiento 26 de Julio hace suya la causa de todos los que han caído en esta dura lucha desde el 10 de marzo de 1952 y proclaman serenamente ante la nación, ante sus esposas, sus hijos y sus hermanos que la Revolución no transigirá jamás con sus victimarios”.\*

*Fidel Castro Ruz*

### **Antecedentes**

Cada pueblo ha ido escribiendo sus páginas en la historia revolucionaria de nuestro país; han sido los momentos de lucha los que han apresurado esa tarea, enriqueciendo con cada época o acontecer el caudal de experiencias que como un manantial inagotable bebe la juventud sedienta de cada generación, para proyectarse sobre ese legado patriótico cada vez más lejos. Así, como un acontecimiento más en el pueblo de Regla, un día 27 de enero de 1924 a dos cimas geográficas se les dio el nombre de dos grandes pensadores de la humanidad: José Martí y Vladimir Ilich Lenin.

Aquel hecho fundía toda una tradición de lucha revolucionaria en dos símbolos de la batalla. Martí, el deportado —al que no olvidaban nuestros abuelos cuando visitó, allá por el año 1878, esta pequeña comunidad de pescadores y estibadores, luego de su regreso a nuestra patria desde Guatemala—, que por sus

---

\* Tomado del Manifiesto No. 1 “Del 26 de Julio al Pueblo de Cuba”, 8 de agosto de 1955.





quehaceres conspirativos en el Liceo que fundó, este lo hizo su miembro de honor, por su pluma acusadora como antes había sido la de Eduardo Facciolo, condenado a garrote vil por la colonia y ejecutado en 1852. Martí, en el pensamiento y en la acción, en cada momento de la lucha, se hizo cotidiano. Después, aquellas noticias que llegaron a nuestras tierras 38 años más tarde sobre un hombre que había dirigido la “Toma del Cielo por Asalto” en la lejana y ensombrecida Rusia, Lenin, el que hablaba el lenguaje de los obreros, el que les incitó a la toma del poder político; Lenin, el jefe de la Revolución de Octubre de 1917.

Así surgieron la Colina José Martí, por la que desfílamos cada 28 de enero a depositar una ofrenda floral con nuestros compañeros escolares y por donde anteriormente desfilaron nuestros padres siendo niños, y la Colina Lenin, a donde concurrían cada 1ro. de Mayo las columnas de obreros, con sus pancartas y sus himnos de combate y sus arengas contra los explotadores.

Allí, junto al olivo que sembraron un día las manos creadoras del compañero Antonio Bosch Martínez sin percatarse, quizás, que desde ese mismo instante también lo sembraba en la historia, y que fue abonado con sangre proletaria en cada conmemoración, lugar donde vibraron los verbos elocuentes y justicieros de muchos líderes, entre ellos, el de Julio Antonio Mella.

Desde estas dos elevaciones que fueron, una, símbolo de amor a nuestro Héroe Nacional, donde siempre estuvieron presentes los niños que él señalara como la esperanza del mundo; y la otra, símbolo de las luchas proletarias, nos hemos propuesto bosquejar en síntesis, partiendo de sus raíces históricas, la situación geopolítica y económica de este pueblo que fue reflejo palpable y significativo de las condiciones de explotación a que estaba sometida toda nuestra





patria al producirse el funesto cuartelazo el 10 de marzo de 1952.

El ultramarino pueblo de Regla, de una extensión de 3 km<sup>2</sup>, con una población de más de 35 000 habitantes, y considerado el más densamente poblado de nuestro país, fue en el pasado una de las zonas que más ventajas económicas ofrecía a los explotadores nativos y extranjeros, debido a su posición geográfica.

De todos es conocido sus límites con la bahía de La Habana. La existencia de esta franja costera se convirtió con el decurso de los años, en centro de disputa y litigios entre los poderosos. Cada metro de tierra frente al litoral era regateado por los representantes de firmas que utilizaban todos los ardidés imaginables para apoderarse de las condiciones de explotación que aquella situación natural les dispensaba.

Fue así como surgieron, en un apretado cinturón que amenazaba con estrangular la vieja bahía de La Habana, edificaciones, muelles, calles, etc., y nombres tan estridentes como Burrus Flour and Mill Mills, S.A., Cía. de Petróleo CUMEX, Productora de Superfosfatos, S.A., de Mr. MacDonald y Cía., Muelles Fesser, Begurietain, Hershey, The American Agricultural and Chemical Company, Oldtime Molasse, Aspuru y Cía., S.A., Fca. de Abonos Pérez Galán, Compañía Cubana de Electricidad, Esso Standard Oil Co., Co. Shell-Mex Oil, etcétera, etcétera.

Esta concentración industrial trajo aparejado el establecimiento de grandes núcleos proletarios que se fueron ubicando en las áreas despobladas, próximas a los centros fabriles e instalaciones, con carácter paulatino pero ininterrumpido, y con el resultado de que en las últimas décadas de dominación imperialista existirían distintos barrios con nombres como La Verdolaga, La Colonia, Valle Oculito, Llega y Pon, etc., sin contar la





infinidad de viviendas miserables que, como grotesca exposición, se extendieron por las distintas elevaciones del término y en las cuales subvivían, rodeados de indigencia e insalubridad, considerables núcleos de trabajadores con sus familiares.

La característica de esta subviviencia humana tiene su más firme reproducción en las famosas favelas de São Paulo y Rio de Janeiro y las villas miserias de nuestra América Latina.

Otra fuente de explotación la constituyó siempre el puerto de La Habana, donde cientos de braceros y estibadores residentes en la localidad lograban esporádicamente un turno de trabajo, cuando más un “destajo”, en la carga de azúcar o en la descarga de abono; para luego dejar en la casa de empeños buena parte de lo ganado en la extracción de algunas prendas ya sobrecargadas por la implacable “gabela”.

En este medio se había desarrollado, además, una variante del conocido precarista agrícola: era el llamado “caballo”, obrero que tenía que trabajar con el boleto que le correspondía al estibador “fijo”, a quien debía abonar, por lo regular, la mitad de lo que representaba el turno.

También estaban los calafates de los varaderos, y los viveristas y pescadores, estos últimos siempre en el corazón del golfo, arrancándoles a las profundidades marinas el tonelaje necesario para cubrir los gastos de la embarcación y luego “tocar” unos míseros pesos, cuando se distribuyera el sobrante entre todos los que componían el barco. Los chalaneros estaban atados al ciclo de trabajo de un obrero azucarero, dos o tres meses al año; esta masa de trabajadores dependía de los embarques de azúcar que realizaba el central Hershey (hoy CAMILO CIENFUEGOS), mediante el uso del ferrocarril, desde Santa Cruz del Norte donde está enclavado, hasta los muelles de su posesión en Regla y a





los cuales eran llevados los sacos para luego ser trasladados en las cubiertas de las chalanas hasta las escotillas de los barcos anclados en el puerto.

En el interior del pueblo existían otras fábricas de menor importancia: de tejidos, de latas, de dominó, de hielo, de muebles, de vinos, etc., y algunos sectores del servicio de transporte como el de lanchas y las distintas rutas de ómnibus.

La masa trabajadora era industrial; sin embargo, los centros de agitación de la clase obrera no se encontraban precisamente en las industrias, donde los patronos habían realizado maniobras para mantener divididos a los trabajadores, sino por medio de una representación sindical patronalista, o a través de elementos desclasados o determinados grupos privilegiados, catalogados entre nuestra verdadera masa trabajadora como la “aristocracia obrera”. A pesar de ello, hubo fábricas que mantuvieron siempre en alto la bandera de la lucha por las reivindicaciones y que contaron con dirigentes honestos y decididos.

El centro más convulsionado por las luchas obreras, donde más candentes surgían las voces avaladas por una firmeza de criterio, donde históricamente se libraron más batallas, y muchas se ganaron a sangre y fuego, fue en el puerto de La Habana. En esta lucha intransigente entre la masa de estibadores y braceros contra los patronos nativos y extranjeros, estos últimos llegaron a acudir, para frenar lo inevitable, al crimen y al terror contra los sectores más revolucionarios representados en aquella lucha.

Pero ante cada atropello, ante cada caída, siguió desarrollándose el enfrentamiento con mayor fuerza y decisión inspirado en el ejemplo digno de líderes como Margarito Iglesias, Aracelio Iglesias, Evaristo Baranda y otros combatientes de la clase obrera.





Al producirse el madrugonazo de la camarilla militar en marzo de 1952, ese mismo día surgieron las primeras muestras de rebeldía e inconformidad con aquel régimen *de facto* que, usurpando todo vestigio de legalidad, se apoderó de la nación. Decenas de jóvenes trabajadores y estudiantes se fueron aglutinando, participando indistintamente en las manifestaciones que fue requiriendo la lucha.

En etapas posteriores, años de enfrentamiento creciente entre pueblo y dictadura, cuando esta ahogaba en sangre toda expresión de libertad, y los mejores hijos de la patria desarrollaban la actividad revolucionaria desde la clandestinidad, cuando algunos estaban presos, otros exiliados, una parte en las montañas y varios habían encontrado la muerte, este antiguo municipio, proletarizado, inquieto como un diminuto Santiago de Cuba a las puertas del centro de la represión, adquirió, por la ejemplar actitud de sus combatientes, un adjetivo bien ganado, un nombre de guerra: “La Sierra Chiquita”.



### **Recuento necesario**

CARLOS Y OSVALDO (VITY) FERNÁNDEZ FEAÍN

Inmediatamente después del golpe de Estado encabezado por el dictador Fulgencio Batista, muchos reglanos acudieron a la Universidad de La Habana en busca de las armas que había prometido Prío a la FEU, pero en breve se conoció de su traición y cobardía, al exiliarse en la Embajada de México.

En Regla, como en toda Cuba, el golpe conmocionó al pueblo y en especial a su juventud. Todos los que pertenecíamos a la Juventud Ortodoxa y a su Partido, dirigido por Julio Alemán y Arturo Roca, respectivamente, nos pusimos en alerta. En la Juventud Ortodoxa donde militábamos ambos, se nos orientó distribuir pro-





clamas y pintar paredes condenando al régimen. Esta tarea fue dada a todos por Cristóbal Mayor, secretario de Propaganda.

Nosotros nos unimos a otros miembros de la Dirección de la Juventud Ortodoxa, tales como Sergio Chávez, Miguel Bragado y otros, resultando detenido Cristóbal, quien conducido a la 18va. estación de Regla, fue maltratado por el capitán Domingo López.

En la vorágine política del golpe de Estado, se apareció en Regla *Millo* Ochoa, dirigente nacional ortodoxo alardeando que a Batista había que “tumbarlo” por las armas y que los ortodoxos iban a cerrar filas con este propósito. En esta ocasión se entrevista con Fernando Fernández Vázquez (*Bigote*), con Alemán, Vicente García Terminel, que era concejal del Partido Ortodoxo, y otros, solicitándole que mantuviera activa la conspiración contra el dictador, así como desarrollar acciones locales, ya que sus propósitos eran dar un golpe armado de gran resonancia contra el tirano en fecha próxima. Después conocimos de toda su “mojiganga” con el Pacto de Montreal y otras actitudes que lo descaracterizaron.

La gente más seria que nos visitó después del 10 de marzo de 1952 y hasta los primeros meses de 1953 fue el profesor universitario Rafael García Bárcena, jefe entonces del Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR),<sup>1</sup> quien contactó con *Bigote* para sumarlo a su movimiento y con Vicente García Terminel. En este período de tiempo estuvo dos veces en Regla y a través de Fernando, Terminel y Héctor Rodríguez Llompart, se celebraron distintas reuniones con compañeros presentados al profesor, entre los que se encontraban Cristó-

---

<sup>1</sup> Este Movimiento fue fundado el 20 de mayo de 1952 y logró una organización nacional.





bal Mayor, Arturo Roca y otros, dejando constituida una célula del MNR, la cual integraron, además, los compañeros Alfredo Lemus, *Cuco Arce*, Ignacio Merón, *Felo Díaz*, Sergio Cobo, Daniel Pérez (*El Luchador*), entre otros.

Es de destacar que el profesor Bárcena venía vertebrando una organización insurreccionista seria, cuyos fines eran derrocar a la tiranía por la vía del push armado. Se nutrió fundamentalmente de militares en activo y retirados, también cerraron sus filas estudiantes, intelectuales, obreros y otras capas sociales.

La acción principal sería la ocupación del campamento militar de Columbia, acción que se ejecutó, al final, el 4 de abril de 1953 y en ella resultaron detenidos Fernando Fernández (*Bigote*), Cristóbal Mayor, Alfredo Lemus, *Felo Díaz* y Daniel Pérez (*El Luchador*), quienes fueron golpeados por agentes bajo las órdenes de Rafael Salas Cañizares.

A partir del día 11 de marzo de 1952, después del golpe de Estado, “otros líderes” de la época tratan de reclutar a nuestros compañeros para sus planes contra la dictadura, como lo fue Justo Carrillo, “líder” auténtico que respondía a Aureliano Sánchez Arango (*Yeyo*) y que por sus relaciones con Juan Carballeira, reglano, tratan de crear una célula de la Triple A en la localidad, sin lograr los propósitos.

Durante los meses siguientes se llega a constituir, al fin, una célula de la Triple A,<sup>2</sup> en la que no participa ya Juanito Carballeira y que fue integrada por José Ferrer García (*Cheo*), Osvaldo Santana, Gerardo Granda, Eladio Novoa, Victoriano Aguiar Cartaya y otros que venían actuando individualmente en el seno de esa organización.

---

<sup>2</sup> Organización creada el 1ro. de mayo de 1952, por Aureliano Sánchez Arango —ministro de Educación del gobierno de Carlos Prío Socarrás— con la intención de luchar contra Batista por medio de las armas, pero no logró su propósito.







Por otra parte, Evelio Parera Zulueta, por mucho que se esforzó, no pudo integrarse, entonces, a la Triple A, no obstante haber hecho contacto a través de Carballeira con Justo Carrillo Hernández<sup>3</sup> a raíz del golpe de Estado; logró incorporarse más tarde, junto a Argelio Alfonso (*Litongo*), con Catalino Segura, quien sería su jefe en el MR-26-7 al constituirse esta organización en Regla bajo las órdenes de José Ferrer García (*Cheo*).

Entre el ir y venir de esta etapa, nosotros dos hicimos contacto con Pardo Llada, otro demagogo de la política tradicional de la época, quien inicialmente se presentó como un hombre dispuesto a redimir a Cuba por la vía de las armas y que después claudicó sin tirar un tiro. Sus primeras proyecciones (el Pacto de Montreal, su “Movimiento de la Nación”, su línea insurreccionalista y después el Partido Nacionalista), toda su verborrea y sus mentiras, tuvimos oportunidad de confrontarlas y descaracterizarlo en el curso de la lucha.

Pardo Llada había anunciado su intención de concurrir a las elecciones parciales de 1954 y nosotros nos percatamos de que esa maniobra traicionaba sus postulados. Por eso nos reunimos a mediados de 1954 un numeroso grupo de compañeros en “Patilarga”, donde dirigíamos a la juventud revolucionaria reglana y discutimos esta actitud.

Allí estaban Sergio Chávez, Miguel Bragado, Fermín Expósito Fresquet, entre otros, por la Juventud Ortodoxa, así como jóvenes de otras agrupaciones como *Bebo Hoyo*, y llegamos al acuerdo de hacer una carta conminatoria a Pardo Llada sobre su actitud y sus proyecciones políticas inmediatas. En esa reunión del Ve-

---

<sup>3</sup> Carrillo Hernández, en junio de 1952, creó una amplia organización nacional nombrada Acción Liberadora con el fin de luchar contra Batista. No redactó ningún programa que permitiera conocer su proyección.





dado estuvo presente el propio Pardo Llada, Danilo Baeza y otros de su directiva. Allí le dijimos que estábamos por la vía insurreccionalista para derrocar a Batista mediante la lucha armada y no por elecciones que siempre iban a ser amañadas. Pardo Llada en la discusión sacó una pistola que tenía en la cintura y la puso sobre su buró. Le dijimos que esa pistola, si tenía valor, la usara para derrocar a Batista mediante una revolución y no una componenda. Y rompiendo todo vínculo con su organización, nos retiramos.

Pronto ingresamos en el MR-26-7 de la localidad que venía organizando José Ferrer (*Cheo*), a partir de julio de 1955. Ambos habíamos sufrido detención por parte de los agentes de la dictadura en Regla en 1954, acusados de incitar al paro obrero de las rutas de ómnibus 6 y 29.

## **Conspirando**

FERNANDO FERNÁNDEZ VÁZQUEZ (*BIGOTE*)

Fui detenido por los sucesos del “Domingo de Resurrección”, en La Habana, junto al profesor García Bárcena y un considerable grupo de compañeros. Una vez en libertad, nos dimos a la tarea de seguir luchando. En aquellos momentos, el pueblo comenzaba a comprender que había que luchar duro para obtener la libertad.

Teníamos conocimientos que habíamos adquirido a través de la lucha como militantes del Partido Ortodoxo, e íbamos madurando. Ya nosotros conocíamos y manteníamos contactos con un gran número de compañeros, en nuestras visitas frecuentes al local del Partido, en Prado 109, La Habana. Aquí conocimos y vimos que la juventud se iba preparando para la gran lucha.

Conocí por esta fecha a Ciro Redondo, a Níco López, y hablaba mucho con ellos. También conversaba con un buen amigo, el compañero Juan Manuel Márquez.



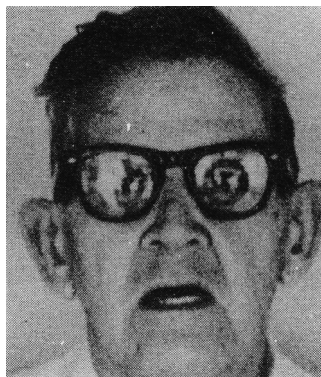


Con posterioridad, ocurrieron los sucesos del Moncada. Se habían celebrado los juicios en Santiago de Cuba y fuimos conociendo más profundamente cómo se habían desarrollado los acontecimientos del 26 de julio de 1953. El pueblo conoció hasta dónde era capaz de mentir la tiranía porque dio muestras de ello...

Llegó a nuestras manos por conducto clandestino el alegato-defensa de Fidel en el juicio del Moncada, *La historia me absolverá*, que explicaba más detalladamente los hechos y el programa de lucha de lo que posteriormente sería el MR-26-7. Estudié y aprendí su contenido y estuve plenamente de acuerdo en luchar por esos objetivos revolucionarios.

Transcurrido el tiempo se fue desarrollando una movilización de pueblo, exigiéndole a la dictadura la libertad de aquellos valientes jóvenes que se encontraban presos en Isla de Pinos. Fue con esta acción de las masas que la tiranía batistiana se vio precisada a poner en libertad mediante una amnistía a este grupo de combatientes.

Cuando fueron liberados esos jóvenes en el mes de mayo de 1955, que los trasladaban en el *Pinero* —así le



Fernando Fernández Vázquez (*Bigote*), fundador del MR-26-7 en Regla.





decían entonces al barco que hacía las travesías entre Isla de Pinos y el Surgidero de Batabanó—, y desde ese puerto del sur de la provincia a la terminal de ferrocarriles de La Habana, una gran masa combativa y revolucionaria se dio cita allí para darles la bienvenida, y en ella estuve presente acogiendo con todo entusiasmo a los prometedores jóvenes del Centenario.

El 20 de mayo, la Federación de Estudiantes Universitarios (FEU) cita al pueblo a un mitin en la escalinata y se invita a Fidel. Este acto fue suspendido por el régimen. Posteriormente Fidel logra hacer su primera comparecencia ante el pueblo a través de la radioemisora Unión Radio, a pesar de las presiones que realizó la policía para impedirlo.

Conocimos, entonces, a Fidel Labrador, ese valiente que cubrió la retirada junto con otros combatientes en el asalto al Moncada, al que un balazo le había vaciado un ojo. Fue Labrador posteriormente quien me presentó a Pedro Miret, Faustino Pérez, *Aguilera* y a otros compañeros, logrando de esta forma un contacto central con los dirigentes del Movimiento Revolucionario. Se me encomendó por la dirección revolucionaria que comenzara a dar los primeros pasos para ir creando en Regla la organización que en un futuro sería el MR-26-7.

Lo primero que hice fue tratar de captar a lo mejor de la juventud. Sabía la responsabilidad que había caído sobre mí y quería cumplir cabalmente la tarea. Tenía que ser muy escrupuloso en la selección.

Desde mediados de abril de 1955 se había reabierto el periódico *La Calle*, dirigido por Luis Orlando Rodríguez. Por haber pertenecido al Partido Ortodoxo, sufrido prisión y conocer a muchos de los compañeros, me orientaron que debía hacerme cargo de la distribución del periódico en mi pueblo.





Por la importancia que se le dio a esta tarea, pues lo que interesaba era que la prensa llegara al pueblo por ser el vehículo de propaganda que teníamos entonces, me di a la tarea de captar a distintos compañeros.

Tengo que reconocer, y es justo que lo haga, que al primer joven que logré captar para ayudarme y que lo presenté en La Habana por la confianza que tenía en su seriedad y disposición en estas cuestiones, fue a Catalino Segura. Junto a él me di a la tarea de organizar cómo íbamos a distribuir el periódico, cómo transportarlo, etc. Le indiqué que en la fábrica de abonos, Productora de Superfosfatos, donde él trabajaba, había muchos compañeros que tenían disposición de luchar y estaba seguro de que cooperarían si él les hablaba.

La segunda tarea para garantizar una buena recaudación fue buscar a quien responsabilizar con la distribución del periódico. Le planteé esta necesidad a Arnaldo Álvarez Figueroa, quien era miembro de la Ju-



Fábrica de abonos, Productora de Superfosfatos. Sus obreros fueron los primeros contribuyentes de Regla a la causa de la liberación.





ventud Ortodoxa y posteriormente llegó a ser su secretario. También hablé con su hermano *Felito*, proponiéndome ellos, posteriormente, para ayudarlos en ese trabajo a Ramoncito. La primera cantidad que distribuimos fueron 100 periódicos; además, Catalino hizo unas 30 suscripciones y yo unas 40.

La prensa se traía en la ruta 6 y frente a los depósitos de la antigua Sinclair, a la entrada del pueblo, se la entregábamos a Ramoncito para su distribución, desarrollando esta dicha actividad en una bicicleta.

A medida que la situación fue poniéndose más difícil, la traíamos directamente desde La Habana en la ruta 6 hasta el paradero, y aquí la guardábamos en un estante de venta de periódicos que poseía un inspector de ómnibus que simpatizaba con el Movimiento Revolucionario.

Las liquidaciones las hacía los sábados en la redacción del periódico, que se encontraba en la calle San José No. 458 entre Campanario y Manrique, en La Habana. Uno de esos sábados fui acompañado de Catalino y otros jóvenes, y en los momentos en que estaba haciendo la liquidación, se apareció Fidel con varios compañeros y nos saludamos, presentándonos yo a los que me acompañaban.

Fidel me dijo que todo estaba bien; me preguntó cómo estaba el pueblo de Regla, en qué condiciones revolucionarias; le respondí que estaba en pie de lucha. También me dijo que independientemente de las suscripciones que hicieramos al periódico, había que lograr recaudaciones a través de colectas para ayudar a sostenerlo, ya que sólo con las suscripciones no se lograba esto, porque eran muchos los gastos, y había que garantizar que el periódico saliera a la circulación.

Ante esta orientación concreta y con la ayuda de Catalino, conversamos con un grupo escogido de obreros de la Productora de Superfosfatos, y un considera-





ble número de ellos dio como contribución al periódico *La Calle*, medio día de sus haberes. Ese desprendimiento fue elogiado por nosotros y rápidamente lo entregamos a la redacción de *La Calle*, cumpliendo así lo señalado por nuestro jefe, Fidel.

En la medida en que el periódico fue cumpliendo su cometido (denunciar al régimen tiránico de Batista), siendo por este motivo anhelado por el pueblo, el entonces jefe de la 18va. estación de la PN, capitán Domingo López, oficial atropellador y bandido, trató de indagar todo lo relacionado con el traslado, distribución y venta de esta prensa en el municipio. Según conocimos, la única información que pudo obtener fue que el periódico salía de “Patilarga” (nombre popular que lleva la carretera donde yo vivía entonces).

Por esta zona estuvieron los agentes, pero no pudieron saber nada: habíamos tomado todas las medidas para burlarlos. El periódico tuvo su final el 15 de junio de 1955, cuando meses más tarde se produjo públicamente el emplazamiento-denuncia que hizo Fidel al esbirro Chaviano y a otros personeros del régimen, motivos por los cuales fueron asaltados sus talleres por la policía y destruidos todos sus equipos.

Seguí visitando Prado No.109, y en una oportunidad me encontré allí a Santiaguito Mal-lía junto con Charles Bermúdez; este último me estuvo preguntando en aquella oportunidad acerca de Mal-lía, buscando mis criterios. Le dije que era un buen compañero y que nosotros manteníamos contactos.

### **La primera pintura mural**

FERNANDO FERNÁNDEZ VÁZQUEZ (*BIGOTE*)

Una mañana me vienen a informar que algunas calles del pueblo habían amanecido pintadas con lemas que daban vivas a Fidel. Hubo arrestos. A los po-





cos días se repitió este hecho, sólo que esta vez la pintura mural fue de un extremo a otro del pueblo y se había hecho en las paredes, aceras, servicios públicos, etcétera. Esto me llamó bastante la atención y entonces les planteé a los compañeros que era necesario conocer cómo se había hecho eso y quiénes lo habían ejecutado. Ese mismo día fui a La Habana y di cuentas a la dirigencia del Movimiento, de lo que había pasado. En Prado 109 me orientaron que debía tratar de tomar las precauciones a fin de conocer el origen de este hecho, teniendo cuidado, además, de estar atento a cualquier situación, a que también pudiera ser este un ardid empleado por la policía para descubrirnos.

Comencé a realizar las investigaciones pertinentes para conocer si este era un hecho de compañeros que sentían la revolución pero no tenían el contacto y poderles dar tratamiento a esos jóvenes que habían tenido esa actitud tan digna y valiente, o si, por el contrario, había sido una táctica del enemigo para lograr llegar hasta nosotros y destruirnos.

Hablé con Gilberto Rodríguez Marrero (*Chericán*); le dije que indagara sobre el particular encomendándole que buscara por todos los medios, conocer la verdad de este hecho, que yo, por mi parte, trataría de conocer también quiénes habían sido los promotores de esa acción.

A los dos días, Gilberto me informó que ya conocía todos los pormenores del hecho y quién había dirigido esa propaganda mural; que era un compañero valioso, que no tenía contactos con el Movimiento y que estaba deseoso de luchar contra la tiranía.

Orienté a Gilberto para que evaluara si era positivo entrevistarse con ese joven, y si entendía que ese compañero podía acometer la organización del Movimiento en Regla; *Chericán* me respondió afirmativa-







mente y acordamos citarlo para una reunión en mi casa, pero con la condición de que aún no le dijera el interés nuestro. Que le argumentara al compañero que estábamos interesados en su visita y en sostener una conversación con él.

En efecto, posteriormente el compañero vino a verme y yo lo mandé sentar en la casa y comenzamos a conversar de distintas cuestiones. Lo estuve observando durante el desarrollo de nuestra entrevista, palpé sus inquietudes y le hice los planteamientos políticos del momento que vivía el país, de la lucha contra la dictadura. Lo vi lleno de entusiasmo, lleno de energía, y le dije que yo era quien estaba a cargo de lograr el aglutinamiento de los compañeros que simpatizaran con Fidel en Regla y que si él podía, yo le daría participación en esa tarea. Me respondió afirmativamente, que estaba en disposición de ingresar en las filas que yo estaba organizando y aportar todos sus esfuerzos, y si era preciso, entregaría su vida por esta causa. Ese compañero fue José Ferrer, a quien todos le llamamos cariñosamente *Cheo* Ferrer, y que posteriormente presenté en La Habana a Pedro Miret, *Aguilerita*, Faustino Pérez y otros, de la Dirección del Movimiento.



### **Se organizan las filas**

JOSÉ FERRER GARCÍA (*CHEO*)

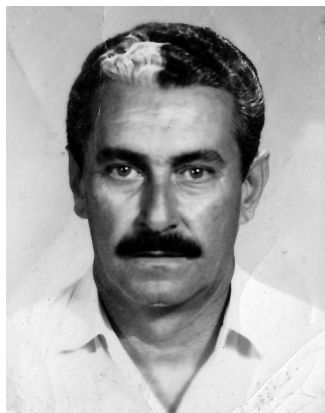
Aún sin contacto con quienes se encontraban organizando el Movimiento, que no tenía nombre todavía, se me ocurrió la idea de escribir en las paredes ¡VIVA FIDEL! con un pedazo de creyón que había conseguido en días anteriores. Pinté varios murales en la calle principal del pueblo, Martí, y me acosté a dormir. Por la mañana, cuando salgo a la calle, me entero que habían arrestado a treinta o cuarenta ciudadanos opositores: ortodoxos, Movimiento de la Nación y comunistas.





Me percató del impacto de la acción y se la comunico a los compañeros que yo conocía como antibatistianos. Esta conversación motivó que acordáramos organizarnos quince compañeros con el fin de pintar todas las paredes de la localidad. Este grupo inicial estaba integrado por elementos de tendencia auténtica, ortodoxa y aurelianista. La discusión fue en una atmósfera de muchas contradicciones y criterios, pero en definitiva predominó la que sería el lema o leyenda a escribir en las paredes, que no fue otro que el de ¡VIVA FIDEL! nuevamente.

La reunión donde tomamos este acuerdo se celebró en Perdomo No. 129, esquina a Ortiz, en casa de Rolando Maestre (*Cachirulo*); en ella participaron Leonardo Valdés Suárez (*Maño*), Gerardo Granda Mijares, Victoriano Aguiar, Osvaldo Santana, Cristo Ponce Venero (*Casito*), Miguel Velazco Rapado (*Miguelo*), Delio Hernández, Elio Bas Guerra (*Mocho*), Miguel Bragado, Argelio Alfonso (*Litongo*) y su hermano Luis (*El Sapo*), Rolando Neyra García (*El Nato*), Roberto Valdés del Rey (*Venao*) y otros.



José Ferrer García (*Cheo*) fue contactado por Fernando Fernández Vázquez para organizar el MR-26-7 en Regla. Dirigió el Movimiento hasta mediados de junio de 1958.





Nuevamente me puse en contacto con Antonio Valdés Pereira, militante del PSP, con quien siempre mantuve una estrecha amistad. Esta había sido la persona que me había regalado anteriormente el creyón con el que pinté los primeros murales. Esta vez le pedí la fórmula con el fin de fabricarlos nosotros, en cantidad suficiente, ya que teníamos pensado pintar todas las paredes del pueblo. Él accedió entusiasmado, como siempre. El dinero para comprar los materiales necesarios, lo aportaron Osvaldo Santana y Leonardo Valdés Suárez (*Maño*), y ambos participaron en la fabricación del creyón, el cual elaboramos en mi propia casa sita en Ave. Rubiera No. 267, entre Martí y Maceo.

Se organizó la pintura de la siguiente manera: por cada barrio, de los cuatro que tenía el antiguo municipio de Regla, participarían tres compañeros, e igualmente tres más pintarían los repartos Lídice y Unión.

Habíamos acordado que la hora de comenzar la tarea sería las doce de la noche, y nadie podía hacerlo ni un minuto antes, pues comprometía al resto de los compañeros. Todos cumplieron el acuerdo. Durante el desarrollo de la tarea emulamos a ver quién o qué grupo pintaba más murales en menos tiempo. La acción fue un éxito: se pintaron todas las paredes.

Esta operación motivó que durante toda aquella madrugada la policía de la 18va. estación arrestara a más de cien opositoristas. Entre los detenidos se encontraba Antonio Valdés Pereira, el mismo que había dado la fórmula para la confección de los creyones y que lo sacaron de la estación de policía en horas de la mañana, acompañado de un guardia. Así también les hicieron a algunos opositoristas presos, a quienes les daban un cepillo de alambre para que borrarán los murales.

Valdés Pereira se negó a realizar esta faena, manifestándole a la policía que la persona que había pintado





esos lemas, lo hizo a riesgo de que lo encarcelaran o lo mataran, y que él no los iba a borrar. Ello motivó que se lo llevaran para la estación de policías a empellones.

A raíz del éxito de esta operación, Gilberto Rodríguez Marrero (*Chericán*) hizo contacto conmigo, tratando de indagar si yo había tenido participación en la pintura de los lemas que causaron tanto escándalo. Como le respondí afirmativamente y le signifiqué que lo había realizado con catorce compañeros más, este me propuso entrevistarme con un compañero a quien él conocía y se encontraba organizando el Movimiento que respondía a Fidel.

Accedí a la proposición de *Chericán* y fui a la entrevista. Me presentó a Fernando Fernández Vázquez, al que cariñosamente le llamamos *Bigote*, quien me expuso que tenía relaciones y contactos con los hombres del Moncada, que eran los que estaban organizando un movimiento para la lucha contra el tirano y entendía que esta era una lucha para jóvenes; que él ya tenía una edad avanzada y estaba muy quemado en las luchas desde Machado. Me dijo que si yo quería asumir la responsabilidad de ese movimiento en la localidad, él me pondría en contacto con los dirigentes nacionales en La Habana, y que, a pesar de su vejez, podíamos contar con él, pues seguiría organizando con nosotros.

Al fin mis ideas de organizarme con los hombres del Moncada por los que sentía verdadera admiración y respeto, se habían hecho realidad. Le manifesté mi entusiasmo a Fernando y accedí con mucho gusto a asumir las responsabilidades de la organización en Regla. Al mismo tiempo, Fernando me explica que tenía varios jóvenes organizados y que me los iba a presentar. La presentación no se hizo esperar, conocí a los jóvenes que tenía Fernando y se les hizo saber mi res-





ponsabilidad. La noticia fue grata y aceptada por ellos de muy buen agrado.

Días después fui con Fernando a La Habana, a Prado No. 109, y me presentó a Níco López, héroe del 26 de Julio, y a Pedrito Miret, también combatiente del Moncada. Ambos, dirigentes nacionales de la organización, me felicitaron por las actividades realizadas en nuestro pueblo y expresaron que tenían interés en conocerme.

Se habló de principios, de ideales, de línea a seguir, de disciplina, de organización, de propósitos, y salí de esa primera reunión con la responsabilidad del Movimiento en el municipio y la orientación de que en los próximos murales, pintara el nombre que había adoptado la organización: Movimiento Revolucionario 26 de Julio (MR-26-7) en honor a los mártires del Moncada. Estos contactos los realizamos entre mayo y junio del año 1955.

En uno de mis contactos iniciales con Níco López, este se interesó en conocer cómo se confeccionaban los creyones y cuáles eran las materias primas necesarias. Le expliqué ampliamente y quedamos citados para en días próximos, vernos por la noche. Cuando me volví a reunir con él, en Prado No. 109, desde aquí nos trasladamos a la panadería del padre de un compañero nombrado Segundito Pérez, en la calle Factoría No. 67, entre Corrales y Apodaca.

Cuando llegamos a la panadería, fue grande mi sorpresa: las materias primas que le indicara a Níco como necesarias para la confección de los creyones, las había comprado por cientos de libras; con asombro le dije: "Oiga, compadre, aquí hay para hacer creyones y pintar todas las paredes de Cuba". Y él nos respondió: "Precisamente eso es lo que nos proponemos". Inmediatamente Níco, Segundito Pérez y varios





más que habían citado para que ayudaran, nos dimos a la tarea de la fabricación de los creyones, que efectivamente pintaron todas las paredes de Cuba.

En Regla se fue integrando, en julio de 1955, el Movimiento con un grupo de jóvenes dispuestos a la lucha; en esta primera fase existía un grupo de compañeros que creció rápidamente hasta aglutinar a cuarenta hombres en torno a una jefatura con responsabilidades como las de Acción y Sabotaje, Propaganda, Finanzas, etcétera.

Los primeros que se fundieron en el Movimiento procedían del grupo que se había ido nucleando alrededor de Fernando Fernández, y parte de los que conjuntamente habíamos participado en las pinturas murales, además de otros que ya habían ingresado en esta fecha; entre ellos, Evelio Parera Zulueta, Orlando López (*El Gaucho*), Leonel Milián (*El Mejicanito*), Roberto Pedroso, Osvaldo Milián, Manolo Baltá, Fernando y José Fernández del Amo, Pedro Hernández Parente, Tomás Echevarría López y varios más.

Las primeras tareas que acometimos fueron de propaganda y recaudación de fondos para el Movimiento. Repetimos la pintura con lemas revolucionarios en distintos lugares de Regla, Guanabacoa y particularmente en los alrededores de la Universidad de La Habana, en el Vedado. Siempre que se desfilaba en fechas señaladas, desde la escalinata universitaria, salíamos 10 o 15 jóvenes a desfilas junto con los estudiantes, manteniendo un contacto estrecho con Machadito, Fructuoso Rodríguez y Carbó Serviá. Nunca dejó de haber una representación nuestra en las manifestaciones universitarias. Tirábamos volantes en los cines de la localidad y de La Habana. En cualquier concentración pública, rompíamos los mítines politiqueros al grito de ¡Revolución! ¡Revolución! ¡Revolución!





Otras actividades por este tiempo eran los mítines relámpagos en los lugares de mayor concentración; consistían en sacar una bandera cubana, íbamos en grupo y el compañero designado hacía una arenga revolucionaria o denunciaba algún crimen, y antes que viniera la policía, ya habíamos desaparecido. Estos mítines también los hacíamos dentro de los ómnibus.

A principios de agosto, delegamos en Sergio Chávez y Santiaguito Mal-lía, para que fueran estructurando las Brigadas Juveniles del Movimiento en la localidad, las cuales estaban llamadas a organizar y captar a los más jóvenes. Íbamos dando pasos cortos, pero seguros en la consolidación de las filas del Movimiento Revolucionario 26 de Julio.

Contábamos además, con la tarea de proteger la integridad física de Fidel Labrador, quien aún venía confrontando una delicada situación en uno de sus ojos por el balazo que recibió en el asalto al cuartel Moncada y al que refugiábamos en Regla. Fidel Labrador fue el primer hombre que nos entregó propaganda del Movimiento para su distribución en Regla; entre ella, *La historia me absolverá* y *Las fuerzas morales*, de José Ingenieros; fue siempre un ejemplo vivo de heroicidad y contribuyó, con su experiencia, a las tareas organizativas del Movimiento en la localidad, acompañándonos en todo el curso de la lucha contra la tiranía batistiana.



#### MIGUEL BRAGADO LLERANDI

Fui con José Ferrer, Victoriano Aguiar y Gerardo Granda a un contacto que Ferrer iba a sostener con Nico López en la Universidad sobre cómo sería la estructura que debía tener el Movimiento.

Nico López había dado la orientación de crear Brigadas Juveniles, pero cuando Ferrer comunicó esta estructura a los miembros de la organización en Regla,





surgieron opiniones de que muchos de los integrantes de la organización eran personas adultas, y consideraban debían participar en acciones de peso, dejando para los más nuevos la posibilidad de integrarse a las Brigadas Juveniles. Creo que Níco López accedió a la fundamentación que le hizo *Cheo Ferrer*, pues de ese contacto salió la decisión de crear grupos de acción y sabotaje en Regla y constituir las Brigadas con nuestros compañeros más jóvenes posteriormente.

### **Las Brigadas Juveniles**

ARMANDO SANTIAGO MAL-LÍA BENJAMÍN<sup>4</sup>

José Ferrer citó a Sergio Chávez y a mí para plantearnos una nueva misión que sería la organización de un grupo que se denominaría Brigada Juvenil del Movimiento 26 de Julio. Sergio Chávez actuaría de “centro” y yo lo secundaría en las tareas.

Las funciones de la Brigada serían fundamentalmente de propaganda, agitación, recolección de fondos, etc., y debía de aglutinar a los más jóvenes que se encontraran formando parte de los grupos de acción del Movimiento, así como a las posibles captaciones que hiciéramos posteriormente.

La primera reunión se celebró en mi casa, sita en Pereira No. 165 (interior) entre Martí y Maceo, donde quedó constituida la Brigada con 12 compañeros. Esta



---

<sup>4</sup> Poesías de este combatiente se usaron para levantar el ánimo de lucha y la rebeldía en distintos mítines relámpagos:

“¡Paredones del Moncada / Donde fueron abatidos / Cien jóvenes aguerridos / De valentía probada! / Porque una triste madrugada / Usurparon el poder, / Y esto sólo pudo ser / La obra de un asesino. / ¡Hoy Cuba tiene un camino, / De esperanzas en Fidel! / ¡Es un paladín cubano / De la ley, y la razón / Y es firme su decisión / De lucha contra el tirano. / ¡Él guiará nuestras manos / El día de la conquista / No hay joven que se resista / Ante la sinceridad, / Su conquista es libertad / Y su lema: ABAJO BATISTA!” / [Regla, 1955].







reunión fue presidida por Victoriano Aguiar, que participó por el Movimiento en nuestra localidad, y por Humberto Torres Fonseca, quien asistió por la dirección provincial.

Posteriormente procedimos a llenar unas planillas de color rosado, de aproximadamente media página, que tenían como título: BRIGADAS JUVENILES DEL MOVIMIENTO REVOLUCIONARIO 26 DE JULIO. En ellas se exigían los datos personales, y debíamos marcar con una cruz el frente de trabajo donde desarrollaríamos nuestras actividades revolucionarias: Propaganda, Acción y Sabotaje, Proselitismo, Finanzas, Agitación, etcétera.

A pesar de que la planilla fue resultado de una inexperiencia en este tipo de actividad clandestina, pues dejaba constancia —totalmente comprometedora— de la participación de cada uno de nosotros en la lucha contra la dictadura, no hubo ningún compañero que se negara a firmarla. Las guardé ocultándolas en una abertura de la pared del cuarto donde yo vivía y posteriormente, en un momento de la lucha y por orientaciones precisas, las destruí.

En los primeros meses de 1956, se crearon varias brigadas más con compañeros procedentes de la logia ajefista EDUARDO FACCIOLO y otras de la localidad, que operarían fuera de Regla por orientaciones de Mario Hidalgo y a instancias de Héctor Rodríguez Llompert (*Tatá*), cuyas estructuras diferían de la que habíamos constituido nosotros debido a la cantidad de miembros que las componían. Nosotros trabajamos en algunas acciones con estos compañeros fuera de la localidad; posteriormente a las actividades desarrolladas por las Brigadas del MR-26-7 de Regla, se realizó una serie de hechos de propaganda: se pegaron en todo el pueblo sellos impresos por gomígrafos, con el lema “1956, Libres o Mártires”. Otros decían: “Única Solución: Huel-





ga General e Insurrección”; de estos últimos, Gerardo Granda Mijares pegó uno en la defensa de la perseguidora del capitán de la policía, cuando se encontraba parqueada junto al bar México.

Fabricamos creyones en la casa de Osvaldo Santana con los que después pintamos murales en el pueblo, contra la tiranía. Efectuamos mítines relámpagos en el pueblo de Casa Blanca, en distintos centros de enseñanza nocturna de Regla, en los alrededores de la Universidad de La Habana, etc. Se colocaron banderas y brazaletes del Movimiento en distintos lugares, por ejemplo: Pereira y Martí, emboque de las lanchas, Radio centro, cine Regla, etc. Participamos en prácticas de armas con pistola, ametralladora y carabina. Estuvimos presentes en distintas manifestaciones estudiantiles: el 7 de diciembre de 1955 (fecha de la muerte del Titán de Bronce); el 28 de enero de 1956 (fecha del natalicio de nuestro Apóstol); la del aniversario de la muerte de Rubén Batista (estudiante asesinado en el curso de la dictadura); la del mitin antitrujillista de la Universidad (acto convocado por la FEU en la escalinata, para denunciar la complicidad de Batista y Trujillo); la del 27 de noviembre (fecha del fusilamiento de los estudiantes de Medicina en 1871) y otras.

Hicimos sabotajes con fósforo vivo en los cines de Regla y otros donde actuamos. Fueron fuegos parciales, pero lograron el objetivo de hacer sentir que nos encontrábamos en una lucha revolucionaria. En el cine Regla se regó el fósforo en las cortinas de la salida y sobre el escenario. También quemamos algunos autos de personeros de la tiranía, como, por ejemplo: el del teniente Brito, militar que pertenecía a la aviación batistiana. Lo incendiamos en Pereira entre Martí y Máximo Gómez, Regla.

Por dos ocasiones fue incendiado el auto del chivato Manolo Sosa. La primera vez les dimos fuego con





fósforo vivo a los asientos, cuando se encontraba parqueado el auto frente a la relojería que poseía en La Piedra y Máximo Gómez, y otra fue aprovechando sus frecuentes visitas a la casa situada en Fresneda esquina a Maceo. Esta vez hubo tiempo para rociarle fósforo vivo líquido en la capota del vehículo, un Buick convertible de su propiedad, y pintarle un 26 en el maletero.

Se lanzó fósforo vivo en distintas tiendas del pueblo y centros de trabajo, como La Casa Grande, Los Precios Fijos, fábrica de frazadas del reparto Modelo, fábrica de tejidos Dial, etcétera.

Se lanzaron alcayatas, en múltiples ocasiones, en distintos puntos de acceso a la localidad: esquinas de División y Carretera Vieja de Guanabacoa, 24 de Febrero y Carretera Regla-Habana, Calle 1ra. del reparto Modelo, Calixto García y Concepción, etcétera.

Distribuimos en grandes cantidades los periódicos *Revolución*, *Sierra Maestra* y *Brigadas*, recaudando para la lucha; de igual forma vendíamos los bonos del Movimiento 26 de Julio.

En todas las actividades enumeradas, participaron compañeros muy jóvenes, que no por ello dejaron de actuar en todo momento con el grado de responsabilidad y valentía que exigía la hora. Entre ellos, Sergio Chávez Méndez, Ignacio Llompart, José Alba Betancourt (*Pepe 50*), Angelito Cruz (*El Fiñe*), Isidro Diez, Leobel Milián, Luis Berdellán, Víctor Babani, Mario Lipinsky, Manuel López (*El Chévere*), Eloísa Ballester y su hermana, Germán (*El Pollino*), Fermín Expósito Fresquet, Rolando Fernández (*Perejil*), Osvaldo Milián, Víctor Blanco, Juan Gutiérrez (*Guango*), Roberto Galves Lendián (*Tico*), Reinaldo Lemus (*Pelusa*) y otros.

En la práctica, el carácter que fue tomando la Brigada en su contenido de trabajo revolucionario, era exactamente igual al que desplegaba el Movimiento en





general. El hecho fundamental que propició que la Brigada desapareciera estructuralmente, al menos en Regla, fue precisamente esta dualidad, fundiéndose sus integrantes a los distintos grupos de acción del Movimiento de la localidad.

En otros lugares, las Brigadas Juveniles del Movimiento tuvieron una vida más prolongada, aunque en general, desempeñaron su papel y sirvieron de vehículo para incorporar y desarrollar a muchos jóvenes valiosos en la lucha revolucionaria.

### **Estructurando las fuerzas**

JOSÉ FERRER GARCÍA (*CHEO*)

Debido a que las filas del Movimiento habían crecido por el ingreso de numerosos compañeros, entendimos necesario crear distintos grupos integrados cada uno por diez miembros, con la finalidad de descentralizar las responsabilidades y, al mismo tiempo, canalizar organizadamente las tareas, que aumentaban cada vez más. Designé a Evelio Parera Zulueta, Osvaldo Santana, Victorino Aguiar Cartaya, Orlando López Correa (*El Gaucho*) y Catalino Segura, todos fundadores del MR-26-7, al frente de cada uno de los grupos. Orlando López siguió atendiendo la tarea de financiero del Movimiento.

Al poco tiempo comprobé lo eficaz de la medida. Me resultaba más factible la coordinación y dirección de las actividades de los distintos grupos a través de los responsables, y pude emplear mis esfuerzos en tratar de garantizar la participación, cada vez en mayor grado, de todos los miembros del Movimiento en tareas y acciones que la propia lucha iba exigiendo.

Unida a la responsabilidad del MR-26-7 en Regla, tenía asignada otra tarea por la Dirección Provincial del Movimiento de la que era miembro. Esta tarea era atender el sector de Ómnibus Aliados del cual yo era trabajador.





Mantenia contactos en esta fecha con Jesús Soto y otros compañeros que atendían por el Movimiento, los distintos sectores obreros.

En las rutas de ómnibus existía una representación del MR-26-7 a las cuales yo orientaba. Recuerdo a Armando González y José Conde de la ruta 6, a Emilio La Guardia en las rutas 3 y 5, a Julio (*El Moro*) de la ruta 62, así como otros revolucionarios más que siempre demostraron interés y dedicación en las tareas que les señalábamos.

La Brigada Juvenil que se había constituido venía desarrollando un buen trabajo organizativo y de captación entre los más jóvenes de la localidad.

Esta, a grandes rasgos, fue la situación organizativa que logramos para desarrollar las tareas del Movimiento en nuestra localidad durante el año 1956.



### **Para golpear en La Habana**

LEOVIGILDO FERNÁNDEZ CHAVIANO



En Regla existía una logia ajefista (especie de rama juvenil de la masonería), la EDUARDO FACCIOLO. La integraban jóvenes de 14 a 21 años de diversas ideologías, aunque en general eran jóvenes en proceso de formación política. De esta logia salieron numerosos luchadores que encontraban la senda correcta y se incorporaron a la causa revolucionaria.

Un grupo de aquellos adolescentes pasaron luego a la lucha clandestina, respondiendo al momento histórico que vivía el país, siendo encarcelados por la tiranía algunos de ellos y perseguidos otros. En el local de la logia, sito en la calle Céspedes entre Martí y Maceo, que fue utilizado como cuartel revolucionario, se guardaban armas, propaganda y era punto de contacto nuestro.

A principios de 1956, hubo una reunión en La Habana con el responsable de las Brigadas del Movi-





miento 26 de Julio en aquellos momentos, Mario Hidalgo, quien sustituyó a Níco López. A esta reunión acompañamos a Héctor Rodríguez Llompert (*Tatá*), quien nos dirigiría durante todo el curso de la lucha posteriormente.

En ella se me encomendó la tarea de organizar brigadas de tres a cinco jóvenes dentro de las logias de nuestra localidad. Las brigadas o células formadas debían quedar estructuradas de manera que sólo los que fueran designados como responsables de cada una de ellas serían los únicos que tendrían relaciones con nosotros, quedando de esa forma compartimentados los contactos con el resto de los integrantes. La práctica nos diría, posteriormente, que este método organizativo no era funcional, ya que el hecho de coincidir en numerosas actividades todos los compañeros, como generalmente era necesario hacerlo, hizo que esta clandestinidad interna no fuese real. En todo caso se dejó bien establecido que estas brigadas realizaran sus acciones fuera del municipio de Regla, pues en este el Movimiento, numeroso y bien estructurado, venía realizando un buen trabajo.

Después de organizadas varias brigadas con las características señaladas, se nos dio la tarea de pintar consignas contra el régimen batistiano en las calles del Vedado. Cumplimos satisfactoriamente este trabajo revolucionario en el cual recuerdo que participaron las brigadas dirigidas por Orlando Arteaga, Santiago Malía, Jesús Deus, Guillermo Díaz, Isidro Diez, Rolando Fernández (*Perejil*) y otros.

Alrededor de la fecha de las pinturas murales en el Vedado, los esbirros del régimen habían arreciado su ola de crímenes y atropellos. Se había hecho pública la consigna de no asistir a los actos públicos. Sólo algunos privilegiados por la dictadura, los insensibles





y los consabidos chivatos, eran en esos momentos los espectadores, y por tal motivo, recibimos la orden por los compañeros de la dirección del Movimiento, de comenzar a efectuar sabotajes en los cines de la capital.

En días anteriores, Rodríguez Llompart y otros compañeros habían asaltado un laboratorio en la escuela de Belén, del cual sustrajeron fósforo vivo en abundancia y posteriormente, por orientaciones de aquel, recogí una buena cantidad en una casa-cuartel del Movimiento, sita en calle 27, Vedado. Cuando llegamos a la casa donde se guardaba, la cama estaba llena de cartuchos de dinamita, los primeros que veía en mi vida. En pomos enormes de la cocina, el fósforo. Allí mismo me explicaron la técnica para utilizarlo.

Por la Dirección Provincial se había hecho previamente un plan como parte del clímax de apoyo al alzamiento del 30 de noviembre de 1956, seleccionándose un grupo de cines “caros” para la mayoría del pueblo. A nuestro grupo se le situaron diez, en los cuales debíamos actuar con nuestras brigadas. A otros, como, por ejemplo, Balari, le correspondía quemar el Rodi y a Joaquín Más, el Florencia. A nuestras brigadas se nos señaló el Rex, Duplex, América y otros más.

Héctor repartió a los compañeros con la orden de comenzar la quema a las 9:30 p.m., y se reservó el cine América situado en la calle Galiano, hacia donde nos dirigimos. Llegamos a las 9:25 p.m. y cumplimos nuestra tarea con efectividad, a pesar de haber sido detectados por un sujeto y de vernos en la necesidad de evadir la presencia de dos policías.

Habíamos salido a paso firme del cine. Tomamos la primera “guagua” y nos bajamos lejos del lugar. Caminábamos por Belascoaín con dirección a Reina para coger la ruta 6. De pronto Héctor comenzó a sentir olor





a tela quemada; no había terminado de comunicármelo cuando de uno de los bolsillos del saco que traía puesto brotó una llama. Rápidamente se despojó de él y trataba de apagarlo golpeándolo contra el suelo. Nos sentimos dentro de un círculo nutrido de miradas curiosas. Para despistar a la gente, le comencé a reprochar, en voz alta, por haberse guardado la fosforera encendida en el bolsillo del saco. Al menos eso fue lo que se me ocurrió decir.

Rompimos el círculo ya más nutrido ahora de murmullos, y aún humeantes seguimos nuestro camino.

Durante el trayecto, aquel endiablado saco, cuya mutilación se ocultaba por estar doblado en cuatro, despedía un olor a tela quemada, cuyo origen todos menos nosotros trataban de buscar. Antes de llegar a Reina, nos encontramos con Gerardo Abreu Fontán. Le preguntó a Héctor algo que no escuché y este se interesó por conocer si Jesús Suárez Gayol le había hecho entrega del fósforo vivo. Con el tiempo, aquel a quien no presté en aquellos momentos mayor atención, se ganaría para siempre un puesto de honor entre los mártires de nuestra Revolución.

A los pocos días repetiríamos nuevamente estas acciones, sólo que en esta oportunidad el blanco elegido no serían los fríos y solitarios cines de la capital, sino el servicio de ómnibus y los comercios de La Habana. Se había impuesto ya, sobre la ola de terror de la tiranía, la ola de acción revolucionaria popular. Por aquellos días, Santiago Rey, ministro de Gobernación del régimen, hizo declaraciones contra “los sanguinarios incendiarios Castro-comunistas”. Se suspendían las garantías por 45 días más.

Aquellas brigadas que se estructuraron con jóvenes de Regla con el fin específico de actuar en La Habana, cumplieron su cometido.







## **Recaudando para la lucha**

FERNANDO FERNÁNDEZ VÁZQUEZ (*BIGOTE*)

Ya habíamos recibido una visita que nos hicieron Armando Hart Dávalos y René de los Santos, un domingo por la mañana en nuestra casa de “Patilarga”, donde acordamos la cantidad de dinero que podíamos aportar al Movimiento, cuando recibimos por conducto de *Cheo Ferrer*, una citación para asistir a una reunión con Pedro Aguilera (*Aguilerita*), tesorero nacional de la organización, que se iba a efectuar en el gabinete dental de Virgilio Jacas, sito en L y 23, frente a CMQ, en el Vedado. Nos encontrábamos en los primeros meses del año 1956.

Asistí a la reunión conjuntamente con Ferrer, y una vez allí, se nos hace el planteamiento por *Aguilerita* de las necesidades que afrontaba el MR-26-7 desde el punto de vista financiero y que era necesario que nosotros aportáramos, de una sola vez, la cantidad de \$ 2 000,00, independientemente de nuestro aporte mensual que se lograba con las contribuciones que recibíamos de los trabajadores del puerto de La Habana, la Productora de Superfosfatos, la ruta 6 y de distintos centros laborales de la localidad. Nosotros pensábamos que era difícil en aquellos momentos lograr reunir aquella suma de dinero que se nos pedía en un corto plazo; por tal motivo propuse una casita que tenía en disposición de entregar la propiedad para que se vendiera, amortizando con ese dinero parte del que nosotros teníamos señalado, pero se me rechazó la proposición. Como no se aceptó mi planteamiento, nos trasladamos posteriormente con esta misión que cumplir, a nuestra localidad.

Entonces reunimos a los compañeros y transmitimos estos acuerdos, no sin antes imponer a Orlando López (*El Gaucho*), que era el tesorero de la organización, de la solicitud de dinero que se nos había hecho.





ORLANDO LÓPEZ CORREA (*EL GAUCHO*)

Cuando supe que la cuota que se nos pedía en un plazo breve era de \$ 2 000,00, pusimos en tensión todos nuestros medios para conseguirla.

En la casa de Prado No. 109 había un mimeógrafo en desuso y defectuoso. Fernando y Ferrer lo pidieron. Era de Luis Bonito Milián, dirigente azucarero, y este se los dio. Lo arreglamos y, con el ansia que teníamos de aportar la cantidad que se nos había señalado, lo vendimos. Ferrer vendió una lámpara de bronce de la sala de su casa y yo vendí un caballo y una montura; así, todos los del Movimiento, siguiendo el ejemplo de los que fueron al Moncada, se despojaron de algo para lograr reunir la suma de dinero. Es justo que detalle también que los compañeros de la Productora de Superfosfatos, ruta 6 y otros centros, contribuyeron independientemente de su aporte mensual.



Por esta fecha, la Dirección Provincial del Movimiento orientó que seleccionáramos a cinco compañeros de la organización, a los cuales debíamos poner en regla toda la documentación para que marcharan en breve a México. Se hizo; pero por nuevas órdenes, al ser detenido Fidel en México, no pudieron marchar a ese país a engrosar las filas de los futuros expedicionarios del *Granma*.



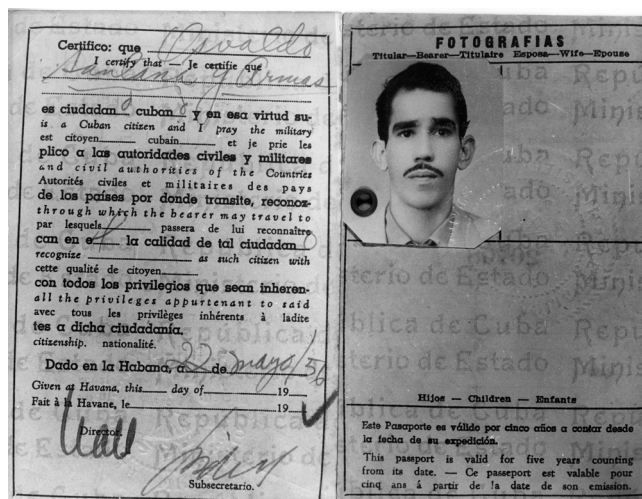
Los combatientes seleccionados en principio, fueron: Cristo Ponce Venero (*Casito*), Miguel Bragado Llerandi, Gerardo Granda Mijares, Victorino Aguiar Cartaya y Osvaldo Santana; aunque al final, por motivo de escasez financiera, sólo quedaron Osvaldo Santana y Miguel Bragado como posibles combatientes a enviar a México.

Continuábamos luchando, con el mismo espíritu revolucionario de siempre, en la recaudación de fondos para la Revolución.



El dinero de la organización era para nosotros sagrado. Por aquella fecha se trabajaba en el puerto medio turno a la semana: eran \$ 3,80 lo que ganábamos nosotros por medio día, y muchas veces teníamos en el bolsillo \$ 80,00 y no tocábamos ese dinero porque era para el Movimiento, porque era para la libertad de Cuba. Esas contribuciones las recogíamos mensualmente centavo a centavo, peseta a peseta y luego liquidábamos con *Aguilerita*. Había que tener mucho cuidado al escoger a la gente, porque si le pedíamos a alguien que no apoyaba nuestra lucha, podía denunciarnos.

Hubo quienes en un momento determinado de la lucha, tenían que pasar a trabajar clandestinamente o eran apresados, entonces en la medida de las posibi-



Oswaldo Santana Armas (*Tin Tan*) habilitó su pasaporte el 22 de mayo de 1956 para viajar a México con el objetivo de incorporarse a los expedicionarios del *Granma*.



lidades ayudábamos económicamente a sus familiares: a veces, a resolver la leche de los niños; otras, a comprar una medicina; y así íbamos resolviendo esas privaciones de lo más elemental en la vida de las familias. Por estas razones siempre he dicho, porque es cierto y lo sufrimos en nuestras carnes, que todo verdadero revolucionario fue en esta lucha librada contra la tiranía batistiana, un padre, un hermano, un hijo, de cada uno de sus compañeros.

Más tarde vinieron los bonos de \$1,00 y de otros valores más, los había hasta de \$1 000,00. Nosotros realmente el que siempre vendimos fue el de \$1,00, porque nos movíamos en un medio muy humilde. Aumentaron los fondos financieros del Movimiento: recogíamos mensualmente \$ 150,00, \$ 200,00 y hasta \$ 250,00.

Ya había más compañeros en la organización, y una más amplia contribución de los distintos sectores del pueblo de Regla. Los bonos habían venido a resolver uno de los mayores problemas que confrontábamos, ya que anteriormente nosotros pedíamos a nombre del Movimiento 26 de Julio, cuya única garantía eran nuestras palabras y nuestra honradez, pues no había ningún comprobante que darles a los contribuyentes. En esa situación existía el que sabía que realmente ese dinero era para la Revolución, pero no podíamos descartar la posibilidad de que alguien pensara otra cosa, porque el único comprobante era nuestra moral.

Nosotros teníamos, además, otro medio de recaudar fondos, que era a través de la prensa clandestina. Cada periodiquito traía anotado un precio que por lo regular fluctuaba entre cinco y diez centavos, pero en la mayoría de las ocasiones, la gente cuando lo recibía, aportaba más dinero. Hubo algunos que pagaban





\$1,00 por un periódico clandestino, pero nos pedían que no se lo entregáramos, porque los comprometíamos, tenían miedo, etc. Nosotros les decíamos a estos individuos que preferíamos mejor que leyeran la prensa revolucionaria para que conocieran realmente lo que estaba sucediendo en Cuba, y que no pagaran el periódico, que el Movimiento 26 de Julio tenía, como objetivo fundamental, que cada ciudadano tomara conciencia de la lucha, que el dinero, aunque necesario, no era lo primordial.

### **La ayuda necesaria**

FERNANDO FERNÁNDEZ VÁZQUEZ (*BIGOTE*)

El día que se produjo el asalto al cuartel Goicurúa y al Escuadrón 41 de la Guardia Rural en la provincia de Matanzas, fue masacrado un grupo de revolucionarios dirigido por Reynold García, quien también pereció en las acciones.

Luego de la frustración de estos planes, el ejército y la policía de esa ciudad, encabezados por el criminal Pilar García, un individuo con “corazón de hiena y nombre de mujer” como lo bautizara alguien, salieron de sus cuarteles sedientos de más sangre y detuvieron a decenas de jóvenes e inocentes en todos los rincones de la ciudad.

Uno de estos detenidos fue Julio A. García Rodríguez (*Julito*), como le decíamos; herido en estos hechos, pero detectado por el enemigo, fue conducido al cuartel Goicurúa y asesinado a mansalva por un grupo de esbirros de Pilar García en presencia del resto de las tropas militares de dicha fortaleza. Este crimen, captado por el lente de un periodista cubano, apareció luego como noticia, en la revista *Life* norteamericana, con las fotos del hecho. El artículo se titulaba “El muerto No. 11”.





Julio A. García Rodríguez fue apresado y asesinado el día 29 de abril de 1956, posterior a su participación en el asalto al cuartel Goicurúa de Matanzas.

*Julito*, como otros jóvenes, se encontraba organizado en Regla con Arnaldo Ramos Lechuga, quien también fue asaltante del Goicurúa y logró escapar con vida.<sup>5</sup>

Como a las 8:00 p.m. establecimos contacto con la Dirección del MR-26-7 en La Habana, para conocer con mayor profundidad los hechos. Nos encontrábamos Ferrer y yo en estos trajines cuando recibimos una carta, en un sobre cerrado, que nos enviaba la Dirección del Movimiento. En dicha carta se nos pedía que ocultáramos a dos combatientes del cuartel Goicurúa, quienes habían logrado evadir la represión y se encontraban en esos momentos en algún lugar de la ciudad de La Habana. Esos dos compañeros a que se refería la carta eran Rubén Hernández y Carlos Casanova.

Respondimos afirmativamente que nos haríamos cargo de proteger y ayudar a estos, y se nos pidió que señaláramos el lugar y la hora para hacemos entrega de ellos. Respondimos que a la entrada del pueblo, cerca de la CUMEX a las nueve de la noche. A partir de ese

---

<sup>5</sup> Ramos Lechuga, desde meses antes, atendía una pequeña célula de tendencia auténtica, dirigida por Reynold García, a la que pertenecieron los reglanos Ramón Padilla, Manolo García, Roberto Faz, Angelito (*El Ferretero*) y otros.





momento nos responsabilizamos con la tarea. Coordiné con Ferrer y Labrador; mandé buscar a Catalino Segura, Gilberto Rodríguez (*Chericán*), Robertico Rodríguez Llompart y a otros, y los puse al corriente de la situación. Les advertí que debíamos ser lo más discretos posible. No significaba esto que tuviéramos desconfianza de los demás compañeros de la organización, sino que quizás, por las ansias de ayudar, se podía cometer una imprudencia.

Esperamos a los compañeros a la hora acordada, todo había sido rápido. Más tarde llegaron al lugar donde habíamos indicado. Nos entregaron a Rubén y a Casanova en el lugar acordado. Los montamos en la máquina de Rodríguez Llompart y les ordené a dos compañeros nuestros que tenían que ocultar a los combatientes en sus respectivas casas, hasta nueva orden.

Recuerdo que Rubén preguntó por mí y dijo que la vida de ellos estaba en mis manos. Me identifiqué con él respondiéndole que con la vida de ellos también iría la de nosotros, que estuvieran tranquilos que todo estaba organizado para que no les pasara nada.

A los pocos días tuvimos la necesidad de trasladar a Casanova de la casa de Miguel Martínez (*Raspadura*), donde se encontraba oculto, situada en la entrada de Guanabacoa y llevarlo para la casa de un hermano de *Chericán* unos días.

La situación empeoraba cada vez más, porque el Buró de Investigaciones estaba rondándonos, y teníamos que tomar muchas precauciones con estos combatientes.

Una noche tuve necesidad de trasladar a Rubén Hernández desde la casa de Catalino —donde se encontraba oculto— para otro lugar que ofreciera más seguridad, porque este estaba muy chequeado como revolucionario. Ante esta situación pensé en Isidro





Arteaga, que a dos cuabras aproximadamente de mi casa poseía una bodega y era un hombre de confianza para mí.

Me dirigí a verlo. Le planteé la necesidad de esconder a Rubén. Me respondió que estaba en la mejor disposición y si queríamos, lo llevaríamos para la bodega. Ya en esta situación, podía tener cerca de mi casa a Rubén, quien era un hombre flemático, un hombre hecho en la lucha; no tenía ninguna duda de que pudiera ponerse nervioso con la noticia. En efecto, cuando le comuniqué de mis gestiones, sólo me dijo: “Pues vamos caminando ya y no vamos a pensarlo tanto”. Ese mismo día se efectuó el traslado.

Transcurridos los días, me comuniqué con los miembros del Movimiento en La Habana. Les expresé mis preocupaciones y la situación que estábamos confrontando con los combatientes: en esa fecha llevaban más de un mes y medio escondidos en Regla y temía por ellos.

La Dirección del Movimiento en La Habana me respondió que esa misma tarde los trasladarían para Guanabo. Más tarde recogieron a Rubén y Carlos Casanova a quienes despedimos cariñosamente.

A los pocos días conocimos por distintos compañeros del Movimiento, que los dos combatientes habían logrado asilarse en la Embajada de Haití. Teníamos interés en seguirlos ayudando. Los visitábamos en la Embajada; lo lográbamos, entrando por uno de los costados de la sede diplomática donde había una cochera.

A pesar de que Rubén y Casanova no tenían grandes necesidades económicas, nosotros les brindábamos alguna ayuda, aunque realmente lo que más les interesaba a ellos era nuestra presencia. En repetidas ocasiones llevamos algunas cajas de víveres en un carro tipo picicorre que tenía Isidro Arteaga. No dejába-







mos de desconocer el riesgo que implicaban estas visitas, pero entendíamos que era un deber revolucionario nuestro.

Al poco tiempo de encontrarse asilados Rubén y Casanova en la Embajada de Haití, se produjo en la ciudad de La Habana el ajusticiamiento del coronel Blanco Rico, jefe del siniestro SIM, por combatientes del Directorio Revolucionario.

La policía batistiana, encabezada por su jefe, el “brigadier” Rafael Salas Cañizares, en un acto de venganza y para ganar influencias ante el dictador, se lanzó al asalto de la Embajada de Haití, con el pretexto de que allí se encontraban asilados los que habían atentado contra el esbirro Blanco Rico.

Fue violado el derecho de asilo político, y asesinado a mansalva a un grupo de revolucionarios que desde hacía meses se encontraban en la sede diplomática de Haití; entre ellos, Eladio Cid, Orlando Fernández Ferray, Rubén Hernández, Carlos Casanova y otros.

Luego de la cobarde masacre, y registradas todas las pertenencias de los combatientes muertos, la policía logró incautar objetos de valor y algunos documentos y cartas, en los que había nombres y direcciones de algunos combatientes y familiares de las víctimas. La tiranía perdió, con este crimen que pretendió realizar impunemente, al odiado jefe policíaco Salas Cañizares, quien fue herido de gravedad en el jardín de la mansión diplomática, falleció más tarde.

En los días siguientes a estos sucesos, los cuerpos represivos se dieron a la persecución de los revolucionarios, cuyos nombres y direcciones constaban en los documentos y cartas que habían logrado ocupar a los mártires de la Embajada de Haití. No lograron detenernos, pues ya habíamos abandonado nuestras casas.





## Fundiendo el futuro

MARIO SCOTT ALBA

René Verdecia, de la Dirección del Movimiento en La Habana, establece contacto conmigo a través de Federico Bell-Lloch (*Fico*); parece que este le había hablado de mí. Vienen y me explican distintas ideas que tienen, discutidas en conversaciones anteriores con José Ferrer. Este último, Héctor Rodríguez Llompарт y otros habían hecho investigación sobre mi persona. Aunque no acordamos tarea concreta, no es menos cierto que Verdecia venía ya decidido a establecer cierto tipo de relación, de análisis sobre mí.

René me anuncia que próximamente vendría a visitarme una persona; pocos días después viene a mi casa un miembro del Movimiento que resultó ser José Prieto Rodríguez (*Pepe*). Venía acompañado de otro miembro de la organización: Pablo Fernández Alegret.

Es *Pepe* quien me habla de las posibilidades de fabricar granadas de mano. Le dije que si eso lo habían hecho otras personas en un período de lucha, por qué no lo íbamos a hacer nosotros; que quizás nos quedarían con algunas imperfecciones, pero que, sobre la marcha, llegaríamos a perfeccionarlas. Me preguntó si tenía medios para ello, y le contesté que por el momento no, pero que podría comenzar a trabajar en ese sentido y que creía que lo lograríamos, pues tenía amistad con unos fundidores en Regla.

Pasados algunos días, vuelve a hablar conmigo; le informo que ya había hecho los contactos. La fundición se llamaba La Virgen de Regla y quedaba en la calle Calixto García, casi esquina a Facciolo.

Le alegró mucho la noticia; entonces preguntó cuáles eran los materiales necesarios para hacerlas. Le dije que hacía falta escariola o hierro fundido, pero que en el horno que teníamos no había la capacidad para





hacerlas de este último material y que tendríamos que fabricarlas de escariola inicialmente.

El plomo para las piezas, donde iba situada la mecha con el detonador y el percutor, lo resolvería fácilmente, pues mi hermano, que trabajaba como 2do. jefe del departamento del centro telefónico oficial del Ministerio de Comunicaciones, lo facilitaría, y con la coraza de los cables telefónicos —que es de plomo— podíamos trabajar nosotros. Además, como yo estaba jubilado temporalmente de la Cuban Telephone por motivos de enfermedad, también podía resolver el plomo necesario.

*Pepe* me indicó que comenzáramos el trabajo, e iniciamos la fabricación de los primeros cascos de granadas. Participaban en la tarea Raúl Rodríguez, el fundidor, un hermano de este, nombrado Juan Rodríguez, quien cooperaba en el trabajo de la fundición; yo, que ayudaba en todo, y, posteriormente, otro hermano de estos, a quien se le pagaba un salario.

Siempre los aleccionaba, e insistía que en caso de cualquier problema, sólo había una alternativa: luchar



José Prieto Rodríguez (*Pepe*), uno de los creadores de la fábrica de granadas.





para no caer en manos de los esbirros, o, si eran detenidos, mantener que aquello era una fábrica de bases para lámparas de noche, y que me señalaran a mí como el responsable.

Los primeros logros de la fundición fueron prometedores: se hicieron de 450 a 500 cascos de granadas en el primer período de trabajo. La recogida de los artefactos se hacía en la fundición por los hermanos Falcón (*Los Jimaguas*). Eran pintores, y se reunían en la Esquina de Tejas, en Monte e Infanta, casi todos los sábados. Allí me encontraba con *Pepe* Prieto, Mario Hidalgo, Pablo Fernández Alegret y otros.

*Los Jimaguas* recogían los cascos en un pisicorre que tenían para su negocio de pintura.

En una oportunidad, *Pepe* viene a verme porque había la idea de abrir un nuevo lugar donde también se fundieran cascos de granadas de mano. Era en un pueblo de otra provincia, Sagua la Grande, y se hacía necesario que el fundidor nuestro se entrevistara con un compañero de allí para intercambiar opiniones. Además, *Pepe* entendía que el taller nuestro debía desaparecer, y era lógico; ya llevábamos bastante tiempo trabajando y no debíamos mantenernos por mucho más en aquel lugar.

Posteriormente a la entrevista entre *Pepe* Prieto, el fundidor y el compañero que viene de Sagua —en la que se acuerda hacer entrega por nosotros de los moldes para la fabricación de dichos cascos—, *Pepe* delega en mí para que me traslade a una dirección de Sagua. Creo que era Calixto García 117½ o 117B: una casa de madera, antigua. Allí tenía que ver a un compañero que trabajaba en los ferrocarriles: un muchacho trigueño, de pelo ondulado. Había también una señora de edad que fue quien me recibió y preguntó si venía de La Habana.

A aquel compañero le entregué el paquete con los moldes. Entonces me dijo que fuera para el hotel Telé-





grafo y al día siguiente por la mañana, después que desayunara, nos veríamos. Él estaría cerca de allí y debía seguirlo para ir a ver al hombre que fabricaría los cascos de las granadas. Al otro día, temprano, lo vi y comencé a caminar detrás de él. Luego, cogimos un carrito y llegamos a una fundición donde discutimos todo el asunto de la fabricación. A mi regreso a La Habana, le comuniqué a *Pepe* todo el trabajo realizado en el viaje.

Sobre el mes de agosto, *Pepe* Prieto nos presenta a un chofer de rastra, a fin de enviar un cargamento de granadas para Oriente. Por esa fecha, Fidel había planteado su promesa histórica de desembarcar en Cuba antes del 31 de diciembre de ese año. Sentíamos que nuestro futuro de lucha inmediata sería cada día más intenso, ya que el apuro por enviar los materiales hacia Oriente nos hacía pensar que algo grande y serio se estaba preparando. Esto, unido a que se me había hablado sobre un viaje al exterior, acentuó más este criterio.

Durante el desarrollo del trabajo, también conversamos con Ferrer y con Fernando Fernández (*Bigote*), a fin de que se tomaran las medidas necesarias para que el Movimiento 26 de Julio en la localidad cesara en actividades de tipo violento en la zona. Esto lo hicimos basados en la amistad con los compañeros, aunque más tarde la Dirección del Movimiento bajó la orientación de forma oficial. Era necesario evitar alteraciones del orden que atrajeran a los cuerpos represivos con frecuencia, mientras el taller permaneciera produciendo las granadas, y así se cumplimentó, aunque se mantuvieron actividades para ir creando las condiciones de una lucha futura a través de la propaganda, las recaudaciones, etc. El taller estuvo funcionando desde finales de mayo o principios de junio hasta el 30 de octubre de 1956 en que fue descubierto, es decir, cuatro meses desde la fecha en que comenzaron los preparativos.



## Fábrica de granadas ocuparon al mediodía agentes del Buró; operaba en una fundición de Regla

Deteniendo el dueño y tres empleados.—Ocupadas 350 granadas y dos pistolas en el local de la fundición.—Señalan como responsable a Mario Scott, quien le llevó unos moldes en forma de lampara.—Declaró el dueño de la fundición que ninguno de los empleados tenía intervención en eso.—Había asustado el solo el trabajo.—Inician la búsqueda de Scott y otras personas.

Pepe Prieto R. había nacido el día 1-7-29. Luchador in-cansable por la libertad de la Patria, fue apresado por la dictadura el día 2 de A-bril de 1958. Su cuerpo he-rriblemente mu-titado, apare-ció en la mer-ge de La Habana un día después de la Huelga del 9 de Abril. El día 14 nació su hija Laura.

(Vea información gráfica Pág. 17)

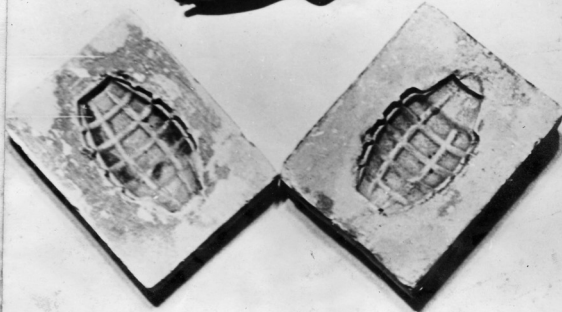
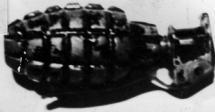
Miembros del Buró de Investi-gaciones cumpliendo instrucciones del coronel Hernando Hernández, jefe instructor de la Policía Nacional, ocuparon al mediodía de hoy una fábrica de granadas de mano en la fundición "Rodríguez" ubicada en el barrio de General Calixto Guevara, en el puerto de Regla. Junto a la planta se encontraba el producto terminado de la fundición: Manuel Li-pez Alarcía de 36 años, vecino de Piedra Ireta A. y los empleados Raúl Rodríguez Jiménez de 37 años, vecino de Maximo Gómez 51; su hermano Juan Rodríguez Jiménez de 24 años de igual domicilio; y Esteban Viquez Leyva de 26 años de Piedra Ireta A. todos del puerto de Regla.

### OCUPARON 350 GRANADAS Y 2 PISTOLAS

En el lugar del hecho los agen-tes del Buró de Investigaciones a-ccompañados por el capitán Juan Clau-



José Prieto Rodríguez.



Nota de prensa sobre la ocupación de la fábrica de granadas en octubre de 1956. Fueron ocupadas en el local 350 granadas y dos pistolas.



Sobre la ocupación de la fábrica de granadas se han hecho distintas conjeturas: que si fue Manolo Sosa el chivato, o Gómez (*El Tintorero*), etc. Analizando esta situación con *Pepe Prieto*, yo le decía que aunque no era menos cierto que estos elementos podían haber participado indirectamente en la ocupación y en las investigaciones posteriores, no fueron ellos los que denunciaron la fundición a la policía; llegamos a la conclusión de que la policía descubrió la instalación por la indiscreción de alguien y no por una confesión intencionada.

Recuerdo que ese día había ido a recoger unos muelles de acero que un compañero nos enviaba del extranjero para la fabricación del mecanismo de las granadas. Además, había visitado a Alfredo, que era quien nos hacía en el troquel las palas para los percutores de las granadas, y coordinado con él una nueva entrega de estos materiales.

Camino hacia la fundición, ya en el pueblo de Regla, desde la “guagua” vi a un compañero parado en una esquina; me bajé en la calle siguiente y fui a su encuentro. Nos dirigimos ambos hacia el taller. Al llegar a la esquina de Facciolo y Calixto García, vimos autos parqueados frente a la fundición. Me di cuenta inmediatamente de que estos tenían chapa norteamericana, prueba inconfundible de que los vehículos pertenecían al Buró de Investigaciones. Miré hacia el taller con la intención de detectar algún movimiento, pero no vi nada anormal. Entonces, le digo al compañero que caminemos por Calixto García hasta la calle La Piedra y así lo hicimos.

Cuando llegamos a aquella esquina, se acerca un joven que estaba parado en casa del dueño de la fundición: Miguel Llinás, creo que era familiar suyo y se dedicaba a hacer frituritas, cositas de esas, de leche, harina,





etcétera, para vender. Le pregunto hacia dónde va y me contesta que para el taller a cocinar las cositas aquellas que vendía; entonces le digo que les comunicara a los compañeros que yo regresaría por allí a la una de la tarde, que me esperaran porque necesitaba hablar con ellos. Vuelvo mis pasos por la misma calle y lo dejo al llegar a la esquina de la fundición.

El compañero que estaba conmigo me pregunta: “Bueno, ¿y si está la policía allí? ¿Lo van a detener?” Le respondí que a él no le pasaría nada, pues justificaría con los dulces su situación; que lo que más le podían hacer era darle un aletazo.

De más está decir que la situación imperante en el país no era nada fácil, pero aquella era la única forma de saber rápidamente lo que sucedía para poder tomar medidas urgentes. Y así mismo fue. Apenas el joven había terminado de cerrar la puerta de entrada a la fundición, vimos volar por el aire dos cartuchos que él llevaba, uno con azúcar y otro con maníes. Enseguida entraron varios agentes que estaban ocultos vigilando desde el frente. Rápidamente les comuniqué a Ferrer, a *Pepe* Prieto y a mi esposa lo sucedido, y desde ese momento comencé a huir de la tiranía.



### JOSÉ FERRER GARCÍA (*CHEO*)

Con respecto a la fundición de cascos de granadas, que comenzó a operar en Regla a partir del mes de mayo de 1956, fui instruido por José Suárez Blanco (*Pepe*) y Gerardo Abreu Fontán que las acciones del Movimiento que yo dirigía en Regla debían mantener la mayor discreción, que no pusieran en peligro ese objetivo estratégico de la Revolución, que era interés de la Dirección Nacional garantizar los planes futuros de apoyo a Fidel y su desembarco en Cuba ese año. De esta orientación todos conocemos que tuvimos







que asumir una actitud muy cuidadosa con la ejecución de acciones violentas en Regla hasta fines de octubre de ese año en que fue ocupada por el Buró de Investigaciones de la dictadura, la fundición de cascos de granadas.

#### ISIDRO DIEZ BARRERAS

A finales de septiembre o principios de octubre, Frank y Josué País viajaron a La Habana, y luego de establecerse, el propio Frank distribuyó las tareas correspondientes a los combatientes de dicha ciudad.

Según refiere Leonides Velázquez (*El Indio Gerónimo*), este recibió la orientación de visitar, junto a Luis Leonardo Sánchez (*Vilo*) —otro entendido en la producción de cascos para granadas de mano—, el taller de fundición clandestino de Regla, con el fin de verificar, a partir de los conocimientos y pericia de ambos, el grado de seguridad del mecanismo de activación de este peligroso armamento.

Frank siempre mostró una gran preocupación por el uso de los ácidos con que se activaban tales explosivos, pues ya se habían producido múltiples y lamentables accidentes —algunos fatales— entre los combatientes por indebida manipulación. Esta otra tarea contó con el apoyo de José Prieto Rodríguez (*Pepe*), de la Dirección Provincial del Movimiento, quien se encontraba a cargo de la atención al taller de fundición reglano.

Tanto *El Indio Gerónimo* y su acompañante *Vilo* —en lo concerniente a la fundición de cascos— como *Pepe Prieto* —en lo relacionado con el mecanismo de activación— comprobaron ambas fases de la producción de granadas de mano, dejando entre los productores útiles y orientadoras recomendaciones.





## **La primera práctica de armas**

JOSÉ FERRER GARCÍA (*CHEO*)

En los primeros días del mes de octubre de 1956, semanas antes de que fuera sorprendida por el enemigo la fábrica de cascos de granadas que operaba en la localidad, recibimos la orientación de José Suárez Blanco —a la sazón Coordinador del MR-26-7 en La Habana— de iniciar el entrenamiento en el manejo de las armas de los miembros del Movimiento en la localidad. Esta tarea se venía desarrollando en distintos lugares de la provincia por la Dirección de la organización en este tiempo.

Las armas, según se me había orientado, debían recogerlas en Marianao. Hecha la coordinación necesaria me trasladé a esa zona, junto con Miguel Bragado, Osvaldo Santana y Orlando Robbio (*Sereque*) y recibí dichas armas de manos de Vicente Álvarez Crespo y de Nino Álvarez, las que consistían en una ametralladora Thompson calibre 45 y una carabina M-1, las cuales llevé para mi casa, sita en Ave. Rubiera No. 267, comunicándoles a los compañeros que debíamos comenzar las prácticas a la mayor brevedad, ya que teníamos un plazo de tiempo fijado para su desarrollo.

Organizamos las prácticas; estas se desarrollaron en mi domicilio, por el que fueron pasando en grupos de a dos, todos los compañeros del Movimiento. El entrenamiento consistía en una detallada explicación sobre el uso de estas armas, sus características, arme y desarme, forma de utilizarlas, etc. Me apoyé, para la mejor comprensión de los presentes, en algún material gráfico. En esta ocasión nos sirvió un recorte sobre balística que obtuve de un muñequito semanal de Dick Tracy, donde venía descrito el uso de las ametralladoras Thompson.

Era indescriptible la emoción que se dibujaba en el rostro de cada compañero cuando empuñaban





aquellas armas; para muchos, las primeras que tenían oportunidad de tener entre sus manos. El M-1 y la Thompson que nos facilitaron, fueron recogidas por Enrique Noda en nuestro domicilio, luego del entrenamiento, y trasladadas a otros grupos de acción en La Habana.



Domicilio de José Ferrer (*Cheo*), donde se realizó la primera práctica de armas. En esta casa quedó constituido el MR-26-7 en la localidad de Regla.





### ISIDRO DIEZ BARRERAS

Por orientación de *Pepe* Suárez, las armas para las prácticas se trasladaron de Marianao, entregándolas Nino Álvarez y Vicente Álvarez Crespo, miembros del Movimiento.

Durante los 15 días que duró el entrenamiento de arme y desarme de ametralladora Thompson y M-1 en nuestra casa, mi tío Ferrer dispuso que un grupo de tres compañeros entre los que nos encontrábamos Santiago Mal-lía, Leobel Milián, yo y otros, hiciéramos guardia a discreción en las esquinas de Martí y Rubiera y Maceo y Rubiera donde estaba ubicada nuestra casa para cualquier acción del enemigo. Por suerte todo salió bien y fueron pasando diariamente los distintos grupos por el entrenamiento, hasta que se recogieron por Enrique Noda para ser trasladadas a otros grupos en La Habana.

Hasta esa fecha, los únicos miembros de la organización en Regla que habían recibido instrucciones sobre el manejo de armas largas era un pequeño grupo entre los que se encontraban Ferrer, Gerardo Granda, Victorino Aguiar y Roberto Valdés del Rey (*Venao*), instrucción que les impartieron Jorge Prieto Ibarra —caído posteriormente en el curso de la lucha— y Jesús Ojeda Padrón (*Chucho*) en la casa de Ovidio Caba, sita en el reparto Mulgoba, la que visitaba, además, Sergio González (*El Curita*).

### **En saludo al Granma**

EVELIO PARERA ZULUETA

Cuando se produce el desembarco de los expedicionarios del *Granma* con nuestro comandante Fidel al frente, fue para nosotros una fecha inolvidable. Todos recordarán la campaña psicológica desatada por el régimen del tirano Batista, desde que Fidel lanzó la consig-





na de que en 1956 “seríamos libres o mártires”, trataron, en primer término, de restarle importancia a aquella sentencia del máximo líder de la Revolución, utilizando los servicios de los plumíferos de su prensa y los parlanchines de sus emisoras radiales. No se cansaron de repetir que “guerra avisada no mataba soldados”.

En la medida en que avanzó el tiempo y fueron percatándose de la seriedad de aquellas palabras, lucubraron nuevas artimañas para confundir a la opinión pública e inventaron lo de una invasión trujillista, etcétera.

Un grupo de nuestros compañeros fue a la Universidad y participaron en el mitin antitrujillista que dieron los estudiantes de la FEU para desenmascarar a la tiranía. Allí repartimos miles de manifiestos del Movimiento donde aparecía Héctor Trujillo —el hermano de “Chapitas”— abrazando a Batista, y que tenían la siguiente inscripción: “Trujillo es Batista y Batista es Trujillo”.

Lo cierto era que contra todas las campañas del régimen y todas sus mentiras, se había producido el desembarco y ya se combatía, cumpliéndose de esta forma las promesas de Fidel.



Evelio Parera Zulueta fungió como segundo jefe del MR-26-7 bajo la dirección de José Ferrer García (*Cheo*).





Ese mismo día, Ferrer nos reúne con la idea de hacer un asalto a la subestación eléctrica del reparto Modelo. Se designa a Osvaldo Santana (*Tin Tan*), Manuel Ortega (*Fory-Fay*), Miguel Martínez (*Raspadura*), Gerardo Granda Mijares, Victorino Aguiar, Leonardo Valdés (*Maño*) y otros.

Había que ir a buscar unas armas que serían trasladadas por Osvaldo Santana, con un auto convertible que este se había conseguido y Manolo (*Fory-Fay*). Estos, al regresar de esa misión, debían de pasar por el parque La Ermita donde está situado el obelisco a nuestro Apóstol; allí nos recogerían para ir a la acción.

En el tiempo que ellos estaban cumpliendo la tarea encomendada, nos sentamos en el lugar a esperarlos. De pronto vimos aproximarse a nosotros una máquina de alquiler; nos despreocupamos porque habíamos visto que no era un carro con chapa oficial, pero cuando el auto va a doblar la esquina, nos alumbraba con sus luces y se detiene; rápidamente se bajaron del carro varios agentes represivos y nos arrestan. Por sus palabras sabemos que no conocían realmente los motivos por los cuales nos encontrábamos allí. Se trataba de una de las redadas que comúnmente llevaban a efecto estos esbirros cuando acontecía algún hecho que hacía peligrar la situación del régimen, redada de las que ellos hacían para justificar ante sus jefes que tenían una cantidad de detenidos, y dentro de esta situación caímos nosotros.

Fuimos detenidos Ferrer, Gerardo, Victorino y yo. Inventamos un cuento, que nos habíamos visto allí porque íbamos a donar sangre para una hermana de Gerardo que estaba grave (y esto último era verdad), ingresada en esos momentos en el hospital de Guanabacoa. Realmente no hubo trascendencia, estuvimos presos hasta el 8 de diciembre junto con 25 opositores más.





Por estas circunstancias que nos imponía la lucha y a la que estábamos expuestos todos los revolucionarios, no pudimos consumir la acción, y no por falta del valor de siempre. De todas maneras, la fecha del 2 de diciembre de 1956, no quedó vacía. Esa misma noche, las Brigadas Juveniles del Movimiento colocaron en distintos lugares los primeros brazaletes y banderas de la enseña roja y negra, se realizaron mítines relámpagos y se sabotearon distintos cines en la capital, como se señaló anteriormente, participando en estas acciones bajo las órdenes de Héctor Rodríguez Llompart, los combatientes Santiago Mal-lía, Isidro Diez, Guillermo Díaz, Víctor Blanco, Leobel Milián, Sergio Fernández, Rolando Fernández (*Perejil*), Mario Lipinski, Víctor Babani, Luis y David Berdeyán y otros.

### **La bomba en la Sub-planta**

JOSÉ FERRER GARCÍA (*CHEO*)

Habíamos recibido la orientación del compañero *Pepe* Suárez para que recogiéramos a través de Manuel Nogueiras (*El Tenientico*) y de Andrés Orta, varios paquetes de dinamita con la finalidad de producir un sabotaje de envergadura que causara impacto y dañara la economía del régimen. *El Tenientico* y Andrés Orta trasladaban con frecuencia dinamita desde Artemisa, en Pinar del Río, hasta una sombrerería, cuyo propietario era miembro del Movimiento, situada en los alrededores del antiguo paradero de los autobuses modernos en el Cerro. En esa oportunidad hice contacto con ellos y me trasladé en compañía de Andrés Orta, hasta el hotel San Luis —sito en Belascoaín y San Lázaro—, donde este me hizo entrega de 17 paquetes de dinamita que llevé a mi domicilio. Me acompañó Miguel Bragado.

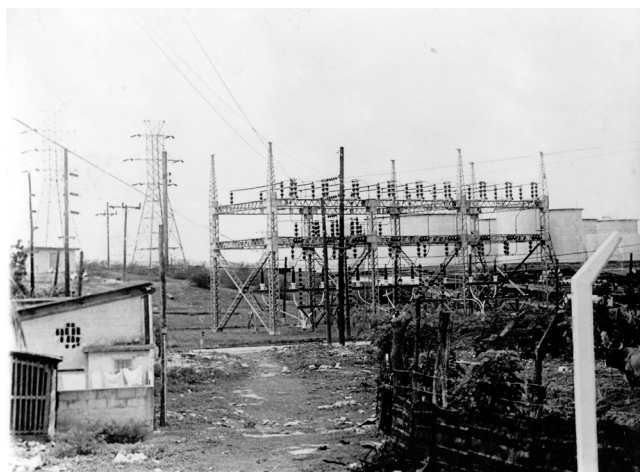
Cuando hacía los planes pertinentes para su uso, recibí la visita en casa de los compañeros Sergio





González (*El Curita*) y Aldo Vera Serafín, quienes me plantearon que tenían contactos con empleados de la Compañía Cubana de Electricidad (estos trabajaban en el soterrado de los cables de alta tensión que se llevaba a cabo en esos momentos desde la planta eléctrica de Regla hasta la Sub-planta existente en el reparto Modelo, en las afueras de la localidad, la que alimentaba el sistema energético de la costa norte hasta Santa Clara), y que si nos poníamos de acuerdo, podíamos confeccionar una bomba-reloj que destrozaría este cable. Estuvimos de acuerdo, y entonces me entregaron 13 paquetes de dinamita, los que unidos a los 17 que poseíamos nosotros, hacían un total de 30 tacos de dinamita.

Se hizo el gráfico donde se podría poner la bomba. El sitio elegido se encontraba situado aproximadamente a 200 metros de la Sub-planta del reparto Mode-



Los efectos de una potente bomba en esta Sub-planta afectó el fluido eléctrico, durante varios días, en toda la costa norte Habana-Matanzas.







lo, custodiada por dos militares con armas largas. La bomba-reloj fue confeccionada por Eduardo Alemán —asaltante del Moncada— en la relojería Naney, situada en La Habana Vieja, y trasladada posteriormente a nuestro pueblo, donde uno de los acompañantes de *El Curita*, y Orlando Sereque, la colocaron, luego de que algunos empleados de la Compañía de Electricidad comprometidos en el hecho dejaron reblandecida la tierra para facilitar la acción.

La bomba, que por cierto estalló atrasada, pues estaba puesta, si mal no recuerdo, para las 9:30 p.m. y explotó a las 9:45 p.m., destrozó el cable y provocó un prolongado apagón de la costa norte desde La Habana hasta Matanzas.

#### ISIDRO DIEZ BARRERAS

Cuando Ferrer trajo la dinamita, estaba muy contento; me dijo: “Ahora sí vamos a hacer sonar a Regla después de este silencio de meses”. Yo, realmente, no sabía a qué se refería. Estábamos en su cuarto y me señaló una caja de cartón corrugado sobre una vitrina, indicándome la abriera y escogiera de ahí el “chocolate”<sup>6</sup> que más me gustara. Cuando destapé la caja, vi la dinamita y exclamé: “¡Coño! ¡Con esta carga se vuela el Palacio Presidencial!” Entonces me respondió que realmente su propósito era ir utilizándola racionalmente en distintos objetivos para garantizar la mayor participación posible de los miembros del Movimiento en acciones con dinamita, pues sabía lo que ello significaba para cada combatiente de Acción y Sabotaje, y la presión que todos le hacíamos para lograr una mayor participación en este tipo de acciones, pero que no descartaba la posibilidad de utilizarla toda o casi toda

---

<sup>6</sup>Término que en el léxico clandestino significaba bomba, dinamita.





Copia fotostática de la nota de prensa del periódico *El Mundo* (columna central) en la cual se relacionan varios atentados en Regla (finales de 1956).

en una acción de gran repercusión que estremeciera profundamente a la dictadura.

A los dos o tres días vinieron a casa Sergio González (*El Curita*) y Aldo Vera; después de la reunión, Ferrer me dijo: “Me fui por la segunda variante, después habrá chocolate para todos”.

### MANUEL BALTA LÓPEZ

La noche que debía explotar la bomba de la Subplanta del reparto Modelo, nos encontrábamos Evelio Parera y yo en el bar Argüelles, sito en el entronque de



la carretera de Regla y 10 de Octubre, frente al cementerio de la localidad. Ferrer nos había enviado para en caso de fallar la bomba, averiguáramos qué había sucedido. En el bar, Evelio me presenta a Ángel Hernández Chirino. Me dice que Chirino es un compañero de trayectoria revolucionaria y que está identificado como un luchador antibatistiano.

Este contacto lo realizamos brevemente, pues ya era hora de que explotara la bomba. Toda esta conversación se produce con la presencia en el bar, del vigilante Gilberto Perdomo, connotado agente de la tiranía que se encontraba de guardia de recorrido, quien no cesó un momento de observar todos nuestros movimientos hasta que la bomba explotó y todas las luces se apagaron.







# 1957

## Un golpe tras otro





Calle Martí, arteria principal de Regla que atraviesa el poblado desde el cementerio hasta el emboque.





“Todos los esfuerzos del régimen serán inútiles. El 26 de Julio hará llegar su palabra revolucionaria hasta el último rincón de Cuba”.\*

*Fidel Castro Ruz*

## **Hacia un mismo objetivo**

NELSON CASTRO LÓPEZ

En los días finales del mes de enero y a través de Pedro Hernández Parente, se efectúan los contactos iniciales entre Alberto Álvarez Díaz y José Ferrer. La entrevista se llevó a cabo en el bar Buenos Aires.

En aquel tiempo, Pedrito no me conocía, pero yo sí a él. Lo vi concertando la entrevista desde el parque de Las Madres, en Martí y Ceulino. Alberto y Ferrer conversaron en aquel lugar y de este contacto entre ellos, salió la aceptación de que nos integráramos, como un grupo más, al Movimiento en el pueblo.

Desde finales de 1956 conocí a Alberto Álvarez por una relación entre él y otros compañeros míos, con los cuales desarrollaba algunos trabajos clandestinos. Entre estos se encontraban Héctor Argilés, su novia Daysi Díaz Botana y la hermana de esta, Miriam. Su novia nos lo presenta como un amigo más. Comenza-

---

\*Tomado del Manifiesto No. 1 “Del 26 de Julio al Pueblo de Cuba”, 8 de agosto de 1955.

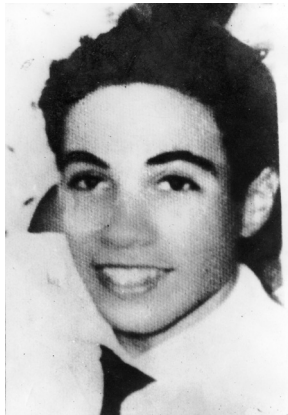




mos a vernos casi todas las noches en el Liceo de Regla, de donde Alberto era directivo, y se destacaba por su afición deportiva. Él dirigía por este tiempo un equipo de baloncesto denominado La Rosa Blanca, integrado por un grupo de jóvenes de la localidad que alentados por Alberto, comenzaban a sentir las primeras inquietudes políticas.

Rápidamente, establecimos una fraternal amistad, pero sin que trasluciera por mi parte nada que pudiera indicarle mis actividades revolucionarias, aunque en algunas ocasiones me manifestaba su inconformidad con el gobierno y sus criterios frente a la dictadura. En una fecha más avanzada de nuestras relaciones amistosas se produce un hecho que nos uniría posteriormente durante toda la lucha.

Yo había hecho contacto con un individuo que se autotitulaba miembro de la Triple A, un elemento que resultó ser un charlatán, según comprobé más tarde con Evelio Parera Zulueta. El individuo, que decía ser miembro de esa organización, se acerca a mí y me dice que él conoce a varios compañeros que tenían armas,



Alberto Álvarez Díaz, combatiente clandestino audaz, y deportista destacado. Nació el 25 de enero de 1937 en Regla.



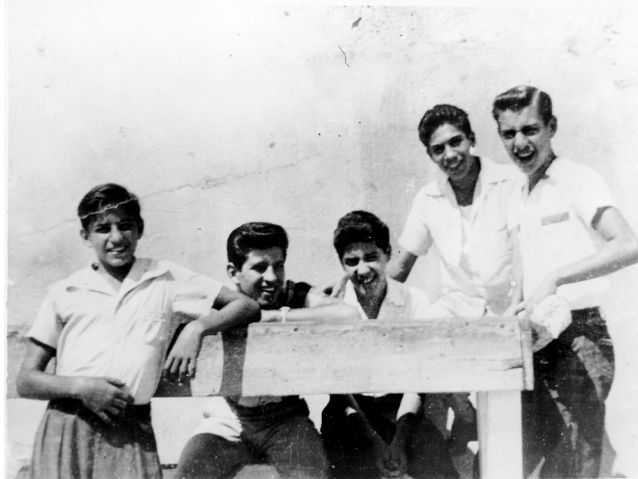




y que se encontraban haciendo planes para su uso, etcétera. Conversé de este problema inmediatamente con Otto Díaz, de la Escuela de Comercio de La Habana, quien me orientaba por el Movimiento.

Cuando le comunico esta noticia a Otto, este se pone en contacto con Arsenio Franco Villanueva (*El Gallego*), y nos dice que indaguemos dónde están esas armas, quiénes las tienen y qué piensan hacer con ellas; si las van a utilizar en algún hecho o no. Me citó con el individuo en varias oportunidades para tratar de conocer el objetivo que tenía la gente de la Triple A, pero no logré conocer nada. En una de estas ocasiones me plantea, el mismo individuo, que va a presentarme a un compañero de confianza y yo acepto, creyendo que está relacionado con el armamento.

Voy al Liceo la noche indicada para conocerlo y el charlatán a quien “me presenta” es a Alberto Álvarez



Alberto Álvarez Díaz —de pie, al centro— junto a Juanito Carballeira, Héctor Argilés y Evelio Alfonso.





Díaz, que cuando me ve, se sorprende. Después que terminamos la reunión donde no acordamos nada, hablé a solas con Alberto. El individuo le había dicho que iba a presentarle a un miembro de los grupos de acción del MR-26-7 de La Habana. Le informé a Alberto que a mí me presentaría esa noche una gente de confianza. Me hizo algunos reproches por no haberle dicho antes que yo pertenecía al Movimiento, y me dijo, además, que estaba tratando de hacer contactos con compañeros del MR-26-7 para oficializar su incorporación, ya que estaba trabajando por la libre y eso no era correcto.

Le dije que no se preocupara, que trataría de hacer contactos con los compañeros del Movimiento en La Habana y sonriente me respondió que desde ese mismo momento se consideraba integrante de la organización. No sé si fue por la confianza personal, ahora avalada por esta situación, que sentí por él un mayor cariño.

Como a los tres días de ocurrido este incidente, nos vimos nuevamente; me presenta a Reynaldo Cruz, novio de su hermana, exaltando sus virtudes de buen compañero y su valor extraordinario. Posteriormente, con el decurso de los días, me presentó a varios compañeros, entre ellos, Alberto Autié, Guillermo Díaz (*Mito*), Guillermito García, Francisco Arnao, Antonio Morales (*Nico*), Orlando Ojeda (*Llando*) y otros.

Comienzo a notar que en Alberto se manifiestan rasgos organizativos prometedores. Tenía un carácter que atraía a la juventud, a los muchachos; se sentía educador de esa juventud que dirigía ya con un doble carácter: deportiva y revolucionariamente.

Como resultado de estas impresiones, cuando se lo presento a Otto Díaz posteriormente, es aceptada su integración y la del resto de los compañeros, al MR-26-7 en la Escuela de Comercio de La Habana. Aunque se



Cuba: 10-9-54 H. #1  
 Acta # 924  
 Presidencia:  
 D. Pérez, R. Rabano,  
 J. Felipe, J. B. Scott, A. D. Lora,  
 Belandier, E. Kinde, A. Pineda,  
 Dimes: 704.91 para el mes  
 de octubre. X  
 Se aprueba el acta anterior  
 según se lee.  
 Se acuerda de: José Otilio Rodríguez  
 por G. Castellanos y Belandier  
 Juan Viera Santivaesa por  
 Carlos A. Pérez y Alberto Lora  
 Roy por L. Pérez y H. Rodríguez  
 \*Comunicados de pago:  
 Luis Conception: 6.50  
 Juan López y Rodríguez  
 Juan Solada.

Compañía de Fomento del Poptajío  
 de San Juan para el año  
 4 de octubre  
 Carta del Colegio Nacional  
 de Pedagogos solicitando los  
 salones para un curso  
 sobre las revistas de los  
 Colegios Nacionales de Regla  
 de adyugarse para por la  
 Casa Jete - Americana  
 José Martí.  
 Quince pendientes.  
 D. Pérez informó sobre el  
 curso que se da para por la  
 Fundación Nacional de  
 sobre el desarrollo de  
 nuestra pedagogía  
 mediante el problema  
 nacional.  
 Se acordó por unanimidad  
 que se envíen a Regla  
 Juan Amethi  
 Melba Rodríguez Lora.

Copia del acta de ingreso de Alberto Álvarez Díaz como socio del  
 Liceo de Regla. Los avals fueron otorgados por Leonel González  
 y Héctor Rodríguez Llompart.



Alberto Álvarez Díaz —de pie, a la derecha— junto al equipo de baloncesto La Rosa Blanca, el 2 de mayo de 1956 (como fondo, el mural del pintor Orlando Suárez del Liceo de Regla).





decidió —a modo de viabilizar los contactos entre Otto y Alberto— que sirviera yo de enlace, me integré al grupo y comenzamos a trabajar en estas circunstancias. En esta primera fase, junto a mí había alrededor de doce compañeros.

A principios del año colocamos una bomba en la sede del Royal Bank of Canada. En este hecho participé junto al compañero Alberto. Recuerdo que la bomba era muy grande y no se podía llevar bien oculta; esta situación me molestaba, sin embargo, a él le causaba risa. Quizás era la alegría de golpear al enemigo. Lo cierto es que su carácter me hacía sentir, en el fondo, más tranquilo. Posteriormente se realizaron otros atentados dinamiteros por el grupo, y se desarmó a un guardia jurado que cuidaba un garaje frente a la Escuela de Comercio de La Habana.

La cantidad de compañeros que integrábamos el grupo dirigido por Alberto, había aumentado con la incorporación de distintos jóvenes de Regla.

En esos primeros días del año, colocamos una bandera del Movimiento en el asta del obelisco a José Martí, sito en Recreo y Agramante, en nuestro pueblo. Participamos distintos compañeros en este hecho, que fue realizado por iniciativa de Alberto.

Esta acción fundió a nuestro grupo con el Movimiento en Regla, y nos identificó con Ferrer, quien aceptó nuestra incorporación oficial al MR-26-7 de la localidad.

### **La enseña de la rebeldía**

FRANCISCO ARNAO NOYA

La colocación de una bandera del 26 de Julio en el asta del obelisco a José Martí en Regla fue un hecho concebido por Alberto Álvarez. La bandera fue traída junto con otros efectos, luego de que el grupo de compañeros que dirigía Alberto y que había estado traba-





jando fundamentalmente en La Habana con los compañeros de la Escuela de Comercio, decidió incorporarse a la lucha junto a los existentes en la localidad.

El día de este hecho, Alberto me despertó a las 6:00 a.m. en mi casa, y me dijo la razón de su presencia. Lo acompañaban Reynaldo Cruz, Nelson Castro y Carlos Fernández Feaín. Me explicó que íbamos a colocar una bandera del Movimiento en el obelisco y otra en la Junta de Educación, en el mismo centro del pueblo.

Alberto me enseñó la bandera enrollada, y a instancias mías, la abrió para que la viera y comprobé que era bastante grande.

Salimos de casa y rápidamente llegamos al parque La Ermita, en uno de cuyos extremos está enclavado el mencionado obelisco. Según tengo entendido, fue el primero que se le erigió al Apóstol luego de su caída en Dos Ríos, ya en la seudorrepública, un día 20 de mayo de 1902. Reynaldo, Nelson y Carlos quedaron encargados de vigilar la presencia de cualquier agente de la tiranía.

Cuando flameaba la bandera, precisamente en el momento en que me encuentro amarrando el cordel al pie del asta, Alberto me interrumpe y me dice que tenemos que bajarla de nuevo para colocarla bien, porque habíamos puesto hacia abajo el lema del 26 de Julio. Le dije que era una locura volver a comenzar de nuevo el trabajo, pues en cualquier momento podía aparecer un policía, una perseguidora o cualquier otro elemento; pero me ordenó otra vez que la bajara, que como la habíamos colocado no era correcto. Al tratar de bajarla, esta se enredó con el asta y tratando de obligarla con el cordel, de pronto nos vimos con el cordel en la mano: este se partió desde la altura del asta, motivo por el cual nos vimos precisados a dejar la bandera como estaba.





Desde este lugar nos dirigimos a la Junta de Educación de Regla, donde Reynaldo y Nelson pusieron la otra bandera, cubriendo Alberto y yo la vigilancia.

Luego de esta acción, en una “guagua” fuimos a parar a Cojímar. Estuvimos toda aquella mañana en la playa. Después conocimos la repercusión de los hechos: la policía no pudo bajar la bandera del asta del obelisco, y se vio obligada a pedirle al Cuerpo de Bomberos, la presencia en el lugar de un carro-escalera, para lograr de esta forma arrancar del asta la bandera de la rebeldía. Mientras, grupos de ciudadanos congregados por la novedad de aquel amanecer voceaba en son de burla a la policía y los bomberos: “¡Sube, fulano, sube!”



Portada del semanario humorístico *Zig-Zag* donde se recrea el incidente de la bandera colocada por el MR-26-7 en el obelisco a José Martí.





Aunque por aquel tiempo proliferaban las banderas del Movimiento en todo el país, fue muy significativo el hecho, pues el semanario humorístico *Zig-Zag* publicó en su portada una reproducción del acontecimiento.

### **La unidad siempre fue un principio**

GILBERTO FERNÁNDEZ JIMÉNEZ (*CHARLES*)

Había hecho contactos con el Movimiento desde los primeros momentos de la lucha contra la dictadura, y dirigí un grupo que tenía su centro en el reparto Lídice, en los límites Regla-Guanabacoa. En aquellos momentos, realmente deseaba desarrollar una mayor acción: poder golpear al enemigo directamente, como lo exigía mi temperamento, pero los recursos eran pocos.

Este grupo operaba generalmente fuera de Regla. En ocasión de realizar un viaje como tripulante del barco *El Salvador*, utilizado para la pesca de chernas en el golfo de México por sus propietarios privados, abandoné la embarcación en la isla de Jorbó, próxima a las costas de México. Me incorporé allí a varios cubanos; entre ellos, un abogado y otro a quien le decían *Cholo*, todos de filiación auténtica: estaban haciendo gestiones para comprar un barco con el que realizarían, según ellos, un desembarco en Cuba, por las costas de Pinar del Río.

Este grupo poseía distintas armas para ejecutar sus planes. No obstante, tales planes fueron abandonados por los cabecillas del grupo, cuando ya habían adquirido el barco *El Águila* de unos 35 pies de eslora, de vela y con motor auxiliar. Me vi en la necesidad de acompañarlos hasta Xilán, clandestinamente, pasar de Daycnyú hasta el puerto de Mérida. De allí me dirigí a Islas Mujeres, porque el grupo tenía la intención de seguir hacia los Estados Unidos. Regresé a Cuba como







polizón en el barco *Angelita* por gestiones de un hermano mío que se encontraba pescando a bordo del barco *Emilio Bacardí* en la zona.

Vuelvo a reorganizarme con los contactos viejos y comienzo a estructurar de nuevo el grupo que contó, entre sus primeros integrantes, con los hermanos Esteban y Jesús Romero y con *Los Jimaguas*, Gonzalo y Everardo Blanco, cuyo padre era miembro del Partido Socialista Popular. También ingresan Marcos Guevara —un ex militar que había salido del ejército por problemas políticos después del 10 de Marzo—, Luis —hijo de un policía de la refinería—, Senén Hernández, Arbilio Guillot, Luis Hernández, Manuel Yedó, y otros, hasta llegar a doce aproximadamente. Estos habían participado conmigo desde los primeros momentos de la lucha. Incluso a este grupo comienzan a integrarse compañeros de distintas tendencias políticas. En esta reorganización se me asigna la responsabilidad de Acción y Sabotajes, y quien aparecía como jefe del grupo ante la Dirección Provincial del Movimiento en aquel momento, era Manolo Arocha (*El Pequeño*).

Comienzan las distintas tareas: propaganda, pintar paredes, colocación de banderas y otras actividades. Pasado corto tiempo, me percaté de contradicciones internas que amenazaban con la disolución del grupo, pues *El Pequeño* emprendía tareas que no habíamos discutido previamente; se daban órdenes por otros miembros de la “dirección” que contradecían las nuestras, incluso, las suyas, etc. Decidí separarme de aquella dirección donde había varios “figurines”, pues el peso de las acciones y la relación directa con los combatientes del Movimiento en la base las tenía yo, y estos estaban también inconformes con aquella situación.

Una vez tomada la decisión establecí contacto con Angelito, jefe del Movimiento en el Mercado Único de





La Habana, y a través de este, con la Dirección Provincial. Les informé de nuestra inconformidad de continuar trabajando bajo las órdenes de *El Pequeño* y de la decisión de separarnos de su jefatura. Fueron aceptados mis planteamientos y nos autorizaron para operar como grupo independiente. Al mismo tiempo conocimos que tanto *El Pequeño* como *Lelé* Machado (otro personaje de la dirección del grupo de *El Pequeño* y al que todo el mundo conocía en Regla como “El amigo de los americanos”, porque fue policía de la Embajada yanqui en La Habana) habían efectuado distintos contactos con *Cheo* Ferrer y Evelio Parera con la intención de fundir los grupos bajo una jefatura conjunta, sin haber obtenido resultado alguno.

Ferrer se percató del sectarismo y el afán de ostentación y mando de *El Pequeño*, quien llegó a proponer a *Lelé* Machado como jefe del Movimiento en los contactos efectuados.

Hice relación directa con Ferrer y Evelio Parera Zulueta, así como con los grupos que estos dirigían, incluido el grupo de Alberto, a través de los combatientes Isidro Diez Barreras, Osvaldo Santana (*Tin Tan*), Pedro Hernández Parente —que nos conocíamos desde niños y en los trajines de la lucha—, y otros, con quienes logramos coordinar las acciones a partir del mes de febrero de 1957.

Considero que los sucesos del 30 de noviembre en Santiago de Cuba y el desembarco de los expedicionarios del *Granma* fue un factor decisivo para acelerar nuestra ruptura con *El Pequeño* y su “figurado”, pues a partir de aquellos hechos todos queríamos más acción contra la dictadura, y lo demostramos durante todo el curso de la lucha.

Las armas que poseíamos eran un revólver vizcaíno calibre 32, una pistola calibre 25, una escopeta





Winchester y un fusil 22 para iniciar los combates de 1957, año durante el cual logramos adquirir cinco pistolas más.

Por la cantidad de jóvenes que se fueron incorporando en el curso de la lucha fue necesario que yo estructurara tres grupos más para un total de sesenta combatientes bajo las órdenes de Orlando Arteaga, Manuel López y otros, a quienes dirigí hasta que fui detenido en febrero de 1958 y enviado a prisión.

### **El apagón y rotura de vidrieras**

GILBERTO FERNÁNDEZ JIMÉNEZ (*CHARLES*)

Siguiendo instrucciones de la Dirección del Movimiento en la localidad, para que coordináramos una acción de envergadura, donde participaríamos distintos grupos de Acción y Sabotaje, nos reunimos una mañana en el Liceo de Regla, Alberto Álvarez, Leonardo Valdés Suárez (*Maño*), Reynaldo Cruz, Guillermo Díaz (*Mito*), Francisco Arnao y otros.

Luego de un largo debate, salimos de allí con un plan a ejecutar esa misma noche. Este consistía en producir una interrupción del fluido eléctrico del pueblo de Regla, rotura de vidrieras comerciales en la calle Martí, destrucción de distintos garitos y quemar los talleres de la ruta 6. Este último objetivo lo sabotearíamos desde la ventana de una habitación del bar-hotel México, que según Alberto, se alquilaría desde hora temprana y dada su proximidad con el área de estacionamiento de los ómnibus, permitiría a dos compañeros lanzar los cócteles Molotov sin mayor dificultad.

Sobre las 8:30 p.m., en la calle Martí, desde Alburquerque, donde se encontraba enclavado el bar Yayo, hasta la calle Pereira (unas seis cuadras aproximadamente), se fueron situando decenas de compañeros miembros del MR-26-7, que tenían la misión, una vez





producido el apagón eléctrico, de destruir las vidrieras de unos 35 comercios y las máquinas de juego de los garitos El París y El Automático. Nosotros, por otra parte, ejecutaríamos la misión de tirar dos cadenas contra la línea de alta tensión y Alberto se ocuparía de los hombres que incendiarían el taller de reparaciones de ómnibus y de otras acciones acordadas. La hora para el inicio de las operaciones sería las 9:00 p.m. Sobre las 8:30 p.m. me encontré con Arnao, quien había sido designado para auxiliarme en mi tarea.

Este contacto lo hicimos en el kiosco de Luis Hernández, situado en Ortiz y Libertad, que nos servía de punto de reuniones. Allí preparamos la cadena que habíamos conseguido desde el día anterior, y partimos para la esquina de Máximo Gómez y Pereira. Después caminamos juntos para desvirtuar cualquier sospecha, pues la cadena formaba un bulto grande; al llegar a Calixto García y Pereira, la sacamos. Arnao se retiró hacia la esquina y produjo el primer tiro: fallé (alrededor de seis libras pesaban aquellos eslabones, y la altura era considerable); cayó la cadena en medio de la calle. Varias personas miraban curiosas ante el ruido que esta había producido, y paradas en las puertas, me gritaban: “Muchacho, deja eso; te van a matar”, etc. Volví a tirarla nuevamente en presencia de una mujer y un hombre, con ropas de mecánico, que cruzaban en ese momento; se produjo una explosión en el tendido de alta tensión junto al sonido de los eslabones fragmentados contra el pavimento. Acto seguido, el individuo se echó a correr bastante asustado, pues la explosión y la iluminación eléctrica fueron grandes. La mujer y otras personas, al parecer cegadas instantáneamente por la luz, corrían y tropezaban en la huida. Pronto dos policías se acercaban corriendo, asediando a unos y otros transeúntes para saber quiénes eran o qué ha-





bía sucedido. Esta confusa situación nos dio la oportunidad de escapar. Al acercarnos a la calle Martí, sentíamos las explosiones de los cristales de las vidrieras tras el ataque de nuestros combatientes. Tuvimos tiempo de tirar también algunas piedras en ayuda de los que rompían y tiraban al medio de la calle las máquinas de juego de El París. Veíamos a la policía correr hacia la estación, y no entraban ya por la puerta sino hasta por las ventanas, acobardados.

Cuando se restableció la luz, comenzamos a caminar para ver los daños; pudimos observar que las vidrieras de todos los comercios habían sido destruidas —desde la farmacia de Tobías, en Pereira y Martí— y atacados otros lugares no sólo por los miembros del Movimiento. Todo el que simpatizaba vio la oportunidad de demostrar su repulsa al régimen y sumarse a un hecho de la Revolución.

Por la calle Martí, la Compañía de Electricidad estaba llevando a cabo el soterrado de los cables de alta tensión hasta la Sub-planta eléctrica del reparto Modelo, y por tal motivo existían todas las piedras necesarias; el adoquín estaba allí que “daba al pecho”.

Conocíamos de la importancia de las líneas de alta tensión, porque algunos trabajadores de la compañía eléctrica nos indicaron anteriormente los puntos más vulnerables e importantes.

Esa noche se realizó el lanzamiento de otra cadena en Maceo y Facciolo, pero los encargados de la acción fallaron el tiro de aquella contra el tendido eléctrico. Tras el hecho fue arrestado y, posteriormente, condenado por esta acción Roberto Gálvez Lendián (*Tico*), miembro del Movimiento, al que sorprendió la policía al entrar a un billar.

Acciones de este tipo se repitieron en Regla durante el curso de la tiranía.





## Golpeados y fichados

PEDRO HERNÁNDEZ PARENTE

Sobre las diez de la noche nos reunimos Reynaldo Cruz, Alberto Álvarez y Cristo Ponce Venero (*Casito*), en la esquina de Pereira y Martí, comenzamos a hablar del momento, de la situación, de la necesidad de desarrollar una cadena de acciones revolucionarias contra la tiranía, de propaganda, pintar paredes, colocar banderas, etcétera.

En medio de la conversación, *Casito* hizo el comentario de la muerte de Ángel Hernández Chirino, quien había sido detenido en un billar de Guanabacoa (Las Cuatro Esquinas), y aparecido muerto posteriormente en 39 y Paseo, baleado y con una bomba en la mano.

Llegamos a la conclusión de que el mayor culpable del hecho era el agente de la tiranía Gilberto Perdomo, quien nominalmente pertenecía a la policía de Regla, pues se afirmaba que este había participado en la detención de Hernández Chirino.



Ángel Hernández Chirino, de procedencia auténtica, mantenía contactos con distintos revolucionarios; entre ellos, Menelao Mora.





Inmediatamente pensamos en actuar. Recordamos que vivía en Guanabacoa y que por las noches solía sentarse en una ventana de su casa. Alberto sugirió que debíamos de ajusticiarlo. Analizamos qué medios necesitaríamos para realizar la acción: uno era garantizar un vehículo para la movilidad y el otro, las armas de fuego. Teníamos un revólver y armas blancas, y para movernos, nos dimos a la tarea de sustraer un auto en Regla.

Ya en Guanabacoa, hicimos una inspección del barrio donde vivía Perdomo, de la estación de policías, de la cantidad de guardias que había en la calle, de la hora, etc. En medio de este recorrido, la máquina se nos quedó sin gasolina. Eran como las once de la noche, había que conseguir otro vehículo. Reynaldo y yo nos encaminamos a buscarlo donde quiera, mientras los demás compañeros nos esperaban en un lugar previamente acordado.

Estábamos a unas 5 o 6 cuadras de la estación, en una zona algo apartada. Mientras Reynaldo —sentado al timón— hacía el puente, yo empujaba el auto que nos íbamos a “llevar”. Despacio, con las luces apagadas, llegó una seguidora. De pronto nos encañonaron. Como no estábamos armados, no pudimos hacer ninguna resistencia. Comenzaron a hacer preguntas sobre lo que pasaba y le dijimos que el auto era nuestro y que nos estaban esperando dos mujeres.

Pero aquello no los convenció y los policías nos hicieron montar en el auto que tratábamos de “sustraer”. Reynaldo al timón, yo a su lado derecho y un policía empuñando el arma, montó atrás. Tratando de demorar la cosa y de encontrar una oportunidad de escapar, Reynaldo le dijo que la máquina no arrancaba y que había que empujarla, dejando puesta la palanca de emergencia.

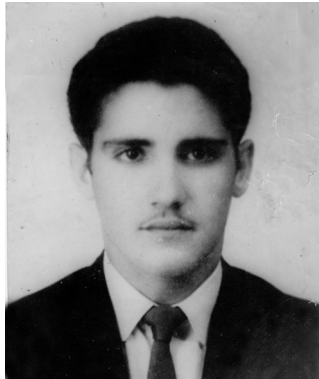
El vehículo policíaco se colocó detrás del nuestro y comenzaron a empujar con gran dificultad. Cuando el





auto se encontraba a dos cuadras de la estación policíaca de Guanabacoa, Reynaldo abrió la puerta y se lanzó del vehículo en marcha, emprendiendo la fuga. Yo hice lo mismo, pero erróneamente corrí hacia un callejón que tenía franqueada la salida por una pared: ¡un callejón sin salida! Ante esta situación no pude hacer otra cosa que enfrentarme a golpes con uno de los agentes que me perseguía; llegó otro policía y me dio con la culata del revólver por el cuello y me atontó. Cuando me conducían a la estación, sentía las detonaciones de los disparos que le hacían a Reynaldo para capturarlo.

Como a los 15 minutos de estar en una celda de la estación veo que se aparecen con Reynaldo. Lo encerraron conmigo. A la media hora llegó el famoso capitán Castellanos: un sujeto gordo, repugnante, con su tropa de esbirros. Abrió la celda y nos preguntó si éramos revoltosos, si pertenecíamos al Movimiento, que él estaba seguro que nosotros teníamos que ver con la bandera del MR-26-7 que se había puesto en los mantiales de La Cotorra, y que dentro de poco nos “interrogaría”, que nos prepararíamos para hablar.



Reynaldo Cruz Romeu, segundo al mando de Alberto Álvarez Díaz, combatiente clandestino capaz, y brillante luchador contra la tiranía.







Regresó a la una de la madrugada, en camiseta, con un “pisajo”<sup>1</sup> en la mano y rodeado de agentes. Eran como quince policías alrededor mío y Castellanos comenzó a darme para que yo hablara.

Le decía que yo no sabía nada. Me repitió dos o tres “pisajazos” y yo riposté con dos patadas; me vuelven a dar y le tiro nuevamente dos patadas. Entonces, se me tiran arriba los demás esbirros, y pegándome por el estómago, cuello y pecho, me llevan hasta la celda y sacan a Reynaldo.

Reynaldo estuvo como diez minutos en el patiecito aquel recibiendo golpes de los esbirros y gritando que no sabía nada. Trajeron a Reynaldo y de nuevo me sacaron y me empezaron a dar golpes. Reynaldo les gritó que no me dieran más golpes, que él iba a hablar.

Parece que pensaron que era cierto, porque sacaron a Reynaldo, quien empezó a hacer una historia sobre dos muchachas que nos estaban esperando; que íbamos a salir con ellas; que el carro era de un amigo de nosotros, pero como era tan tarde, no queríamos despertarlo. Yo no sé si Castellanos lo creyó o no, lo cierto es que no nos pegaron más.

Este hecho fue un sábado por la tarde. El domingo nos llevaron al Buró en un carro-jaula con una perseguidora delante y allí nos ficharon por terrorismo y hurto. Después nos remitieron al Vivac.

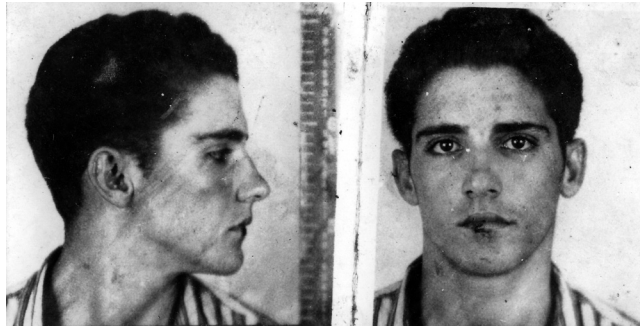
Casualmente el auto que habíamos tratado de sustraer era de un amigo de Andrés, el padre de Reynaldo, y declaró a nuestro favor. Posteriormente nos soltaron.

Reynaldo era una persona extraordinaria, decidido, valiente, que nunca vaciló ante la acción.

---

<sup>1</sup> Especie de látigo, obtenido del pene del buey, después de curado al sol o con estufa.





Ficha del Buró de Investigaciones del combatiente Reynaldo Cruz Romeu.

### **El incendio del Galbán Lobo**

ORLANDO LÓPEZ CORREA (*EL GAUCHO*)

Participé en el incendio del stadium Galbán Lobo (hoy ALBERTO ÁLVAREZ DÍAZ), junto con Manuel Ortega, a quien todos llamamos *Fory-Fay*. Esta acción se produjo en el período de zafra, y como era cotidiano, las fuerzas de la Revolución a todo lo largo del país, golpeaban duramente al sector azucarero, con la quema de caña, el sabotaje a los centrales, etc. Al no contar la zona de Regla con cañaverales que incendiar, aunque sí con algunas instalaciones que eran propiedad de distintos magnates azucareros, optamos por tratar de llevar a cabo un hecho de sabotaje que afectara la economía de estos señores y que, al mismo tiempo, sirviera para mantener los efectos psicológicos de la lucha contra el régimen batistiano.

Por la Dirección del Movimiento 26 de Julio en la localidad, se planteó la quema de los muelles de Hershey, acción que no se pudo desarrollar a causa de que los factores que garantizarían el hecho fallaron a última hora, como fue la intensificación de la vigilancia que sobre dichas instalaciones estableció la policía maríti-





ma en dicho período de zafra y los débiles recursos que por este tiempo poseíamos para contrarrestar cualquier sorpresa del enemigo a la hora de ejecutar el hecho. Ante esta situación decidimos quemar el stadium antes mencionado, propiedad del magnate azucarero Julio Lobo, situado entre las calles Benito Anido y 27 de Noviembre, en Regla.

La instalación deportiva estaba prácticamente abandonada; todas las graderías eran de madera. Por su aspecto, era preferible para cualquier joven por ese tiempo jugar al béisbol en un solar yermo cualquiera, que hacerlo allí; tal era su estado de destrucción. El plan lo acordamos en la casa de Fernando Fernández Vázquez (*Bigote*).

El desarrollo de la acción fue el siguiente: llegué acompañado de Manolo Ortega a las proximidades del lugar, sobre las ocho de la noche; cada uno trajo su botella de gasolina, la que habíamos comprado esa misma tarde en el garaje de Céspedes y Maceo. Teníamos la idea de incendiarlo rápidamente, pero nos percatamos que se estaba celebrando una reunión entre un grupo de personas en el interior, y acordamos esperar, para evitar que la intervención de estos pudiera evitar la propagación de las llamas e, incluso, que pudieran detectarnos realizando la acción.

Sobre las nueve de la noche se terminó la reunión, y cuando el último de los asistentes abandonó la instalación, rápidamente penetramos nosotros por un hueco de la cerca, que, por cierto, estaba en muy mal estado, por el área del Arroyo Tadeo. Ya junto a las paredes de madera, las rociamos con gasolina hasta donde nos alcanzó cada botella, y acto seguido, le lanzamos un fósforo encendido, huyendo ambos por donde mismo habíamos entrado.

Las llamas se propagaron y tuvieron que intervenir los bomberos ya cuando la candela había hecho





considerables estragos. Por este hecho fueron arrestados distintos ciudadanos de la localidad.

### **Una bandera en la torre**

ROLANDO NEYRA

Me encontraba trabajando en las obras de ampliación de la compañía yanqui Esso Standard Oil, en una contrata hecha por un monopolio de ellos mismos y que se dedicaba a hacer los trabajos de construcción, pailería, montaje, soldadura, etc. Se llamaba Snare Co.

Había entrado, en 1956, como un trabajador más, aunque me dedicaba a la numeración de las bases de hormigón que se iban construyendo diariamente, hasta que uno de los responsables, un yanqui que se ocupaba directamente del control de la tarea que me correspondía realizar, dedujo que los carteles que aparecían del 26 de Julio, o contra el régimen de Batista, los estaba escribiendo yo, que se los ponía a cada cara de las bases después de marcarlas con el número de control que él me daba.

Lo hacía con el mismo creyón que me proporcionaban para esa tarea.

Me trasladó de aguador y en eso me encontraron Reynaldo, Alberto, *Maño* y *Mito* cuando entraron a la obra. Ellos comenzaron a trabajar en el montaje de la tubería, y como Reynaldo era mecánico, desempeñaba muy bien aquel trabajo. Esto sería por el mes de febrero o finales de marzo; ya Reynaldo había estado preso al tratar de sustraer un vehículo en Guanabacoa, junto con otros compañeros más, para llevar a cabo una acción del Movimiento. Enseguida que ellos entraron comenzamos a desarrollar juntos una labor de intensa propaganda. Introducíamos manifiestos, y en cada oportunidad dejábamos inscritas las siglas o los lemas del 26 de Julio por cada rincón de la obra.





Ya estaba próxima la fecha del 26 de julio y acordamos realizar alguna acción, algo para esa fecha que “sonara”, que hiciera efecto dentro de aquel centro, para ir despertando el interés y el espíritu de lucha entre los trabajadores. Entonces acordamos poner una bandera del MR-26-7.

Yo les dije que la bandera la haría en casa y que la pondríamos ese día. Y así fue. El 26 de julio acordamos que como yo era el aguador y tenía que andar por toda la obra, la pondría a las once de la mañana.

Recuerdo que en aquella ocasión Reynaldo me dijo: “Vamos a ponerla en lo último de la torre de la refinería para que se vea bien, y para que cueste trabajo bajarla de allí”.

La bandera tenía tres pies de ancho por cuatro pies y medio de largo. La amarré a un palo en forma de asta y comencé a subir, cuando ya todos los trabajadores se iban retirando a almorzar. Llegué al final de la torre y la até duro a la punta. Luego bajé. Reynaldo, Alberto, *Maño* y *Mito* se habían quedado abajo para cualquier problema. Ya todos juntos, fuimos a almorzar; casi no almorzamos porque queríamos ver la reacción de la gente. En efecto, cuando la bandera fue descubierta, lo cual sucedió casi inmediatamente, ningún trabajador quería subir a la torre, porque temían a la represión o que se les inculpara de este hecho.

La voz corrió rápidamente entre los trabajadores y oímos expresiones de adhesión a nuestra causa que ratificaban aquel hecho. Por fin, por orden de la dirección de la refinería, un guarda jurado subió a lo alto de la torre y con grandes dificultades pudo bajar la bandera.

Al menos, el objetivo que perseguíamos se había logrado, porque si bien es cierto que aquella bandera sólo permaneció por espacio de dos horas flotando a los cuatro vientos, no es menos cierto también que por





muchos días y muchas semanas la enseña rojinegra del Movimiento tremoló en la mente de aquella masa de trabajadores eventuales que, como nosotros, les entregaban su sudor y su esfuerzo a los yanquis y a los gobernantes corrompidos que dirigían este país.

Por este hecho fui detenido por el asesino comandante Pelayo Balbín, jefe de la Policía Marítima. Me entregaron más tarde a Ventura, posteriormente a Laurent, y estuve prisionero más de 25 días en distintos centros de represión y de tortura de la tiranía.

### **Apoyando la huelga**

GILBERTO FERNÁNDEZ JIMÉNEZ (*CHARLES*)

Como consecuencia del asesinato perpetrado por José María Salas Cañizares y sus secuaces, contra nuestro querido e inolvidable Frank País, en las calles de Santiago de Cuba, el día 30 de julio, la nación se estremeció ante la pérdida de un gigante de la Revolución. Las fuerzas del pueblo se desataron y comenzó a desarrollarse, simultáneamente a las acciones insurrectas, la huelga de los sectores proletarios del país. Esta manifestación de solidaridad comenzó en la región indómita de Oriente en los primeros días del mes de agosto, y se fue desarrollando paulatinamente a través de las distintas provincias de nuestro país.

Por la Dirección del Movimiento en nuestra localidad, se cursaron las orientaciones pertinentes con el fin de lograr la paralización de diferentes centros laborales, entre ellos, las distintas zonas del puerto de La Habana aledañas a Regla, las rutas 6 y 29 de la COA, la fábrica de tejidos Dial, la Productora de Superfosfatos, los trabajos de ampliación y construcción de la refinería Shell Mex, que bajo contratas de las firmas yanquis Making Raymond y Snare Co. se encontraban entonces en fase de construcción y montaje, y contaban con





una fuerza de trabajo superior a los mil hombres, y otros centros laborales del pueblo.

Se discutió con distintos compañeros —algunos de ellos dirigentes sindicales— para convencerlos de que al amanecer del día 5 de agosto, abandonasen sus respectivos centros de trabajo, pues en esa fecha daría inicio una huelga general revolucionaria, apoyada por la Dirección del Movimiento, con acciones en distintos puntos de la provincia para garantizar su efectividad.

El día en que debía comenzar la huelga me dirijo, en horas de la mañana, a las obras de ampliación de la Shell. Observé que faltaba una buena cantidad de trabajadores, pero había rompehuelgas trabajando. Comencé a exhortarlos a que abandonasen las labores y se sumasen, como el resto de los compañeros, a la huelga. Logré convencer a un grupo y nos retiramos.

Era evidente que aquellas firmas yanquis, ante la inminencia de la huelga, habían lanzado toda una campaña de amenazas contra los que se sumaran a ella, utilizando a varios capataces y personal de su confianza como vehículos diversionistas. Por esta razón habían ido a trabajar algunos rompehuelgas que temían ser cesanteados y, otros, por su inconciencia del proceso que vivía el país.

Ya en el parque de Regla, lugar hacia donde nos dirigimos para conocer el desarrollo de la huelga en la localidad, nos enteramos de que la ruta 6 había amanecido paralizada y que habían arrestado a algunos “guagüeros”. También, que en distintos centros laborales había similar situación.

Avanzada la mañana y encontrándonos un grupo de miembros del Movimiento, entre ellos Guillermo Díaz (*Mito*) y varios trabajadores de la refinería, vimos llegar al parque del Ayuntamiento de Regla los ómnibus de los trabajadores de la refinería, cuyos choferes





habían ido hasta la propia casa de distintos trabajadores a buscarlos para que fueran a trabajar por la mañana.

Ese mismo día acordamos darles un escarmiento a todos los rompehuelgas y preparar rápidamente un asalto a esos ómnibus, en los momentos cuando se encontraban trasladando el personal fuera de la refinería.

Conseguimos, a través de Urbano Fernández, un revólver del abuelo —primera vez que lo veíamos todos. Era calibre 33, cuyo gatillo se escondía debajo del cañón, y me tocó a mí, que conjuntamente con otro compañero armado de un puñal, teníamos la misión de detener los ómnibus de la refinería que comúnmente se movían en caravanas de dos o tres vehículos en cada horario de trabajo.

Los compañeros se situaron en una elevación existente junto a la esquina de Ave. Perche y Vía Blanca, por donde diariamente tomaba esta caravana de ómnibus para dirigirse a Regla. Teníamos oculta una lata de gasolina con la cual, luego de paralizar el primer vehículo y atravesarlo en la Ave. Perche, procederíamos a incendiarlos todos. El otro “armamento” eran piedras.

Al fin, a lo lejos se divisó la caravana de ómnibus que procedente de la refinería se dirigía por la Vía Blanca. Eran tres ómnibus. Les avisé a los compañeros para que se pusieran en alerta. Me puse un casco de la Making Raymond, una de las compañías yanquis que tenían las contratatas de las obras; y cuando el primer ómnibus rebasó lo suficiente la curva de entrada a Regla por la Ave. Perche, le hice señas al chofer para que parara. Este obedeció creyendo que yo era un trabajador más, que iba a tomar el ómnibus para bajarme en el pueblo. Cuando me abrió la puerta, subí con el revólver en la mano y se lo puse en el cuello al chofer. Al







mismo tiempo, Guillermo Díaz (*Mito*), que iba conmigo, franqueaba la puerta de salida del ómnibus, la misma por donde nosotros habíamos subido al vehículo.

Los otros dos ómnibus que seguían a este primero se detuvieron también, quedando la culata del último de ellos para la Vía Blanca. El chofer y todos los presentes se quedaron sorprendidos. Le dije al chofer que atravesara el ómnibus en el medio de la Ave. Perche, que era un asalto del Movimiento 26 de Julio, por lo desvergonzados que eran ellos. El chofer presa de un ataque de nervios casi no atinó a mover las manos. Fueron segundos de tensión. Pero en esos momentos los compañeros comenzaron a apedrear las “guaguas” desde la lomita y a correr para arriba de ellas, gritando al mismo tiempo: “¡Revolución! ¡Candela! ¡Candela!”, agitando la lata de gasolina.

Se produjo un pánico total dentro de los ómnibus. Aquello se convirtió de pronto en un infierno, al extremo que no pude dominar más la situación. En la “guagua” en que yo estaba, los rompehuelgas aterrorizados, me arrastraron. Arrancaron la puerta del ómnibus, otros rompieron los cristales de las ventanillas para salir por ellas.

Por el corre-corre de ellos, caí al pavimento. Los rompehuelgas, cuando me vieron en el suelo con el revólver en la mano, saltaban sobre mí tratando de huir; a otros no les interesaba ya ni el revólver.

Lo que sucedía a mi alrededor era tremendo. Uno de los ómnibus que había quedado con la culata para la Vía Blanca, dando marcha atrás, chocó con un camión, atravesándose ambos vehículos en la carretera. Sentía el ruido del claxon de otros camiones y autos imposibilitados de continuar su viaje por la interrupción del tráfico. Por otro lado, algunos rompehuelgas corrían, como se dice vulgarmente, en “cuatro patas”, subiendo la loma;





otros, daban fuertes golpes contra las puertas de casas cercanas pidiendo a gritos que los dejaran entrar; en fin, aquello fue tremendo. Con sólo decir que las perseguidoras que llegaron después, se llevaron tantos cascos que no podía ir nadie sentado atrás.

Con este hecho les habíamos dado una lección merecida a los que no supieron secundar con su actitud la huelga revolucionaria.

### **Un momento de tensión**

OSVALDO SANTANA ARMAS (*TIN TAN*)

En agosto, el Movimiento se había fortalecido bastante en Regla, porque habíamos realizado distintos hechos. Una noche se acercó a mí Nelson de Armas y me invitó a casa de *Patopito* —quien trabajaba de basurero y vivía en Adriano entre Rubiera y La Loma— a buscar unas bombas que se encontraban dentro de un pozo. Fui con él, recogimos el material explosivo y lo trasladamos a mi casa. Cuando aquello yo vivía en Recreo entre Perdomo y Simpatía, frente al mal llamado “hospital” en La Ermita.

Con el material oculto en casa, hablé con Ferrer, quien tenía orientado fueran colocadas en distintos puntos del pueblo. En la colocación de una —tres en total— fui acompañado por Leonardo Valdés Suárez (*Maño*). El objetivo elegido era el patio de los ferrocarriles de Regla, situado en la zona conocida por patio Fesser, a un extremo de la Calzada de 10 de Octubre.

La noche convenida, sobre las diez de la noche, *Maño* y yo bajamos por Perdomo hasta 10 de Octubre. El ambiente en la calle era normal y acordamos que una vez colocado el artefacto entraríamos al bar de Adela Chacón, situado en aquella misma esquina. Calculando sobre el terreno la distancia desde allí hasta el patio del ferrocarril, optamos por cortar la mecha que tenía la





Leonardo Valdés Suárez (*Maño*), combatiente clandestino destacado, a las órdenes de *Cheo Ferrer*.

bomba, que debía durar 10 minutos, pues con cinco minutos nos bastaría para entrar al bar sin problemas.

Bajamos al patio Fesser y en una de las casillas que se encontraba cargada de azúcar o de abono, colocamos la bomba, la encendimos y huimos rápidamente.

Llegamos al bar con una seriedad pasmosa. *Maño* se caracterizaba por eso: reaccionaba fríamente y muy bien ante el peligro. Tan pronto entramos, en la barra estaba *El Patón*.<sup>2</sup> Yo de inmediato medio que me corté, pero seguí a *Maño* y nos sentamos en una de las mesas.

Este esbirro casi siempre se movía por esta zona, era policía de Regla y conocía, por convicción, nuestras actividades en el Movimiento. Presentía que nosotros éramos contrarios al régimen.

---

<sup>2</sup> Vigilante de la Policía Nacional de apellido Carmona, quien cometió distintos atropellos y vejaciones en Regla y Guanabacoa. Fue ajusticiado por Manuel Rodríguez (*Papana*) y Luis Pérez Montojo (*Mena*) de las milicias del MR-26-7, el 1ro. de enero de 1959, al tomar un ómnibus de la ruta 29 en el que pretendía escapar hacia Guanabacoa.





*Maño* había sido detenido en una oportunidad, y al principio nosotros, los miembros del Movimiento, cometimos el fallo de andar juntos, en grupo, en lugares públicos. Por eso, *El Patón*, uno de los tipos más repugnantes y abusadores de la tiranía en Regla, se nos quedó mirando cuando nos vio entrar.

Todo ocurrió prácticamente en unos segundos. Cuando nos sentamos a esperar la explosión en cualquier momento, con la mirada de *El Patón* sobre nosotros, saco la pistola y la pongo en el entrepaño de la mesa. Las mesas tenían como una repisa interior para poner los cigarros. La pongo allí para tenerla al alcance de la mano.

*Maño* me dice que si la bomba explota le vamos a tener que matar allí mismo antes que él pueda reaccionar. Pero la bomba no explota. Mil ideas pasaron por nuestra mente. Le digo a *Maño* que se quede sentado (le dejo la pistola para cualquier eventualidad) y voy hasta la victrola para distraer la mirada de aquel estúpido. Junto a la victrola, dándole la espalda a *El Patón* y haciendo como si leyera la pizarra de aquel aparato para seleccionar un disco, me pongo las manos en la cintura y me levanto la camisa. Sabía que *El Patón* no se perdía movimiento alguno. Lo hice a propósito para que se convenciera de que no llevaba armas encima, para que supiera que estaba desarmado.



Leonardo Valdés Suárez (*Maño*) —a la izquierda— como responsable de la Comisión de Festejos del Liceo de Regla, en la elección de la Reina de las Flores en 1953. Aparecen, además, Juan P. Trueba Prieto, Orestes Redondo y Octavio Pérez Reboledo, directivos del Liceo.





Me pareció que un individuo que estaba allí se había dado cuenta de la tensión entre el agente y nosotros. Lo cierto es que, después de poner un disco cualquiera, *El Patón* había sido invitado por un sujeto a tomar.

Regresé a la mesa. Terminamos de tomarnos la cerveza y salimos de aquel lugar. Bajamos de nuevo a la casilla donde habíamos puesto la bomba: la mecha se había consumido totalmente, pero la dinamita no había explotado. La recogimos nuevamente para ser utilizada en otra acción.

### **Una acción coordinada**

PEDRO HERNÁNDEZ PARENTE

En una reunión convocada por la Dirección del Movimiento de la localidad, se encontraban Evelio, Alberto, Reynaldo, *Charles*, Fermín Expósito Fresquet y otros. La tarea era hacer un análisis de los planes de la tiranía, que había adelantado la fecha de los festejos que se iniciarían a mediados de agosto hasta el 13 de septiembre, y de la necesidad de desarrollar una serie de acciones revolucionarias que dieran cuenta de la organización y pujanza del Movimiento y que, a la vez, llamaran a las masas al deber de apoyar todo tipo de acción cívica y revolucionaria.

Se elaboró un plan general que, en lo fundamental, era el siguiente:

*Primero.* Se pondrían dos bombas a las nueve de la noche en el puente de la línea del tren de Hershey.

*Segundo.* Una bomba tipo “pata de elefante” se pondría al costado del edificio Tellaeche, donde vivía un familiar del general Cantillo.

*Tercero.* Después de esas tres bombas (que explotarían al mismo tiempo), se lanzaría una cadena contra los cables de alta tensión que pasaban por el





Grupo de combatientes en el cual aparecen Víctor Babani, Alberto Álvarez Díaz —segundo de izquierda a derecha— junto a este Fermín Expósito Fresquet, Pedro Hernández Parente y Ángel Cruz (*El Fiñe*), entre otros.

fondo del Liceo de Regla, con el fin de producir un apagón y poder hacer un lanzamiento en masa de cócteles Molotov hacia los kioscos de juego en el área del emboque de las lanchas, y a la vez, en la misma zona, se ajusticiaría a un agente de la tiranía. Además, se lanzaría en lugares céntricos propaganda revolucionaria.

Estos eran, a grandes rasgos, los aspectos fundamentales de cómo se debía desarrollar el plan.

Se empezaron a hacer con antelación las coordinaciones necesarias. La participación sería por grupos: quién iba a estar al frente de cada grupo, definición de la hora, fabricación de los cócteles y ubicación de las bombas en una casa; las armas y la cadena, es decir,





todos los implementos técnicos necesarios para desarrollar los hechos; quiénes iban a actuar en estos; la explicación definitiva de la importancia de la sincronización, la forma de ejecutar las acciones: nadie podría adelantarse porque eso podía crear, como ocurrió, confusiones. El desarrollo concreto de los hechos se desarrolló de la forma siguiente:

Se hicieron 15 cócteles Molotov, se trasladaron para una casa, en los altos de la esquina de Máximo Gómez y Ambrón, lugar estratégico para seguir hacia el emboque, cuando llegara la hora de la acción. Allí quedarían ubicados los compañeros que iban a participar en el lanzamiento de los cócteles.

Reynaldo Cruz y *Tito* Masvidal ajusticiarían y desarmarían a un agente de la tiranía en la zona del emboque de Regla.

Las bombas se situarían en casa de la abuela de Alberto.



Área del emboque de Regla, sitio escogido para la acción. Al fondo, la bahía de La Habana.





Se llamó a quienes participarían en la acción y se les definió sus tareas: A *Charles* y otros les tocaba el lanzamiento de la cadena a los cables de alta tensión; se les puso en alerta para la hora acordada, y a eso de las ocho de la noche nos reunimos en “Valle Oculto”, en casa de la abuela de Alberto.

Aquella noche discutí fuertemente con Francisco Arnao sobre si yo iría a una de las bombas; pero se decidió que yo fuera para los cócteles. Salimos de allí cada cual con su tarea. El balance de las acciones fue el siguiente: una de las bombas del puente por donde pasa la línea explotó. La bomba del edificio no explotó, porque se apagó la mecha. Se lanzó la cadena dos veces y en ambas la luz pestañó; amagando la cadena con cruzar el tendido eléctrico, pero sin cerrar el circuito.

Nosotros teníamos que esperar el apagón que produciría *Charles* para distribuir los cócteles. Al sonar la primera bomba, bajamos los cócteles y nos sentamos con el saco lleno en la acera de Máximo Gómez.

Vimos que la luz pestañó dos veces, pero no se apagaba. Apareció *Charles* por la calle Ambrón con la cadena, y nos explicó lo ocurrido. Insistí en darles los cócteles a los compañeros e irnos para el emboque, pero se produce una gran confusión. Ningún compañero los recogió, porque en aquellos momentos pasaba por allí la esposa de Manolo (*El Relojero*). Ante esta situación, tuvimos que dejarlos escondidos de nuevo en la casa donde los teníamos ocultos.

La propaganda se lanzó en distintos puntos del pueblo por un grupo de compañeros.

No se obtuvo el efecto que buscábamos, pero sí en menor dimensión: logramos causar un estado psicológico en las masas de Regla, mientras comenzábamos a planear nuevos hechos para sabotear los mencionados festejos.







## **Concentración para una acción conjunta**

EVELIO PARERA ZULUETA (*NICOLÁS*)

Se programó el 5 de septiembre, fecha del alzamiento de La Habana, de Cienfuegos y otras regiones del país. Nuestra misión dentro de los planes elaborados sería la de tomar la CTC mujalista; otros grupos asaltarían la 5ta. estación, la Sección Radiomotorizada de la Policía y otras unidades de la represión.

Las orientaciones precisas nos las comunicaron en una casa donde se ocultaban, por esa fecha, Ferrer, Fontán y otros miembros del Movimiento, situada en Santa Marta y Lindero, La Habana. La reunión se efectuó el 4 de septiembre dirigida por Gerardo Abreu Fontán. Debíamos lograr la movilización de los miembros del Movimiento hacia distintos puntos de concentración, con tiempo suficiente. Ferrer y yo nos dimos a la tarea de comunicarnos con nuestras fuerzas del Movimiento en Regla, a las cuales, como medida previa, habíamos mantenido en estado de alerta en espera de las orientaciones concretas.

Fue así como desde las 6:00 a.m. del día 5 de septiembre, comenzaron a llegar nuestros compañeros, a quienes fuimos ubicando en la Ave. Carlos III, en la zona comprendida entre el Mercado y el hospital Emergencias.

Entrada la mañana, comenzaron a rodar algunos rumores acerca de las acciones que se libraban a esa misma hora en Cienfuegos, donde en una acción conjunta entre el Movimiento y los miembros de la Marina de Guerra, habían tomado bajo control la ciudad. Estas noticias provocaron en nosotros un estado de ansiedad tremendo y creímos en realidad que había llegado la hora tan ansiada por todos.

Nos encontrábamos en una cafetería situada en Carlos III e Infanta, con Ferrer, René Verdecia, de la Di-





rección del Movimiento en La Habana, y otros, cuando escuchamos una gran cantidad de disparos.

En esos momentos se estaba produciendo un encuentro a tiros entre un grupo de revolucionarios que viajaban en un auto con dirección a 20 de Mayo y Ayestarán, y un patrullero policíaco, dándose a la fuga el grupo de compañeros. Nos pusimos en alerta. Vimos llegar a varios automóviles que traían heridos o muertos para el hospital Emergencias, en cuyo interior iban policías y civiles. Conocimos que habían caído combatiendo Raúl Marcuello y Armandito Gamboa en esos hechos, y que la policía había acudido al bar Rock and Roll a detener a un grupo de compañeros que habían sido movilizados para participar en el asalto a la Radio-motorizada, por un chivatazo del dueño del bar Rock and Roll, quien trabajaba para la policía.

Las patrullas motorizadas de la tiranía comenzaron a afluir hacia la zona donde se habían producido los hechos. Aumentaron el recorrido por la Ave. Carlos III. Nosotros seguíamos esperando por las armas, que, según nos habían explicado, serían entregadas a cada compañero en el lugar donde nos encontrábamos para desde aquí partir al asalto de nuestro objetivo. Sin embargo, las horas siguieron pasando, y las perseguidoras también.

Carlos Fernández Feaín fue interceptado por los agentes de una perseguidora en la esquina de Carlos III y Subirana, frente a la antigua Pepsi-Cola, y le practicaron un registro, amenazándolo para que abandonara esa zona. La situación iba agravándose.

Sobre el mediodía llegó la orden de retirada. Se planteaba que el ejército comenzaba a sofocar el alzamiento de Cienfuegos y que en La Habana no había condiciones para la acción programada. Aquella noticia causó disgusto, pero todos fueron abandonando la zona en la forma más disciplinada posible.





### MANUEL BALTÁ LÓPEZ

En la reunión que se celebró en mi casa, sita en calle B No. 20 entre 3ra. y 5ta., reparto Mañana, el día 4 de septiembre, vísperas del alzamiento de Cienfuegos, José Ferrer y Evelio Parera me designaron como enlace para indicar el lugar de ubicación que correspondería a los combatientes de Regla para las acciones que se preveían desarrollar al día siguiente, y me hicieron entrega de 36 brazaletes con los colores naranja, verde y blanco, los cuales se utilizarían en esa fecha por distintos grupos, ya que había información de que la gente del asesino Rolando Masferrer conocía que algo se tramaba y podían infiltrarse entre nosotros para posteriormente tratar de liquidarnos.

También se informó que durante el desarrollo de las acciones que se llevarían a efecto el 5 de septiembre, los militares que la secundarían y otros combatientes utilizarían emblemas del Movimiento 26 de Julio en forma de gallardetes y que las armas para nuestro grupo se situarían en la escuela Joaquín Palma, sita en Estrella y Xifrés.

Toda esta información la fui recibiendo durante el día. En horas de la noche celebramos la última reunión, donde se decidieron los detalles de la operación. En ella participaron Osvaldo Santana y Manuel Ortega Valdés (*Fory-Fay*). Este último y yo fuimos designados para avisarles a todos los combatientes, ya que a las 5:00 a.m. había que comenzar a ubicarse en el Mercado de Carlos III. Comenzaron a pasar las horas; y estando nosotros en la zona del Mercado, vimos que había combatientes de Regla por toda la Avenida de Carlos III, desde Infanta hasta Reina y Belascoaín; eran más de ochenta combatientes listos a empuñar las armas.

### NELSON CASTRO LÓPEZ

Pasadas las siete de la mañana, hora fijada para que los cañonazos de las fragatas iniciaran la acción,





todos comenzamos a desesperarnos. Yo había visto a Ferrer y Fontán, hacía poco, en un carro en dirección a Ayestarán arriba. Alberto y yo hablamos en los bajos del hospital de Emergencias y quedamos en ir hasta la Escuela de Comercio o a casa de Otto Díaz que vivía precisamente detrás del bar Rock and Roll.

Caminamos Ayestarán arriba. Un tremendo tiroteo nos sorprendió. Era seguro en la Motorizada o en la Escuela, y nosotros comiendo mierda. Alberto no tenía armas; yo, con una 32 de gatillo interior. El tiroteo venía hacia nosotros. Vimos pasar las primeras máquinas del SIM, o del Buró, o Ventura, quién sabe quién, con los parabrisas destrozados por los tiros. Dentro llevaban gente herida —o muerta— los esbirros. A casi tres cuadras —Ayestarán y Desagüe— en la esquina de la Litográfica, había un tiroteo del carajo, el que cesó de pronto. “¡Ahí está Otto Díaz —nos dijimos uno al otro—; y si está, lo han matado!”

El lugar comenzó a llenarse de perseguidoras, carros con esbirros, etc.; no podíamos seguir, pues se le tiraban a cualquiera para detenerlo. Alberto me dijo que volviéramos a Emergencias, allí los compañeros nos contarían acerca de los esbirros que habían traído heridos. Vino *Nicolás* (Evelio Parera) y le dijimos que seguro habían matado a Otto. En medio de aquella situación tan tensa, permanecemos como hasta las once de la mañana, hora en que detuvieron a Carlitos Fernández Feaín, y como siempre, cogió parte de las cachetadas que se perdían. ¡Qué fatal era!

### **Asalto a la Junta Electoral de Regla**

EVELIO PARERA ZULUETA (*NICOLÁS*)

Habíamos hecho contacto, a través de José Ferrer, con René de los Santos, jefe del MR-26-7 en la zona de Guanabacoa. Coordinamos el plan de asalto a la Junta





Electoral —actividad que se haría en otros lugares de la provincia, simultáneamente, para obstruccionar el proceso electoral del año 1958—, según lo había orientado Faustino Pérez, jefe del Movimiento en La Habana. La consigna era quemar las Juntas Electorales para frustrar la zafra electoral.

Se acordó que la hora de iniciar aquel “trabajo” sería a las 8:05 p.m. en los distintos lugares, advirtiéndose que adelantar la acción, traicionaría la actividad de otros compañeros, y el que actuara después de la hora indicada, lo hacía por su cuenta y riesgo.

Tres días antes de la fecha acordada acompañé a Ferrer a recoger las armas: cuatro pistolas 45, dos Colt y dos Remington. Nos las entregó Octavio Castilla, quien nos esperaba con su auto Ford en la calle Madrid, Guanabacoa.

En la lomita que baja hacia Vía Blanca, frente al semáforo de Guanabacoa, teníamos alquilado un pequeño cuarto que nos sirvió para las reuniones de planificación del asalto.

Era la primera operación armada que íbamos a realizar. Ferrer se autopropuso para participar. Discutimos violentamente. Ninguno estuvo de acuerdo en que participara. Creíamos justo que diera participación al resto de los combatientes que él dirigía. Acciones de este tipo, hasta ese momento, no se habían producido. Insistió, pero no aceptamos, pues Ferrer había estado detenido por Carratalá, en la 10ma. estación, durante doce días, donde fue torturado duramente, por lo que su estado de salud era delicado.

Luego de un amplio debate, se acordó que participarían en la acción Gerardo Granda, Rolando Neyra, Reynaldo Cruz, Alberto Álvarez y Cristo Ponce Vanero (*Casito*).

De aquella reunión celebrada en el cuarto de Habana Nueva, en la que Ferrer —como centro de la orga-





nización—, Victoriano Aguiar Cartaya, Osvaldo Santana, Orlando (*El Gaucho*), Reynaldo Cruz, Alberto Álvarez, Gerardo Granda y yo (creo que no olvidé a nadie), teníamos responsabilidades en distintos grupos de acción del MR-26-7 en Regla, salió el plan, y también el acuerdo de chequear previamente el objetivo. Yo iría por la mañana, vería la situación y si podía chequear las condiciones del local de la Junta por dentro, mucho mejor.

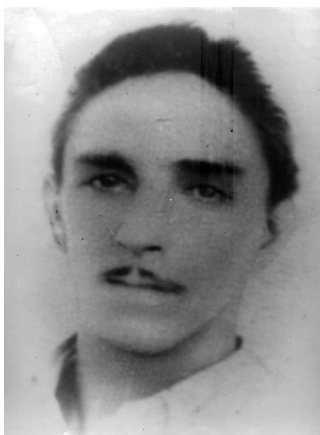
*Maño* iría al mediodía hasta las cinco de la tarde, y Tomasito Echevarría y Pedrito Hernández Parente se ocuparían de la revisión de la posta (la situación de los vigilantes de la policía en la Junta Electoral) a partir de las cinco de la tarde. Tomasito debía esperar a los combatientes, que participarían en la acción, e informarles sobre la situación general y marcharse.

Todos quedamos de acuerdo en vernos posteriormente en el club La Loma, situado en la Vía Blanca, reparto Habana Nueva. Allí estaríamos con otro combatiente para trasladar a los participantes a un lugar seguro.

Alberto Álvarez tenía la misión de llevar durante el día un recipiente con gasolina y situarlo cerca de la Junta, a una distancia prudencial, para darles candela a los archivos y registros. Se cumplieron todas las fases acordadas del plan. Llegó la hora de la acción. Nuestros combatientes tuvieron que dar dos vueltas a la manzana, porque a la hora señalada (8:05 p.m.) dos señoras se encontraban hablando frente a la Junta. Se temía que fuera a ocurrir un encuentro, como ocurrió al fin.

Dieron otra vuelta pensando que las mujeres se irían. La tercera vuelta prácticamente había maleado la operación, porque el policía de la puerta, Ramón Cañas Ochoa (*Cañita*), que conocía bien a estos compañeros, se puso en alerta.





Gerardo Granda Mijares, primer mártir del grupo de Acción de Regla. Cayó en el asalto a la Junta Electoral, el 2 de noviembre de 1957.

Cuando se decidieron a la acción, Gerardo encañonó al policía de la puerta. Se estableció un forcejeo y Gerardo tuvo que disparar contra él. El policía que estaba al fondo de la Junta, nombrado Juan Duarte, comenzó a disparar.

Después del encuentro a tiros, donde cayó muerto Gerardo, y resultó un policía muerto y el otro herido grave, nuestros compañeros tuvieron que retirarse.

Por este hecho fueron detenidos Orlando López (*El Gaucho*) y otros. A este, el teniente Contreras le quemó un ojo con un tabaco, tratando, por medio de las torturas, de que hablara, pero se comportó a la altura de sus principios revolucionarios.

Desde esta fecha, Victoriano Aguiar tuvo que pasar a la vida clandestina, porque la policía desató sobre él una tenaz persecución.

#### ISIDRO DIEZ BARRERAS

La noche del asalto a la Junta Electoral de Regla fui alertado por *Cheo Ferrer* que debía mantenerme cerca de la casa y de ninguna manera “bajar” para el





pueblo, pues se iba a producir una acción de envergadura en ese lugar. Como era 2 de noviembre, “Día de los Fieles Difuntos”, me fui a acompañar en su tumba a mis abuelos en el cementerio de la localidad.

Más o menos a la hora que conocía que se debía estar produciendo la acción, me entero que Gerardo Granda había muerto en la acción de la Junta. De pronto me encuentro con Héctor Rodríguez Llompart —para todos nosotros cariñosamente, *Tatá*—, nuestro jefe en las Brigadas Juveniles constituidas en las logias de Regla Hijos de la Luz y Ajef, por orientación de



## OCUPARON ARMAS

Composición fotográfica en la 5ta. estación publicada en la prensa el 10 de octubre de 1957. Grupo de revolucionarios apresados el 1ro. de octubre en la casa que servía de escondite a Faustino Pérez Hernández, jefe del MR-26-7 en La Habana, sita en Juan Bruno Zayas 363 (al centro, con traje blanco, el connotado asesino Esteban Ventura Novo; y el tercero de derecha a izquierda, el combatiente Héctor Rodríguez Llompart).









Habana. Tenía un ojo tapado del cual no veía, estaba flaco y caminaba con dificultad. Cuando lo veo le digo: “¡Tatá, tú estás loco!, ¿qué haces aquí?” Él reaccionó rápido y me dijo: “Tú sabes que estuve preso”. Le respondí: “¡Piérdete, piérdete! Si te cogen ahora, te matan”.

Ya Héctor era conocido por los cuerpos represivos en Regla y por Ventura y Carratalá, así como por otros asesinos del régimen. Esa misma noche fue registrada su casa y la de Leonardo Valdés Suárez (*Maño*), sin lograr apresarlos, pero fueron detenidos varios combatientes: Orlando López Correa (*El Gaucho*), Carlos Osvado Fernández Feaín, Argelio Alfonso (*Litongo*), Miguel Bragado Llerandi y Fermín Expósito Fresquet, entre otros, a quienes torturaron salvajemente.

### **Homenaje póstumo**

ROLANDO NEYRA GARCÍA (*EL ÑATO*)

A todos nos dolió la muerte de Gerardo Granda. Era un compañero cariñoso, sencillo, sincero; su única ilusión era ver a nuestra patria libre.

Lo acompañé en el asalto a la Junta Electoral de Regla y no lo vi en ningún momento dudar del objetivo que todos perseguíamos aquella noche, ni lo noté nervioso: estaba sereno. Tenía un gran temple para la acción, y era decidido.

Por eso, a los pocos días de su muerte, me reuní con *Maño* en el parque del Ayuntamiento, pues de acuerdo con la Dirección del Movimiento, ambos debíamos poner una bomba aquella noche. Acompañé a Leonardo Valdés Suárez (*Maño*) hasta el barrio La Verdolaga. Entramos por una bocacalle que muere en la línea del ferrocarril que va al antiguo patio de Hershey. Desde allí seguimos por la calle Martí con la bomba que él había recogido.

*Maño* era de la opinión de ponerla en un café existente en aquella calle, perteneciente a un sujeto





adicto al régimen, muy amigo del sobrino de Carratalá —siempre andaban juntos, en máquina, en tragos, y hasta se decía que hacían prácticas de armas juntos. Llegamos al lugar y le expliqué a *Maño* que no consideraba correcto ponerla allí, porque, por lo regular, los miembros del Movimiento caminábamos por las noches, por la calle Martí hacia el emboque y desde allí al parque del Ayuntamiento.

Verdaderamente, aquel día había mucha concurrencia al lugar, y esto podía crear un doble problema: que fuera apresado fácilmente uno de nuestros combatientes ajeno a esta acción, o algunos de los ciudadanos del pueblo que paseaban por el lugar resultarían heridos —aspecto muy negativo para los objetivos de nuestra lucha, pues siempre se trataba de evitar esa lamentable situación. *Maño* estuvo plenamente de acuerdo y decidimos ponerla en un poste del alumbrado eléctrico, donde de inmediato crearía alarma en todo el pueblo.

Seguimos caminando por la calle Martí y bajamos por Ambrón a salir a Calixto García. En la esquina de Calixto García y Bazo, junto a un poste del tendido eléctrico de alto voltaje, situamos el artefacto, y cuando íbamos llegando a Martí hizo una tremenda explosión. Aquella acción se la dedicamos a Gerardo, para que se conociera que el Movimiento seguía viviendo, aunque hubiera caído Gerardo, que estaba presente en nuestra acción, en nuestra lucha.

### **La casa de Habana Nueva**

PEDRO HERNÁNDEZ PARENTE

Uno de los recuerdos que con más nitidez conservo en la memoria es el de los meses que pasamos escondidos en la casa-cuartel del Movimiento que teníamos en el reparto Habana Nueva, municipio de





Guanabacoa. Aunque parezca paradójico, están más relacionados con los problemas de carácter humano, que con cuestiones propias de la lucha armada revolucionaria.

Recuerdo las conversaciones de los compañeros: ora Alberto, hablando de los días hermosos que pasaría con la que era su novia, cuando se acabara la lucha; ora *Maño*, cuando hablaba de lo que había que hacer por los niños de Cuba, por su futuro, por su formación. Onelio, Reynaldo y *Tito* comentaban sus sueños de amor, poesía, de hogares futuros.

Dentro de nuestro clandestino quehacer cotidiano, surgía la anécdota jocosa, el perfil de la mujer soñada, o la remembranza de los amores juveniles. De todos ellos hay una anécdota de la casa de Habana Nueva,



Casa-cuartel (altos) de Habana Nueva, en Guanabacoa, refugio de combatientes clandestinos cuando comenzaba a agudizarse la lucha.

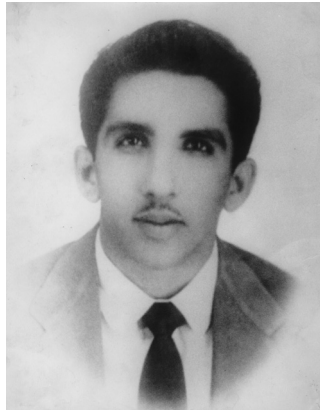




que evoco con tremenda nitidez. Sobre Onelio Dampiel guardo los más hermosos y gratos recuerdos, por su sencillez, su compañerismo y carácter. Le conocí desde los primeros momentos de la lucha clandestina, y siempre estuvo dispuesto a la lucha y la acción.

En los meses finales del año, la policía fue a detenerlo a su trabajo (un pequeño taller de confecciones textiles), pero no lo pudieron apresar. Esa noche, Tomasito Echevarría y yo fuimos a su casa y le transmitimos la orientación del Movimiento: debía esconderse en una de las casas de seguridad que por esa fecha poseíamos. Por esta razón comenzó a vivir, junto con José Ferrer y Alberto Álvarez, en una casa alquilada en la calle Maceo No. 263 A, Guanabacoa, de la que tuvieron que mudarse posteriormente, porque peligraba su permanencia allí, pues en la vivienda colindante residía Rolando Navarro (de los grupos de acción del Movimiento), quien se encontraba detenido por los sucesos del 5 de septiembre de 1957 en La Habana.

A principios de diciembre se alquila la casa de Habana Nueva y aumenta el número de combatientes



Onelio Dampiel Rodríguez (*El Indio*), combatiente clandestino a las órdenes de Alberto Álvarez Díaz. Se destacaba siempre por su disposición para la lucha.



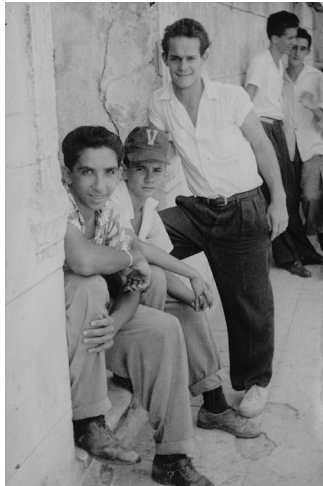


que tienen que sumarse a la vida clandestina por la agudización de la lucha.

Por los escasos medios de que disponíamos, en lo que respecta al mobiliario de esta casa, y por la cantidad de combatientes que en ella se ocultaban, teníamos necesidad de dormir dos en un mismo catre. Yo lo hacía de pareja con Onelio, con quien de costumbre, me “fajaba” por las noches: sin percatarme, lo destapaba y el frío nocturno lo despertaba. Regularmente me llamaba la atención de forma cariñosa, que no se correspondía con la acción descrita, aunque esta era inconsciente.

Una noche, parece que no pudo aguantar más mi manera inquieta de dormir, me tiró del catre. En esa ocasión tuve que conformarme con el piso, porque él se acomodó y siguió durmiendo.

Se hacía la guardia a partir de las once de la noche hasta las seis de la mañana. Vigilábamos por la ventana de la cocina, que daba a la calle 6ta. Desde allí



A la izquierda, sentado, Onelio Dampiel Rodríguez (*El Indio*), y de pie, Francisco Arnao Noya.





dominábamos todo el frente del edificio y el área colindante: era fácil de detectar la presencia del enemigo con un margen de tiempo a nuestro favor.

Las guardias repartidas entre los componentes del grupo tenían una duración de hora y media cada una. Onelio resultaba ser mi relevo. Algunas veces por verlo molesto y otras por tener mucho sueño, le adelantaba el reloj para llamarlo antes de tiempo. Siempre se lamentaba, porque la guardia le correspondía demasiado pronto. Nunca le contestaba. Ponía el reloj en la hora correcta sin que se diera cuenta y al poco rato me acostaba.

Al día siguiente hablando sobre las incidencias en las guardias, el comentario permanente de Onelio estaba relacionado con el tiempo de duración de una guardia. Decía: “Yo lo que no he escuchado hablar aquí es sobre la duración de las guardias, porque para mí la hora y media esa rinde como si fueran dos horas y media”. Estas palabras las expresaba con cierto rasgo de disgusto en el rostro. Alberto, que conocía mi truco de adelantar el reloj, comenzó a reír a carcajadas y Onelio, ceñudo con razón, me miraba señalando desairadamente para Alberto y me dice: “¡Coño!, a este todo le produce una risa tremenda”.

Así de amenos eran los ratos de la vida clandestina, en medio del constante peligro de ser sorprendidos por los cuerpos represivos.

### **El primer ensayo**

TOMÁS ECHEVARRÍA LÓPEZ

Al hacerse difícil que se nos suministrara dinamita, detonantes, etc., nos dimos a la tarea de garantizarlos, nosotros mismos, el material necesario. Nos propusimos resolver esta situación con el fin de lograr hacer algunas bombas.





A través del hijo de un pirotécnico que había en nuestro pueblo, gracias a los contactos realizados por Evelio Parera Zulueta, se logró coordinar la fabricación de varias bombas con clorato de potasio.

Ya habíamos realizado pruebas en la casa de Reynaldo y comprobado la efectividad del clorato unido a otros elementos químicos. Pero en realidad sobre las bombas, no teníamos la experiencia, ni los conocimientos requeridos, pues la “seriedad” del caso obligaba a disponer de la pericia y la técnica necesarias.

En los últimos días del mes de diciembre se plantea ponerle las primeras de estas bombas a un batistiano —el señor Ramón Llerías—, al que todos llamaban *El Montañés*; que era presidente del PAU en la localidad.

Para dicha acción nos seleccionan a Leonardo Valdés (*Maño*) y a mí. Era, en verdad, bastante riesgosa, pues se trataba de comprobar si efectivamente serviría este tipo de bomba. Ambos acordamos que debíamos ponerla antes de las nueve de la noche, para distinguirla del estampido oficial del Cañonazo de las Nueve.

Nos trasladamos la noche planeada hacia la residencia del sujeto. Encendimos la mecha, la pusimos junto a la casa y seguimos nuestro camino. A la distancia de varias cuadras, nos llegó a preocupar que la bomba no había explotado.

Analizamos lo que podía haber ocurrido sin detenemos. Nos dimos cuenta de que había pasado algo y convenimos en recuperar el artefacto, si aún estaba donde lo habíamos dejado.

Bajamos en sentido contrario por la calle Martí hasta Facciolo, doblamos por la calle Maceo y al llegar a la cuadra donde habíamos colocado el explosivo, nos sorprendió una perseguidora que se acercaba: pensábamos que se había detectado la bomba, pero







no, el vehículo represivo siguió de largo, sólo fue una coincidencia ocasional. No se me olvidan las jaranas de *Maño*.

Pasamos por la puerta de Llerias y vimos la bomba en el suelo. La llevamos para la casa de Reynaldo. Este le colocó una nueva mecha de pabilo y comprobamos que esta se había apagado por no estar bien desmenuzada la hebra. Reparado el incidente —y por entender que perderíamos mucho tiempo bajando de nuevo para el pueblo y colocando el artefacto otra vez en la casa de Llerias—, optamos por la casa de otro sujeto de nuestra “lista”, para la cual se había decidido separar una de las primeras bombas que fabricáramos. Este individuo era el teniente *Machito* Santana, quien residía en Agramante No. 359 entre Díaz Benítez y Tejedor, y estaba relacionado con el contrabando de cigarros norteamericanos y marihuana. Teníamos información de que viajaba muy seguido a México en misión secreta del gobierno batistiano, para el chequeo de los miembros del MR-26-7 que estaban en ese país.

La certeza de que Fidel y un grupo de combatientes nuestros habían sido detenidos ocupándoles un cargamento de armas en aquella nación nos forzó a identificar a este oficial como uno de los objetivos inmediatos de nuestra acción.

Nos dirigimos *Maño* y yo, hasta la casa del teniente *Machito*, decididos a ponerle la bomba. No habíamos caminado tres cuadras después que la colocamos, cuando oímos una explosión “de madre”; parecía como si hubieran chocado dos trenes.

Convencidos de la efectividad de este tipo de bomba —que en realidad hacía un ruido tremendo y pocos estragos— se continuó en su fabricación: posteriormente se pusieron en comercios como La Casa Díaz, El 20 de Mayo y otros lugares del pueblo.







# 1958

## Con todo el coraje





Iglesia de Regla, institución de donde combatientes del MR-26-7 sustrajeron la imagen de la Santa Virgen.





“[...] callar hasta hoy ha sido cuerdo,  
el callar desde hoy sería imprudente [...]”  
Nuestro país abunda en gente de pensamiento,  
y [...] la revolución no es [...] sino una obra  
detallada y previsor de pensamiento [...]”.\*

*JOSÉ MARTÍ*

## **A partir de ahora, todo es clandestino**

NELSON CASTRO LÓPEZ

Me entero como a las 11 de la mañana del día 22 de enero que una pistola-ametralladora calibre 45 —con culatín— que teníamos, estaba trabada y era necesario comprobarla. Roberto González López (*Malanga*) la trajo. Por eso nos vimos en el Liceo de Regla Alberto Álvarez, José Antonio Piñón Veguilla (*Popeye*) y yo, como a la 1:00 p.m.; y como Alberto era directivo del Liceo, tenía llaves del local.

Fuimos los cuatro para el baño de las compañeras, a desarmar la pistola. La limpiamos bien. Como Alberto no tenía mucho conocimiento sobre pistolas-ametralladora, al hacer la comprobación, metió el cargador, y rastrillándola, sacó una a una todas las balas, quedando el carro del arma montado. Puso la pistola sobre una

---

\* Tomado de la “Carta al general Máximo Gómez”, *Obras completas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, t.1, p. 169.



silla y llenó nuevamente el cargador de balas, —con el carro del arma montado y en la posición de ráfaga—; cuando me percató que va a soltar el carro, le digo: “¡Cuidado!” Él reacciona bajando el arma a la vez que sale del cañón una ráfaga. Con el grito evité que los disparos los hiciera sobre el pecho de nosotros.

Una ráfaga de balas calibre 45 en un local pequeño y totalmente cerrado: inos quedamos sordos! *Malanga* se cayó al suelo y lo creí herido en la cabeza. Me abalancé rápido sobre él y me dijo: “¡Me caí! ¡Es que me caí!”

*Popeye* se dirige a la puerta: estaba trabada. No tan trabada; era mayor el nerviosismo que teníamos tras lo sucedido. Alberto hacía esfuerzos también por abrir la puerta y tampoco... Atino a abrir una ventana del baño con el ánimo de escapar por allí. Todos pensábamos que como el Liceo era un lugar muy vigilado por la policía, pronto estarían allí. Miro por la ventana hacia abajo y veo que estábamos sobre el techo de tejas de El Bateycito, una plataforma para la venta de bebidas a los socios del Liceo. Al saltar veo que estoy herido en una pierna: una bala me había entrado por la corba y salido por la rodilla. Decido no tirarme: al fin la puerta estaba abierta. Cuando bajo, me encuentro a Alberto recostado a un árbol de almendras que había allí, tosiendo fuertemente por la cantidad de pólvora que había aspirado. Le dije: “¡Alberto, estoy herido!”

Convenimos necesario buscar a un médico de confianza para evitar que la policía conociera lo ocurrido. Se le avisó a Evelio Parera Zulueta de la situación y Alberto, *Popeye* y *Malanga* salieron también para gestionar ayuda en la calle.

Comenzaron a llegar algunos socios del Liceo y me preguntaban, al ver la sangre, qué me había sucedi-





do. Les decía que me había caído y dado “un puñetazo” en la pierna. Me instaban a que fuera rápidamente para la clínica. Alba y Benigno, conserjes del Liceo que habían escuchado los disparos y presumían que yo estaba herido, insistían en que me marchara fuera del Liceo, principalmente Alba. Les dije que no me iría y subí al salón de arriba donde me acosté: llevaba más de una hora herido y perdía mucha sangre.

Más tarde, por vía telefónica, logré localizar a mi padre en casa de mi abuela. Por la tardanza de los compañeros, le dije que viniera al Liceo urgentemente, pues necesitaba hablar con él. Le expliqué solamente que tenía dado un tiro en una pierna y necesitaba me trasladara de allí rápidamente. Me trasladó para la clínica San Juan Bosco, no sin antes decirles a algunos de mis compañeros que habían regresado al Liceo, que le explicaran a Alberto que yo a nadie diría de qué forma sucedieron los hechos, ni mencionaría nombres de nadie.

El viaje lo realicé mal por la pérdida de sangre. Mareado y fatigado llegamos a la clínica situada en Jesús del Monte.

Mientras mi padre coordinaba con los facultativos del lugar, pasé a la consulta del médico de guardia. Me había puesto un pantalón sobre otro para que no se viera la sangre. El médico me pregunta: “¿Qué te pasa?” “Estoy herido” —le respondí creyendo que ya él conocía lo sucedido. “¿Qué herido eres tú? ¿Dónde tú estás herido?” Le respondí que tenía un tiro dado en una pierna.

Entra mi padre y de nuevo el médico pregunta cómo me había sucedido el accidente. Le dije que a mi padre se le había escapado un tiro, mientras limpiaba el arma (esta declaración ya la habíamos coordinado mi padre y yo, pues él poseía licencia para portar ar-





mas por la naturaleza de sus actividades). Tras esta afirmación, el médico expresó que tenía que dar parte a la policía, si me asistía allí. Le expliqué que con esa declaración la policía se podía confundir. El médico, inmovible, me respondió que tenía que dar parte de todas maneras. “Si esa es la condición, yo no me curaré aquí” —declaré.

Mi padre mientras el médico se retira intenta persuadirle saliendo junto con este. Sentí deseos de irme de allí, pero estaba muy débil. Me quedé dormido en la camilla y desperté cuando sentí un ruido en la puerta que se abre violentamente y entran dos tenientes de la policía, quienes me dicen: “¿Qué le pasó a usted? ¿Quién lo hirió?” Les di la misma respuesta que al médico, que había sido mi padre. Los oficiales, ofuscados, se interesaron por saber en qué lugar había ocurrido el accidente. “Por la Plaza Cívica” —les dije. Preguntaron también por mi padre, pero él no se encontraba en esos momentos. Me tomaron las generales y la dirección para investigar por sus medios y así lo hicieron, rápidamente.

Horas más tarde, en un cuarto del tercer piso de la clínica me atendió un cirujano apellidado Iturriaga. De nuevo, los dos oficiales se aparecen con otro teniente, de aspecto delgado, acompañado de varios agentes: eran como quince policías.

Ya sabían todo, me insistían. “Tú eres el herido de Regla y a ti te hirieron en el Liceo, y te hirió uno que se llama Alberto”. El teniente delgado sacó la pistola y me la rastrilló en la cabeza, al tiempo que, en tono amenazante, me decía: “Ahora tienes que hablar, dime quiénes son las gentes de tu grupo”. Quedé sorprendido, atónito, cuando dijeron lo del Liceo, de Alberto, pero los esbirros no se detienen. Se aparece en el cuarto otro teniente (este, en cambio, era gordo), quien dice







reconocerme como participante en las manifestaciones de la Escuela de Comercio de La Habana. Varios agentes se aprestan a darme golpes, me levantan en peso y me tiran sobre una camilla, quizás con la intención de sacarme de la clínica preso.

En esos momentos se aparece el cirujano y asume una actitud que detiene los propósitos de los agentes. Se cuadró en la puerta y les dijo: “¡Esto es un asesinato! No se pueden llevar a este muchacho, es un niño lo que hay aquí herido, él es un niño, tiene 16 años”. Esta actitud heroica jamás la podré olvidar. Yo, por mi parte, mantenía la negativa absoluta de confesar lo que los esbirros querían. A mi padre lo tenían preso: lo trajeron dos o tres veces amenazándome con su muerte si no hablaba, y otras barbaridades más; pero ninguna acción del enemigo me intimidó, no pudieron arrancarme, a pesar de la violencia, palabra alguna.

La policía conoció de los sucesos a través del conserje Alba, quien al informar sobre los hechos del Liceo, fue detenido inmediatamente, identificando a Alberto Álvarez como uno de los que había estado ese día en el lugar, que había un herido de bala (dio mis señas personales) y la de los otros combatientes.

A partir de estos hechos, Alberto pasó a vivir y luchar en la clandestinidad.

### **Explosión imprevista**

NELSON DE ARMAS RODRÍGUEZ

En el mes de enero fui detenido junto con otros combatientes de un grupo de La Habana. Me arrestaron el día 8 y estuve detenido hasta el 19 de ese mismo mes.

Tres días más tarde, Nelson Castro es herido, casualmente, por Alberto Álvarez en una práctica de armas que se llevaba a efecto en el Liceo de Regla, con una pistola de ráfagas que habían conseguido. Esto





motivó que Alberto pasara a la clandestinidad más absoluta, como resultado de las informaciones obtenidas a través de un empleado del Liceo.

Tal situación no me había permitido “poner una”. Desde el comienzo del año les planteo a los compañeros que estoy interesado en participar en el primer trabajo que se planificara por el Movimiento.

El día 30 se plantea la colocación de una bomba en los transformadores de la fábrica de alpargatas situada en la esquina de Agramonte y Benito Anido, en Regla. En esta acción se me designa junto con Eduardo López (*Caja de Bola*), para llevarla a efecto esa misma noche.

Sobre las 8:30 o 9:00 p.m. partimos ambos hacia el lugar seleccionado. Con múltiples esfuerzos logramos colocar el artefacto debajo de los transformadores eléctricos.

Encendimos la mecha de la bomba y nos marchamos rápidamente. A los pocos minutos sentimos la explosión, pero nos extrañó que las luces no se habían apagado. Estábamos dentro del radio que atravesaban las líneas de energía eléctrica que alimentaban el banco transformador que habíamos saboteado.

Posteriormente supimos que la bomba se desprendió de donde la habíamos colocado, explotando sobre el techo de un gallinero situado en el patio de una casa aledaña al poste del tendido eléctrico. Sentimos pena por la dueña de la casa, pues, según nos dijeron, no se cansaba de repetir que le habían matado todas las gallinas.

### **Para incendiar las chalanas**

GILBERTO FERNÁNDEZ JIMÉNEZ (*CHARLES*)

Podemos decir que aquella acción la habíamos coordinado de una forma que se llegara a destruir totalmente el muelle por donde se embarcaba el azúcar





refino proveniente del antiguo central Hershey con destino a los Estados Unidos.

A fines del mes de enero, tuvimos una reunión con la Dirección del Movimiento en La Habana, en la que se coordinó una acción con dinamita que ellos nos proveerían, para volar todas las líneas férreas de acceso, y destruir y hundir todas las embarcaciones cargadas de sacos de azúcar que se encontraban en aquellos momentos allí.

Estuve esperando varios días la dinamita. Ante esta situación determiné hacer el sabotaje ese mismo día, utilizando gasolina.

Un estudio durante el día con el objetivo de planear sobre el terreno cómo entrar al muelle, demostró que era casi imposible, puesto que el muelle se encontraba custodiado por policías marítimos que portaban armas largas. Esta medida fue implantada a instancia de los yanquis, dueños de esta compañía azucarera a la que anteriormente se le había colocado una bomba bajo un puente ferroviario cerca del embarcadero, y, al parecer, habían exigido al régimen garantías para sus propiedades, a tal punto que incluso los accesos al lugar estaban custodiados.

Decidimos que de alguna forma debíamos entrar. Primeramente pensamos llegar en un bote, pero era demasiado arriesgado, y muy fácil ser descubierto. Entonces acordamos que la mejor forma de llegar a estos muelles debía ser a nado. El problema era cómo llevar la gasolina y los fósforos sin que estos se mojasen.

En una pequeña reunión a fin de lograr una coordinación de la acción, determinamos que al producirse el fuego, los carros del cuartel de bomberos se encontrarían en la posición de “descanso”. De este modo garantizaríamos su demora mucho más tiempo, a fin de que la candela tomara grandes proporciones.





Decidimos que Manuel A. López Tejeda se encargara, con un grupo que él dirigía, de este objetivo a través de alguna acción con cócteles Molotov dentro de las horas en que ya estarían en pleno desarrollo nuestros planes. También coordinamos las medidas de protección del grupo que entraría al muelle, tratando de producir —próximo al lugar donde operaríamos— escándalos, broncas, etc., a fin de entretener a la policía de forma que la atención de estos se concentrara fuera del muelle. Para esta tarea designamos a Arbilio Guillot y a otros dos combatientes.

Luis Hernández y otros compañeros se apostarían en los muelles de La Nevería (donde atracaban los barcos de pesca) con distintas armas para que, en caso de que fuésemos descubiertos en el agua, dispararan a los guardias desde ese extremo en nuestro apoyo, a fin de poder escaparnos.

Por otra parte, Juanito Polo y su primo Eladio serían quienes nos acompañarían hasta el varadero de El Gallinero, donde vivían sus tíos; desde allí nos lanzaríamos al agua Senén Hernández y yo con las latas de gasolina. Habíamos comprobado que sacándole un poco de combustible se quedaban a flote, y era fácil remolcarlas a nado.

Juanito, por su parte, cuidaría de nuestras ropas, evitando fuesen descubiertas, y si hubiese cualquier problema para salir por esa zona, ellos —con un revólver— nos protegerían.

Habíamos ideado llevar los fósforos dentro de un pomo con algodón completamente cerrado, a fin de que llegaran secos. La gasolina la conseguimos por medio de un chofer de alquiler, quien tuvo una actitud magnífica: la pagó de su bolsillo, porque nosotros no teníamos dinero.

En la noche, este chofer nos trasladó en su auto hasta cerca de la refinería Shell. Cruzamos la línea férrea





para ocultarnos en un montecito detrás de la tenería, y prosiguiendo por toda aquella zona pantanosa, llena de mangles, para evadir algunos perros que nos ladraban, llegamos a El Gallinero a las 11:30 p.m.

Nos esperaban Juanito Polo y su primo. Nos pusimos *shorts* para mayor destreza. La baja temperatura nos helaba hasta los huesos; mas, el nerviosismo que propiciaba esta acción, nos hacía sentir más frío, el cual intentamos disminuirlo con un poco de ron antes de sumergirnos.

Nos lanzamos y comenzamos a nadar, con todo el “equipamiento”; dimos una vuelta para no ser descubiertos por los serenos de la terminal pesquera que entonces se encontraba en construcción. Por este motivo nos desviamos unos dos kilómetros hasta cerca de Los Aljibes, entrando por el norte al muelle de Hershey.

Pudimos llegar hasta las chalanas y comenzamos a regar la gasolina sobre dos de estas embarcaciones que se encontraban en el extremo oeste del muelle. Aún nos quedaba una lata llena. Pensamos vaciarla sobre otras dos chalanas. Pasamos por debajo del muelle para regarles gasolina a todas, incluso a los cabos entre una y otra chalana, a fin de que estos propagasen la candela (eran cuatro chalanas: dos delante y dos más atrás). Le prendimos fuego a la primera con la idea de saltar para la otra, pero la distancia una de otra, lo impidió. El fuego llegaba ya hasta nosotros. Se prendió en esos momentos la última lata de gasolina que explotó al caer al agua. Nos tiramos nosotros también, no había otra alternativa. Nadamos tratando de alejarnos a toda prisa de aquel lugar.

Aquella iluminación tan violenta nos parecía de día. Nadamos por debajo del agua para mayor seguridad, lo que nos hacía lenta la retirada próxima a los





barcos fondeados para evadir la búsqueda y el contacto con las llamadas “perseguidoras” de bahía, cuyos reflectores se movían por los alrededores buscando a los autores del sabotaje.

Salimos por El Gallinero. Allí nos esperaban nuestros compañeros.

Las pérdidas ocasionadas con esta acción fueron las siguientes: se quemaron dos chalanas con 28 000 sacos de azúcar refino, y unos 20 000 más resultaron dañados. Se quemó una fragata de ferrocarril y 32 encerados. Participó casi todo nuestro grupo, incluyendo a Urbano Fernández, Ignacio Pérez, Everardo y Gonzalo Blanco, Esteban y José Romero y otros combatientes que ahora escapan a mi memoria.

### **Politiquería vs. Revolución**

PEDRO HERNÁNDEZ PARENTE

En la Sociedad Artística Gallega, se realizaría un acto que habían preparado los politiqueros con sumo cuidado, en el cual Márquez Sterling pensaba proclamar a “bombo y platillo” su candidatura a la presidencia de la república —en contubernio con la tiranía—, para contrarrestar los efectos de la lucha insurreccional.

Pensaron estos politiqueros que realizando el acto en un lugar cerrado, podrían evitar la acción del Movimiento 26 de Julio. Pero tan pronto se tuvo conocimiento del evento demagógico del Partido del Pueblo Libre (PPL) dirigido por Márquez Sterling, la Dirección del Movimiento decidió utilizar a distintos grupos de Acción para evitar que aquel acto se consumara.

José Ferrer me dijo que debía ser yo quien comandara un grupo de diez combatientes entre los que se encontraban: Rolando Fernández (*Perejil*), Angelito Cruz (*El Fiñe*), Isidro Diez, Alberto Autié, Francisco Arnao, Orlando Ojeda (*Llando*), Manolo Ortega (*Fory-Fay*), Ro-





berto Valdés del Rey (*Venao*) y Antonio Vázquez (*Ñico El Flaco*). Este grupo de Regla actuaría conjuntamente con otros de La Habana Vieja, Guanabacoa y Santos Suárez en la destrucción del mitin.

Dentro del plan trazado por la Dirección del Movimiento se estableció una contraseña para evitar confusiones a la hora de actuar, la cual consistía en envolver con un pañuelo blanco el puño de la mano derecha. Otro aspecto del plan era la señal para iniciar la acción, que consistía en mostrar en alto una bandera del 26 de Julio en medio del acto, tomar los micrófonos de las distintas emisoras radiales que estuviesen transmitiendo el mitin y desde ellos dar vivas al 26 de Julio y a la Revolución, en tanto los demás combatientes actuarían sobre los asistentes para desanimarlos y resquebrajar la imagen del acto.

A las 3:00 p.m. del día señalado nos fuimos congregando en los bajos de la Sociedad Artística Gallega, situada en la calle Zulueta (al fondo del antiguo Palacio Provincial en La Habana). Yo ultimaba algunos detalles del plan con el resto de los combatientes de Regla, cuando me percaté de que dos hombres, al parecer policías



Local de la Sociedad Artística Gallega en cuyos salones se realizó la protesta contra la nominación presidencial de Carlos Márquez Sterling.





vestidos de civil, me perseguían; pero logré confundirme entre el público y perdieron mi rastro. De esta forma concluí el contacto con todos los combatientes e imponerlos de los detalles de la acción.

El acto se celebraría en la planta alta del edificio, y en pequeños grupos fuimos subiendo para ocupar nuestros asientos. Me senté (al centro del local) a la derecha de Orlando Ojeda (*Llando*); a la izquierda, Alberto Autié; Arnao, detrás, y los demás se fueron ubicando en distintos lugares del salón.

En medio de la euforia de los politiqueros, aclamando a Márquez Sterling, pasaron dos individuos por nuestro lado, uno de ellos le dijo al otro: “Esto parece estar lleno de fidelistas”. No creo que haya sido por nosotros, sino por la masa juvenil que ellos no eran capaces de congregar.

El acto comenzó, y al pronunciar sus primeras palabras el “fantoche” Márquez Sterling, los combatientes del Movimiento de las primeras filas, alzaron la bandera del MR-26-7 (bastante larga), lanzando consignas contra la dictadura y los politiqueros y dando vivas al 26 y a Fidel. Comenzó la tiradera de butacas y el corre-corre. En medio de la alteración del orden, un gran número de asistentes trataba de salir por la puerta principal, pisándose, empujándose y golpeándose unos con otros. La puerta, de varias secciones (muy antigua), solamente tenía abierta una de ellas, la que resultaba bastante estrecha para dar salida a aquella masa humana de una sola vez. Nosotros nos quedamos encerrados en el local. Una tropa de choque que, al parecer, tenía organizada la gente de Márquez Sterling, logró cerrar la única puerta de escape.

Ellos eran cientos y nosotros unos 15 o 20 combatientes en aquellos momentos; estábamos acorralados, pero seguíamos tirando sillas a diestra y siniestra,







manteniéndolos a raya. Vi a uno de ellos dándole con un hierro a un compañero nuestro y le fui para arriba. Nos corrían atrás y nos abríamos paso a silletazos, rompiendo los cuadros que adornaban aquella institución española. En esta situación, Arnao, *Llando* y Alberto comienzan a llamar la atención, tirándoles sillas a los que me perseguían; abalanzándose sobre ellos un grupo de politiqueros, mientras otros combatientes seguían lanzando sillas por otras partes del local. Perdí mi camisa color vino, me vi en camiseta; pero me puse un *jacket* que me alcanzó un vecino nuestro que se encontraba en el acto: Roberto Rodríguez, a quien todos le decíamos cariñosamente *Pincha la papa*. De pronto, Márquez Sterling y otros políticos que se encontraban escondidos debajo de las mesas que servían de tribuna, comenzaron a gritar: “¡Déjenlos ir! ¡Abran las puertas que están locos! ¡Estas gentes son unos locos!” Las puertas se abrieron y conjuntamente con el resto de los asistentes bajamos las escaleras todos los combatientes de Regla.



Mientras ocurrían los sucesos narrados, Alberto, Reynaldo, Onelio, *Maño* y otros, que habían estado en los bajos antes de que comenzara el acto, al conocer la lucha que en esos momentos se desarrollaba en los altos de la institución, le dieron fuego a una ruta 35 Habana-Pinar del Río, que se encontraba parqueada a un costado de la Sociedad. Al salir nosotros a la calle, un grupo de perseguidoras frente a la puerta de entrada de la Sociedad y de agentes policíacos, bajándose, de sus vehículos represivos, la emprendieron a golpes con quienes encontraban a su paso. Corrimos y tomamos un autobús que pasaba por la esquina de Apodaca con rumbo al Muelle de Luz.

Por estos hechos resultaron detenidos varios combatientes, entre ellos Miguel Bruguera y Alberto





González Sarría (*El Morito*), ambos pertenecientes a los grupos de Acción de La Habana. No obstante, se pudo cumplir una tarea más en la lucha por la libertad.

### **La acción del Mercado Único**

GILBERTO FERNÁNDEZ JIMÉNEZ (*CHARLES*)

En esta acción iban a participar combatientes de distintos grupos: el de Regla —que dirigía yo en aquellos momentos—, otro de La Habana Vieja y el de la Plaza. Nos dividimos las tareas, con el fin de realizar una acción conjunta que diera como resultado la destrucción del Mercado Único.

Los objetivos fundamentales del plan eran la quema de una serie de tarimas del BANFAIC y otras extranjeras que estaban ubicadas en el área que daba a las calles Monte y Arroyo, las cuales correspondían a nosotros.

Dos días antes tuvimos una reunión donde se coordinó la acción, en la que participó un individuo a quien le decían *Rudy*, joven grueso que posteriormente resultó ser el delator de todo el plan. Esta reunión se efectuó en la calle Monte frente al propio Mercado.

El día anterior a la acción se preparó allí mismo una buena cantidad de cócteles Molotov, para no tener que transportarlos desde lugares lejanos. Nosotros los trasladamos desde Regla, ya que teníamos nuestros preparativos listos y no era correcto dejarlos.

El día acordado nos trasladamos, desde Regla, un grupo de combatientes hasta la Plaza. Inmediatamente nos encaminamos al área que nos tocaba quemar. Ya dentro del local nos percatamos que estábamos rodeados por la policía. Habíamos repartido a los combatientes para llevar a efecto la acción. Rápidamente, traté de alertarlos del peligro. Logré reagruparlos y comunicarles lo que sucedía.





Sólo contábamos con un revólver para defendernos, que llevaba Luis Hernández. Me apoderé de dos cócteles. Senén Hernández delante de mí encendía aquellos cócteles, con el mechero de otro combatiente, y me los pasaba y yo los lanzaba; así nos fuimos abriendo paso por los distintos callejones de la Plaza. Logramos romper el cerco y salir del lugar confundidos entre el público que siempre realizaba allí sus compras.

Los cócteles fueron determinantes. Cada uno de los pasillos por donde intentábamos salir estaba custodiado por la policía, que nos hacía fuego o corría a parapetarse para “cazarnos” en el momento oportuno. Así logramos llegar a las escaleras que dan a la calle Arroyo. En la parte baja, tres policías custodiaban el lugar, a los que les lanzamos un cóctel que explotó próximo a ellos, encendiéndole toda la espalda a uno que salió corriendo hacia la calle. Detrás de él, salimos nosotros, pues los otros dos policías se dieron a la desbandada por dentro de la Plaza.

Ya en la calle, nos damos cuenta que nos faltaba un combatiente: José L. Cabrera. Intentamos rescatarlo regresando a la Plaza, pero Senén Hernández que había dado la vuelta por otra parte del edificio tratando de localizarlo, nos informó que lo vio cuando lo apresaban en uno de los pasillos: encañonado con una ametralladora en la espalda, los agentes lo llevaron detenido, al parecer, para la 7ma. estación.

### **Fuego en el algodón**

MANUEL ORTEGA VALDÉZ (*FORY-FAY*)

Sobre el incendio de la fábrica de tejidos El Universo, acción realizada por las milicias del Movimiento, cumpliendo orientaciones de su Dirección, nos hubimos de reunir en la casa del combatiente Reynaldo Cruz sobre las ocho de la noche; en ella participaron,





entre otros, Evelio Parera, Reynaldo Cruz, Manolo Baltá y Catalino Segura.

Evelio nos informó de la acción y sus pormenores, así como de otra que se llevaría a efecto simultáneamente esa misma noche, consistente en incendiar los ómnibus del esbirro Masferrer —línea de transporte saboteada anteriormente por nuestra organización— que venían cubriendo los viajes entre La Virgen del Camino y la refinería yanqui Esso Standard Oil y la Shell Mex, en proceso de ampliación y construcción por firmas norteamericanas.

Luego de las explicaciones, fui designado junto a los combatientes Reynaldo Cruz, Catalino Segura y Eduardo López (*Caja de Bola*) para participar en la quema de la fábrica de tejidos Dial. Reynaldo debía garantizar el traslado del grupo desde su casa hasta la mencionada fábrica, cuidando con su arma la interferencia o ataque del enemigo. Debería caminar delante de mí, detrás iría Catalino y más atrás el otro combatiente designado para la acción.

Salimos en ese orden de la reunión, nos despedimos del grupo que ejecutaría la quema de las “guaguas” del gángster Masferrer.

Rápidamente llegamos a la esquina de 24 de Febrero y Daza. Mientras Catalino y Eduardo nos esperaban en esta última calle, Reynaldo y yo fuimos a realizar una discreta inspección por el frente del edificio, no sin antes entregarle a uno de los que se quedaron aguardando nuestro regreso, una jaba en la que escondíamos cuatro cócteles Molotov.

Hicimos el recorrido por toda el área frontal del edificio, a fin de detectar la situación de la posta —esta fábrica mantenía a uno o más serenos de guardia permanentemente. La posta se encontraba alejada por la parte lateral de la fábrica que da precisamente a la calle





Daza, desde donde era factible tirar las botellas inflamables. Por este lado se realizaba la descarga de las pacas de algodón, y estas se veían fácilmente, pues el portón permanecía abierto, aunque lo cubría una tela metálica.

Regresamos hasta donde nos aguardaban los dos combatientes. Sacamos de la jaba los cócteles de gasolina —encendiendo cada uno el suyo— y los lanzamos rápidamente contra unas pacas allí depositadas.

Al hacer blanco las botellas encendidas contra el algodón, comenzó una llamarada que ya no se apagaría, sino con la intervención de los bomberos de distintos centros, los que acudieron presurosos al lugar. Las pérdidas fueron evaluadas en más de \$ 20 000 pesos.

La retirada la hicimos por la calle 24 de Febrero. Subimos a la Colina Lenin, y llegados a la calle Rotaria, nos despedimos Reynaldo, Catalino y yo; Eduardo tomó por otro rumbo.



## **Un entierro histórico**

ARBILIO GUILLOT NACLARES

Tan pronto nos enteramos que habían asesinado a Gilberto Fernández Monzón, nos indignamos e hicimos comentarios sobre el crimen. Había que responderle a la tiranía con toda energía. A este joven lo detuvieron dos policías en la calle Benito Anido, casi esquina a 27 de Noviembre, y comenzaron a darle palos, porque había tenido expresiones contra el régimen en un incidente con un esbirro. Desde ahí lo trasladaron a la 18va. estación, y allí lo siguieron golpeando brutalmente, a tal extremo que lo pusieron al borde de la muerte. Fue conducido a la antigua Casa de Socorros municipal que colindaba con la estación de policía. Intimidaron al médico de guardia para que este expidiera un certificado amañado donde se hiciera constar como leves las lesio-





nes que presentaba el moribundo detenido, quien falleció horas más tarde. El cadáver de Monzón fue entregado a sus familiares y expuesto en la funeraria Torrens, sita en la calle Maceo entre Fresneda y Albuquerque, Regla.

La noche de su muerte nos reunimos un grupo de combatientes, como de costumbre, en el bar Yayo y tomamos la determinación de hablar con los familiares del occiso como miembros del Movimiento 26 de Julio, y exponerles nuestro propósito de participar en el entierro, y que el ataúd, mientras permaneciera en la funeraria, fuera cubierto con una bandera cubana, expresando así nuestra repulsa por aquellos métodos criminales de la tiranía contra los trabajadores honestos.

A la mañana siguiente conversamos con el cuñado y hermana de la víctima; estos y otros familiares estuvieron de acuerdo con nuestros planteamientos, que anteriormente les habían hecho también Carlos Morales, su hermano *Nico* y Felipe Santana.



Gilberto Fernández Monzón (foto publicada en la prensa el 2 de marzo de 1958).





Al generalizarse la noticia entre los miembros del MR-26-7 y aceptarse por la Dirección dicha idea, pronto aquella funeraria se convirtió en una fortaleza de la Revolución: ya desde horas tempranas se advertían algunos centenares de personas alrededor de la entrada, y el ambiente se tornó totalmente hostil a la tiranía.

En medio de este clima de tensión transcurrió el día, y la policía no intentó asomarse por aquellos contornos, porque sabía que tenía que mover una considerable fuerza y temía a la repercusión que levantarían los choques que se desarrollarían entre las fuerzas revolucionarias y ellos.

Mientras, nos dimos a la tarea de ultimar algunos detalles de nuestro plan, el cual había encontrado apoyo por parte del Movimiento y por el pueblo. Se trataba de una colecta para recaudar fondos con los cuales adquirir una considerable cantidad de flores blancas. Cada cual daba algo de lo poco que tenía. No he podido olvidar la actitud de Luis Hernández, quien entregó toda la recaudación obtenida hasta esa hora, de un pequeño kiosco que poseía. También se adquirió una bandera del MR-26-7.

Llegó la hora del entierro. Procedimos a trasladar el ataúd hasta la parte trasera del carro fúnebre en medio de la gran masa aglutinada allí. Miles de voces coreaban las consignas: “¡Revolución! ¡Revolución!” y “¡Veintiséis!, ¡Veintiséis!”, mientras comenzaba el entierro más numeroso y emotivo que recuerda el pueblo de Regla.

La enorme cantidad de personas allí presentes, era imposible ya frenarla. Grupos de combatientes de ambos sexos regaban flores blancas al paso del cortejo fúnebre. Los comercios cerraron sus puertas en señal de solidaridad con la protesta. Sólo se presentó un contratiempo: la bodega La Luna, sita en Perdomo es-





quina a Martí. Se discutió fuertemente con el propietario nombrado Cayetano, que quería seguir vendiendo sus cervezas, pero tuvo que aceptar las directrices del Movimiento o se “acababa” la bodega.

El recorrido fue el siguiente: desde la funeraria Torrens (en la calle Maceo) bajando por la calle Perdomo hasta Martí y desde aquí hasta el cementerio. Seis cuadras de recorrido y casi cinco llenas de público. Había unas diez mil personas, sin contar las que esperaban en las aceras y en las ventanas y puertas de sus casas, el paso del cortejo fúnebre. Cantaban el himno nacional y lanzaban consignas contra la tiranía.

Al llegar a la entrada del cementerio se nos unió un grupo de jóvenes estudiantes y dirigentes estudiantiles invitados a participar en la protesta. Con un dinamismo extraordinario exaltaron aún más los gritos de condena que profería en aquel momento toda la masa asistente, contra la presencia de varias perseguidoras llenas de esbirros, entre los que figuraban el coronel Carratalá, Oscar Rey Castro, comandante del Distrito, y el capitán Rodríguez Pintado de la 18va. estación.

Aquella multitud llena de fervor revolucionario penetró en el cementerio hasta el necrocomio donde se le practicaría la autopsia a Fernández Monzón. Mientras, Evelio Parera, en nombre del Movimiento 26 de Julio, hizo uso de la palabra, denunciando públicamente al régimen. Otro compañero usó de la palabra (no recuerdo su nombre). Nuestro objetivo era permanecer allí hasta conocer el resultado de la autopsia: queríamos que se diera a conocer la verdadera causa de la muerte de Fernández Monzón.

El resultado (y todos rodeamos al Dr. Reborado) del diagnóstico lo leyó el facultativo públicamente: la víctima había fallecido a causa de contusiones en la







cabeza, cara y otras partes del cuerpo de forma indirecta, y por hemorragia interna (creo que dijo cerebral) como directa.

Habló en su lenguaje médico, pero en nuestro lenguaje quería decir: asesinato. No obstante, aceptamos el certificado aquel. Después de esto comenzó a salir el público del cementerio. Uno de los esbirros, un casquito que estaba con la policía, hizo varios disparos al aire con su pistola; inmediatamente se generalizó un tiroteo tremendo, que lejos de intimidar a nuestros combatientes, recogieron piedras para fajarse a pedradas con la policía, si fuera preciso.

### **El incendio del garaje**

Esta acción se planteó a partir de una consigna lanzada por el MR-26-7: crear todas las condiciones propicias para hacer abortar las amañadas elecciones que pensaba realizar la tiranía. Se venían dando pasos para asegurar un clima propicio para la huelga general del 9 de abril. En nuestras condiciones específicas, locales, el hecho agudizaría las contradicciones entre nosotros y la dictadura, ya que hacía pocas horas habíamos enterrado a Gilberto Fernández Monzón, asesinado a palos por los esbirros de la 18va. estación.

El objetivo escogido: un garaje perteneciente a un politiquero del régimen en cuya área se guardaban vehículos de algunos batistianos de la localidad.

El día anterior, cuando estábamos en los preparativos, un grupo de combatientes se reunió frente al mismo garaje, en el parque del Obrero, conocido también como de la Mandarria, a conversar. Estaban presentes Alberto Álvarez y Reynaldo Cruz, y un grupo de hasta ocho combatientes. Antes de retirarse apagaron a pedradas los últimos bombillos del alumbrado urbano, y convenieron verse en las primeras horas de la





noche del día siguiente en el parque del Ayuntamiento, para desde allí dirigirse hasta el lugar de la acción.

Atrás quedó el parque totalmente oscuro. Esta condición permitiría, al día siguiente, actuar con más facilidad sobre el objetivo.

En la mañana le entregaron a Manuel López (*El Chévere*) varios capuchones de tela roja y negra con un 26 bordado en la frente, confeccionados por Miriam Díaz Botana y su hermana, quienes vivían en la peluquería de Manolo (su padre), sita en la calle Martí entre 27 de Noviembre y Pereira, y dos puñales que para la acción se guardaron en casa de Guillermo Díaz Pérez (*Mito*).

Tres pistolas y dos puñales limitaban la participación a cinco combatientes. Reynaldo había sido designado para dirigir la acción, secundado por *El Chévere*;



Combatientes del MR-26-7 incendiaron este garaje de la antigua Plaza de Regla, propiedad de José A. Boch, conocido como *Cheo El Manco*.





## **Incendian 2 carros del tren Central**

Ocurrió el hecho el domingo por la noche, entre Minas y Campo Florido. -- Uno de los vagones llevaba la correspondencia. -- Aparecen muertos dos jóvenes en Santiago, en el mismo lugar donde el día anterior fue muerto otro, al arrojar granadas a un carro patrullero. -- Incendian un garaje en Regla y otro en La Habana. -- Imposible ir a comicios por falta de garantías, dicen auténticos de Camagüey. -- (Vea "La Situación en la República". Columna 7)

Nota de prensa donde puede leerse sobre el incendio del garaje en Regla, entre otras acciones en el país.

los otros tres eran José Antonio Piñón (*Popeye*), Argimiro Masvidal (*Tito*) y Roberto González (*Malanga*).

La noche de la acción fueron despedidos por Alberto Álvarez con su cariño de siempre. Reynaldo, *El Chévere* y *Tito* tenían que esperar, según lo orientado por Alberto, a los otros dos participantes en las calles 27 de Noviembre y Benito Anido —cuando estos pasasen por allí—, para desde esa esquina encaminarse los cinco combatientes a la realización de la acción. Reynaldo llevaba las tres pistolas en un cartucho.

Al llegar al lugar indicado por Alberto, aprovecharon la ocasión para tomar un refresco, pero sólo tenían quince centavos, lo cual les obligó a comentar sobre si posteriormente hubiese necesidad de tomar un ómnibus, la interrogante era ¿cómo lo harían si no tenían un centavo? Reynaldo dijo: "Bueno, ya resolveremos; vamos ahora a tomarnos el refresco para hacer tiempo".

Antes de empinarse el último "buche", un policía apodado *El Patón* hizo acto de presencia en la boveda; se dirigió a la barra y pidió un trago de ron. (Este esbirro, connotado abusador y de muy baja moral,





hacía siempre sus guardias bebiendo de bodega en bodega.)

La llegada del policía —situación no prevista en los planes— alarmó un poco a los combatientes, porque un esbirro como este era de cuidado; lo conocían bastante bien, por lo cual se pusieron en guardia; pero para sorpresa de estos, *El Patón* se empinó el ron, miró a los presentes y se marchó indiferente.

No había caminado ni diez pasos, cuando Reynaldo dice: “Vamos nosotros ahora”. Salieron juntos detrás de *El Patón*, pisándole casi los talones. Reynaldo les comentó: “...le vamos a hacer pasar un susto. Verán como se apura cuando nos vea”. Efectivamente, tan pronto el esbirro se dio cuenta que alguien se aproximaba a sus espaldas, apresuró su paso y dobló la esquina de Benito Anido y Aranguren en dirección a la estación de policía.

Todos se convencieron de la cobardía de estos esbirros cuando se ven solos y sin apoyo, por eso se quedaron riendo por la actitud que asumió *El Patón*. Así eran los rasgos personales de Reynaldo: su forma de actuar, su coraje; era un combatiente muy decidido.

Estando en la bodega, habían pasado los otros dos combatientes, quienes siguieron con rumbo al garaje de la plaza; se reunieron en el aún oscuro parque del Obrero. Allí Reynaldo repartió las pistolas, los puñales y los capuchones, y partieron en fila india al “asalto” del garaje.

Un pequeño y simpático incidente ocurrió en este momento: antes de entrar al garaje, Reynaldo ordenó se pusieran los capuchones. *El Chévere* se lo puso al revés: los huecos destinados a los ojos, hacia atrás —no podía ver nada en aquella oscuridad. En medio del lógico nerviosismo formó un tremendo lío. Reynaldo le mandó callar, pues no conocía el incidente. Los





demás le ayudaron con el capuchón, ya que tropezaba con el que iba delante y hasta lo hincó con el puñal.

Llegaron hasta donde el individuo que servía la gasolina, quien había acabado de llenar el tanque a un auto y dejó cerrada la llave de la bomba. Reynaldo retuvo a dicho individuo en nombre del MR-26-7, los demás lo hicieron con otros que se encontraban parqueando sus autos en el interior del garaje.

“Hágame el favor de darme la llave de la bomba de gasolina” —le dijo Reynaldo al encargado, quien respondió que no tenía ninguna llave. Reynaldo había trabajado en este giro, pues conocía perfectamente todo el mecanismo para hacer accionar la bomba. Insistió, y el encargado se la negó otra vez. Cuando Reynaldo le apunta con la pistola, enseguida entregó la llave. La resistencia terminó, cuando vio su vida en peligro.

Reynaldo encendió el equipo, mientras otro le amarró un alambre al gatillo del pitón para que se mantuviera abierta la salida a chorros del combustible. Acto seguido comenzó a regar el área hasta donde alcanzaba la manguera, y con cubetas adicionales regaron gasolina sobre los vehículos parqueados al fondo del garaje. Los otros tres combatientes mantenían a raya a los retenidos, a quienes sacaron del local —y preservaron un auto en el que huirían—, antes de prenderle fuego. Las llamas enseguida se propagaron.

En esos instantes pasó por allí un individuo afeminado, y cuando vio encapuchados con pistolas y puñales y la gran llamarada extendiéndose por doquier en el interior del garaje, se desprendió a correr con un ataque histérico gritando “¡Fuego, fuego! ¡Se quema, se quema!”

El auto —un Chevrolet del 53— en el que huyeron no tenía llave. El encargado nuevamente se negó a entregarla, diciendo que no la tenía. En un momento así, de vida o muerte, obligó a Reynaldo a “precisararlo”. Esto





significaba que “moriría”, si no la entregaba. Les ordenaron a este y a los restantes que no se movieran del lugar hasta la retirada de los combatientes, haciéndoles saber que “aquello” era un acto de sabotaje contra la dictadura batistiana y no contra ellos.

Tomaron el auto los cinco combatientes desde la calle Perdomo hasta Oscar Lunar; un auto que venía en dirección contraria parecía ser una perseguidora que se dirigía hacia la inmensa hoguera. Reynaldo ordenó que disparasen, si intentaban detenerlos. Afortunadamente se percataron a tiempo de que se trataba de un vehículo civil. Siguieron el rumbo hasta la calle División, luego la Calzada Vieja de Guanabacoa. Antes de llegar a la Vía Blanca abandonaron el auto, junto a la loma, y acordaron verse al día siguiente para conocer acerca de los hechos y comentarlos, felices por haber cumplido exitosamente una tarea más del Movimiento.



### **En apoyo al movimiento obrero**

MANUEL BALTÁ LÓPEZ

En el primer trimestre del año, *Cheo* Ferrer convocó a una reunión con la Dirección del Movimiento para nombrar un coordinador obrero que atendiera ese frente por la importancia que tenía, recayendo en mí esta responsabilidad.

Me conectó con *Jaime* (Jesús Soto Díaz), quien me dio orientaciones para trabajar dentro del movimiento obrero; se me asignó el municipio de Regla hasta La Virgen del Camino, menos el puerto de La Habana, donde fue nombrado coordinador Antonio Gil Brito.

En primera instancia nos dimos a la tarea de ir estableciendo contactos en los centros de trabajo con combatientes del Movimiento o simpatizantes con la lucha armada. A los primeros les transmitimos las orientaciones recibidas, consistentes en ver la posibilidad





de introducir en las directivas de las secciones sindicales, a elementos que respondieran al Movimiento, y con los segundos, la venta de bonos.

En la antigua Productora de Superfosfatos S.A. (hoy Empresa de Fertilizantes GERARDO GRANDA MIJARES) establecimos una sólida base, ejerciendo una gran influencia en la masa trabajadora que presionaba a la camarilla mujalista de la sección sindical, pues además de ser nuestro centro de trabajo, en este trabajaban Catalino Segura Sardíñas, Evelio Parera Zulueta y Joaquín Bas Guerra, combatientes destacados dentro del Movimiento 26 de Julio.

Contábamos con un grupo de simpatizantes de la lucha revolucionaria, cuyo apoyo fue decisivo en las recaudaciones de fondo que se hacían semanalmente. Creamos comités de huelga del FON en la fábrica de Chapas, en la Burrus Flour and Fill Mill, en las rutas 6 y 29, la textilera Dial y otros centros que también contribuían.

Es significativo que en la Productora de Superfosfatos S.A. se recogió un día de haber como primer aporte de los trabajadores de la fábrica para reiniciar la lucha. (Después de la amnistía a los asaltantes del cuartel Moncada, por aquella época se hicieron más de cien suscripciones al periódico *La Calle* que servía de medio de divulgación del Movimiento 26 de Julio.)

Establecimos contactos con los compañeros de la Compañía Petrolera CU-MEX, de las fábricas de envases metálicos de Luyanó-Continental Can Corp. (hoy LUIS MELIÁN y la PEDRITO VALDÉS) a través de Guillermo Díaz (*Mito*) y Juan Mojena. Al mismo tiempo nos fuimos relacionando con compañeros de centros de trabajo más pequeños, como talleres de confecciones, fábricas de zapatos, comercios, etcétera.

No es posible decir exactamente toda la labor realizada, pero, a pesar del poco tiempo que estuvimos en





esa actividad, se logró fortalecer el movimiento obrero que, cada vez más, iba adquiriendo conciencia de clase, demostrándolo en su apoyo firme al proceso revolucionario, en las protestas demandando mejores condiciones salariales y de trabajo, brindando aportes económicos mediante los bonos por la libertad y muy especialmente su rechazo a la camarilla mujalista y sus testafierros en las secciones sindicales.

La última reunión a la que fui citado se efectuó el 18 de septiembre de 1958 en el Cerro (creo que fue en la casa de Alfredo Granda). Además de este, participamos *El Chino* Domínguez, Eladio Carranza, Jesús Soto —quien la dirigía— y yo, quizás hayan participado otros compañeros, pero después de tantos años transcurridos no es fácil recordarlos a todos.

Aquella reunión se efectuó para informarnos de los resultados de la visita de los representantes provinciales obreros del MR-26-7 a la Comandancia del II Frente Oriental Frank País, donde se trazaron los lineamientos para constituir el Frente Obrero Nacional Unido (FONU) en los comités obreros de base, en coordinación con otras organizaciones revolucionarias.



## **En la prisión de La Habana**

CARLOS MORALES GÓMEZ

Me propongo narrar, en síntesis, las vicisitudes que imponía el régimen carcelario existente en la prisión de La Habana a todo revolucionario que fuera remitido a ella.

Por nuestras actividades revolucionarias en Regla, fuimos detenidos por esbirros de Ventura, y luego de ser torturados nos enviaron al Vivac del castillo de El Príncipe. En total habíamos estado 28 días presos en distintos calabozos de la tiranía. Entre ellos están la 18va., la 9na., la 5ta. estación.







Llegamos al Vivac sobre la madrugada. Rápidamente nos percatamos de que existía allí una organización, un “autogobierno” revolucionario.

El régimen de disciplina de la prisión era el siguiente: por las mañanas, al levantarnos, tendíamos nuestras camas; después, desayunábamos. Nosotros mismos atendíamos el comedor en los horarios de desayuno, almuerzo y comida, y la limpieza del penal estaba a cargo nuestro. Toda esta actividad la hacíamos rotativa, por camas. Por ejemplo: hoy les correspondía a los compañeros que ocupaban las camas 1, 2, 3; al día siguiente, a los de la 4, 5 y 6... Diariamente un total de diez compañeros atendían los servicios del comedor y el de limpieza. Aparte había un cuartelero (preso común) de cierta confianza que, por su movilidad dentro del penal, se encargaba de traer el agua, conseguir el hielo cuando era posible y limpiar junto con nosotros. Era una obligación moral cuidar la limpieza en cada galera. Todos limpiábamos, todos servíamos en el comedor.

Los presos políticos habían introducido una “cooperativa” para comer mejor, pues la comida de la tiranía era sumamente mala. Se pagaba una cuota de \$1,40 semanal por cada miembro. Con la colecta se compraban mercancías para mejorar la calidad de la comida. Había compañeros que no podían aportar esa cuota, pero se les daba el mismo derecho a comer que al resto.

El día lo pasábamos estudiando. Formamos un grupo para instruir a los compañeros con bajo nivel de escolaridad, lo cual arrojó un buen resultado. A las seis de la tarde dedicábamos un minuto de silencio a los compañeros caídos en la lucha, durante la ceremonia de arriar la bandera. Posterior al horario de comida, nos reuníamos en distintos puntos a conversar, otros leían, etc., hasta las nueve de la noche en que comen-





zaba la lectura colectiva. En estos grupos de estudio, discutíamos materiales de contenido martiano. Finalizábamos las actividades a las diez de la noche, hora en que diariamente había que acostarse a dormir, apagando previamente todas las luces del penal.

Existía un sistema de guardias nocturnas por galera. El tiempo de cada guardia era de dos horas, de forma rotativa y por camas. Estas guardias tenían la finalidad de evitar que en horas de la madrugada se produjera el traslado de algún compañero: se había dado el caso de que agentes de Batista, amparados en algún pretexto, habían sacado a compañeros de la prisión y los habían asesinado posteriormente.

En la prisión existía el derecho de antigüedad a la cama, pues hacinados por la superpoblación penal, se dormía en el suelo, sobre colchonetas o frazadas que traían los familiares o facilitadas por algún otro recluso. Cuando había libertados, los más antiguos tenían derecho a la cama. Nuestras camas en la prisión eran literas con capacidad para dos compañeros. Para comprobar el grado de hacinamiento donde nos encontramos, puedo decir que la galera en que me hallaba tenía una capacidad para 70 compañeros y había 135 presos políticos.

Teníamos una organización interna a través de una dirección electa por cada galera. Las elecciones tenían lugar cada mes, y a veces, cada dos meses.

Cuando llegué al Vivac de El Príncipe me ubicaron en la galera 21, pero como estaban permitidas las permutas, me trasladé para la galera 4; allí la dirección estaba compuesta por *Pepé* Fernández Cossío, Osvaldo Bussi y no recuerdo quiénes eran los otros.

Los cargos que se elegían eran, Presidente, Organizador, Tesorero y Limpieza. Tuve la oportunidad de participar en las nuevas elecciones, conociendo todo





el proceso utilizado para el nombramiento de una nueva candidatura, donde resultaron electos Luis Piñeda (*Terry*), como Presidente; Oscar Vázquez, como Tesorero; Mario Linares, en Limpieza, y yo fui seleccionado para Organizador. Estas direcciones por galera sólo atendían las cuestiones internas de cada una y cada organización política tenía su dirección, que trataba y orientaba los asuntos propios de ella.

La disciplina era rigurosa. Tenía que ser así, porque nos estábamos formando. Se celebraban juicios disciplinarios; los que reincidían por indisciplina, eran sancionados, enviándolos a la galera de presos comunes “Argüello”, que se encontraba ubicada en los bajos. A los infractores connotados se les enviaba a vivir con los presos comunes como lección. Para cualquier revolucionario, esta sanción era dura, ya que a esa galera, por lo general, se habían remitido a todos los que en los interrogatorios, por cobardía, habían “hablado”, traicionando a su organización revolucionaria.

En nuestra galera teníamos controles internos, los cuales llevábamos en varias libretas: un registro donde asentábamos, por orden alfabético, a todos los compañeros que ingresaban a la galera; otro registro de actas, donde se anotaban todos los acuerdos de las reuniones que celebrábamos, firmados por la Dirección. También, un control donde asentábamos el nombre del compañero, la causa de su arresto, el nombre del abogado designado; si había sido remitido desde otra prisión, etcétera.

Teníamos una biblioteca, que le habíamos dado el nombre de ANDRÉS TORRES RODRÍGUEZ, asesinado por los esbirros de Esteban Ventura en las calles Juan Bruno Zayas y Lacret, en el reparto Santos Suárez.

El sistema de visitas era bastante irregular. La tiranía anunciaba, como muestra de su “generosidad”, que





eran diarias, pero se limitaban a dos o tres minutos: no permitían acercarse ni besar a los familiares, sólo verlos y conversar a distancia. Nosotros violábamos esta disposición: besábamos a nuestras esposas, madres, hijos, hermanos.

¡Daba pena ver diariamente a cientos de madres y familiares en una larga y angustiosa espera que en la mayoría de las ocasiones era estéril! Por cualquier motivo anunciaban la suspensión de la visita y la emprendían a ofensas contra ellos. Ante esta situación nos vimos en la necesidad de organizar con efectividad lo que nosotros llamábamos “el voceo”, que consistía en situar a compañeros próximos al área de visita, con la misión de pronunciar en voz alta el nombre de los solicitados, con el fin de lograr una rápida localización de los compañeros.

En ocasiones se daba el caso de que el enemigo trataba de infiltrar sus agentes entre los presos políticos, con el objetivo de conocer las interioridades de nuestra organización o confirmar la participación de compañeros en acciones revolucionarias, y así proceder a su captura. Contra los infiltrados teníamos establecido un sistema interno que nos permitía detectar este tipo de individuo. Mediante este método fueron detectados algunos agentes enemigos, los cuales fueron severamente castigados.

A grandes rasgos y con sus particularidades era el régimen carcelario a que se vieron expuestos durante la sanguinaria tiranía de Batista muchos combatientes, cuyo único delito era luchar por la libertad de Cuba.

## **La Huelga del 9 de Abril**

EVELIO PARERA ZULUETA

Nos encontrábamos a la expectativa, desde los primeros días de abril, de una orden de huelga general





revolucionaria que nos dictaría, en su oportunidad, la Dirección del Movimiento en La Habana. Habíamos realizado ya una labor de proselitismo en distintos centros de trabajo de Regla, con el fin de garantizar la paralización en el momento señalado, además de mantener nuestras fuerzas y recursos en espera de la orden. Y no fue sino el día 8 de abril, cuando en compañía de Ferrer acudimos a una reunión citada por René de los Santos (posteriormente comandante rebelde), que se efectuó en el 2do. piso de una casa situada en la calle Luco, en Luyanó.

René de los Santos tenía la misión de organizar las acciones que se desarrollarían en Guanabacoa, coordinando con Ferrer (capitán de milicias) las que realizaríamos nosotros. Quedamos en aquella reunión, en que al día siguiente nos entregarían las armas necesarias para ejecutar nuestros planes de sabotaje y poder garantizar la acción revolucionaria.

El día 9 de abril, a las 10:30 a.m. fui con Ferrer a recoger las armas en la calle Zapata, cerca de donde vivía Carratalá. Nos las entregó una muchacha, cuyo nombre no recuerdo. El armamento se encontraba empaquetado, así como el parque de municiones.

Nos sorprendió el asalto a la armería de La Habana Vieja y otros hechos, en pleno trasiego de esas armas. Eran tres M-1 y dos Thompson. La policía estaba en estado de alerta, los registros de autos y otros vehículos eran impredecibles en distintos lugares, por lo cual nos vimos obligados a tratar de prepararnos para contrarrestar cualquier sorpresa del enemigo.

Al revisar las balas, resultaron ser de calibre 30.6 de fusiles. Entre perseguidoras y tiroteos produciéndose en distintos lugares, logramos llegar hasta una casa en la calle Jovellar —del MR-26-7—, a fin de establecer contactos con distintos compañeros y solucio-





nar nuestra dificultad de movimiento, pero fue infructuoso nuestro intento.

Allí nos enteramos de la huelga. Nos comunicamos con los compañeros del Movimiento en Regla y les informamos de lo sucedido.

#### TOMÁS ECHEVARRÍA LÓPEZ

El día 8 por la noche fuimos citados por la Dirección del Movimiento de la localidad, a la casa del combatiente Manolo Baltá, en el reparto Mañana. En esta reunión participaron Ferrer, Pedrito Hernández Parente, Evelio Parera, Osvaldo Santana, el propio Baltá y otros. Se puntualizó cuáles eran las actividades que nos corresponderían realizar.

Después de la reunión, Pedro y yo fuimos a Guanabacoa a localizar a Orlando López (*El Gaucho*), que en aquellos días estaba escondido allí, pues había salido recientemente de El Príncipe y era buscado por los cuerpos represivos de la tiranía. Le hicimos saber que tenía que estar preparado, porque en las próximas horas se iba a declarar la huelga, y que iba a ser apoyada por las milicias revolucionarias del 26 de Julio. Regresamos a Regla para alertar a algunos compañeros más antes de retirarnos a nuestras casas.

Al amanecer del día 9 nos concentramos en un comercio que tenía Carlos Morales (antigua bodega La Estrella), sito en Martí y Céspedes. Se había acordado que a través del teléfono de este comercio recibiríamos algunas instrucciones de ser necesario; Ferrer debía recoger las armas que les correspondían a los miembros del Movimiento en Regla, esa misma mañana.

Las primeras horas pasaron sin grandes problemas, pero a partir de las diez y pico de la mañana, preocupados Pedro y yo por Alberto, *Maño*, Reynaldo, Onelio y *Tito*, que estarían con otros en la casa del re-





parto Habana Nueva —conociendo el carácter y la disposición de los compañeros que siempre estaban listos para cualquier actividad—, fuimos para allá a informarles de la situación y que para entrar en acción posteriormente estábamos esperando el contacto con Ferrer y Evelio.

Cuando íbamos en la “guagua” para la casa de Habana Nueva, se notaba un ambiente de tensión; pasaban los carros patrulleros; los pasajeros de la “guagua” comentaban acerca de una bomba que habían puesto, un tiroteo que había habido, en fin, que ya estaban las milicias del 26 de Julio en las calles actuando.

Cuando llegamos, nos asombramos. Parece que los vecinos se habían dado cuenta de que aquella era una casa-cuartel del Movimiento.

La noticia de que ya se combatía en las calles y la futura participación de todos nosotros en esas actividades, fueron acogidas con una alegría que entusiasmaba a todo el mundo; los compañeros preparados para salir a “batirse” se ponían los brazaletes del 26 de Julio; había una bandera puesta en la pared. Daban “vivas”.

La situación se fue recrudeciendo. Ya era mediodía y se había hecho realidad la paralización del transporte en Guanabacoa y otros lugares. Los tiroteos habían aumentado. Se planteó que ya aquella casa no era segura. Había que ver qué se hacía, mientras esperábamos la llegada de Ferrer y de Evelio; aquel edificio ya era peligroso, porque todo el mundo sabía lo que estábamos haciendo.

Nosotros, Pedro y yo, regresamos a Regla, a situarnos de nuevo en La Estrella para esperar la llamada.

Los planes concretos que nos habían dado eran los siguientes:

Una primera fase consistía en interrumpir todo el tráfico por la Carretera Vieja hacia la Vía Blanca, desde





el puente de la Sinclair hasta la rotonda de Cojímar, y prender fuego a todos los garajes que estaban situados en esos tramos; la paralización de los centros de trabajo y de las rutas de ómnibus, cuyos vehículos se utilizarían para bloquear las entradas del pueblo y cerrar las carreteras con vistas a poder desarrollar toda la actividad con mayor facilidad.

Una vez realizado esto, y otros pasos que debían llevarse a cabo en Guanabacoa, pasaríamos al ajusticiamiento de los esbirros batistianos conocidos, de los chivatos; a la destrucción de los intereses de la tiranía. Comprendíamos que Regla, por sus características geográficas, resultaría una “ratonera”. Con todo cercado por el enemigo, la salida por mar o carretera se haría difícil.

Pero entre los centros de trabajo que iban a ser tomados, había dos fundamentales: la refinería de petróleo y la planta eléctrica. Con esos dos centros en nuestro poder, en caso de fracasar la huelga, tendríamos un arma con que garantizar cualquier situación desfavorable para nosotros: o nos abrían paso o los volábamos.

Nada de esto se pudo realizar, porque las armas destinadas a nosotros no llegaron. Después supimos, a través de Ferrer y Evelio, que les habían dado el parque equivocado. Para las Thompson y M-1, recibieron en un trasiego rápido, balas 30.6 de Springfield metidas en una caja de tabacos cerrada.

#### RENÉ DE LOS SANTOS

No obstante haber realizado todas las coordinaciones con José Ferrer y Evelio Parera y las dificultades que tanto ellos como nosotros confrontamos para poder desarrollar los planes, nosotros en Guanabacoa resistimos ese día hasta las tres de la tarde con la ciudad en nuestro poder. A esa hora, llegaron Ventura,







Orlando Piedra y Carratalá (verdugos de la peor ralea, jefes de los cuerpos y sectores de la dictadura): el enfrentamiento fue violento, irrefrenable.

Yo había salido poco antes hacia la clínica Hijas de Galicia, a donde nos orientaron debíamos acudir; pues allí recibiríamos armas e instrucciones para proseguir la lucha. Allí también se dirigieron Ferrer y Evelio, siguiendo orientaciones de Mario García Sangenis, pero no había nada ni nadie para dar instrucciones, ni armas; ni siquiera Sangenis se presentó. En el camino tuvimos un choque con la policía y le tiramos al capitán Guardiola: sólo herimos al chofer. Algunos tuvimos que refugiarnos en la finca de Oramas en el pueblo de Minas.

No obstante, los planes encomendados a nosotros se cumplieron, pues cerramos los entronques de acceso a Regla y Guanabacoa, como fueron previstos, en Porvenir y Calzada de Luyanó, Paso Superior, puente Martín Pérez; se colocó la bomba en el puente de la Sinclair y cerramos también la rotonda de Cojimar.

Luego del revés del 9 de abril, salí poco después para la Sierra.

#### FAUSTINO PÉREZ HERNÁNDEZ

“[...]Es bien sabido que la tiranía, después de ahogar en sangre el intento del 9 de abril con el saldo de decenas de combatientes caídos o asesinados y cientos de prisioneros, creyó haber liquidado el movimiento clandestino y que tenía a su retaguardia segura. Se llenó entonces de injustificado optimismo y lanzó sobre las fuerzas guerrilleras la más gigantesca y aparatosa ofensiva.

”La Revolución pasó por uno de los momentos más críticos cuando nos habíamos considerado suficientemente fuertes para lanzar la ofensiva final. Ello produjo mucho desconcierto y un lógico desaliento





transitorio en el pueblo. Pienso que no pudimos ni siquiera aprovechar las condiciones reales que se habían logrado después de un año de lucha en ascenso que aparentemente había llegado a su punto más alto en los meses de febrero a marzo del 58.

”Creo que fue el revés más duro y costoso de todo el proceso, en el que los miembros de la Dirección del Movimiento en el Llano tuvimos el mayor grado de responsabilidad [...]”.<sup>1</sup>

#### ISIDRO DIEZ BARRERAS

No obstante la situación por la que atraviesa el Movimiento en el Llano, el 3 de mayo la Dirección Nacional del MR-26-7 convoca a una reunión en Altos de Mompié, provincia más oriental de Cuba, donde se realiza un análisis pormenorizado de las causas que llevaron al revés de la Huelga del 9 de Abril. Al concluir esta histórica reunión, Fidel es reconocido por todos los asistentes como el Comandante en Jefe del Movimiento 26 de Julio nacionalmente, fusionándose la jefatura del Llano y la de la Sierra en un mando único.

El 25 de abril, Fidel le envió una nota a Faustino Pérez. En dos de sus párrafos le dice:

“[...]Tengo la firme esperanza de que en menos tiempo de lo que muchos son capaces de imaginar habremos convertido la derrota en victoria[...]

”Aquí nos preparamos para afrontar en próximas semanas la ofensiva de la Dictadura. Derrotarla es cuestión de vida o muerte. El Movimiento debe estar muy consciente de esta realidad y concentrar su esfuerzo en defender esta trinchera”.<sup>2</sup>

<sup>1</sup> Tomado de “La Huelga de Abril: un revés que se convirtió en victoria”, revista *Bohemia*, 8 de abril de 1988, pp. 59-63.

<sup>2</sup> Tomado de “La Huelga de Abril: un revés que se convirtió en victoria”, art. cit., pp. 59-63.





## **El 9 de abril en Habana Nueva**

Desde días antes del 9 de abril se esperaba la orden de tomar las armas destinadas al plan de acción que correspondía realizar en esa fecha.

El grupo de combatientes refugiado en la casa de Habana Nueva no pudo dormir la noche anterior, sabiendo que al amanecer estallaría el momento ansiado por todos.

Alberto Álvarez se había puesto el uniforme que se usaría en las acciones; lo mismo hizo Reynaldo. Onelio, *Maño* y los demás tenían puestos los brazaletes del MR-26-7. Los que poseían armas, las portaban. Alberto tenía su Browning y ocho balas de repuesto metidas dentro de una media vieja que tenía.

Pasaban las horas y, a ratos, llegaban distintas versiones sobre los acontecimientos: el asalto a la armería de La Habana Vieja y los tiroteos producidos en diferentes puntos de la capital; la bomba que explotó en el puente de la Sinclair; el tiroteo a los tanques de gasolina de esta instalación; la paralización de algunas rutas de ómnibus; y el sonido de las sirenas de las perseguidoras en su ir y venir tras algún objetivo, mantenían a todos los combatientes a la expectativa. Tomás Echevarría y Pedro Hernández servían de enlace a los combatientes que se encontraban concentrados en distintos puntos de Regla para el trasiego de las armas.

A las doce del día, dichos compañeros informaron que las armas no llegarían. Ante la noticia, Alberto, Reynaldo, Onelio y *Maño* decidieron salir de la casa y tomar un ómnibus, dando por terminado el acuartelamiento, aunque la difícil situación no había concluido. Pasaban sin cesar autos tripulados por esbirros, sin dudas miembros del Buró de Investigaciones de la tiranía.

Se encontraron con *El Chino* Ariosa, que en horas de la mañana había realizado un sabotaje en la rotativa





del periódico *El Mundo*, donde trabajaba, diciendo que no volvieran para la casa de Habana Nueva, pues él había tenido que huir de allí, porque un grupo de miembros del MR-26-7 —al parecer de Guanabacoa— había dado un mitin relámpago y al retirarse, dejaron las paredes pintadas con consignas contra la tiranía.

Parecía que algún chivatazo de alguien residente cerca puso en estado de alerta a la policía. La noticia dividió al grupo: Pedro Hernández, Tomás Echevarría, *El Chino* Ariosa y *Tito* se retiraron, quedándose *Maño*, Alberto, Reynaldo y Onelio sin saber qué hacer. Esa noche durmieron en una habitación de la loma frente a la Vía Blanca y al día siguiente se trasladaron para otra en el reparto Unión, en Guanabacoa. Por gestiones realizadas por un familiar de *Tito* se trasladaron a una casa en 5ta. Avenida entre 494 y 496, en Guanabo, donde se acomodaron durante varios días.

Llamaba mucho la atención aquella casa de Guanabo; el lugar por estar bastante desierto, era fácil de detectar la presencia del grupo de combatientes. Por tal razón se retiraron cada uno por su rumbo. El próximo alojamiento que se resolvería días más tarde, sería el apartamento del reparto Juanelo.

#### ORLANDO GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

Una noche Alberto, *Maño*, *Popeye* y Guillermo Díaz (*Mito*) se me aparecieron en la casa. Alberto venía con una tos tremenda. Era muy tarde y nos asustamos al verlo con aquel catarro tan fuerte.

Los muchachos se fueron, Alberto se quedó a dormir. Era la época en que andaba muy perseguido, y alguna que otra noche tuvo que venir a casa después del 9 de abril, aunque yo tenía orientaciones de que no se usara mi domicilio para otros fines que los acordados. Esa noche mi esposa le preparó un café con le-





che, mientras hablábamos. Le dije: “¡Coño!, Alberto, ¿dónde tú estás metido?” Y me respondió: “No me digas nada, compadre, que me estoy quedando en la Loma del Tanque. Llevo varias noches durmiendo ahí, a la intemperie...”.

La tos apenas lo dejaba hablar. Nos pusimos de acuerdo para vernos al día siguiente, para tratar de buscarle una solución. Por la mañana temprano comuniqué al Comité Especial lo que estaba pasando. Uno de los combatientes recordó que en el reparto Juanelo hacía poco se había desocupado un apartamento en el que vivió clandestinamente durante algún tiempo Evaristo Baranda, el cual permanecía desalquilado.

Logramos reunir algunos pesos entre los combatientes que allí estábamos y le entregué la dirección de la calle Rita y el dinero a Alberto por la noche para pagar un mes de fondo del alquiler.



### **El apartamento del Juanelo**



El 19 de abril, bajo el nombre falso de Rolando González Ramos, quedaron establecidos los trámites para alquilar el apartamento No. 11, en el primer piso de la edificación marcada con el No. 271 de la calle Rita entre Blumes Ramos y Serafina, en el reparto Juanelo.

La selección de la nueva vivienda fue aprobada por Alberto y Reynaldo, ya que su ubicación, con respecto al radio de acción para el desarrollo de las tareas revolucionarias, ofrecía ventajas; Juanelo es un punto intermedio entre Regla, Guanabacoa y La Habana. Precisamente en estas tres direcciones se continuaría volcando todo el trabajo del Movimiento.

El apartamento estaba representado por Andrés Cruz y Graciela Romeo —padres de Reynaldo Cruz—, quienes aparentaban ser un pacífico matrimonio con tres hijos: Alberto, Reynaldo y Onelio.





El alquiler mensual de la pequeña vivienda de tres piezas (cuarto, cocina, baño) era de veintidós pesos, y desde el primer instante constituyó una verdadera odisea para el grupo reunir el pago de cada mensualidad. Como prueba de esta dura realidad —que fue preocupación constante— reproducimos un párrafo de la carta enviada por Reynaldo Cruz a Argimiro Masvidal (*Tito*) fechada el 21 de julio de 1958, cuando este último se encontraba ya fuera de Cuba:

“...Aquí, desde ‘nuestra casa’ te escribo, te digo ‘nuestra casa’, porque es de todos nuestros compañeros que huyen, es la misma que teníamos cuando te fuiste, la que muy mala o la muy buena vamos viviendo, ya vamos a llevar cuatro meses aquí, cuatro meses que nos han parecido años, cuatro meses desesperantes; cuando almorzábamos, no comíamos, cuando pagábamos un mes, pensábamos cómo se iba a pagar el otro, el primero lo pagó la madre de Alberto; el segundo, el boticario rifó un reloj; el tercero por poco nos botan; viendo ese problema me lancé a las calles de Regla, cuidado por mi pistola 45 y les propuse a casi todos los comerciantes conocidos una cuota mínima semanal de cincuenta centavos, así recogiendo una cantidad de ocho o diez pesos todas las semanas; así, asegurando el cuarto mes que nos faltaba; sigue la cuota, se siguen recogiendo ocho o diez pesos semanales que nos alcanzaban estrictamente para el alquiler, porque somos cuatro huyendo y no se puede resolver con tan poco dinero[...].”<sup>3</sup>

El mobiliario del pequeño apartamento era bastante humilde: un escaparate, una cama, una mesa, varias sillas, una coqueta, dos catres de campaña y una

---

<sup>3</sup> El cuarto compañero “huyendo” a que se refiere Reynaldo es, en esa fecha, Manuel López (*El Chévere*), quien se ocultaba de la persecución que sobre él había desatado la tiranía.





cocina de keroseno; todo había sido trasladado desde la casa de Reynaldo Cruz, en Concepción No. 368 entre Recreo y Simpatía, Regla.

La ubicación de la vivienda no ofrecía las mejores garantías en caso de ser descubierta por los cuerpos represivos, pues no tenía ninguna puerta de escape. Al fondo había un solar yermo; a los costados, la prolongación del edificio, y al frente, las azoteas de otras casas que estaban separadas a cuatro metros del pasillo del edificio. Además, tenía una baranda de hierro que hacía difícil y peligroso cualquier salto.

El pequeño “arsenal” para el desarrollo de las acciones con que se contaba en aquellos momentos en el apartamento lo constituían una pistola calibre 45, un revólver calibre 38, un puñal, balas, magazines, diversos documentos y propaganda revolucionaria. Como en el lugar se guardaban muchos de los materiales que luego serían utilizados en atentados y sabotajes, distintos compañeros lo visitaban frecuentemente. Pero sus inquilinos permanentes eran Alberto, Reynaldo y Onelio.



#### ANDRÉS CRUZ RAMOS

“[...]En ese apartamento, oíamos la Radio Rebelde, por la onda corta, además se planeaba también todo lo que se iba a hacer. Guaracheábamos, como un buen padre con sus hijos, me hacían reír, reían ellos también, todo era alegría al sentirse abrigados de nuevo por el calor paterno y materno que extrañaban meses atrás[...]

”Allí en el apartamento nunca les faltó el hielo a los muchachos a la hora de la comida, pues cuatro veces al día iban a llevárselo. Todo ese hielo lo fabricaban en mi casa. Mi señora se quedaba con ellos lunes, martes, miércoles y jueves; por la tarde venía para Re-





gla, para que allá no sospecharan; les decía (a otros vecinos) que tenía una hermana enferma, que tenía que quedarse con ella el viernes, sábado y el domingo, entonces el lunes volvía para el apartamento[...].<sup>4</sup>

### **Balance y punto de partida**

Posterior al 9 de abril se avecinaron tres meses en los cuales se puso de relieve, con agudeza, una fase de reflujó en las filas del Movimiento en Regla.

Si bien al intento de huelga se había llegado con bajas tan sensibles en las filas del Movimiento —como las de Gerardo Abreu Fontán, Sergio González (*El Curita*), Efraín Alfonso (*Cheché*), Arístides Viera (*Mingolo*), Elpidio Aguiar y otros recios combatientes asesinados por la tiranía entre los meses de febrero-marzo en La Habana—, en el caso particular de nuestra localidad, la Dirección del Movimiento había desarrollado un grupo de acciones entre esos mismos meses, como parte del clima de acción orientado, con la particularidad de contar con un grupo de combatientes en prisión y otros que fueron detenidos por delaciones desde el mes de febrero.

Entre los combatientes que habían sido detenidos y/o presos en el castillo de El Príncipe por aquellas delaciones, se encontraban Francisco Arnao Noya, Luis Hernández, José Luis Cabrera, Carlos y Osvaldo Fernández Feaín, Isidro Diez Barreras, Orlando Arteaga, Roberto Valdés del Rey, Reynaldo Lozano, Alfredo Muñoz, Gilberto Fernández (*Charles*), Argelio Alfonso (*Litongo*), Miguel Bragado, Roberto Galves Lendián (*Tito*) y otros.

Por otra parte, se habían perdido todos los contactos con la Dirección Provincial y Nacional del Movi-

---

<sup>4</sup> Este testimonio correspondiente al padre de Reynaldo Cruz fue tomado de *Historia revolucionaria de padre a hijo*, folleto publicado en Regla en 1959.







miento por parte de José Ferrer, y Evelio Parera tuvo que fungir como segundo jefe del municipio.

Algunos compañeros trataron de hacer contactos con Héctor Rodríguez Llopart, lo cual fue imposi-



Miembros del MR-26-7 en prisión: Carlos Fernández Feaín, Roberto Valdés del Rey (*Venao*), Nemecio Domínguez, Francisco Arnao Noya, Osvaldo Fernández Feaín (*Vity*), entre otros.



Grupo de combatientes detenidos y torturados por el SIM: de derecha a izquierda, Orlando Arteaga, Reynaldo Lozano, Alfredo Muñoz (*El Colombiano*) e Isidro Diez Barreras.





ble; este se encontraba en plena clandestinidad, pues había sido declarado en rebeldía por no asistir a juicio, cuando se encontraba en libertad provisional, después de haber sido detenido y torturado por el sádico Esteban Ventura.

La organización no contaba con un centavo de fondo para hacer frente a los gastos más perentorios de todos los que huían. La casa-chalet Sánchez en Habana Nueva, que hasta el día 9 de abril había estado ocupada por Alberto, Reynaldo, Onelio, *Maño* y otros combatientes, tuvo que ser abandonada por las razones que ya fueron relatadas. La casa de Manolo Baltá también estaba “quemada”. Decenas de compañeros huían de la represión; otros, como el propio Alberto Álvarez, Reynaldo y Onelio, tuvieron que dormir algunas noches a la intemperie durante los días que siguieron al 9 de abril, hasta resolver el apartamento del Juanelo, en ese mismo mes, luego de serias vicisitudes para reunir las mensualidades del alquiler.

Para esta fecha, Orlando López (*El Gaucho*), Osvaldo Santana, Victorino Aguiar, Sergio Chávez, Argimiro



Ficha del Departamento de Investigaciones de la Policía del combatiente reglano Argelio Alfonso Álvarez (*Litongo*).





Masvidal, Mario Scott, Lito Fumero y otros, habían tenido que asilarse por no poder incorporarse a la lucha en las montañas orientales, debido a la falta de contactos y la tenaz persecución por parte de los cuerpos represivos. A principios de junio, por idénticas causas, lo hizo José Ferrer, quien delegó en Evelio Parera Zulueta la Dirección del Movimiento en Regla. A Tomasito Echevarría se le nombró Tesorero; a Pedro Hernández Parente, Coordinador de las acciones entre los distintos grupos, y Baltá quedó ratificado como Responsable Obrero. Estos acuerdos se tomaron en una reunión clandestina en el Cachón de Cojímar, a la que asistieron parte de los combatientes del Movimiento de Regla, a principios de junio.

Desde la fundación del Movimiento hasta esta fecha, la Dirección en Regla había sido orientada por Antonio López (*Nico*) y Pedro Miret. Al marcharse estos al exterior, esa responsabilidad la asume José Suárez Blanco (*Pepe*) y René de los Santos conjuntamente con Gerardo Abreu Fontán. Posteriormente, designado Faustino Pérez, recibimos sus orientaciones, y las de René Rodríguez, al morir Fontán. Aunque manteníamos contactos con Faustino, también recibíamos instrucciones de Marcelo Salado.

Durante el curso de la lucha se mantuvieron contactos también con Jesús Suárez Gayol, Enrique Noda y Oscar Lucero Moya, miembros de la Dirección del Movimiento.

#### JOSÉ FERRER GARCÍA (*CHEO*)

Perdido el contacto con Faustino Pérez, muertos Fontán y Marcelo Salado, la escasez de recursos y la falta de contactos para marchar a la Sierra, si se tiene en cuenta que ya había pasado por las manos de Carratalá en la 10ma. estación, fichado y perseguido, decidí marcharme del país, no como final de mis activi-





dades clandestinas, sino como consecución de mis trajines revolucionarios (*sic*); entendí que dada mi situación personal y familiar, lo mejor era irme al exilio, y que alguien que no estuviera tan “quemado” como yo, asumiera la responsabilidad de la organización. Consideramos que Evelio Parera era el indicado y así se hizo.

### **Se restablecen los contactos**

En los primeros días de julio, Gustavo Más Aguiar —que venía realizando una labor de coordinación y reorganización orientada por la Dirección del Movimiento en las zonas de Guanabacoa-Regla y había contactado con Alberto Álvarez desde principios de junio— convoca a una reunión con los responsables de grupo que fueron posible citar en aquellos momentos, ya que Evelio Parera, quien sustituyó a Ferrer en la Dirección del Movimiento en Regla, no pudo ser localizado por encontrarse fuera del municipio, debido a la persecución a la que se encontraba sometido: su paradero era conocido por uno o dos combatientes exclusivamente. A esta reunión asiste Delio Gómez Ochoa (*Marcos*), y tuvo lugar en la casa de José Lorenzo Díaz (*El Alcohólico*), sita en la calle 3ra. No. 144 esquina a Camino de la Virgen, en el reparto Modelo, Regla.

Con esta reunión se reanudan las relaciones con la nueva Dirección oficial del MR-26-7 en La Habana, que, como dijimos, se vieron afectadas —luego del revés del 9 de abril—, debido a la incesante actividad represiva del enemigo, que había logrado con la persecución, la tortura y los asesinatos de valerosos combatientes al frente de los distintos niveles de Dirección del Movimiento, golpear desarticulando temporalmente los contactos existentes entre estos y las distintas redes clandestinas, además de cambios operados en la Dirección Provincial y Nacional.





Durante aquella reunión se reorganizaron las filas revolucionarias de estos grupos y se trazaron nuevos planes de acción. Alberto Álvarez Díaz fue designado jefe de Acción del Movimiento en la localidad, José Lorenzo Díaz (*El Alcohólico*), Tesorero; otros combatientes cubrirían responsabilidades dentro del MR-26-7 en Regla, como Emilio Taboada, Coordinador. Todos eran dirigidos por Gustavo Más Aguiar, quien quedó como enlace con la Dirección Provincial, capitán de milicias y jefe de la 4ta. zona del Movimiento, la que atendería Santiago de las Vegas, Boyeros, Calabazar, Víbora, Guanabacoa, Regla, Guanabo, Campo Florido, Jaruco y Santa Cruz del Norte.

En esta histórica reunión se tomaron otras medidas, como la de darle una nueva estructura militar al Movimiento en Regla, acorde con el desarrollo prospectivo de la lucha que se gestaba con la apertura de distintos frentes guerrilleros en la provincia de La Habana. Fueron designados por Gómez Ochoa (*Marcos*), Alberto Álvarez, como capitán, y Reynaldo Cruz y Onelio Dampiel, como tenientes de una posible columna que comenzaría a actuar, una vez que recibieran las instrucciones del nivel superior, en un frente insurrecto que operaría en las Escaleras de Jaruco, al este de la provincia de La Habana.



#### DELIO GÓMEZ OCHOA (*MARCOS*)

Llegué a La Habana el 15 de mayo acompañado de Lolita (la esposa de Eddy Suñol). Fuimos a un edificio lleno de oficinas en La Habana Vieja, enviados por Vilma Espín. Llegamos a la una de la madrugada del 16 de mayo. Como el local estaba cerrado a esa hora, Lolita recordó otro lugar en La Víbora: la casa de Flavia Sánchez Manduley. Tiramos piedras a la ventana para despertarla; luego se asomó. La casa era un consulto-





rio dental atendido por el doctor René Otazo (esposo de Flavia). Por fin nos quedamos.

El 17 de mayo contactamos con Faustino Pérez, a quien sustituía en su cargo por órdenes expresas del Comandante en Jefe. Faustino pasaría a cumplir nuevas responsabilidades en la lucha armada. El 18 de mayo nos entrevistamos con capitanes de milicia de La Habana. Esta reunión la hicimos en la casa de Acacia Sánchez Manduley, en la calle Ánimas; aquí conocí a Gustavo Más Aguiar.

A Alberto, Reynaldo, Onelio y *Maño* los conocí dos meses más tarde en la casa de *El Alcohólico* —junto a un grupo tan bueno como ellos—, a donde nos acompañaron Gustavo Más y el capitán Luis Pérez Martínez, quienes debían guiar las conversaciones. Al final de la reunión y aunque intervine muy discretamente, Alberto, de aguda inteligencia, me dijo: “Tú eres el comandante *Marcos*”.

Este grupo de compañeros de Regla figuró en las ideas globales —que elaboramos con *Machaco* Ameijeiras y Marcelo Fernández (*Zoilo*), y más tarde, con el Comandante en Jefe— como el núcleo fundamental que, junto a otros en preparación en las zonas de Guanajay y Matanzas, debían comenzar a operar entre septiembre y octubre —como ya lo hacían en las montañas de Pinar del Río, los de Escalona, Argibay y Payret. Los reglanos operarían en las lomas de Jaruco; *El Guajiro*, en Bejucal, y Juan Ramón López Fleitas y Garcerán de Valls lo harían en Matanzas y Madruga, respectivamente.

Todos los combatientes estuvieron de acuerdo en que este destacamento guerrillero en fase de integración, debería llevar el nombre de nuestro querido hermano de lucha, caído heroicamente el 2 de noviembre de 1957 en el asalto a la Junta Electoral de Regla: Gerardo Granda Mijares.



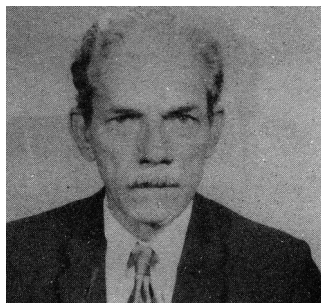


### GUSTAVO MÁS AGUIAR

Conocía a un hermano de Reynaldo, nombrado Raúl Cruz, quien se dedicó siempre a reparar equipos radiotécnicos: a él me unían, desde la juventud, lazos afectivos. Posterior al 9 de abril, en una conversación con Raúl en su taller de Regla, me interesé en conocer a su hermano, ya que Gustavo Lavastida, jefe de Acción del Movimiento en Cojímar, había dado referencias sobre las actividades revolucionarias de Reynaldo en Regla, por existir, entre ellos, buenas relaciones.

A través de estos y de un matrimonio de Regla logré conocer a Reynaldo en el café del paradero de la ruta 5, en la zona de Los Laureles, sito en calle Castanedo y carretera de Cojímar, Guanabacoa, en ocasión de sostener un contacto en dicho lugar con Lavastida en los primeros días de junio.

Hablamos acerca de la tarea de reorganización que yo venía acometiendo en Guanabacoa por órdenes de Delio Gómez Ochoa (*Marcos*), jefe de las provincias occidentales, y de la necesidad de hacerla extensiva a Regla. Le dije que necesitaba localizar a *Cheo Ferrer*, jefe del Movimiento en la localidad, para analizar con este la reorganización de las filas del Movimiento. Reynaldo me comunicó que Ferrer se encontraba tenazmente perseguido —oculto en Cojímar—,



Gustavo Más Aguiar, coordinador de los grupos de Acción en Regla, Guanabacoa y otros municipios habaneros por nombramiento del comandante Delio Gómez Ochoa (*Marcos*). Alcanzó el grado de capitán del Ejército Rebelde otorgado por la Comandancia General.





por lo que estaba haciendo gestiones para salir del país. Le manifesté que, si estaba muy “quemado”, yo podía buscarle contactos para que se incorporara a la Sierra Maestra.

“El Movimiento —me dijo— está en estos momentos desarticulado: *Charles*, uno de los jefes de grupo está preso en El Príncipe junto con otro grupo de compañeros; Evelio, perseguido; Baltá, que atiende el FONU, también es difícil de localizar; Pedro Hernández Parente, en igual situación; todos están a la expectativa por la persecución policíaca”.

Me habló, entonces, de Alberto Álvarez como jefe de un grupo, de su valentía, que había tenido un problema por un tiro que se le escapó en una práctica de armas e hirió a un compañero en el Liceo; que visitaba Regla, aunque lo hacía tomando siempre precauciones; que también ellos vivían clandestinos fuera del pueblo. “Si fuese posible tener un contacto con Alberto —le dije—, comunícale que mañana nos podremos ver en este mismo lugar a las ocho de la noche”. En efecto, así sucedió.

Al día siguiente, a la hora acordada, Reynaldo se apareció en Los Laureles acompañado de Alberto, a quien me presentó. Le noté muy eufórico por aquel encuentro. Le planteé la misma situación que a Reynaldo sobre mis propósitos, y acordamos una reunión con todos los factores para discutir el plan del Movimiento en Regla. Le indiqué mi propósito de reunirnos en la propia localidad, que yo le informaría el lugar, fecha y hora, y que nos mantendríamos en contacto.

En Guanabacoa, a un compañero llamado Leo, del MR-26-7, que distribuía alcohol en un camión y con quien yo mantenía relaciones, le orienté localizar una casa en Regla, pero retirada del centro del pueblo, donde se pudieran desarrollar trabajos clandestinos. A los







cinco o seis días, Leo me informó que ya tenía la casa. Resultó ser la de José Lorenzo Díaz (*El Alcohólico*), miembro del Movimiento, con quien posteriormente acordé efectuar allí una reunión con los miembros del MR-26-7 de la localidad, sin otra referencia. Se mostró dispuesto, desde el primer momento, a brindarnos toda su ayuda.

Luego me reuní con Delio Gómez Ochoa (*Marcos*), quien ese día me recogió en un auto en la frutería El Camagüey, sita en la calle Galiano, y nos trasladamos hasta una casa en La Víbora, donde le informé de los contactos que había hecho con los compañeros de Regla, de la situación por la que atravesaba la organización y sus dirigentes y que tenía creadas las condiciones para efectuar una reunión donde entendía necesaria su presencia, pues consideraba que su participación ayudaría a fortalecer y restablecer los contactos directamente con él. Comprendió la importancia de este encuentro, diciéndome le fijara la fecha y la hora. En esta conversación con Delio, participó el capitán Luis Pérez Martínez.

Días más tarde, el esperado encuentro se produjo a las nueve de la noche en casa de José Lorenzo. Asistieron sólo los compañeros que hasta ese momento pudieron ser localizados; según se nos informó, eran sobre 15 personas. Se habló de todos los jefes de grupo, incluido Evelio Parera, quien no estaba presente (Delio me planteó hacer una reunión posteriormente con él). Se orientó la necesidad de mantener la unidad revolucionaria; que se le daría una nueva estructura al Movimiento y que había que intensificar las acciones. Que la presencia de Delio allí significaba el restablecimiento oficial de los contactos con la Dirección Nacional; que yo sería la persona encargada de mantener los contactos entre él (Delio) y la organización, canalizando de la misma forma las orientaciones, los recursos, etcétera.





En esta misma reunión, Delio designó a Alberto como jefe de Acción del municipio; a Reynaldo, como su segundo al mando, y a Emilio Taboada, como Coordinador, por su influencia dentro de la juventud católica. Se dejaron \$ 200,00 para gastos del Movimiento.

En días posteriores le informé a Evelio de la visita de Delio, de los acuerdos tomados y de mi interés por que él estuviera en la Dirección del Movimiento, aspecto que Delio compartía. También le informé la apertura de un frente guerrillero, quedando en sostener un nuevo contacto, el cual no se produjo a causa del lamentable desarrollo de los acontecimientos.

#### GUSTAVO MÁS AGUIAR

Como parte de la estrategia global del Ejército Rebelde dirigido por nuestro Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz, para arreciar la ofensiva contra la tiranía batistiana, recibí instrucciones del comandante Delio Gómez Ochoa (*Marcos*) a raíz de la reunión efectuada en Regla, para explorar la posible apertura de un frente guerrillero en las Escaleras de Jaruco. Me trasladé hacia esta zona para realizar una inspección topográfica del terreno, a fin de conocer las posibilidades a favor o en contra de nuestros propósitos.

Me acompañó en esta misión Lauro Pérez Tejera, quien había combatido en la Sierra Maestra y tenía experiencia en la movilidad y seguridad que se requería para poder desarrollar la lucha guerrillera en zonas montañosas. Otro de los intereses de nuestra misión era la de localizar las fuentes de abastecimiento de agua, la existencia de cuevas, los caminos, la proximidad a zonas pobladas en el área e instalaciones militares existentes, lo cual garantizaría las vías para el abastecimiento material de las tropas y el exitoso desarrollo de la lucha militar contra el enemigo. En esta tarea de-





moramos más de diez días. Después de rendirle información al comandante Delio Gómez Ochoa de nuestra misión, llegamos a la conclusión de que la región era factible para la apertura del frente.

En agosto comenzó entonces a fortalecerse la estructura militar del Movimiento en las ciudades y pueblos bajo mi dirección; hasta ese momento sólo contaba con capitanes y algunos tenientes, todos bajo las órdenes del comandante Delio Gómez Ochoa (*Marcos*).

En el caso particular de Regla, considerábamos debía ser priorizada esta tarea, por ser la fuerza inmediata más combativa y con más experiencia en la lucha con que contábamos en aquellos momentos. No obstante, este propósito no pudo materializarse por el posterior desarrollo de los acontecimientos, aunque habíamos instruido a Alberto de ir evaluando las aptitudes de los compañeros y me propusiera las categorías militares que estos debían ocupar y luego “elevantas” a la consideración del comandante *Marcos* para su aprobación.



#### EDUARDO RODRÍGUEZ DÍAZ (*EL CABO*)

Para mí, lo más importante de la reunión con Delio Gómez Ochoa fueron tres aspectos básicos del futuro de la lucha: primero, restablecer el contacto con el jefe máximo del Movimiento; segundo, la reestructuración de la organización, pues se encontraba *Charles* preso en El Príncipe desde febrero y nuestro grupo, aunque no dejó de luchar, necesitaba una dirección autorizada—quiero decir con esto que oficialmente nuestro grupo se fundió con el de Alberto, lo que en sentido general nos hizo más fuertes—; el tercer aspecto fue el carácter militar que, a partir de esa reunión, tomó el Movimiento en Regla, en la cual se inició la creación de las milicias del MR-26-7 en la localidad. Alberto fue re-





conocido como capitán; Reynaldo y Onelio, tenientes; y Ojeda, *Maño*, *Popeye* y yo como sargentos.

### **Cambio de planes: fase decisiva**

En los primeros días del mes de agosto se efectúa una nueva reunión en la casa de José Lorenzo Díaz (*El Alcohólico*) en el reparto Modelo. En ella participan Alberto, Reynaldo, Onelio, Gustavo Más, Eduardo Rodríguez (*El Cabo*), Armando Martín de la Guardia, Germán Roche, José Antonio Piñón (*Popeye*) y otros, donde Alberto informa acerca de algunas armas cortas entregadas por Delio Gómez Ochoa (cuatro pistolas), y esboza un plan para sabotear las refinerías Esso Standard Oil y Shell Mex, enclavadas en las afueras de la localidad.

El objetivo era privar a la tiranía del abastecimiento de gasolina de alto octanaje a su aviación, con el fin de dificultar el incesante bombardeo a los frentes de combate en las regiones central y oriental del país. La tiranía había lanzado una ofensiva militar feroz, desde hacía tres meses, contra la vanguardia armada de la Revolución en la Sierra Maestra, con la cual intentaba aplastar a los heroicos combatientes de la libertad.

La situación de la lucha revolucionaria armada en nuestro país, atravesaba en esos momentos una fase decisiva. Del alcance de este plan conocía Gustavo Más; este lo había sometido a la consideración del comandante Delio Gómez, quien lo había aprobado.

Durante las acciones proyectadas para la Huelga del 9 de Abril, estaba este objetivo, pero no pudo ser ejecutado por la falta de armas necesarias para acometer la acción. No obstante, en las circunstancias actuales existían otras condiciones que permitían el resurgimiento del plan de sabotaje a las refinerías, avalado por un posible alijo de armas ofrecido a Francisco Ar-





nao, mediante contactos en la prisión con otros combatientes, quien le hizo conocer a Alberto, a través de una nota, de esta posibilidad. La nota con esta información fue trasladada desde el castillo de El Príncipe por los combatientes Alberto Autié y Orlando Ojeda (*Llando*), quienes lo visitaron a la prisión a fines del mes de julio.

Se acordó en la reunión que serían necesarias armas largas para ejecutar la acción, y estas podían conseguirse desarmando a agentes del régimen.

A mediados de ese mismo mes, Rolando Fernández (*Perejil*) le informa a Alberto de la posibilidad de incautar distintas escopetas de caza, que según conoce se guardan en la tenería del Sr. Julio Veger (*Magoom*), sita a un costado del antiguo matadero de Regla.

Chequeado previamente el objetivo por el propio Rolando Fernández, se efectúa la acción con la participación de Alberto Álvarez, José Lorenzo Díaz (*El Alcohólico*), Reynaldo Cruz, Armando Martín, José Antonio Piñón (*Popeye*) y otros, en horas de la noche, sorprendiendo al sereno que custodiaba el lugar con las armas del grupo, cuyos integrantes, luego de tomar seis escopetas calibre 12 y 16, se dan a la fuga en un auto que Reynaldo había sustraído para esta acción, dirigiéndose inmediatamente junto con Alberto y otros compañeros a la casa del Juanelo, donde las depositaron. Estas armas fueron entregadas días más tarde a un armero del movimiento que las acondicionaría para la acción de las refinerías.

#### ARMANDO MARTÍN DE LA GUARDIA

Para efectuar el plan de sabotaje de la refinería Esso Standard y Shell Mex, Primo Álvarez (hermano de Alberto) había elaborado un plano de las instalaciones con los lugares que debían ser dinamitados. Entendíamos que estábamos en condiciones de actuar con tal





magnitud, porque en esos momentos teníamos más organización, nos reuníamos con más frecuencia, habíamos tomado la iniciativa, frente a la tiranía, por la experiencia acumulada, en fin, por el desarrollo alcanzado en esta etapa de la lucha.

El problema fundamental para cumplimentar con un alto porcentaje de éxito todo este plan, lo constituía la carencia de armas: pocas armas y todas ellas cortas.

En aquella reunión, Gustavo Más planteó que estaba en vías de resolver con la Dirección del Movimiento algunas armas, y todos estuvimos de acuerdo en que la solución de este problema estaba en crear los grupos necesarios para desarmar policías, que ya se venía haciendo. Finalmente acordamos que la fecha prevista para acometer la acción sería a finales del mes de septiembre.

Posteriormente, por iniciativa de Rolando Fernández (*Perejil*), organizamos la incautación revolucionaria de las armas de la tenería del Sr. Julio Verges (*Magoom*), enclavada en la Calzada de 10 de Octubre, junto al matadero municipal de Regla.

Por ser el propietario de la tenería un aficionado a la caza, pudimos conocer por *Perejil* que en dicho local guardaba distintas armas de fuego, tanto del citado propietario como de otros individuos, por lo que acordamos chequear el objetivo. El propio Rolando Fernández fue el encargado de esta tarea.

En días posteriores, Rolando, en un contacto efectuado, nos explicó detalladamente todos los pormenores para acometer el hecho. Nos indicó cómo podíamos entrar, por qué lugares, sobre qué hora, etc. Con todos estos elementos en nuestro poder, organizamos la ejecución de la operación de la siguiente forma: Alberto dirigiría la acción acompañado por Reynaldo Cruz, Manuel López (*El Chévere*), José Lorenzo Díaz (*El Alcohólico*), *Popeye* y yo.





El objetivo se encontraba enclavado en un área bastante apartada del centro del pueblo; ello facilitaba la ejecución con bastante seguridad a nuestro favor.

El día seleccionado nos aparecimos en el lugar sobre las 8:30 p.m., poco más o menos (por cierto, sorprendimos al único sereno que custodiaba la tenería, sentado en un taburete dormitando). Alberto llevaba una pistola; Reynaldo, otra; otro compañero, un revólver; en fin, cada uno con armas de distintos calibres, y encañonaron al hombre.

Uno de los combatientes lo despertó y el sereno, al vernos, se sobresaltó. Se le planteó que éramos de la policía. El individuo comenzó a tartamudear y a temblar de miedo. Se quedó inmóvil, atemorizado. Insistimos en que éramos de la policía y habíamos venido a recoger unas armas que se guardaban allí, por una orden del Capitán. El sereno se levantó, nos llevó hasta donde estaban las armas y nos dijo: “¡Llévenselas, llévenselas!” Estaba en un estado tan deplorable de nervios que daba pena verle.

Las armas eran seis escopetas de caza, calibres 12 y 16, aunque algunas estaban algo deficientes en su mecanismo. Las metimos en un saco y las llevamos hacia un auto que Reynaldo Cruz había incautado cerca de Regla, para trasladar las armas. El auto se encontraba parqueado en la Calzada de 10 de Octubre, frente a la entrada del camino hacia la tenería.

Una vez allí, partimos —Reynaldo al timón— hacia la casa del reparto Juanelo.

Por el camino nos cruzamos con una perseguidora junto a la antigua Sinclair en la carretera Regla-Habana. Todos alertas por si estos intentaban detenernos, pero pasamos inadvertidos.

Entramos por la calle Rita en el Juanelo, sobre las 9:30 p.m. Nos vimos precisados a dejar el auto a media





cuadra de la casa, ante la presencia de otra perseguidora parqueada junto a un comercio en la esquina próxima.

Nos dispersamos. Reynaldo y Alberto fueron para la casa y José (*El Alcohólico*), *El Chévere* y yo fuimos para un bar cercano para dar tiempo suficiente a que se fuera la perseguidora y poder trasladar las armas hasta la casa. Al poco rato cumplimos exitosamente la tarea.

Las armas permanecieron en la casa un corto tiempo y fueron entregadas posteriormente a un compañero, que no recuerdo su nombre, para que las hiciera tipo mosquetones, con el cañón recortado. Este tipo de arma, de un vasto poder de fuego, sería utilizado por el grupo de vanguardia en la acción de la refinera. Estas fueron las primeras armas largas que comenzamos a recolectar para la acción. Todos los esfuerzos se encaminaban a ese fin.

Estábamos en agosto, en vísperas de las fiestas de Regla y Guanabacoa, y nuevas acciones impuestas por la lucha se avecinaban.



### **La mensajera especial**

A través de los contactos con Gustavo Más y las visitas frecuentes a Guanabacoa, Alberto, Reynaldo y Onelio conocen a Lidia Doce en casa de un hermano de ella nombrado Carlos Parra, lugar donde se instala por lo general en cada misión que realiza a La Habana. Desde los primeros momentos se crea entre ellos y Lidia una gran amistad que se convertiría en cariño y admiración. En su último viaje, Lidia Esther Doce Sánchez llegó a La Habana en la segunda quincena del mes de agosto.

Para rodearla del ambiente de seguridad que su presencia requería, fueron a esperarla Griselda Sánchez Manduley, Gaspar González Lanuza e Ismael Suárez







Lidia Doce Sánchez, la valerosa mensajera del comandante *Che* Guevara.

de la Paz (*Echemendía*). El emocionante encuentro tuvo lugar en un pequeño bar situado frente a la cervecería del Cotorro (antigua Modelo).

El viaje hasta la ciudad lo hicieron en el auto de González Lanuza, a quien le había sido encomendada la misión de atender la movilidad de Lidia durante su estancia en La Habana, situación factible por contar este con un auto de su propiedad, al que la heroica





mensajera de la Sierra bautizó desde el primer momento, con el nombre de *Pájaro azul*.

Lidia se dirigió, como de costumbre, a la casa de su hermano, situada en la antigua calle Villalobos No. 3, reparto La Hata, Guanabacoa, aunque también paraba en otras direcciones, entre ellas, la de Flavia Sánchez Manduley, situada en Santa Catalina No. 58 (apto. 10) esquina a Párraga, La Víbora, o en la de Lauro Pérez Tejeda, en la calle Arango No. 414 (apto. 7) entre Fábrica y Reforma, Luyanó, así como en otras direcciones.

Uno de los motivos fundamentales de su último viaje fue traer el mensaje del Comandante en Jefe, por medio del cual se ordenaba arreciar las acciones revolucionarias en el Llano, táctica destinada a distraer la atención de la tiranía, mientras se desarrollaba la ampliación del teatro de la guerra con la creación de nuevos frentes guerrilleros y la epopéyica invasión sobre la región central y occidental del país, creando un clima de tensión, donde los dispositivos de la represión para contrarrestar los efectos de estas acciones nacionalmente, resultarían insuficientes.

Inmediatamente, Lidia comenzó a desarrollar las tareas ordenadas por la Comandancia General. Los mensajes más comprometedores los fue entregando personalmente, y para la entrega de la correspondencia y encargos de los distintos compañeros que luchaban en las montañas, obtuvo la ayuda de su hermana Miriam, de Griselda y Acacia Sánchez Manduley y de Lauro Pérez Tejeda. Las reuniones y contactos los efectuaba en distintos lugares: El Gato Negro, establecimiento dedicado a la venta de billetes de la Lotería, ubicado en la calle Obispo en La Habana Vieja; el Ten Cents de la calle 10 y 23 en el Vedado; en Villalobos No. 3, en La Hata, Guanabacoa, etcétera.





La valerosa combatiente de la Sierra había recibido del *Che* —bajo cuyas órdenes trabajaba generalmente— la orientación de esperar la llegada de sus tropas invasoras a la provincia de Las Villas, para iniciar nuevamente su incorporación a las labores de contacto entre dicha provincia y la Comandancia General. Mientras tanto, debía permanecer en la capital en espera del desarrollo de los acontecimientos.

Lidia, de un carácter extremadamente entusiasta e intranquilo, realiza su misión y obedece las órdenes, pero se dedica a actividades directas contra el régimen, las que lleva a cabo junto con otros compañeros del MR-26-7 en Regla, Guanabacoa y La Habana, cuya descripción no es imprescindible relatar. Todas las energías de sus 42 años, las dedica cada segundo, cada minuto, cada hora, cada día a la lucha por la liberación de la patria oprimida.



#### COMANDANTE ERNESTO *CHE* GUEVARA



“[...]Cuando evoco su nombre, hay algo más que una apreciación cariñosa hacia la revolucionaria sin tacha, pues tenía ella una devoción particular por mi persona que la conducía a trabajar preferentemente a mis órdenes, cualquiera que fuera el frente de operaciones al cual yo fuera asignado. Incontables son los hechos en que Lidia intervino en calidad de mensajera especial, mía o del movimiento. Llevó a Santiago de Cuba y a La Habana los más comprometedores papeles, todas las comunicaciones de nuestra Columna, los números del periódico *El Cubano Libre*; traía también el papel, traía medicinas, traía, en fin, lo que fuera necesario, y todas las veces que fuera necesario[...]

”[...]En los días de la gran ofensiva del ejército, llevé Lidia, a cabalidad, su misión. Entró y salió de la Sierra,





trajo y llevó documentos importantísimos, estableciendo nuestras conexiones con el mundo exterior[...].<sup>5</sup>

#### GUSTAVO MÁS AGUIAR

Lidia conoció a los compañeros Alberto, Reynaldo y Onelio, un día que yo se los presenté en la casa de Villalobos No. 3, en La Hata. A mediados del mes de junio en su penúltimo viaje. Ese día, fueron a discutir algunas cuestiones del Movimiento conmigo; hacía poco habíamos hecho los primeros contactos.

Los presenté ante Lidia como unos compañeros muy valiosos, que lo único que deseaban era luchar contra Batista, y les dieran armas para desarrollar acciones; en fin, que eran magníficos.

El resultado de este encuentro arrojó una gran identificación entre ellos, aunque ella afinaba mejor con Reynaldo, a quien le auguraba grandes perspectivas, por su valentía y decisión, para combatir en la Sierra. Según Lidia era muy profundo en sus criterios, y de temperamento muy controlado. Decía que si Reynaldo llegaba a la Sierra podía, por sus inmejorables cualidades, llegar a ser un oficial del Ejército Rebelde.

Pensaba de manera similar respecto de Alberto y Onelio, de sus cualidades revolucionarias, la entereza patriótica y el arrojo con que enfrentaban las tareas. Ella decía que eran “muy educados, valerosos y combativos. Con ellos se puede luchar en cualquier terreno...”. Estas razones desarrollaron una gran amistad, por eso siempre me preguntaban acerca de la fecha en que Lidia estaría nuevamente con nosotros.

---

<sup>5</sup> Ernesto *Che* Guevara: “Lidia y Clodomira” (fragmento de “Pasajes de la guerra revolucionaria”), en *Obras, 1957-1967*, Colección Nuestra América, Casa de las Américas, 1970, pp. 427 y 429.





### GASPAR GONZÁLEZ LANUZA

Casi a finales de agosto, Ismael Suárez de la Paz (*Echemendía*), de la Dirección del MR-26-7 en La Habana, me comunicó que debía ocuparme de una misión especial y de verdadera importancia: en los días posteriores llegaría desde la Sierra Maestra una compañera mensajera con una serie de tareas, bastante delicadas, encomendadas por la Comandancia General; con ella debía cooperar y cuidar de su seguridad durante el tiempo en que estaríamos trabajando juntos.

Al día siguiente me comuniqué con Amador del Valle (*Alfredo*), quien atendía los suministros del Movimiento en la provincia, con el propósito de ultimar detalles y lograr que la llegada estuviese rodeada de las mayores condiciones de seguridad.

Se me indicó que debía recibir a la compañera en un pequeño bar situado frente a la cervecería del Cotorro, y en unas mesitas de afuera podía esperarla mientras me refrescaba. A ese lugar me dirigí, el día conveniado, con Griselda Sánchez e Ismael Suárez de la Paz (*Echemendía*).

El encuentro con la valiente mensajera resultó ser inolvidable: Lidia Doce Sánchez, de porte divertido y mirada jovial, desbordaba una alegría contagiosa. Luego de animosos saludos, la interrogamos con cierta ansiedad sobre la situación de lucha en la región oriental y otras zonas del país. Nos proveyó de alentadoras noticias dentro de lo que nos podía comunicar, al tiempo que indagaba sobre los acontecimientos revolucionarios en La Habana, visiblemente interesada por la seguridad de los combatientes de la ciudad. Al tomar la palabra, yo observaba con curiosidad su extraordinaria personalidad y franca camaradería.





### LAURO PÉREZ TEJEDA

Vivía en la calle Arango No. 414 entre Fábrica y Reforma, Luyanó, cuando Lidia me visitó para entregarme una gran cantidad de mensajes que ayudé a repartir con Miriam, su hermana, y con Griselda Sánchez Manduley en una oportunidad.

Una tarde Lidia me invitó a comer en la casa de su hermano —en Villalobos No. 3— y abrazándome decía con alegría que después de esta misión volvería a trabajar nuevamente con el comandante *Che* Guevara, por quien sentía gran cariño. Nos hablaba de la invasión con mucho entusiasmo; que cuando terminara la guerra, trabajaríamos incansablemente para llevar adelante todas las tareas de la Revolución, porque las más grandes comenzarían después de la guerra. Estaba firmemente segura de que el Ejército Rebelde derrotaría a la tiranía y las tareas que nos esperaban serían durísimas.

Le mandamos a hacer un cake por su cumpleaños, el cual tenía pintado un 26 de Julio y los colores de la bandera del Movimiento. Sabíamos que le gustaría, como en efecto, la llenó de entusiasmo.



### DELIO GÓMEZ OCHOA (*MARCOS*)

Conocí a Lidia Doce en una ocasión en que bajaba junto al *Che* a San Pablo de Yao. Entablamos una estrecha amistad en los días posteriores durante la lucha en la Sierra Maestra. Pero el carácter verdaderamente humano y profundamente revolucionario de Lidia, pudimos confirmarlo en las inquietantes acciones clandestinas en la ciudad de La Habana.

En los días que precedieron a su desaparición física, tuvimos la oportunidad de ver a Lidia varias veces. De la Sierra recibimos varios documentos y órdenes de los cuales fue portadora. Y siempre cumplió sus misiones con una gran seguridad.





Todos conocían con cuánto desprecio por su vida viajó Lidia de las montañas a los llanos y ciudades sin la menor preocupación por lo que pudiera sucederle; para ella lo importante era cumplir su encomienda. Por eso le entregamos una pistola Colt 25 que siempre llevó consigo hasta el día de su muerte.

### **Breve enfoque de la situación nacional**

A finales de agosto, las llamas de la guerra revolucionaria se habían extendido de un confín a otro del país. No había día en que el pueblo no conociera de una victoriosa acción contra la dictadura batistiana. En cada poblado o ciudad, en llanos y montañas, las fuerzas del pueblo se manifestaban con mayor pujanza, mientras los cuerpos represivos multiplicaban sus crímenes, torturas y persecuciones contra lo mejor de nuestra juventud: estudiantes y obreros.

El pueblo sentía la caída de cada combatiente con indignación y cada crimen aumentaba su odio contra el régimen.

La insurrección se desarrollaba incontenible, se fortalecía. La tiranía se tambaleaba, presagiando la caída estrepitosa de su andamiaje político. Sus bases de sostenimiento —los cuerpos represivos y la burguesía nacional y extranjera— habían recibido contundentes golpes, y junto a la sistemática merma de su poderío, el reblandecimiento del “marzazo” se manifestaba totalmente hasta en el más insignificante de sus actos.

En Oriente se producía la virtual destrucción de la ofensiva militar del ejército de la tiranía por las columnas guerrilleras, bajo las órdenes de nuestro Comandante en Jefe Fidel.

Los guerrilleros que operaban en la Sierra Maestra, baluarte inexpugnable de la rebeldía nacional, fueron apoderándose, luego de encarnizados combates,





de cientos de prisioneros, también armas y pertrechos de guerra, situación que a fines de este mes provocaría el viraje total de la lucha armada a nuestro favor.

La invasión a las provincias occidentales, al frente de cuyas columnas avanzaban incontenibles nuestros inolvidables comandantes Camilo Cienfuegos y Ernesto *Che* Guevara —enfrentándose duramente al acoso incesante del ejército y a las inclemencias del tiempo—, es otro aspecto de los logros alcanzados en los últimos meses de campaña y en el cual quedaría materializada una de las acciones de más heroicidad y significado, entre las miles producidas en el curso de la guerra contra la dictadura.

La maniobra “electorera” señalada para el 1ro. de noviembre por medio de la cual continuaría el mandato del tirano Batista perpetuando sus hombres en el poder, no engañaba a nadie. Obedecía a un rejuego de figuras que mantendría el mismo orden establecido, y el pueblo lo sabía. Aquella campaña, condenada al fracaso desde el primer momento, constituyó uno de los últimos recursos del régimen —con el visto bueno imperialista— para pacificar el país.

La llamada “Oposición Electoral” figuraba en el primer orden de aquella comedia, pero lo mejor de nuestro pueblo estaba decidido a alcanzar el poder político y económico por la vía de las armas.

### **Una cadena de acciones**

De acuerdo con las orientaciones recibidas de la Dirección Provincial del Movimiento en Regla, las filas insurrectas se preparan para entrar en acción con el propósito de evitar, como tarea central, y utilizando todos los medios posibles, la celebración de los festejos de La Tutelar de Guanabacoa, que se llevan a efecto en esos momentos y los próximos festejos del mes de sep-







tiembre en Regla. Para ello se cuenta con los hombres, la decisión y algunas armas.

La primera acción se lleva a vías de hecho con el intento de incendiar el garaje ubicado al fondo de los antiguos Escolapios de Guanabacoa, el día 25 de agosto. En la acción participa, utilizando los capuchones rojinegros de la rebeldía, Alberto como centro, secundado por Reynaldo Cruz, *Llando Ojeda*, *Popeye* y, en distintos lugares próximos al lugar, otro grupo dirigido por Eduardo Rodríguez (*El Cabo*); otros combatientes evitarían que el resto de los integrantes de esta acción fueran sorprendidos por el enemigo impunemente. Este hecho encerraba un gran peligro, pues debía realizarse en horas en que se desarrollaban las llamadas Fiestas de la Tutelar, y el sitio elegido se encontraba enclavado en el mismo corazón de la ciudad.

Por distintas eventualidades, los propósitos de incendiar el garaje no pudieron consumarse. Hubo necesidad de que el grupo se retirara, abriéndose paso con sus armas, entre el gran alboroto y el numeroso público que se congregó en el lugar. Lograron escapar todos. Este hecho se haría simultáneamente a la colocación de numerosas bombas en dicha localidad, plan que tampoco resultó.

El 29 de agosto, a las 8:30 p.m., cae ajusticiado, por Reynaldo Cruz y *Popeye*, Leonardo Figueroa del Pino (*Tuto*) en la esquina de Perdomo y Bazo, en Regla, luego de un chequeo que se extendió por un considerable espacio de tiempo. Este sujeto se encontraba residiendo en esa fecha, fuera de la localidad. Junto a su cadáver la policía encontró dos proclamas donde se podía leer, por una de sus caras, "POR CHIVATO", y por la otra, con grandes letras, las siglas del Movimiento 26 de Julio.

Llegó septiembre. En Regla, este mes era de "zafra" para los políticos, jugadores y autoridades. Un ver-





dadero ejército de parásitos y negociantes invadía las calles, aceras, parques y solares yermos para establecer sus “timbiriches”. El lucro, al servicio de mezquinos intereses, se extendía de un lado a otro del término “organizando los tradicionales festejos religiosos”, donde tanto el católico, como el santero, el ñáñigo o el espiritista, pasaban por alto sus diferencias religiosas, sumándose a los fogosos cabildos acompañados de tambores africanos, o a las solemnes misas en la iglesia, mientras el vicio, el juego y la corrupción se entronizaban con la anuencia de los agentes del “orden”, que sólo se preocupaban por los succulentos dividendos que les producía su complicidad con aquella situación bochornosa.

Esos eran los mal llamados “Festejos de Regla”: una cita con la ignorancia y con las ideas retrógradas, prueba palpable del oscurantismo en que se hallaban sumidas grandes masas de pueblo a todo lo largo y ancho de nuestra Isla antes del triunfo del 1.º de enero de 1959.

El 1.º de septiembre, la iglesia de Regla quedó rodeada por un grupo de revolucionarios, y a su interior penetraron Carlos Leyva y Gustavo Más, quienes sostuvieron una conversación con el párroco nombrado Ángel Pérez Varela.

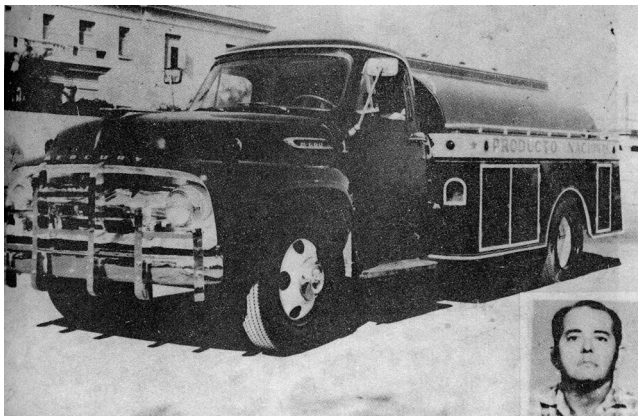
Este mostró su disposición de colaborar con el grupo del MR-26-7 que le planteó la necesidad de evitar a toda costa la celebración de la anunciada procesión religiosa, informándole el propósito del Movimiento de sustraer la imagen de la Virgen. Pérez Varela aceptó. Dejaría libre de su anclaje a dicha imagen que se encontraba expuesta en el Altar Mayor. Cada año era paseada por los feligreses como culminación de los mencionados festejos. Aceptó también que una vez que hayase detectado la aparente sustracción de la ima-





gen, lo comunicaría a la policía. El párroco desconocía la hora y el día de la acción.

En una reunión efectuada el 3 de septiembre se acordó llevar la acción a vías de hecho el día 5 como homenaje a los caídos en los sucesos de Cienfuegos y Cayo Loco, ocurridos ese mismo día del año 1957. La hora elegida fue las doce del día, aprovechando el cambio de la guardia en las unidades represivas. Las instrucciones que le habían sido dadas a Pérez Varela, respondían a una táctica empleada por los componentes del grupo a cuyo cargo estaba la acción, y tendían a desvirtuar cualquier sospecha sobre el párroco, y hacerles creer a los cuerpos represivos que por el corto tiempo transcurrido luego de efectuado el secuestro, la imagen no podía haber sido trasladada fuera de Regla, quedando, por lo tanto, completamente despistados sobre su verdadero paradero. La intención era trasladarla rápidamente fuera de la localidad.



José Lorenzo Díaz (*El Alcohólico*) y el camión-cisterna de distribución de alcohol, donde se trasladó la imagen de la Virgen de Regla poco después de su secuestro por combatientes del MR-26-7.





El día de la acción, a la hora previamente acordada, Alberto Álvarez, Reynaldo Cruz, Manuel López (*El Chévere*), Germán Roche y Agnelio Molina, van como tripulantes de un auto marca Studebaker, color beige y rojo del año 1954 que conducía José Antonio Piñón (*Popeye*). Todos salieron de la casa de José Lorenzo Díaz (*El Alcohólico*). Bajaron por la calle Martí, en Regla. Pasan frente a La Estrella y se dirigen hasta la entrada principal de la iglesia católica.

El grupo tenía la misión de custodiar los alrededores del recinto religioso, apostándose en lugares convenidos junto a otros combatientes sumados a la operación; entre ellos, Antonio Morales (*Ñico*) y Carlos Leyva.

El grupo secuestrador entró rápidamente a la iglesia, desmontó la virgen del Altar Mayor y la introdujo en el maletero del vehículo, que emprendió la marcha rumbo a la casa de *El Alcohólico*. Allí esperaba Gustavo Más. Sin perder tiempo, introdujeron la imagen en un camión-cisterna de distribución de combustible que partió tripulado por *El Alcohólico*, Gustavo Más y Alberto Álvarez, hacia el domicilio de Flavia Sánchez.

La presencia de dos policías frente a la casa de Flavia, afuera del cine Alameda, no permitió el cumplimiento de esta fase del plan. Los tres combatientes siguieron rumbo a Marianao por iniciativa de José Lorenzo Díaz (*El Alcohólico*), al domicilio de un amigo de este. Este intento también falló: el individuo en cuestión se negó “porque lo comprometía”.

Desde Marianao se trasladaron hasta el reparto Víbora Park, donde, en combinación con el guarda jurado Ramón Larena, miembro del MR-26-7, quien tenía a su cargo la vigilancia de varias casas en construcción, dejaron el producto del secuestro en el interior de una de las viviendas a medio construir del referido reparto. En la madrugada del día 6 se procedió a trasladarla





para una bodega, sita en Villalobos esquina a Central, en Guanabacoa, pues el lugar escogido para ocultar la imagen ofrecía peligro.

Mario Mazón, Héctor Labrada y Carlos Parra llevaron a cabo esta misión en un auto Plymouth del año 54. A pesar de que la policía intentó registrar el auto cuando salía del reparto Víbora Park, pudo ser disuadida por la presencia del guarda jurado Larena, quien se identificó rápidamente.

Lidia Doce, que conocía el plan del secuestro desde los primeros momentos, visitó la trastienda de la bodega en horas del mediodía; persuadió a Más y Alberto Álvarez para que buscaran un lugar más adecuado para ocultar la imagen, pues resultaba también delicado mantenerla por más tiempo en aquel sitio.

Ella decidió se trasladara para la iglesia de la Caridad, sita en la calle Salud y Manrique, en La Habana, contando para ello con Víctor Tejedor —militar que conspiraba contra la tiranía en favor del Movimiento 26 de Julio— como conductor del auto. Lidia junto a Griselda Sánchez y otros combatientes —en presencia de Amador del Valle— llevaron a cabo el traslado de la imagen, incorporándose al vehículo que conducía Tejedor hasta la citada iglesia, seguido en otro auto por Griselda con los restantes miembros del Movimiento. En definitiva fue imposible depositar allí la imagen, se optó por llevarla para la propia casa de Víctor Tejedor, sita en la calle 76 entre 102 y 104, Marianao.

Por su parte, los cuerpos represivos estaban totalmente desubicados; practicaban múltiples registros a decenas de vehículos en Regla y Guanabacoa. Los efectos de aquel golpe, que adquirió trascendencia nacional rápidamente, constituían, sin dudas, una verdadera burla para la dictadura.





Un día antes del secuestro, mientras la tiranía celebraba medrosa la fecha del 4 de septiembre, fueron colocadas banderas del MR-26-7 en distintos puntos de Regla y se les dio fuego a dos autos en la calle Martí. El empuje revolucionario era ya incontenible.

Desde el día 1ro. se mantenía latente la lucha por impedir la celebración de los “festejos”, a pesar de que la mayoría de los asistentes eran elementos adictos al régimen, destacándose entre ellos decenas de individuos con la clásica “gorra playera”, atractivos espejuelos oscuros, signos inconfundibles del chivato batistiano.

El sabotaje ininterrumpido a las máquinas de juego, los intentos de apagones, los principios de incendio en algunos kioscos, seguidos de una intensa campaña de propaganda, donde las proclamas y pinturas murales desempeñaron un papel significativo, fueron logros alcanzados hasta el 8 de septiembre.

El día 9 debían celebrarse los Cabildos: fueron saboteados con fósforo vivo, se lanzaron infinidad de proclamas que instaban al pueblo a combatir la tiranía. En todas estas acciones participaron jóvenes de la localidad que formaban el Ejército Clandestino de la Revolución. Hasta aquel momento, la dictadura no había podido golpear las filas del Movimiento Revolucionario desde que se desató la ofensiva insurrecta. A pesar de su alarde de fuerzas, era impotente.

La Dirección del Movimiento en la localidad gestaba nuevas acciones, mientras los genizaros, llenos de ira, se proponían que “la procesión de la virgen tenía que ir de todas maneras”, acelerando infructuosamente su búsqueda.

#### ORLANDO OJEDA BATET (*LLANDO*)

El incendio del garaje de Guanabacoa no fue exitoso. Allí se guardaba una gran cantidad de vehículos.





Una vez desarmado el custodio del lugar, le pedimos la llave de las bombas y comenzar a llenar las cubetas de gasolina. En eso se presenta una joven con la intención de hacer una llamada telefónica desde la oficina del propio garaje. Al observar que manteníamos encañonado al custodio y cubiertos con capuchones rojinegros para no ser reconocidos, estalló en un ataque de gritos y llanto. Un combatiente rápidamente trató de evitar que gritara, pero fue inútil.

Mientras esto ocurría, un auto convertible con dos hombres de traje blanco parqueó junto a las bombas de gasolina, al parecer necesitaban combustible, pero nosotros teníamos la sospecha de que eran policías vestidos de civil. Encañonados también, los trasladamos al interior del garaje, juntos al sereno, que permanecía muy nervioso y la mujer con el ataque.

Los dos hombres entraron en un estado de nervios incontrolable cuando vieron aquella escena. Algunos transeúntes comenzaban a agruparse frente al garaje por los gritos inusitados de la mujer. No nos quedó otro remedio que pedirle la llave del auto a uno de aquellos hombres y retirarnos urgentemente de allí por el inminente peligro que corríamos de enfrentarnos a tiros con la policía. El combustible, prácticamente esparcido en toda el área del garaje, ardería inmediatamente de haberle prendido fuego, pero por las razones antes expuestas, no fue posible.

#### FRANCISCO ARNAO NOYA

Días antes de caer preso en marzo, Reynaldo y Alberto llevaron a mi casa una jaba con fósforo vivo, propaganda y algunos capuchones. *Tuto*, que se encontraba en la puerta de la casa de su novia, los vio pasar. Yo no lo conocía personalmente, aunque había oído hablar de él.





Le informé a Carlitos Fernández Feaín acerca de los “materiales” que habían dejado en mi casa Alberto y Reynaldo. Como a las diez de la noche de ese día pasaron frente a mi casa varios autos con Esteban Ventura a la cabeza. Pensé en alguna redada de las que comúnmente realizaba este esbirro. Raudo le notifiqué a Carlitos Fernández de la presencia de ese ladino esbirro en Regla. Sacamos en conclusión que, si había estado esa noche en nuestro pueblo, no volvería nuevamente a esta localidad en varios días, por lo cual decidí dormir en mi casa. Carlos procedió del mismo modo: también dormiría en la suya. A la una de la madrugada nos apresaron a ambos.

Cuando nos llevaban bajo arresto, detuvieron los autos detrás del cementerio. Le dieron a Carlitos con un ladrillo, y a mí me golpearon también para que habláramos. Se ensañaron con Carlitos y con su primo Osvaldo Fernández Feaín (*Vity*). Más tarde, en la 9na. estación volvieron a darles a Carlitos, a Osvaldo y a otros detenidos, tremenda paliza. Ya solos, Carlos me dice que le preguntaron por los “materiales” que yo tenía en mi casa, concatenando que a alguien se le había “soltado la lengua”.

Un rato más tarde traen frente a mí y al propio Carlos, a un joven a quien le decían *El Galleguito*. Carlitos conocía a este joven, quien le había dicho algo acerca del “material” que yo tenía en la casa. Allí comprendimos que *El Galleguito* se lo había contado a *Tuto*, y a través de este se había enterado Ventura.

Hechos similares les ocurrieron a varios de los que nos encontrábamos presos, lo cual motivó la realización de un inexorable análisis acerca de las delaciones por las que fuimos arrestados. Todos coincidimos en que Leonardo Figueroa del Pino (*Tuto*) se había convertido en chivato de Ventura. En ocasión de la visita







que me hicieron al reclusorio de El Príncipe en julio Alberto Autié y Orlando Ojeda (*Llando*), les envié esta información a Alberto y Reynaldo, así como la necesidad de su ajusticiamiento.

ANTONIO MORALES GÓMEZ (*Ñico*)

Habíamos previsto un plan de acción para impedir el Cabildo, que consistía en soltar de los corrales del matadero de Regla todo el ganado y espantarlo en dirección al cementerio de la localidad. Cuando convergieran ante sus puertas los Cabildos religiosos de “Pepa” y “Susana Cantero” —con el propósito de dispersar a los asistentes—, otro grupo regaría fósforo vivo al paso de los músicos rituales del espectáculo. Otros combatientes fueron debidamente apostados con cócteles Molotov en las elevaciones por donde debían pasar con sus bailes dichos Cabildos. El objetivo no era hacerle daño personal a nadie, sino evitar que se efectuara este tipo de “festejo”, cuando la patria estaba de luto y sólo se imponía luchar. La orden era dispersarlos.

Durante casi todas las noches que duraron los mal llamados “Festejos de Regla”, se sabotearon con fósforo vivo distintos kioscos; se repartió propaganda denunciando los crímenes de la aviación batistiana contra los campesinos, sus esposas e hijos, y los bombardeos masivos a la población indefensa. Otro volante instaba al pueblo a boicotear las anunciadas elecciones previstas para el mes de noviembre. Se pintaron consignas antibatistianas en distintos puntos del pueblo y fueron colocadas banderas del Movimiento en lugares visibles.

Sería innumerable señalar los nombres de todos los participantes, porque todos los miembros del Movimiento estuvieron ocupados en estas acciones.





### GUSTAVO MÁS AGUIAR

¿Cómo concebimos el secuestro de la Virgen de Regla? Respondía a un plan, a una serie de orientaciones que también había traído Lidia desde la Sierra Maestra. Entre ellas, el recrudecimiento de las acciones en La Habana y otras provincias, particularmente en las ciudades, pues había más de 8 000 soldados atacando al Ejército Rebelde.

La ofensiva tenía que ser gigantesca. Lidia trajo la orientación de activar La Habana, principalmente, con acciones revolucionarias que crearan una conmoción, y como consecuencia se desestimase el envío de refuerzos hacia la región oriental, el desvío de las fuerzas y recursos militares, en lo posible, en las ciudades y pueblos de la provincia, centro del poder de la tiranía.

Era necesario que estas acciones apoyaran la heroica invasión hacia el occidente de las tropas del Ejército Rebelde, que para esa fecha comenzaba a desarrollarse. Como teníamos contacto directo con los combatientes de Regla, siempre dispuestos a todo y se aproximaban los “festejos” en esta localidad, nos propusimos una serie de acciones que, mediante un análisis, podían llevarse a efecto.

No podía dilatarse el ajusticiamiento de *Tuto* a finales de agosto, confidente del asesino Ventura, por haber ocasionado graves daños al Movimiento en Regla.

Ahora, ¿cómo se organizó el secuestro? Nos propusimos, en primer lugar, sondear esta idea con algunos militantes de la Juventud Católica, combatientes reglanos del MR-26-7. Aparte, Alberto, Reynaldo, Germán Roche y otros, elaboramos el plan una noche, casi hasta las cinco de la mañana. Concretamos distintos aspectos: cómo entrar en la iglesia, los factores negativos y positivos, atendiendo a que Regla era una “ratonera”; qué hacer y qué condiciones desarrollar luego de una





denuncia inmediata después del secuestro. Qué día sería el más factible, y a qué hora. Todo se consideró, se discutió, y surgió la idea de ajustar una reunión con el cura, a través de los miembros de la Juventud Católica. En caso negativo iríamos al secuestro sin considerar otras alternativas.

Se acordó que Carlos Leyva y yo discutiríamos con el cura, y Reynaldo, Alberto, Onelio, Arnelio Molina, y Eduardo Rodríguez (*El Cabo*), Marcos A. Arocha y otros, tomarían participación en la vigilancia. En efecto, todo se realizó así.

Le planteamos al cura nuestro plan. Desde luego, los miembros de la Juventud Católica habían tratado, muy discretamente, algunos aspectos con el párroco Pérez Varela. En nuestra entrevista lo convencimos de la necesidad de esta acción. Con una gran sinceridad, garantizándole su situación, y resultó que al fin nos expresó su conformidad con la acción.

Le pregunté cómo sustraer la imagen del altar, que nos detallara esta cuestión: que tenía un tornillo, dijo, ajustado por una tuerca... Antes de concluir los detalles comprendimos que sería peligroso, pues perderíamos mucho tiempo. Le propuse que nos ayudara



Con la colaboración del párroco de esta iglesia, combatientes del MR-26-7 sustrajeron, secuestrada, la imagen de la Santa Virgen de Regla.





liberándola de su anclaje anticipadamente, y aceptó. Luego le expliqué que el secuestro no tendría un sentido antirreligioso, y la naturaleza de la acción no respondía a intereses personales, sino que se realizaría en nombre del Movimiento 26 de Julio. Satisfecho con mi aclaración, acordamos que cuando detectase la ausencia de la imagen llamaría inmediatamente a la policía y denunciaría el secuestro de la imagen de la santa Virgen. No hablamos nada más. Nos reservábamos el día de la acción, la hora y todo lo concerniente al plan.

¿Cómo se ejecuta el plan? El primer problema era buscar un vehículo, que alguien lo facilitara. Después de varias gestiones infructuosas, decidimos alquilar un auto.

Cerca del mediodía, del 5 de septiembre, el propietario del vehículo me preguntó, más o menos cuánto tiempo lo utilizaría. Le respondí que entre media hora y tres cuartos de hora. De esta forma, todo quedó “amarrado”. Todos los que participarían en la acción conocían el día y la hora: a las 12 meridiano. Estaban citados en la mañana de ese día en la casa de José (*El Alcohólico*). Fueron llegando poco a poco los combatientes antes de la hora acordada. Ese día, precisamente, se cumplía el primer aniversario del Alzamiento de Cienfuegos. Saqué \$ 2,00 y le dije a *Popeye*: “Mira, la máquina parqueada frente al Parque Central de Guanabacoa, me la van a facilitar para que tú la manejes. Pregunta por [...] que vas de parte mía, recoges la máquina y le entregas estos dos pesos”. Así lo hizo. Llegó la máquina al reparto Modelo. Montaron enseguida Reynaldo, Alberto *El Chévere*, Germán Roche y no recuerdo si alguien más. Creo que Molina y los otros habían bajado, porque ellos debían operar en los alrededores de la iglesia. José y yo nos quedamos para tener preparado el camión.





### ALBERTO AUTIÉ TORRES

No puedo precisar la fecha exacta, pero fue posterior al 9 de abril. Orlando Ojeda se me acercó en horas avanzadas de una mañana para decirme que se nos había encomendado por la jefatura del Movimiento en Regla hacer una visita a Arnao, preso en el castillo de El Príncipe, quien tenía dos importantes cuestiones que trasladar y que por la envergadura de estas no podía hacerlo a través de su esposa, la que diariamente le llevaba almuerzo a la prisión.

El mediodía con un sol radiante, nos sorprendió en una explanada del reclusorio, después de pasar las postas de la calle 27 en el Vedado, una larga fila en la que sólo Ojeda y yo éramos hombres. El resto, mujeres, visitaban a sus familiares en las entrañas de la instalación carcelaria. Aún no habían ocurrido los hechos sangrientos en que el coronel Martín Pérez y otros esbirros asesinaron a mansalva a un grupo de revolucionarios, disparándoles inmisericordemente a través de las rejas de sus celdas y pabellones en esa infame instalación, que oficiaba como Vivac para los revolucionarios encarcelados en espera de juicios, y al final casi nunca se llevaban a cabo.

Cualquiera puede imaginarse cómo nos sentíamos en aquella larga fila de mujeres, viendo transcurrir el tiempo, expuestas al inclemente sol, con sus bolsas y cantinas con alimentos y ropas para sus seres queridos, esperando pacientes la orden de dejarlas pasar. Profesían gritos e insultos a los guardias; ello nos hacía pensar que en cualquier momento, de mensajeros pasaríamos a acompañar a Arnao en las siniestras galeras.

Obviamente, los brutales métodos de los cuerpos represivos de la dictadura les impedía razonar que dos mensajeros del Movimiento 26 de Julio se burlasen de sus medidas y entrasen abiertamente en ese encla-





ve del régimen, para entrevistarse con uno de sus miembros allí recluido. Si algo era desconocido para tales bestias asesinas era la temeridad y el valor de los jóvenes, que a lo largo y ancho de la Isla los combatían en desigual batalla con dichas cualidades como armas principales.

Cuando por fin se autorizó la entrada, Grecia —entonces la esposa de Arnao— nos condujo a un local enrejado, cuya entrada la custodiaba un preso común: aquel día, un mulato claro, delgado, vestido con un uniforme impecablemente blanco, almidonado y planchado —que sólo bien de cerca podía notarse que su textura era de saco de harina—, de fino bigote y ojos vivaces que parecían observarlo todo. El local era amplio, con un cuadrilátero en su centro formado por mostradores de mármol, en cuyo interior se sentaban los presos, y por fuera, los visitantes.

En el tiempo transcurrido, Arnao no había cambiado mucho, sólo la piel parecía más blanca y la calvicie antes imperceptible se veía acentuada. Fuera del cuadrilátero nos sentamos en el siguiente orden: del interior hacia la reja de salida, Grecia, Ojeda, yo y una mujer a mi lado, a quien no conocía. (Esta resultó ser la esposa del recluso sentado junto a Arnao, nombrado Amaury Friginals, trabajador y dirigente sindical eléctrico, uno de los autores de la bomba de Suárez 222 que dejó La Habana entera a oscuras.)

Poco antes de concluir la visita, Ojeda, que había utilizado el mayor tiempo de la conversación, hablando en voz baja con Arnao y el propio Friginals, me pasó subrepticamente un pequeño papel doblado que no medía más de dos pulgadas cuadradas, el cual pasé al bolsillo trasero del pantalón donde guardaba el pañuelo. La despedida nos produjo cierta nostalgia por dejar, allí encerrado, al valeroso joven aquel de tremendas





cualidades morales, con un altísimo concepto del compañerismo como sinónimo de hermandad, regida por los principios revolucionarios, Francisco Arnao Noya, sin saber hasta cuándo, en aquella lúgubre prisión.

Justo cuando traspasaba la reja que dividía el salón de visitas con el pasillo, a la salida del pabellón, custodiado por el mulato descrito con anterioridad, un impertinente estornudo me obligó a sacar el pañuelo, instante en que el papelito entregado por Ojeda, cayó precisamente a los pies del custodio. No me cabe duda que vio perfectamente cuando lo recogía; sin embargo, por cosas del azar, que para algunos existe y para otros no, o el odio que casi todo el mundo sentía por el régimen, dobló el cuello y fijó la vista en el agraciado cuerpo de una mujer delante de nosotros. Aquella visita que constituía casi una encerrona, al final me pareció un paseo.



Más tranquilos, sentados en un pequeño muro de la avenida 23, en El Vedado, al desdoblarse el minúsculo papelito, Ojeda y yo quedamos asombrados por lo cerca que estuvimos de la muerte —o las torturas— de haber intervenido aquel preso-custodio. Con letras muy pequeñas se orientaba por la Dirección del Movimiento ajusticiar —y quienes debían ejecutarlo— a *Tuto*, un joven que en manos de la policía batistiana habíase convertido en traidor. Se cumplió exactamente así, y fue Reynaldo Cruz, quien lo ejecutaría sumariamente en una calle de Regla, un día de agosto.



La segunda misión fue la de contactar con la esposa de Fraguinal —también Ojeda y yo, al siguiente día por la tarde en una calle del reparto Mañana, en Guanabacoa— para precisar los detalles de una operación en la que el dirigente sindical eléctrico le entregaría a la célula de Regla (una de las que habían quedado intactas tras el intento de huelga el 9 de abril) un alijo de





armas que mantenía ocultas, a cambio de que ejecutáramos un plan que tenía previsto para volar la planta eléctrica de Tallapiedra, situada frente a la ensenada de Atarés, en la zona conocida por “los elevados”. De este plan desconozco por qué no se llegó a concretar.

Al producirse la fuga del tirano la madrugada del 1ro. de enero de 1959, Arnao salió en libertad junto al grupo de presos políticos que aún se encontraban en El Príncipe. Por esas cosas de la vida, después de haberse mantenido activo, durante mucho tiempo, como combatiente revolucionario, la muerte lo sorprendió, joven aún, incorporado al trabajo en aquella planta de Tallapiedra, la que estuvo en los planes de aquel compañero de prisión, de hacerla volar por sus compañeros de lucha en Regla, su pueblo natal.

### **Clodomira: mensajera ejemplar**

A las 10:30 p.m. del 9 de septiembre llega a La Habana Clodomira Acosta Ferrals. Ha hecho el viaje acompañada de Arminda Liens Leyva, quien se había unido a los rebeldes en el campamento de Los Pinares, ubicado al pie de la Sierra Maestra. En el trayecto de su viaje visitaron distintos parajes: Las Tinajas, La Plancha, el pueblecito de Vázquez, el caserío de Las Cadenas, La Clave, Las Delicias y, por último, Puerto Padre, donde tomaron un ómnibus interprovincial que las condujo a la capital.

En todos los sitios mencionados les entregaron correspondencia de distintos combatientes para sus familiares y mensajes del comandante Paco Cabrera para algunos insurgentes del Llano.

El hecho fundamental que motiva la presencia de la joven e intrépida mensajera en la capital de la república, se debía a la entrega de mensajes destinados al comandante Delio Gómez Ochoa, a quien se le orientaba rein-







corporarse, por orden del Comandante en Jefe, a la lucha en las montañas orientales; además de la Orden No. 3 del propio Fidel, dirigida también a Delio Gómez, donde se le comunica que el comandante Camilo Cienfuegos tenía órdenes de avanzar con la Columna No. 2 Antonio Maceo, desde la Sierra Maestra hasta Pinar del Río.



Clodomira Acosta Ferrals, la mensajera que trabajó a las órdenes de Fidel.





Llegadas a la terminal de ómnibus de La Habana, las dos valerosas mujeres tomaron un auto de alquiler y le dieron instrucciones al chofer para que las condujera a casa de Rosita Fernández, dirección que traían anotada por orientaciones de Celia Sánchez. Esa misma noche visitaron dos casas más y en ninguna de ellas lograron hacer contacto con las personas que solicitaban. Por lo avanzado de la hora, ambas decidieron dirigirse al edificio Justiniani, situado en la Avenida 21 No. 4410, en Marianao, donde residía una prima de Arminda nombrada Zoila González.

Para desvirtuar cualquier sospecha sobre la verdadera causa del traslado de ambas a La Habana, Clodomira debía simular estar enferma y Arminda le diría a su prima que se trataba de una vecina que venía a La Habana a verse con un médico. Pronto comprendió la imposibilidad de pasar allí la noche, porque Zoila trabajaba como doméstica y residía en la casa de los dueños del edificio.

Ante esta situación, la prima de Arminda localizó la dirección de una casa de huéspedes en la calle Amistad entre San José y San Rafael, dirección que le ofreció la señora Rita Justiniani, hija del propietario del edificio en cuyo lugar trabajaba Zoila. Cuando Arminda y su prima bajaron las escaleras se encontraron a Clodomira junto a la puerta de entrada que, simulando un dolor, se quejaba. Luego de una breve explicación de lo que se había resuelto y con la aceptación de Clodomira, partieron las tres rumbo a La Habana.

El encargado de la casa de huéspedes, con notable disgusto, aceptó albergarlas sólo por aquella noche.

Al despedirse, Arminda persuadió a su prima para que, a la mañana siguiente, las acompañara en la localización de algunas direcciones de amistades que deseaban visitar “de paso”. Zoila no se negó, aunque ima-





gina que la presencia de las dos campesinas orientales en La Habana tenía otro significado.

Sobre las ocho de la mañana del 10 de septiembre, Clodomira, Arminda y Zoila se dirigieron a la calle 17 No. 109 entre M y N, Vedado, lugar donde radicaba el antiguo laboratorio Century. Allí se interesaron por Francisco Quintana, dueño de dicho establecimiento, a quien el comandante Luis Borges, entonces en la Comandancia General de la Sierra, le enviaba una carta, para que la hiciera llegar a manos de Flor Ochoa, su esposa.

Clodomira había ideado otro de sus inteligentes planes para llegar hasta Quintana sin la menor sospecha, simulando la necesidad de “arreglarse” la boca. En el consultorio, a solas con Quintana, intentó corroborar su identidad, haciéndole distintas preguntas. Cuando tuvo la total certeza de que se encontraba frente a Quintana, extrajo del fondo de un cartucho con plátanos manzanos, un pequeño sobre sellado con tela adhesiva y, después de varias comprobaciones, se lo entregó. Acto seguido le hizo saber su situación y las razones por no haber podido establecer contacto con los compañeros del Movimiento en La Habana. Le dejó a Quintana el teléfono y la dirección de la casa de huéspedes y se retiraron.

Rápidamente, Quintana se comunicó con Flavia Sánchez Manduley, pues conocía de las actividades revolucionarias de esta y su esposo (Dr. René Otazo) por mantener nexos de amistad con ambos. Flavia se puso en contacto con Griselda y Acacia, sus hermanas, para que estas garantizaran un hospedaje adecuado donde alojar a Clodomira. Esa misma mañana, la visitó Gustavo Más, a quien informó de la situación para que se la comunicara a Lidia Doce.

Clodomira y su compañera permanecieron durante todo aquel día en la casa de huéspedes, pues las





casas disponibles no ofrecían las garantías requeridas, y otras se encontraban al tope por la cantidad de combatientes en ellas refugiados.

Sobre las siete de la noche de ese día 10, Lidia Doce y Griselda Sánchez Manduley, acompañadas por Reynaldo Cruz, se presentaron en la casa de Flavia. Lidia le comunicó a esta que esa misma noche trasladaría a Clodomira para el apartamento del reparto Juanelo, donde convivirían ella y los combatientes allí alojados, a quienes les había dicho lo valiosa y querida que era en la Comandancia, tanto por Fidel como por Celia.

Lidia, Griselda y Reynaldo conducidos en auto por Lanuza, dirigieronse hacia la casa de huéspedes donde se alojaba Clodomira. No la encontraron. Lidia insistió a Lanuza a que la condujera a casa de su hermana Miriam, en Guanabacoa, donde debía efectuar un contacto con Ana Hernández (nombre clandestino de la periodista Ernestina Otero).

En la casa de Guanabacoa los esperaban Alberto Álvarez, Lauro Pérez Tejeda y otros compañeros de lucha. Lidia, alegre y risueña —como era siempre—, conversó con algunos de los presentes. Más tarde llegó Ernestina Otero en su auto. Esta y Lidia se apartaron a un lugar de la casa, mientras el resto conversaban.

#### ALBERTO AUTÍE TORRES

En la tarde de un día a principios de septiembre, un compañero que no puedo recordar se me acercó y me pidió mecanografiara una estructura militar de la célula que comandaba Alberto Álvarez en Regla, cosa que me dispuse a hacer a través de una gestión que realizó Nelson Castro con Katia, la hija de Stany, un comerciante dueño de un establecimiento que vendía muebles y artículos electrodomésticos, situado en la calle Martí entre 27 de Noviembre y Aranguren.





En este lugar, un poco más atrás de la sala de exposición de los artículos en venta, estaba situado un buró con una máquina de escribir, en la que copié la lista que me habían entregado. A mi lado se encontraba Guillermo García, que me acompañaba, y el propio Nelson. El único dependiente de aquella tienda, a quien conocía desde hacía años por haber sido yo también dependiente del bar Yayo, situado en la esquina de Martí y Alburquerque —donde prácticamente vivía con mis abuelos después de la muerte de mi padre—, se nombraba Hugo y, por supuesto, no se imaginaba ni remotamente lo que yo escribía en aquella vieja máquina a muy pocos metros de él.

En esto entró a la tienda un teniente de la policía de la 18va. estación. Alto, canoso, cuarentón y al que siempre recuerdo, porque, además de la pistola que portaba, usaba un club (comúnmente apodado “tolete”) el que sostenía con un cordón entorchado con los colores azul y blanco que identificaban al órgano policial de aquel entonces.

Nosotros contemplamos su entrada y con tranquilidad seguimos mecanografiando. Si hubiésemos hecho cualquier otra acción que llamase su atención, quizás habría pasado lo peor; sin embargo, el policía nos dirigió solamente una mirada y con tranquilidad se sentó en uno de los sillones que se exhibían en venta y se puso a conversar con Hugo, el dependiente.

Yo aparentaba toda la calma del mundo, pero el “carnaval” lo llevaba por dentro, porque allí, desarmados como estábamos, en plena calle Martí, cualquier revuelo con aquel oficial, de inmediato, hubiese volcado sobre nosotros una nube de policías de la estación situada a sólo dos cuadras.

En una de mis miradas a la calle pude ver perfectamente a Reynaldo, que solo iba al pueblo de Regla





clandestinamente. Este observó por un momento el interior del local y la presencia del teniente allí; tuve la certeza de que si pasaba algo, este último no saldría con vida de aquel lugar, y continué hasta concluir aquella estructura. Poco después, el teniente se marchaba tras su casual descanso durante su ronda en aquel local, sin haber sospechado que una acción contra nosotros hubiera significado su muerte segura a manos de Reynaldo, quien ya tenía fama como tirador con la pistola.

En la estructura aparecía Alberto Álvarez como capitán; Reynaldo Cruz y Onelio Dampiel, como tenientes, y como sargento mayor, José Antonio Piñón Veguilla (*Popeye*). Ojeda era el jefe de un pelotón del cual yo era cabo de una escuadra de seis hombres, entre los que se encontraba Guillermito García. Se mencionaba a otros en el grupo de los ochenta y tantos —con los que había estado reunido en Carlos III, esperando el alzamiento en La Habana el 5 de septiembre de 1957.

Concluido el trabajo mecanográfico, me dirigí hasta el bar Barrilito, situado a sólo unos metros de aquella tienda, donde Reynaldo esperaba.

#### COMANDANTE EN JEFE FIDEL CASTRO RUIZ

“[...]En cierta ocasión, muy cerca ya de los primeros días del mes de abril del año cincuenta y ocho, cuando ya las comunicaciones en la carretera de Manzanillo a Bayamo habían sido cortadas, fue necesario llevar un mensaje urgente a la ciudad. Nadie transitaba por las carreteras; el pueblo cumplía la consigna de no transitar; era además peligroso. Clodomira se ofreció para llevar el mensaje; mas no había vehículos y ella tuvo la audacia de presentarse en el campamento de las fuerzas de la tiranía, decir que tenía necesidad urgente, por razones familiares, de llegar a Manzanillo, pidió que la llevaran en un carro de combate y los inge-





nuos soldados de la tiranía la llevaron hasta Manzanillo en un carro de combate[...].”<sup>6</sup>

#### LAURO PÉREZ TEJEDA

Continuamos viéndonos con Lidia cada vez que venía a La Habana; la última vez fue la noche del 10 de septiembre, estaba con ella Alberto y Reynaldo Cruz, en el patio de la casa de su hermano Carlos Parra.

Esa noche me había dicho que no me fuera, porque posiblemente tendría que recoger a Clodomira, para llevarla para mi casa de Arango No. 414, en Luyanó. La esperé. Más tarde llegó con Ernestina Otero, con quien conversó largo rato.

Por lo avanzado de la hora y por la necesidad de seguridad, conveníamos que yo regresaría en la mañana siguiente. El día 11 traté de localizarla: me fue imposible. Estaba lejos de pensar, en ese momento, que sería la última vez que la vería.



#### **De la casa de huéspedes al Juanelo**

En horas de la mañana del día 11, Lidia Doce fue recogida en Villalobos No. 3 por González Lanuza, para desarrollar diversas actividades acordadas el día anterior. Lo acompañaba Griselda Sanchez Manduley. Más tarde se detuvieron en el Ten Cents de Monte, donde los esperaba Reynaldo Cruz Romeo. Recogieron al teniente rebelde Enrique Sotomayor, quien partiría esa misma noche para la Sierra Maestra en la región Oriental. Una hora después llegaron al apartamento del Juanelo, después de recoger a Clodomira, todos excepto Reynaldo, quien requirió lo dejaran en la Virgen del Camino, pues tenía concertada una reunión —se-

<sup>6</sup> Fidel Castro Ruz, citado por Vilma Espín Guillois: “La mujer en Cuba: historia”, en *Discursos, entrevistas, documentos*, Editorial de la Mujer, La Habana, 1990, p. 85.





gún expresó— para un “trabajo” que había que realizar esa misma noche en Regla (ajusticiamiento de un chivato). El grupo fue recibido por Alberto Álvarez, Onelio Dampiel y Graciela Romeo, madre de Reynaldo, quien les ofreció café a todos. Después de una conversación amena, Clodomira se quedó en el apartamento y los demás se retiraron.

Lidia debía acudir a una cita con el Comandante Delio Gómez Ochoa para hacerle entrega de los mensajes enviados desde la Comandancia General. Con ese fin se dirigió con Acacia Sánchez Manduley al apartamento de Fructuoso Pérez —en Línea y C, Vedado—, donde se ocultaba el comandante Gómez Ochoa. Le hizo entrega de los mensajes que había traído Clodomira, y le explicó, además, la situación en que esta se encontraba. Ambos quedaron de acuerdo para, al día siguiente, situar a la valiente mensajera en un lugar seguro.

Sobre las siete de la noche llegaron a la casa del hermano de Lidia, Reynaldo Cruz y Clodomira, y luego, Alberto Álvarez. Después de intercambiar impresiones entre todos, Alberto y Reynaldo se retiraron. (Iban a ajusticiar a Manuel Sosa San Martín, famoso chivato conocido por *El Relojero* residente en Regla.) Lidia y Clodomira quedaron en la casa esperando a Gustavo Más.

### **El ajusticiamiento de El Relojero**

Con el propósito de planear el ajusticiamiento revolucionario de Manolo Sosa, connotado chivato de la policía, en la tarde del 10 de septiembre se efectuó una reunión en la casa de José Lorenzo Díaz (*El Alcohólico*), donde se venían celebrando todas las reuniones del grupo. Allí se debatieron todos los preparativos necesarios para realizar con efectividad la amarga pero necesaria tarea.







Estuvieron presentes Alberto, Reynaldo, Onelio, José (*El Alcohólico*), Armando Martín y *Popeye*. Al final de la reunión se analizó que era posible ajusticiar a *El Relojero* en su propio domicilio, ya que la ubicación de este permitiría realizar la acción en un área poco transitada y se adecuaba el lugar por la posibilidad de retirada después de la “operación”. La casa estaba enclavada próxima a los límites de Regla con la zona de Guanabacoa.

La hora fluctuaría entre las ocho y las nueve de la noche del 11 de septiembre, y serían dos combatientes quienes ajusticiarían al confidente: Alberto y Onelio. Estos contarían con el respaldo del resto de los presentes en la reunión.

El día de la acción se introdujo a última hora un ligero cambio entre los que ejecutarían a *El Relojero*. Onelio, a instancias de Alberto y Reynaldo, fue excluido del ajusticiamiento; lo sustituiría Reynaldo Cruz. Este cambio se produjo por las malas condiciones en que se encontraban los únicos zapatos de Onelio, y esto le dificultaba correr. No se pudieron conseguir otros, y tal situación podía poner en peligro su vida. La decisión se tomó contra la voluntad de Onelio.

Por manifestar *Popeye* que se encontraba indispuerto, se excluyó su participación en el ajusticiamiento. No obstante, conocía todos los pormenores de la acción.

Alberto Álvarez y Reynaldo Cruz llegaron a Regla sobre las 8:30 p.m. procedentes de Guanabacoa. Hicieron el viaje en ómnibus. Entraron al pueblo viniendo por la Avenida de Rotaria; tomaron por la calle Enlace a salir a la Calzada Vieja de Guanabacoa. Bajaron por esta calle, pasando frente al domicilio de *El Relojero*. Lo inspeccionaron discretamente y siguieron calle abajo hasta la esquina de 24 de Febrero y Calzada de Casa Blanca, donde hacía algunas horas Armando Martín de la Guardia y José Lorenzo Díaz chequeaban todos los movimientos en los alrededores.





Todo estaba en orden. *El Relojero* se encontraba al alcance del plomo justiciero de la Revolución. Luego de un contacto breve, Alberto y Reynaldo volvieron sus pasos calle arriba, y cuando se encontraban a una distancia prudencial del objetivo, se apresuraron aún más, casi corrieron, mientras extraían sus armas y las descargaron contra el colaborador de la dictadura, por cuya culpa tantos hombres sufrían prisión o habían encontrado la muerte. El chivato recibió dos balazos mortales y su esposa Carmen Castro González resultó herida de modo imprevisto. Fue asistida en el Centro de Socorros de Regla y más tarde remitida al hospital de Emergencias.

La 18va. estación de policía cursó aviso inmediato a las dependencias superiores sobre lo sucedido.

Mientras el siniestro Oscar Rey Castro, comandante del 5to. distrito de la PN, visitaba acompañado de César Rodríguez Pintado, capitán de la 18va. estación y otros elementos militares, el lugar donde fue ejecutado el sujeto, Carmen Castro González era visitada en el hospital de Emergencias por altos oficiales de la policía batistiana.

Las declaraciones de esta, como del señor Ángel Rosendo Soladaza y otras fuentes policíacas, coadyuvaron a señalar como supuestos partícipes del ajusticiamiento de *El Relojero*, a Leonardo Valdés Suárez (*Maño*), a quien confundieron con Alberto por su estatura, y dedujeron que quien acompañaba a *Maño* en la acción era José Antonio Piñón (*Popeye*), pues ambos, por lo regular, andaban juntos por sus actividades en la lucha revolucionaria.

#### ARMANDO MARTÍN DE LA GUARDIA

Esa noche nos vimos en la Calzada de Casa Blanca y 24 de Febrero. Iba acompañado de José (*El Alcoh-*





lero). A la hora acordada y bajando desde Enlace y Carretera Vieja de Guanabacoa, Reynaldo y Alberto pasaron frente a la casa del chivato y llegaron hasta la esquina. Intercambiamos pocas palabras y siguieron. A los pocos minutos ejecutaron a *El Relojero*. *El Alcohólico* y yo nos movimos hacia un bar próximo [bar Denys], a media cuadra del lugar, por la Calzada de Casa Blanca. Desde aquí sentimos las detonaciones y partimos inmediatamente hacia el parque del Ayuntamiento, situado en el centro del pueblo, en uno de cuyos extremos está ubicada la 18va. estación de policía.

Queríamos ver el proceder de la jauría policíaca, cuando se enterara de lo que había sucedido, a pesar de todo su alarde represivo, ya en crisis, por la serie de hechos que habíamos ejecutado en esos días.

Nos encontrábamos en el bar Tropical, separado de la estación policíaca por el parque antes mencionado, cuando comenzaron a salir las perseguidoras. Armaron el corre-corre y decidimos marcharnos para la casa de Lidia en Guanabacoa, para informarles a los compañeros acerca de los sucesos. Cuando cruzábamos frente al cine Céspedes —serían cerca de las nueve de la noche—, vimos a José Antonio Piñón (*Popeye*). Nos acercamos para preguntarle por qué estaba allí y no en un lugar seguro, que si no se daba cuenta del peligro que corría, etc. Nos respondió que iba para el billar a jugar un rato. Insistimos queriendo alertarlo. Incluso le planteamos que fuera con nosotros para Guanabacoa, que por lo menos esa noche no se quedara en su domicilio.



### **La represión: horas inolvidables**

El odiado y cobarde Ventura se trasladó inmediatamente a Regla. Una decena de carros repletos de matones se movían de un lado al otro por el pueblo.





Comenzaban horas inolvidables para los hijos de este modesto pueblo, que en reciprocidad con la situación imperante había dado muestras de recogimiento y firmeza revolucionaria.

Las fuerzas del régimen se dirigen al domicilio de *Maño*, sito en Calixto García No. 79 entre Alburquerque y Agramante, pero no logran detenerlo. Este, al conocer la situación, se había marchado momentos antes en busca de refugio fuera de la localidad.

Ante el fracaso de la captura que habían pensado hacer mansamente, los agentes, encabezados por Rey Castro y Rodríguez Pintado, determinaron arrestar al padre de *Maño*, Serafín Valdés Rodríguez, que convalecía de una delicada operación de hernia y apendicitis: “Tienes que responder por tu hijo, porque ha matado a un hombre” —esta fue la excusa.

Registraron la casa palmo a palmo; como complemento de la escena fluyen de labios de los agentes las peores vejaciones y maltratos. Serafín es conducido a la 18va. estación, para ser interrogado por Ventura, Carratalá y Martín Pérez. Vejado y golpeado por los agentes Sánchez Ramírez, José Luis Alfaro, Calviño, Ariel Lima y toda una sucesión de asesinos, luego lo conducen al Callejón del Sapo en las afueras de la localidad.

Por otra parte, Ventura Novo se dirige a la casa de José Antonio Piñón Veguilla (*Popeye*), a quien lograron capturar, tras aparatoso despliegue de esbirros, en su domicilio de 24 de Febrero No. 125 entre Laredo y Daza, para ser conducido a la 5ta. estación.

Horas antes, *Popeye*, conocedor de los hechos, les comentó en voz baja a Pedro Hernández Parente y a Alberto Autié, en el interior del cine Céspedes, en la calle Martí: “La cotorra comió perejil”, frase convenida para hacer saber que se había ajusticiado a Sosa (*El Relojero*). Ambos decidieron ocultarse, huir de la re-





presión. A la salida de la función cinematográfica conocieron de la presencia de los esbirros en el bar Tropical, a sólo una cuadra del lugar donde se encontraban (calle Martí esquina a Aranguren).

Carratalá y otro grupo se dirigieron a las naves donde se guardaban los ómnibus La Reglana —transporte local— y detuvieron a Gilberto Soliguera de la Rúa, trabajador inocente que terminaba la faena del día y se disponía a regresar a su domicilio. El coronel policíaco intentó localizarlo, momentos antes, en su casa, y lleno de ira, al no hallarlo, le había sentenciado a la esposa: “Señora, si cogemos a su esposo, puede darse por viuda”. Su único delito eran los lazos familiares que lo unían a *Maño*, su cuñado. Ya había sido detenido injustamente en otra oportunidad —el 2 de noviembre de 1957—, a raíz del asalto a la Junta Electoral de Regla.

En las afueras del pueblo —Callejón del Sapo—, Serafín Valdés Rodríguez, padre de *Maño*, era golpeado salvajemente por un grupo de esbirros. Interrumpidos por la llegada de un auto tripulado por asesinos a sueldo de la tiranía, alguien ordenó cesar el “interrogatorio” y conducir a Serafín nuevamente a la 18va. estación. En la esquina de Calixto García y Albuquerque, en el centro del pueblo, los autos se detuvieron; allí se encontraban los “jefes” que habían vuelto a la casa de *Maño*, tratando de localizarlo, buscando incluso por los tejados de las casas aledañas.

Ventura reconvino a los torturadores, porque “le habían traído vivo a aquel hombre” y ordenó lo trasladaran inmediatamente a la 5ta. estación. En ese momento, Rodríguez Pintado, capitán de la 18va. estación, intervino diciéndole al chofer del auto en que venía Serafín que lo condujera a la 13ra. y no a la 5ta. Martín Pérez increpó a Rodríguez Pintado por “flojo y toleran-





te". Prevalció la primera orden: fue conducido a la 5ta. estación.

Luego del alarde de fuerzas desatado por los genizaros en la manzana donde residía *Maño*, sin lograr su detención, se dirigieron con Soliguera de la Rúa hacia un punto de la Vía Blanca, próximo a Guanabacoa, donde Soliguera fue torturado salvajemente y asesinado a mansalva por las hienas de Ventura en presencia de *Popeye*, a quien habían conducido hasta allí. El crimen tenía un doble propósito: vengar la muerte del chivato Sosa y amedrentar a *Popeye*, al que, sin dudas, sabían firmemente vinculado a Alberto, Reynaldo, Onelio y mayormente, al propio *Maño*.

Los criminales lograron sus propósitos: frente a ellos quedó Piñón Veguilla acobardado, totalmente dispuesto a confesar el paradero de los héroes.

Entrada la madrugada del 12 de septiembre, el cadáver de Soliguera fue tirado frente a la puerta de la casa donde residiera Sosa. Su cuerpo presentaba la huella de la violencia y heridas de balas. *Popeye* fue conducido nuevamente a la 5ta. estación, bajo la coacción física y mental de los esbirros.

Por la forma en que se desarrollaron los hechos y el evidente interés de los cuerpos represivos por apre-



Gilberto Soliguera de la Rúa.





sar a Leonardo Valdés Suárez (*Maño*), así como por las represalias tomadas por la tiranía contra su familia, no es difícil imaginar los cargos que pesaban contra él.

Se evidenció que los esbirros querían localizar, también esa misma noche, a Alberto Álvarez, a quien buscaban afanosamente desde hacía tiempo, sin resultado alguno, y cuya participación al frente de Acción y Sabotaje en Regla, mantenía en jaque a las fuerzas represivas.

SERAFÍN VALDÉS RODRÍQUEZ (*MACHITO*),  
PADRE DE *MAÑO*

En la noche del 11, *Maño* llegó a casa apurado, diciéndole a la madre que se iba, que la policía efectuaría registros y detenciones, y antes de retirarse se cambió de ropas.

Poco después llegaron Rey Castro y el capitán Pintado con cuatro agentes más. Registraron la casa, me sacaron a mí, recién operado de apendicitis y hernia, diciéndome que si él no estaba, tenía que responder yo por mi hijo, porque “había matado a un hombre”.

Me ordenaron que me vistiera, me introdujeron en una perseguidora y me trasladaron para la 18va. estación de policía. Allí me interrogaron, entre otros, Ventura y Carratalá. En eso llegó Martín Pérez, quien me preguntó sobre la estatura de mi hijo, y qué complejión tenía. Le respondí la verdad y correctamente; me preguntó si *Maño* trabajaba, y le respondí que en esos momentos no se encontraba trabajando, que lo habían dejado cesante en la ampliación de la refinería Belot. También quiso saber si mi hijo estaba casado; le contesté que no, pero insistió: “Bueno, pero él tiene novia o mujer ¿no?” Le respondí que mantenía relaciones con una joven nombrada Irene. (Mis respuestas eran correctas, porque sabía que ya mi hijo no se en-





contraba en Regla.) Pasaron como 15 o 20 minutos. Mandó a que fueran a buscar a la muchacha, se viró hacia mí, preguntándome cómo se llamaba la muchacha. Le dije otro nombre que se me ocurrió, y me dio una patada por el vientre; el golpe me hizo sangrar la herida ya abierta. Rey Castro me levantó y me advirtió: “Contéstale al Jefe bien, porque en esto va tu vida”. Le grité que me matara si quería, pero que yo no sabía nada. Me decía: “Sí, porque tú eres revolucionario y de no serlo directamente, eres el padre de uno, y eso basta”.

En eso, Martín Pérez salió en una persecuidora seguido de otros carros, y llegaron otros, como siete individuos, a interrogarme y darme golpes a mansalvas, de una forma injusta, cobarde. Me daban por la cara y la cabeza contra la pared. Nada les dije. Me subieron a empujones en un auto y me llevaron por varios lugares céntricos de Regla, para que yo les señalara los amigos de mi hijo. No lograron sus propósitos.

Me preguntaban por Alberto Álvarez, querían saber dónde estaba de cualquier forma. Me llevaron para el Callejón del Sapo, para hacerme creer que me asesinarían. Quise huir y me introduje debajo de un auto que había cerca, pero me sacaron arrastrándome por los pies y me siguieron golpeando. De pronto llegó un auto. Alguien de los que venían en él, les dijo que había orden de que fueran todos para la estación de Regla nuevamente.

### **La traición, la tortura y la muerte**

Luego de la ejecución de Sosa, Alberto y Reynaldo se dirigieron a Guanabacoa, a la casa de Miriam (hermana de Lidia), donde los esperaban ella y Clodomira, para luego encubrirse en el apartamento donde, desde hacía cuatro meses, residían los combatientes sin contratiempos.







Alberto y Reynaldo refirieron a los presentes —a instancias de Lidia y Clodomira— los detalles de la acción, respondiendo a las innumerables preguntas que les hacían.

Más tarde llegaron Armando Martín y José Lorenzo Díaz (*El Alcohólico*), con quienes departieron brevemente. El grupo compuesto por Alberto, Reynaldo, Lidia y Clodomira, acompañados por Gustavo Más, se dirigieron a la esquina de Corral Falso y Central, y tomaron un ómnibus de la ruta 3. Eran aproximadamente las diez y treinta de la noche.

Al llegar a la Virgen del Camino, se bajaron a instancias de Reynaldo. Entraron en el club Las Catacumbas, que venía sirviendo de punto de contacto entre distintos combatientes de Regla. En efecto, al llegar se percataron de la presencia de Evelio Parera Zulueta, quien, al conocer de los acontecimientos, había ido a esperar la llegada de Tomasito Echevarría, quien había acordado entrevistarse urgentemente.

Evelio, en conversación con Alberto y Reynaldo, les explica los efectos que han ido teniendo los hechos. Llega Tomasito, y después Manolo Baltá. Ninguno conocía realmente el alcance de la represión que se ha desatado, aunque estaban seguros que sería tremenda e implacable.

Manolo Baltá les informa que Leonardo Valdés (*Maño*), después del ajusticiamiento de *El Relojero*, llegó a su casa (en el reparto Mañana), y aunque le instó para que se quedara a dormir, este se había marchado, sin conocer cuál sería su paradero actual.

Luego de esta conversación, Evelio y Tomasito parten, igual lo hace Baltá, cada cual hacia un rumbo distinto. Quedan, en el bar, Alberto, Reynaldo, Lidia y Clodomira. Más tarde se les une *Maño*. Con este encuentro se producía la fatal incorporación de este últi-





mo al apartamento del Juanelo, ajenos todos a la situación que se había desatado en Regla después de la exitosa acción realizada horas antes.

Luego de una breve estancia en Las Catacumbas, los cinco combatientes abandonaron el bar con pasos lentos, calmados, conversando y confiados en el futuro, seguros de la victoria de nuestra causa. Aquel grupo de héroes marchaba a reposar sus nervios y músculos, para seguir entregando, al día siguiente, cada átomo de su vigor e inteligencia a la lucha revolucionaria.

De 4:15 a 4:20 a.m. del 12 de septiembre, todos duermen en el apartamento de Rita No. 271, reparto Juanelo. De pronto, los pasos de varias personas suben las escaleras y en el primer piso se detienen súbitamente. Fuertes golpes contra una puerta y una voz que dice: “¡Abran la puerta que soy yo, *Popeye!*” Del interior del apartamento, nadie responde. Vuelve el toque seco, pero esta vez más fuerte, porque lo dan con los pies; nuevamente, la misma voz insiste: “¡Abran la puerta que soy yo, *Popeye!*”

La extraña situación propició que algunos vecinos del inmueble observaran por entre las persianas de sus casas.

La puerta se entreabrió y bruscamente penetraron en el apartamento varios hombres, vestidos unos de civil y otros de uniforme de la policía. Un gran número de palabras obscenas proferían los genizaros, entre los cuales se encontraban Calviño, Sánchez Ramírez, Alfaro y toda una pandilla de criminales que, bajo las órdenes del sádico Ventura, se disponían a saciar su sed de venganza y su odio contra el grupo de revolucionarios que guardaba silencio.

También estaban allí Carratalá y Martín Pérez, dispuestos a descargar su cobardía contra los valientes combatientes de la clandestinidad: “Ahora van a saber





lo que somos nosotros” —dijo un fanfarrón, y un momento después, agregó—: “¡Mira dónde encontramos a los que se llevaron a la Virgen de Regla!”

Los profundos quejidos de quien resiste un gran dolor, pero no es capaz de gritar para no complacer a sus verdugos, para no darle esa alegría a sus torturadores, hacían reír, a las bestias vociferantes.

Frente a la puerta del apartamento, un hombre delgado, vestido de civil, con una ametralladora entre las manos, le decía a un agente negro, algo grueso, que se hallaba a su izquierda: “Entra, entra y mira ahora para que tú veas...”, pero el agente se negaba a entrar. Otro vestido de civil, que permanecía callado, observaba la escena.

Uno de ellos dijo antes de retirarse: “Voy a jugar el 12 para mañana”. “Asesinos, cobardes, mátenlos de una vez” —gritó una voz de mujer [¿Lidia, Clodomira?].

Entre las 5:15 y 5:30 a.m., una voz ordenó: “Virense de espaldas contra la pared”, seguida de un ensordecedor tableteo de armas automáticas.

Poco antes, durante el “interrogatorio”, desde uno de los autos allí parqueados, alguien pedía tres ambulancias por la micro-onda.

A empellones, Lidia y Clodomira son sacadas de la habitación y llevadas escaleras abajo. Se resisten con fuerza y rabia, y a la vez gritaban: “Mátennos a nosotras también asesinos, cobardes, ya las pagarán”. Las ropas que llevaban puestas estaban hechas jirones. Lidia iba herida de bala, sangrando.

Los cadáveres fueron sacados de la habitación arrastrados desde el primer piso hasta la calle, dejando a su paso una espesa mancha de sangre. En los pasillos y en la acera quedaron grandes cuajarones de sangre. En la puerta del apartamento había fragmentos de prendas de vestir de mujer y unas zapatillas.





En la calle, los sicarios rodearon los cadáveres de Alberto, Reynaldo, Onelio y *Maño*, y como una muestra más de su inhumana ruindad, jubilosos clamaban por repartirse algunas de las prendas que aún conservaban, y que en su odio los torturadores no habían advertido a tiempo: “Coge tú el anillo, tú tienes novia; y yo me quedo con el reloj”.

Y uno de los jefes vistiendo guayabera blanca comentó, refiriéndose a Martín Pérez: “Oye, tú estás viejo, pero tienes la muñeca dura”.

Los cuerpos de los muchachos fueron tirados unos sobre otros en una ambulancia. Alguien señaló: “Mira este maricón, todavía está vivo”. Acto seguido le propinó un tiro en la cabeza, rematándole. Otra voz decía: “Pónmelos juntos, échales el brazo para que vayan juntitos”. “A este le ponemos unas pistolas y unos papeles y ya”.

Mientras tanto se producía el forcejeo para introducir en uno de los carros a las mujeres. Una gritaba: “¡Me han matado a mis hijos!” Alguien decía: “No temas, por ahora no les va a pasar nada”. Todas estas escenas estaban acompañadas de las más repugnantes palabras obscenas.

Comenzó la organización de la caravana. Los autos —más de diez— se alejaron a todo tren, no sin antes dejar una posta fija en el apartamento, para apresar a todo el que sin conocer de los hechos llegara a buscar protección allí. Obligaron a algunos vecinos a que limpiaran rápidamente las huellas de la masacre llevada a cabo. Eran las 5:55 de la madrugada.

Sobre las 6:15 a.m., una ambulancia del 3er. Distrito de la PN arrojó en la Casa de Socorros de Luyanó los cuerpos destrozados de los gloriosos mártires. Luego de expedido el certificado de defunción por el doctor Ismael Cuervo Fiallo, médico de guardia en dicho centro, un grupo de ocho o diez esbirros, ametralladora en





mano, obligaron a los mozos de limpieza nombrados Francisco León y Ramón Figueroa, a subir los cadáveres a un camión-jaula (celular) donde fueron trasladados para el necrocomio de La Habana como desconocidos.

Lidia y Clodomira fueron dejadas en calidad de detenidas en la 11na. estación. Los cadáveres de los cuatro revolucionarios permanecieron durante los días 12 y 13 en el necrocomio y en la mañana del domingo 14 fueron trasladados silenciosamente para ser sepultados en Regla, luego de haber ocupado la policía el cementerio del pueblo y el acueducto —medidas tomadas por los sicarios, porque temían las posibles demostraciones del pueblo que sintió con dolor la pérdida de sus mejores hijos.

Para entonces se había producido la sustitución del capitán Rodríguez Pintado de la 18va. estación, y designado el conocido asesino Ramón Machín Molina, primer teniente que desde hacía algún tiempo venía atendiendo la represión en Guanabacoa, donde ya contaba con una horrenda historia de crímenes y torturas.

El primer vehículo que conducía los féretros de Reynaldo y Alberto, hizo su entrada en el cementerio a las nueve de la mañana. A las 10:30 a.m. llegó otro carro con los cadáveres de Onelio y *Maño*.

Durante los días posteriores a la muerte de los combatientes y a la detención de Lidia y Clodomira, el Movimiento Revolucionario 26 de Julio en La Habana movilizó todos sus contactos, a fin de determinar la suerte de las heroicas combatientes, pero todos los esfuerzos resultaron infructuosos.

#### GASPAR GONZÁLEZ LANUZA

En la mañana del día 12 de septiembre me dirigí a la casa del hermano de Lidia en La Hata. Miriam me comunicó que Lidia llegaría enseguida, pues me dejó





dicho con ella que la esperara. Pasó media hora. Yo sabía que tenía programado ese día reunirse a las 10 con Griselda en el Ten Cents de 10 y 23 y realizar juntas algunos trabajos, y después de almuerzo, entrevistarse con Delio Gómez Ochoa.

Bastante preocupado le dije a Miriam que, si transcurría una hora y yo no regresaba, se deshiciera de todo lo que pudiera comprometerla, y que le informara a cualquier compañero que viniera, que la casa del Juanelo estaba “quemada”. Y si acaso Lidia regresaba en mi trayecto hacia el Juanelo, que me esperara, pues había ido a buscarla.

Al llegar al reparto Juanelo, dejé el auto a dos cuadras del apartamento y me dirigí a pie hasta el edificio. Noté que en la bodega de la esquina había gente extraña, observando a todos los que pasaban. Seguí mi rumbo y frente a la entrada del edificio recibí una fuerte impresión, al contemplar que el agua con la que baldeaban se veía roja, como de sangre. Un charco de sangre en la acera me persuadió a seguir de largo y me alejé rápidamente de aquellos contornos. Me dirigí a la calle San Miguel, donde residía Lolita —cuya casa se usaba como punto de contacto del Movimiento— a informar de lo sucedido.

El padre de Reynaldo Cruz que también pasó temprano en la mañana por el edificio del Juanelo y a quien algunos vecinos que baldeaban el pasillo le manifestaron lo que había sucedido, se comunicó rápidamente con Gustavo Más y este con el Movimiento.

Al atardecer y a modo de conocer si en el necrocomio se encontraban los cadáveres de Lidia y Clodomira, Griselda Sánchez y otros combatientes lo visitaron y comprobaron la presencia en la citada morgue de los cuerpos de Alberto, Reynaldo, Onelio y *Maño*, no así los de Lidia y Clodomira.





DELIO GÓMEZ OCHOA (*MARCOS*)

Un día antes había hablado mucho con Lidia y me entregó un mensaje en el que se ordenaba mi regreso a la Sierra y la orden del Comandante en Jefe que indicaba a Camilo avanzar con la Columna Antonio Maceo desde la Sierra Maestra hasta Pinar del Río.

Estos documentos y otros, los había traído Clodomira Acosta Ferrals, otra de las grandes mujeres combatientes y cuyos nombres vivirán siempre en el corazón y el recuerdo de nuestro pueblo.

En esa ocasión, le dije a Lidia que al día siguiente trajese a Clodomira: queríamos ubicarla en el lugar más seguro posible. Esto no se llegó a cumplir.

CARLOS MORALES GÓMEZ

Fui llevado a la 18va. estación por los esbirros de Ventura, ya tarde en la madrugada del día 13. Me preguntaron cuál era mi participación en el MR-26-7. Le respondí que ninguna.

En esos momentos, llama el teniente Sánchez Ramírez de no sé dónde, y cuando regresa, me dice: “Hijo de puta, así que tú no estabas en nada; ¿nos estás queriendo engañar?” Parece que por teléfono ellos habían confirmado. Sentí un golpe en la cabeza, me dio con un peine de ametralladora. El golpe me lanzó contra una mampara, y en el momento me caen arriba tres o cuatro individuos: Rudy, Calviño, Alfaro y otros. Me empiezan a dar y comienzo a ripostar. Oigo a uno que grita: “¡Dale una mariposa!” Otro responde: “No le den que este no es para aquí”. Se paró ahí la cosa, me montaron en el carro y me llevaron para la 5ta. estación.

Allí había como quince esbirros. Empiezan a darme con mangueras, con “bicho de buey” y con las manos. Mientras tuve ánimos, tiré golpes también. Uno de los golpes que tiré dio en el cuello a Mirabal, hun-





diéndole la nuez. En el fondo de la 5ta. estación había una vidriera, a donde fue a caer. Se le abrió el saco que tenía puesto, y le vi una pistola en la cintura. Los demás esbirros, cuando le doy el golpe a Mirabal, se separan y parto hacia él para quitarle el arma. Fue sólo un instante en que quedé en libertad de actuar. En el forcejeo con Mirabal por la pistola, me caen arriba y controlan la situación.

Desde este momento en adelante continuaron los golpes. Fue una lucha difícil de narrar, porque en el interior uno, en esos momentos, ya no siente el dolor de los golpes; es como si uno se entumeciera... En los primeros sí, pero cuando empiezan los golpes, unos sobre otros, es igual que cuando uno se entumiera un pie. Además, la lucha interna; en esos momentos se prefiere la muerte antes de hablar.

Esta situación de golpearme duró como cuatro días. Después de la primera madrugada, me encuentro allí preso a Roberto González (*Malanga*), quien me plantea que cómo yo me iba a revirar allí, que si yo no había pensado que él estaba preso allí y que ponía en peligro su vida.

En los cuatro días que estuve en la 5ta. estación recibiendo golpes perdí el conocimiento, y tirado en el suelo me empezaron a dar por la planta de los pies con una tabla. Los primeros golpes los sentía en la cabeza, pero después no sentí nada más. Sentí que alguien se sentó en mi vientre y con un *black yack* o cuerpo duro no me daba con violencia, pero sí constantemente en el pecho. Estuvo golpeándome hasta que empecé a echar sangre por los oídos y por la boca.

Para orinar había que llevarme, no podía caminar. Me ayudaba un señor de edad, preso por chantaje, y otro. Prácticamente no podía ni sacar el miembro, tenía fracturado un dedo de la mano derecha por el golpe que le tiré a Mirabal; incluso, no pudieron tomar-







me la huella de ese dedo. A consecuencia de los golpes tenía fracturadas dos costillas.

Uno de esos días me llevaron a la oficina de Ventura, y Calviño le dijo a Ventura: “Mire, este fue el que se le tiró a la pistola allá abajo”. Ventura me dijo: “Qué, ¿te gustan las pistolas?” En presencia de Mario Betancourt, su secretario, Ventura me dijo: “Toma una pistola”. Estiró su brazo y me la puso en la mano sin peine. Le dije que no tenía peine y me dio un cachetazo; uno solo me dio: perdí otra vez el conocimiento.

El día 17 me trasladan para la 9na. estación. En la antesala del despacho de Ventura hice una imperceptible exclamación de sorpresa, cuando vi que hasta mi hermano Antonio Morales (*Nico*) estaba allí, mirando hacia la pared. Había un número impreciso de combatientes del Movimiento: Nelson de Armas, *El Conejo*, *Paquito*, entre otros. Nos bajaron al sótano. Yo estaba en bastante mal estado a consecuencia de los golpes recibidos. Nos unen a Carlos Parra, el hermano de Lidia, que se encontraba en muy malas condiciones físicas también. Llevábamos cinco días sin probar alimento. Nuestros familiares no sabían de nosotros. Pasados dos días más, autorizaron a nuestros familiares a que nos llevaran ropas limpias y comida, con la intención de presentarnos, lo que ocurrió días más tarde.

El día de la presentación nos permitieron bañar y vestir ropa limpia. Camino de los baños, el secretario de Ventura, Mario Betancourt, que me conocía de Regla, me dice: “Mira, Morales, ese que está allá arriba fue el que los delató a ustedes. Ese es José Antonio Piñón”.

*Popeye* estaba allí, sí, nos vio y se fue. Estaba suelto por allí dentro de la estación.

Nosotros estuvimos todo ese tiempo después que caímos presos el 13 de septiembre, hasta el día 9 o 10 de octubre que nos trasladaron para el castillo de El Príncipe.





GUILLERMO DÍAZ PÉREZ (*Mito*)

A raíz del ajusticiamiento del confidente Manolo (*El Relojero*), mi mamá me avisa, en la mañana del 12 de septiembre, con la triste noticia de que junto a la casa de Manolo Sosa había aparecido asesinado Gilberto



En el necrocomio de La Habana, los cadáveres de los combatientes Alberto Álvarez Díaz, Reynaldo Cruz Romeo, Onelio Dampiel Rodríguez (*El Indio*) y Leonardo Valdés Suárez (*Maño*), asesinados el 12 de septiembre de 1958.





Soliguera, el cuñado de *Maño*. Me doy cuenta de que fue un acto de represalia de la policía por lo del confidente. Me vestí rápidamente y salí a localizar a alguien del Movimiento; en especial, con quienes había tenido contacto: uno de ellos era Nelson Castro. Me dirigí, como de costumbre, a casa de Stany, quien tenía un comercio de efectos eléctricos en la calle Martí; allí me pude enterar, por su hija Katia del Llano, del comentario en el pueblo de que a los “muchachos” los habían asesinado. De primera intención no podía concebirlo, no podía creerlo. Dudaba de la posibilidad de que hubieran podido sorprenderlos en el Juanelo; conocíamos la casa y nos parecía difícil que pudieran sorprenderlos allí.

Nos pareció más correcto comenzar a buscarlos en las estaciones de la policía, donde estarían detenidos. Con ese propósito intentamos que varios compañeros, en especial mujeres y los familiares, averiguaran para conocer dónde se encontraban detenidos.

En horas de la tarde se supo con toda certeza la verdadera noticia: los hermanos de Alberto habían ido al necrocomio y visto los cadáveres de los cuatro combatientes.

De todos es conocida la forma en que fueron masacrados. Ello creó un impacto inesperado en nosotros. No nos resignábamos a creer que nuestros compañeros estuviesen muertos. Fue un día terrible para todos.

### **En el banquillo de los acusados**

Después del triunfo revolucionario del 1ro. de enero de 1959 se conocieron las primeras noticias sobre el destino de Lidia y Clodomira, al ser detenidos de los participantes en los hechos del Juanelo, connotados asesinos y torturadores a las órdenes de Ventura: Ariel Lima y Caro. Después de ser entrevistados por Griselda Sánchez Manduley y Tere Molé en la 9na.





estación, fueron trasladados a La Cabaña donde fueron condenados a la última pena.

FRAGMENTOS DE LA VERSIÓN DE CARO  
SOBRE LA SUERTE DE LIDIA Y CLODOMIRA,  
LUEGO DE SU DETENCIÓN

[...]Del reparto Juanelo fueron conducidas a la 11na. estación herida la mujer más gruesa y mayor [Lidia, con un tiro a sedal en el glúteo, sangrando profusamente...]. El día 13 Ventura las mandó a buscar conmigo y las trasladé a la 9na. estación, al bajarlas al sótano que hay allí, Ariel Lima las empujó y Lidia cayó de bruces, casi no podía levantarse, y entonces él le dio un palo por la cabeza saltándole casi los ojos al darse contra el contén... la mulatita flaquita se me soltó y le fue arriba arrancándole la camisa mientras le clavaba las uñas en el rostro. Traté de quitársela de arriba y se viró saltando sobre mí en forma de horqueta sobre mi cintura y él tuvo que quitármela a palos limpios hasta noquearla[...]

[...]La más vieja [Lidia] ya no hablaba, sólo se quejaba. Estaba muy mal, toda desmadejada. El 14 por la noche Laurent llamó a Ventura y le preguntó si ya habían hablado y este le dijo: 'Los animales estos le han pegado tanto para que hablaran que la mayor está sin conocimiento y la más joven tiene la boca hinchada y rota por los golpes, sólo se le entienden malas palabras'. Laurent terminó solicitando que se las enviara y Ventura se las mandó conmigo 'prestadas', pues eran sus prisioneras, fuimos en el 'carro de leche' [vehículo utilizado para disimular el traslado de presos o muertos que guardaban en la 10ma. estación].

[...]después de fracasar Laurent en sus torturas sin lograr sacarles una palabra [en la madrugada del 15], ya moribundas las metieron en una lancha, en La





Puntilla, al fondo del castillo de La Chorrera, y en sacos llenos de piedras las hundían en el agua y las sacaban, hasta que al fin, al no obtener tampoco resultado alguno, las dejaron caer en el mar[...].”

FRAGMENTOS DE LA VERSIÓN DE ARIEL LIMA

”[...]A los muchachos del Juanelo los cogen porque un tal *Popeye* había delatado la casa, ya que allí se encontraban los matadores de Manolo Sosa, colaborador de Ventura[...]

”[...]Van a la casa del Juanelo y allí mataron a los muchachos que habían participado en el atentado, pero a las mujeres que se encontraban allí se las llevaron a la 11na. estación y después a la 9na. donde las interrogan, y finalmente, fueron pedidas por Laurent y conducidas a la 5ta. estación y de allí llevadas en lancha y tiradas al mar[...].”



JOSÉ A. PIÑÓN VEGUILLA (*EL DELATOR*)

”Yo, José Antonio Piñón, fui detenido por Esteban Ventura y llevado a la 5ta. estación. Allí fui golpeado hasta que no pude aguantar más y lo llevé a la casa donde vivían Alberto, Maño, Onelio y Reynaldo, enterándome al día siguiente que los habían matado; rato después me tiré de cabeza contra una de las esquinas, instantes después fui trasladado para la 9na. estación. Allí me preguntaron si conocía los nombres que había en una lista. Les dije que conocía a algunos. Fui llevado al hospital de la policía para que me curaran la cabeza; por la noche, con temor, me volvieron a dar; los llevé a la casa de Llando, Níco, Autié y Nelson.

”Después me enseñaron varios papeles que habían cogido en la casa de los muertos, entre ellos estaban la quema del garaje de Guanabacoa, donde estaban varios compañeros y yo, escrito en el papel; estaba tam-



Yo, José Antonio Pineda  
fui detenido por Esteban Ventura llevado a la  
siguiente estación allí fui ampuado hasta que no  
pude acuarar más y lo lleve a la casa donde  
viven Arturo, María, Carlos y Pinedo. Entraron  
al día siguiente que lo habían matado rato después  
me tene de catarra contra una de las esquinas  
entonces después fui tratado para la morone  
estación allí me preguntaron si conocia los nombres  
que habian en una lista le dije que conocia  
algunos fue llevado al Hospital de la policía  
para que me curaran la catarra, por la noche  
con temor me llevaron a dar los libros a casa  
de Claudio, Ino, Ulise, Ramón. Después me enseñaron varios  
papeles que habían cogido en la casa de los muertos  
entre ellos estaban la que mira del garage de Guantacora  
donde estaban varios compañeros y yo escribí en el papel estaba  
también otro donde se decía que mataran a Tuto y le  
dije que había hecho ese papel Francisco Arnao  
teniendo mas nada que declarar me confieso culpable  
de todo.

José Antonio Pineda

Copia fotostática de la confesión de *El Delator*.

bién otro donde decía que mataran a Tuto, yo les dije  
que había hecho ese papel Francisco Arnao.

"No teniendo más nada que declarar me confie-  
so culpable de todo".<sup>7</sup>

<sup>7</sup> Confesión escrita por *El Delator* al ser detenido en los primeros  
días del triunfo de la Revolución (corregida la ortografía).



#### COMANDANTE EN JEFE FIDEL CASTRO RUZ

“[...]Mujeres heroicas como aquellas dos compañeras nuestras, Lidia y Clodomira, asesinadas cobardemente por los esbirros de Esteban Ventura. Fácil es imaginar la indignación de los combatientes revolucionarios cuando recibieron aquella noticia. Lidia había sido una formidable colaboradora desde los primeros momentos; Clodomira era una joven humilde de una inteligencia y de una valentía a toda prueba[...]

”[...]Es decir, que siempre resolvía los problemas; y por eso, muchas veces se arriesgó entrando y saliendo en la Sierra, hasta que fue arrestada, junto con Lidia, torturada y asesinada, pero sin que revelara un solo secreto ni dijera una sola palabra al enemigo[...].”<sup>8</sup>

#### COMANDANTE ERNESTO CHE GUEVARA

“Había ordenado a Lidia que apenas llegado a Las Villas, después de la invasión, se pusiera en contacto conmigo, pues debía ser el principal medio de comunicación con La Habana y con la Comandancia General de la Sierra Maestra. Llegué, y a poco encontramos su carta en la cual me anunciaba que me tenía un cachorro listo para regalármelo y que me lo traería en el próximo viaje. Ese fue el viaje que Lidia y Clodomira nunca realizaron. A poco me enteré que la debilidad de un hombre, cien veces inferior como hombre, como combatiente, como revolucionario o como persona, había permitido la localización de un grupo entre los que estaban Lidia y Clodomira. Nuestros compañeros se defendieron hasta la muerte, Lidia estaba herida cuando se la llevaron. Sus cuerpos han desaparecido; están durmiendo su último sueño, Lidia y Clodomira, sin duda juntas como juntas

<sup>8</sup> Fidel Castro Ruz, citado por Vilma Espín Guillois, ed. cit., p. 86.





lucharon en los últimos días de la gran batalla por la libertad”.<sup>9</sup>

### **La rebeldía no ha muerto**

Con la dolorosa pérdida de nuestros hermanos de lucha: Alberto, Reynaldo, Onelio y *Maño*, el régimen dictatorial logra golpear en el “cerebro” del Movimiento Revolucionario de la localidad. Son duramente reprimidas las filas clandestinas por la detención sistemática de sus miembros: entre el 13 y el 19 de septiembre, los cuerpos policíacos efectuaron más de doce allanamientos en los domicilios de distintos combatientes; entre ellos, el de los hermanos Carlos y Antonio (*Ñico*) Morales Gómez, Nelson de Armas Rodríguez, Carlos Parra Sánchez, Gustavo Más Aguiar, Alberto Autié, Orlando Ojeda (*Llando*) y otros, logrando detener a más de quince miembros de la organización; entre ellos, Nelson de Armas, Carlos Morales, Carlos Parra Sánchez, Antonio Morales y otros.

Decenas de combatientes tuvieron que pasar a la clandestinidad. Este es el balance con el que comienza el mes de octubre. A mediados de este mes se inicia una reorganización por parte de los combatientes que han quedado sin contacto con la Dirección del Movimiento en La Habana y viven ocultos de los cuerpos represivos; otros se sumaban a la lucha revolucionaria.

Se logra establecer contacto con Badish Saker (*Alejandro*), luego de una tarea infructuosa con otros dirigentes de La Habana. Saker trae orientaciones de organizar la Resistencia Cívica, la que deja constituida bajo la dirección de los doctores Miguel Herrera Govín y Luis Lamazares, entre otros, y preparar las condiciones para la Huelga General que se viene gestando para

---

<sup>9</sup> Ernesto *Che* Guevara, ed. cit., p. 429.







la “Hora Cero” por la Dirección de la Revolución. A este se le informa la necesidad de conseguir armas, dinamita y otros medios con los cuales hacer sentir la existencia del Movimiento en la localidad; pero, al parecer, sus posibilidades personales para obtener dichos materiales son limitadas. No obstante, a través de Badito se inician contactos con el fin de incorporar a un grupo de combatientes en la sierra de los Órganos, en Pinar del Río; gestiones que fracasan.

Se adquiere propaganda, y se reparte por millares en Regla, el manifiesto del MR-26-7 a los militares del régimen que aún no han manchado sus manos de sangre, alertándoles que están a tiempo de desertar de las filas del ejército castrense y pasarse a las del pueblo.

Se reactiva la recaudación financiera del Movimiento y los contactos con el Frente Obrero Nacional Unido (FONU)<sup>10</sup> a través de Felipe Aizpurúa, y otras tareas dirigidas por Guillermo Díaz (*Mito*), Eduardo Rodríguez (*El Cabo*), Gilberto Fernández (*Charles*), Ramón Urra (*William*) y Osmaro Cazón, con la participación entusiasta y permanente de viejos y nuevos combatientes revolucionarios, así como de colaboradores.

En las tareas antes señaladas se destacan, Manuel Ortega (*Fory-Fay*), Nelson Castro, Víctor Blanco, Armando Santiago Mal-lía, Isidro Diez, Rolando Fernández (*Perejil*), Estila Pérez, Héctor Argilés, Agnelio Molina, José Álvarez (*Pepe 50*), Roberto Rodríguez Llompart, Arbilio Guillot, Arnaldo Suárez, Guillermito García, Gilberto Dampiel, Juan Mojena, Eladio Granda, Pablo Álvarez Brito (*Pipo*), Miriam Díaz Botana, Silvia Nereyda Pérez, Nildo Álvarez, Carmen Paz, Sergio Comas, Ángel

---

<sup>10</sup> Organización obrera integrada por las tres fuerzas revolucionarias (MR-26-7, Directorio Revolucionario y el PSP) que continuaron la lucha hasta el derrocamiento de la tiranía.





Cruz (*El Fiñe*), Héctor Valentín, Ruperto Llanes, Elio Serrano, Germán (*El Pollino*), Manuel Yedó, Ignacio Graña, Ignacio Pérez, Luis Berdeyán, Pablo Pitaluga, Arturo Roca, Sergio Fernández, Juan José Díaz Blanco, Manuel Levy Tur, Raúl Brito, Olga Arnao, Ibero Panceira, Arnelio Zubiaúrt, Orlando Ballate, Osvaldo Pulido, Manuel López (*El Chévere*), Roberto González Chaguaceda, Argelio Alfonso (*Litongo*), Héctor Ochoa, Cristina Álvarez, Nereyda Pitaluga, Julita Mera, Elisa García, Adelaida Cabral, Nieves Diez, Gudelia Hernández, Rosa Hernández Parente, Ina Segundo, Isabel y Gloria Ojeda, Mercedes Valdés, Pedro Regalado (*Titi*), Asela (*Marcha*), Iraida Ruiz, Manuel y Evelio Torres, Hilda Montenegro, Adita Martell, Antonio Guerra (*El Paye*), Francisco Hernández Barceló (*Panchito*), y algunas decenas más de combatientes y colaboradores.

Al concluir el mes de octubre, un grupo de combatientes del Movimiento dirigido por Ignacio Llompарт, logra sustraer del auto del capitán Guardiola una ametralladora Thompson y otras armas. La acción se produjo a las ocho de la mañana, en las afueras del pueblo, al encontrarse parqueado el auto, en la casa del chofer de dicho oficial.

Las armas sustraídas fueron trasladadas en un camión del rastro El Guajiro, sito a un lado del puente de El Ahorcado, hasta el reparto Modelo y desde aquí a un auto particular, que al igual que con el anterior vehículo, abordaron los combatientes a punta de pistolas. El armamento fue ocultado en San Miguel del Padrón.

### **El régimen dictatorial agoniza**

El 1.º de noviembre se producen las elecciones espurias preparadas por la tiranía, con la consabida ausencia del pueblo a las urnas. Para lograr el fracaso de la farsa electoral se desarrolló una intensa campaña





de proselitismo por los miembros del Movimiento 26 de Julio en la localidad.

El día 8 de este mes conocemos la trágica noticia de la muerte en combate de Ángel Ameijeiras (*Machaco*), Rogelio Perea (*Rojito*) y Pedro Gutiérrez en las calles de O'Farril y Goicurúa, en La Víbora, y de la valerosa resistencia que ofrecieron en combate desigual contra decenas de agentes de la policía batistiana, donde también resultó herida Norma Porras, la esposa de *Machaco*, que se enfrentó a tiros contra la jauría criminal, heroicamente. La noticia causó consternación en las filas del Movimiento por los valiosos combatientes caídos.

Para esta fecha han tenido que exiliarse o se encuentran en trámites de hacerlo, por falta de contactos



Combatientes en el Escambray; aparecen, de pie, Estila Pérez, madre del combatiente Guillermo Díaz (*Mito*), y de rodillas, a la derecha, Pedro Hernández Parente, coautor de este libro.





para incorporarse a la lucha guerrillera en la Sierra, los combatientes Orlando Ojeda, Manuel Baltá, Tomás Echevarría, Albertico Autié, Manuel A. López, José Lorenzo Díaz (*El Alcohólico*), Fernando Fernández (*Bigote*), Evelio Parera Zulueta y Alfredo Muñoz López (*El Colombiano*), mientras otros combatientes han logrado alzarse en la Sierra Maestra y el Escambray y combaten en distintas guerrillas; entre estos se encuentran Catalino Segura, Gustavo Más Aguiar, Pedro Hernández Parente, Miguel Bragado Llerandi, Manuel López Goenaga (*Pinocho*), Guillermo Díaz Pérez (*Mito*), Urbano Fernández, Jesús Capaz (*Chuchú*), Antonio Fernández (*King-Kong*) y varios más. Héctor Rodríguez Llompart se incorporó a la Dirección Provincial del MR-26-7 en Matanzas.

A fines de este mes, la situación en las ciudades se torna más asfixiante, aunque esta calma relativa lejos de significar la derrota de las fuerzas revolucionarias, presagía la caída del tirano.

Bastaría una ojeada a los frentes de combate revolucionario contra la sanguinaria dictadura militar, para saber que las horas del régimen están contadas. Desde el 20 al 30 de noviembre, después de diez días de asedio y combate, la Columna No. 1, dirigida por nuestro Comandante en Jefe Fidel, derrota a las fuerzas de la tiranía y ocupa el poblado de Guisa. El ejército batistiano sufrió, en esta histórica batalla, más de 200 bajas, entre muertos, heridos y prisioneros. Según expresara Fidel, en el parte de guerra emitido tras esta aplastante victoria militar: “Guisa, a doce kilómetros del Puesto de Mando de Bayamo, ya es Territorio Libre”.

### **El fin de la tiranía**

El mes de diciembre fue caracterizado por una ofensiva en todos los frentes de batalla: se combatía en las ciudades del interior del país, en los llanos y las





sierras; iban cayendo en poder de las fuerzas revolucionarias, uno tras otro, los reductos militares de la tiranía. Baste señalar que desde el día 21 al 25 de este mes, fueron tomados por los rebeldes las poblaciones de Fomento, Cabaiguán, Guayos, Placetas, Remedios, Caibarién, Encrucijada, Manicaragua, Santo Domingo, Sancti Spíritus, y las columnas guerrilleras avanzaban al asalto final de la capital de la provincia: Santa Clara.

El panorama insurrecto se extendía con igual ímpetu al II Frente Oriental Frank País y al III Frente Mario Muñoz y a otras regiones del país, declaradas por las fuerzas de las armas Territorio Libre de Cuba.

El 27 de diciembre se ultimaron todos los detalles del plan de asalto al polvorín de Guanabacoa, acción que se planificó en casa de Víctor Blanco, sita en Martí No. 711 entre Concepción y 10 de Octubre, Regla, por Ignacio Llompart y otros combatientes que actuarían bajo la dirección del capitán de milicias Bernardo Corrales.

Un día antes, Llompart, Ana Pereira y otros miembros del Movimiento 26 de Julio, recorrieron la zona inmediata al objetivo militar que sería atacado —situado a un kilómetro aproximadamente del Cementerio de los Judíos en las afueras de la ciudad de Guanabacoa— y corrigieron los últimos detalles del plan, para garantizar, con un margen favorable, su ejecución victoriosa.

En la madrugada del día 28, en coordinación con uno de los soldados del polvorín —que habían logrado captar para ejecutar con mayor facilidad la acción—, que se encontraba de guardia en esos momentos, se tomó sin mayores contratiempos la instalación militar.

El comando revolucionario integrado por cinco hombres, portando distintas armas y llevando brazales del Movimiento, comenzó sus tareas a la una de la madrugada. Fue necesario cortar con segueta las





cadena que cerraban la puerta principal, porque impedía la entrada —al interior del polvorín— de un camión que había sido incautado en la zona del Cerro en horas de la noche anterior por los asaltantes, que pertenecía a la fábrica de lejía La Cubana, donde trasladarían los materiales bélicos que se obtuvieron para la operación.

El grupo desarmó y arrestó a tres “casquitos” y un guarda jurado que custodiaban el polvorín, a quienes amarraron y amordazaron, y retuvieron a algunas personas que cruzaron frente a la instalación mientras desarrollaban la acción.

Posteriormente, los miembros del comando revolucionario procedieron a sustraer gran cantidad de material bélico, entre los que se encontraban cien mil detonantes, dos mil metros de mecha, seiscientas libras de dinamita, tres carabinas San Cristóbal, una escopeta calibre 12, un revólver calibre 38 y cuatro calibre 45, y otros materiales que introdujeron en distintos cajones sobre el camión. Colocaron una carga de dinamita con una mecha de 30 minutos de duración sobre el resto del explosivo que quedaba aún en el polvorín, trasladando fuera del área de la instalación a los soldados hechos prisioneros, liberaron a los retenidos y emprendieron la retirada, llevándose consigo al soldado que colaboró en la acción y al sargento jefe del polvorín que se sumó a la acción.

Cuando se encontraban descargando el material bélico sustraído en el garaje situado en Vía Blanca y Fábrica, según estaba previsto en el plan, fueron estremecidos por la fuerte explosión del polvorín de Guanabacoa, que voló completamente.

Ese mismo día, las armas y materiales obtenidos en aquella acción, fueron trasladados para una panadería en La Víbora, donde se dejaron definitivamente.





Un total recogimiento de la población caracterizó la noche del 31 de diciembre de 1958. Fin de año en la parte aún cautiva del territorio nacional. En las zonas liberadas por nuestro glorioso Ejército Rebelde se mantenían las fuerzas en tensión. A esas horas se combatía duramente por las fuerzas insurgentes contra el desmoralizado ejército enemigo en el mismo corazón de la ciudad de Santa Clara, la toma del cuartel Leoncio Vidal era inminente. En Oriente con el cerco a Santiago de Cuba, sólo se esperaban las órdenes del Comandante en Jefe Fidel para iniciar el ataque a la ciudad y a la fortaleza del Moncada.

Llegó la madrugada del 1ro. de enero. Aproximadamente a las 2:00 a.m., el tirano Fulgencio Batista abandonó precipitadamente el país ante las incontenibles fuerzas de la Revolución; quedaban detrás siete largos y angustiosos años de oprobiosa dictadura militar.

Un balance de la modesta contribución que los combatientes de Regla realizaron durante todo el curso de la lucha, desde la fundación del Movimiento 26 de Julio hasta la caída de la tiranía, evidencia que cerca de los doscientos combatientes que integraron las filas de la organización durante dicho período, ocho fueron asesinados y/o cayeron en combate frontal contra el enemigo, dos resultaron heridos, setenta y uno fueron detenidos, muchos de estos, torturados; treinta y dos sufrieron prisión en el castillo de El Príncipe y la entonces tenebrosa Isla de Pinos; veinte tuvieron que tomar, obligados por la represión, el camino del exilio; quince se alzaron y combatieron valientemente en la Sierra Maestra y el Escambray.

El enemigo se vio obligado a observar, en igual período, cinco muertos y tres heridos; ocho agentes del régimen fueron desarmados en acciones directas por miembros del Movimiento: el último, al amanecer





del 1ro. de enero de 1959, por Isidro Diez y Marco Antonio Arocha.

Constantemente en jaque, las fuerzas de la dictadura recibieron muchas más acciones que las relatadas en la presente obra testimonial; entre ellas, el incendio a un ómnibus de la ruta La Reglana, en la nave de Calixto García entre Facciolo y Santuario; el asalto a los almacenes de tabaco en rama para la exportación, en los muelles de Fesser; el incendio de un camión cargado de algodón, en la Virgen del Camino; el lanzamiento de una granada de mano contra las oficinas del matadero municipal de Regla; los chequeos para un atentado a Gilberto Salas Amaro, Ludgardo Martín Pérez y el masferrerista Nelson de los Ríos; la participación en la “noche de las cien bombas”, en la agencia veterinaria Fort-Dodge, en 19 de Mayo y Ayestarán, la bomba en la Manzana Litográfica, barrio de Ayestarán; el incendio de los tanques de miel de la Oltime Molasse; la bomba en la planta eléctrica de Regla; sabotaje con fósforo vivo y explosión de 26 cohetes en el interior del cine Regla en saludo al 26 de julio de 1957; sabotaje con fósforo vivo y explosión de 26 cohetes en el interior del cine Regla en saludo al 26 de Julio; sabotaje con fósforo vivo a todos los buzones de Regla; bomba en las calles Calixto García y Agramonte, que no llegó a explotar por mecha deficiente; bomba en los transformadores de la fábrica de tejidos Bolinaza, que produjo un gran apagón en el poblado; bomba en el puente ferroviario del central Hersey, ubicado en el tramo de las calles Perdomo a Céspedes, afectando el tiro de azúcar; bomba a la tubería de petróleo dentro de la refinería Shell, que aunque no explotó creó gran alarma y fue necesario traer a técnicos en explosivos para su desactivación; los trasiegos de explosivos y armas, así como otras acciones en las que participaron las







milicias del Movimiento en la localidad, las que contaron, en cada momento, con el apoyo, el abrigo, la ayuda económica, el alerta y la colaboración decisiva de nuestro pueblo.

No obstante los nombres de los dirigentes con los que la Dirección del Movimiento en Regla sostuvo contactos, los cuales aparecen en esta obra testimonial, existieron otros que visitaron la localidad en misiones de trabajo o en busca de refugio; entre ellos, Pedro Miret Prieto, René Verdecia, Celso Maragoto, José Tabares del Real y Otto Díaz, entre otros.

En nuestra localidad estuvieron presentes durante la lucha contra la dictadura otras organizaciones revolucionarias como el PSP, dirigida por Fernando Banús y Rolando Hevia, y su Juventud por Arnaldo González (*El Gato*), así como una pequeña célula del DR-13 de Marzo. Ambos coadyuvaron con su lucha al derrocamiento de la tiranía.

No debe concluir este libro sin hacer mención al testimonio escrito que nos legó la pluma de ese valiente periodista argentino que estuvo de visita en Cuba, en los días inciertos de abril de 1958, en vísperas de la Huelga General Revolucionaria, cubriendo un reportaje sobre la lucha en la Sierra Maestra, su máximo dirigente y el *Che*. Nos referimos a Jorge Ricardo Masetti, quien durante su estancia en la ciudad de La Habana, tuvo la oportunidad de visitar Regla y su bar-restaurante Buenos Aires, en cuyo recorrido pudo apreciar las pinturas murales de la rebeldía en cercas y paredes de nuestro pueblo, inscribiéndolas en una poética despedida que plasmó en su libro *Los que luchan y los que lloran*, recuento testimonial de su viaje. Escribió Masetti:

“La Habana se fue quedando abajo, atrás, pequeña, con sus rascacielos y su cimbreante Malecón. La gran ciudad parecía mínima, indefensa y querida, como





una paloma enferma que pudiese cobijar en el cuenco de las manos. Allí quedaba la cúpula de Palacio, protegiendo a Batista y su cohorte de gangsters; La Habana Vieja con sus calles de nombres españoles y las patrullas de hombres vestidos de azul; El Vedado brillante con las avenidas numeradas y las patrullas de hombres vestidos de azul; Marianao, con sus casas con jardines y sus aviadores gringos que mascan *chiclets*; REGLA, CON SUS BARCAS VIEJAS Y LAS PAREDES QUE GRITAN 'FIDEL' ".<sup>11</sup>



---

<sup>11</sup> Jorge Ricardo Masetti: *Los que luchan y los que lloran*, Imprenta Económica Integral S.A., La Habana, 1960, p. 146.





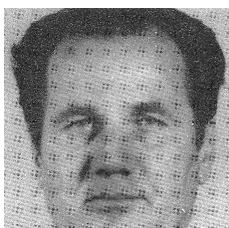
**Miembros del MR-26-7 en Regla,  
fundadores del Partido Comunista de Cuba**



Carlos Fernández Feaín



Osvaldo Fernández Feaín



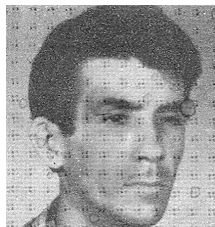
Gilberto A. Fernández Jiménez



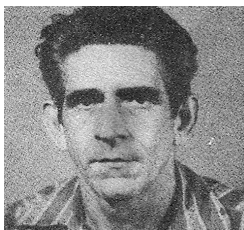
Fernando Fernández Vázquez



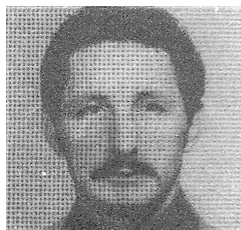
Ángel Fumero Guillén



Guillermo García García

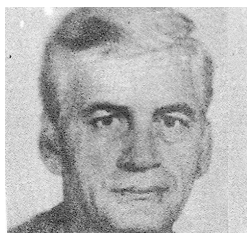


Tranquilino D. Hernández Martínez



Igancio González Graña

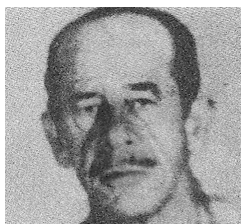




Manuel Levy Tur



Mario Lipinski Lipinski



Orlando López Correa



Manuel A. López Tejada



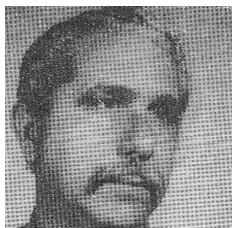
Armando S. Mal-Lía Benjamín



Leonel Martín González

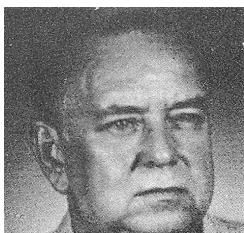


Gustavo Más Aguiar

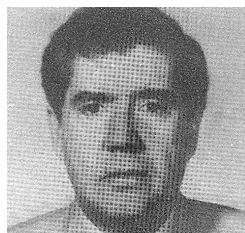


Humaro Molina Dampiel

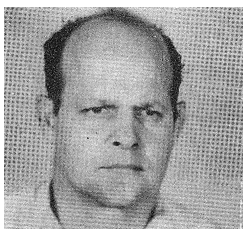




Argelio Alfonso Álvarez



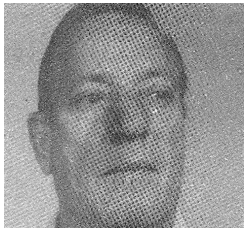
Héctor Argilés Pérez



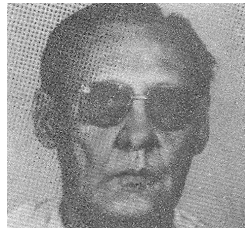
Francisco Armao Noya



Orlando Arteaga Abreu



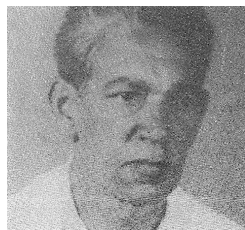
Bienvenido Manuel Baltá López



Joaquín Bas Guerra

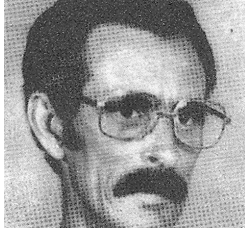


Nelson Castro López

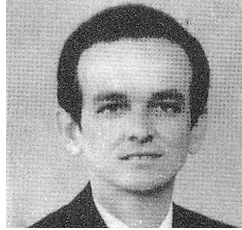


Sergio Chávez Méndez





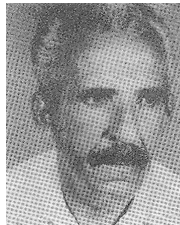
Oscar Delgado Izquierdo



Eugenio Deus Casuso



Romualdo I. Díaz Barreras



Armando Díaz Grela



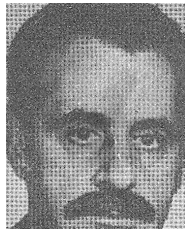
Guillermo E. Díaz Pérez



Tomás J. Echevarría López

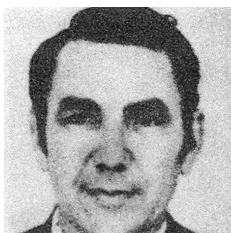


Alberto A. Fernández Álvarez



Leovigildo Fernández Chaviano





Orlando Ojeda Batet



Evelio Parera Zulueta



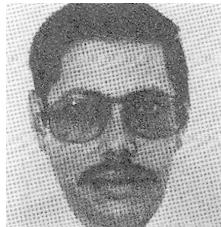
Stelita Pérez Díaz



Osvaldo Pulido Ramos



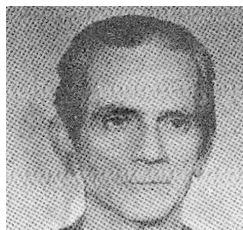
Eduardo T. Rodríguez Díaz



Héctor Rodríguez Llompart



Roberto R. Rodríguez Llompart



Mario W. Scott Alba





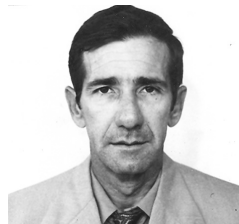
Alnilio Zubiaúrt Mir



Alberto Autié Torres

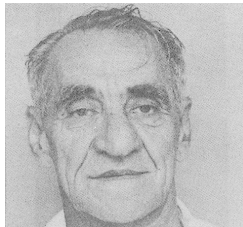


Pablo Rodríguez Brito



Rolando Fernández Acosta

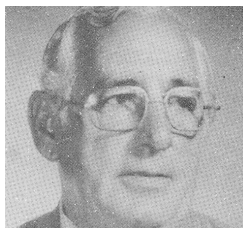
**MIEMBROS DEL PSP QUE APOYARON DE ALGUNA MANERA AL MR-26-7 DE REGLA**



José Álvarez Conde



Orlando González Fernández



Evaristo Baranda Pascual



Carlos Arocha Pérez







## Testimoniantes

Fernando Fernández Vázquez (*Bigote*)

José Ferrer García (*Cheo*)

Miguel Bragado Llerandi

Armando Santiago Mal-lía Benjamín

Leovigildo Fernández Chaviano

Orlando López Correa (*El Gaucho*)

Mario Scott Alba

Evelio Parera Zulueta (*Nicolás*)

Manuel Baltá López

Nelson Castro López

Francisco Arnao Noya

Gilberto Fernández Jiménez (*Charles*)

Rolando Neyra García (*El Ñato*)

Oswaldo Santana Armas (*Tin Tan*)

Tomás Echevarría López

Nelson de Armas Rodríguez

Manuel Ortega Valdés (*Fory-Fay*)

Arbilio Guillot Naclares

Carlos Morales Gómez

René de los Santos

Orlando González Fernández

Delio Gómez Ochoa (*Marcos*)





Gustavo Más Aguiar  
Armando Martín de la Guardia (*Garbanzo*)  
Gaspar González Lanuza  
Lauro Pérez Tejeda  
Orlando Ojeda Batet (*Llando*)  
Eduardo Rodríguez Díaz (*El Cabo*)  
Antonio Morales Gómez (*Ñico*)  
Serafín Valdés Rodríguez (*Machito*)  
Guillermo Díaz Pérez (*Mito*)  
Alberto Autié Torres  
Carlos Fernández Feaín  
Osvaldo Fernández Feaín (*Vity*)





## Bibliografía

CASTRO RUZ, FIDEL: Manifiesto No. 1 “Del 26 de Julio al Pueblo de Cuba”, del 8 de agosto de 1955 (documento histórico).

CRUZ RAMOS, ANDRÉS: *Historia revolucionaria de padre a hijo* (Folleto), Regla, La Habana, 1959.

ESPÍN GUILLOIS, VILMA: “La mujer en Cuba: historia”, en *Discursos, entrevistas, documentos*, Editorial de la Mujer, La Habana, 1990.

GONZÁLEZ XIOMARA Y ROBERTO RODRÍGUEZ: *La casa de todos los muchachos de Regla*, Editora Abril, La Habana, 1986.

GUEVARA, ERNESTO CHE: “Lidia y Clodomira”, en *Obras, 1957-1967*, Colección Nuestra América, Casa de las Américas, La Habana, 1970.

“La Huelga de Abril, un revés que se convirtió en victoria”, entrevista a Faustino Pérez Hernández, revista *Bohemia*, 8 de abril de 1988.

MARTÍ, JOSÉ: “Carta al general Máximo Gómez”, en *Obras completas*, t.1, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975.





MÁRTIRES DE ARTEMISA, Comisión de Historia de la COR,  
Artemisa, 1971.

MASETTI, JORGE RICARDO: *Los que luchan y los que llo-  
ran*, Imprenta Económica Integral S.A., La Habana, 1960.

MENCÍA, MARIO: *El grito del Moncada*, vol. I, Editora  
Política, La Habana, 1986.

